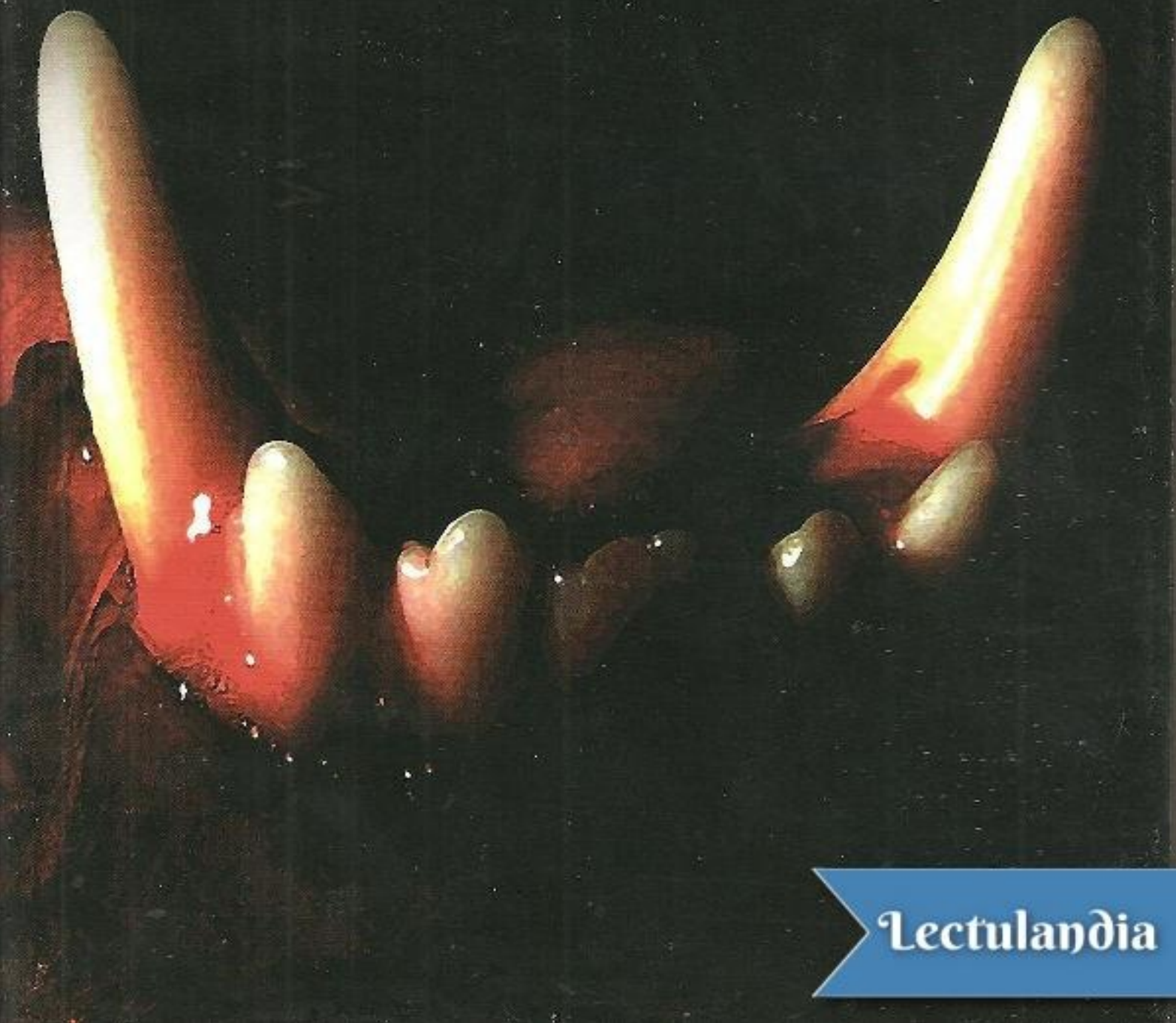
# Los lobos del Centeno

Francisco Narla



Lectulandia

En un idílico y recóndito valle de la olvidada Galicia interior del primer cuarto de siglo pasado las leyendas cobran vida.

El tranquilo y bucólico estilo de vida queda descarnado con la sangre, el mal y la muerte.

Lobisomes, meigas, a Santa Compaña…

Los delirios macabros y tenebristas de las noches de pesadilla han salido de entre los bosques camuflados en las mandíbulas hediondas de una bestia sin corazón.

Por entre el dolor y la desesperación un hombre, el molinero del lugar, que al tiempo que lucha por olvidar su atribulado pasado debe guardarse del inquietante presente.

La novela juega con maestría con el clasicismo costumbrista propio de una obra del siglo XIX, aprovechando la descripción de la vida y usos del interior para sacar a la luz los horrores velados que la tradición hubiese preferido dejar para los excesos del aguardiente.

Lectulandia

Francisco Narla

# Los lobos del centeno

**ePub r1.0**
**Etriol** 25.08.14

Título original: *Los lobos del centeno*
Francisco Narla, 2008
Ilustraciones: Kleyva
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Etriol
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

De cuanto el libro refleja debo decir que la mayoría son historias que oí de niño, y es que en Galicia, como la novela pretende inspirar, la magia existe de uno u otro modo.

Son muchas las cosas que se cuentan, y muchos más, seguro, los errores, de los que soy enteramente responsable, y espero que aquel lector que los descubra sepa perdonarme.

Gracias, debo dárselas, a mi tío Pepe que fue molinero y suyos son muchos de los relatos que engalanan la novela. A mis abuelos, que siempre me han aceptado como soy y me permitieron pasar incontables días en su maravilloso molino, restaurado ahora como una casa de campo. Y, sin duda, a Déborah, sin ella, probablemente ahora yo estaría en alguna pelea de bar y no escribiendo esto.

El autor.

# Prólogo

## El conjuro

El condenado hilo destacaba sobre el oscuro fondo como el tímido escote de una quinceañera en el baile del domingo. Sus ojos lo seguían, ¿caminaban por él?…

El desgraciado trenzado de una y mil hebras destacaba una y mil veces sobre el negro diorama. Sus ojos lo recorrían, se trataba del camino de regreso a casa de un borracho compulsivo. Lo recorrían, siempre lo recorrían, siempre avanzaba por él, ¿a través de él?…

Siempre, y siempre se despertaba, empapado en sudor, oliendo a habitación de enfermo.

Se despertaba cuando un nudo aparecía en el hilo. Siempre había un nudo, ¡siempre!…

Como si un escurridizo demonio se entretuviese amargándole la existencia con nudos que lo desvelaban, apestando como el trapo manchado y olvidado bajo los arneses y tablazones donde se engarronan los animales.

Siempre se despertaba.

Sin azar, sin posibilidad, un nudo apareció y los ojos febriles se abrieron sobresaltados a la mortecina luz. Escuálidas llamas temblaban sobre los restos del fuego, ya agonizantes ascuas que pugnaban por obrar el aire.

Gimiendo, sintiendo punzadas en las sienes, se irguió y trastabillando consiguió ponerse en pie. Sintió se desvanecía por un instante, y sólo el frescor del sudor al evaporarse sobre su piel evitó el desmayo.

Las pupilas midriáticas quisieron en vano adaptarse al baile de sombras que el hogar dibujaba por los rincones.

Todos los músculos de su cuerpo se agarrotaron, engarabatándose como los

zarcillos de las parras, la lengua, seca, se pegó al paladar, la tensión quebró la espalda, semejaba un muñeco de trapo sin espina dorsal. La arcada se elevó desde lo más profundo de su estómago, quemando la garganta a su paso. Y, lo que no era más que agua biliosa surgió manchándole los pies, como los de un niño travieso que chapotea en el barro. El ruido de las salpicaduras pareció variar su frecuencia al impacto de cada gota, y sintió como los tímpanos se combaban adaptándose y chirriando, un dolor metálico recorrió sus senos para instalarse sobre el puente de la nariz, como al beber apresurado agua muy fría, se derrumbó.

El brazo izquierdo protestó aplastado por el peso del cuerpo, pero, las fuerzas le fallaban. No encontraba el modo de acomodarse, tendido, acurrucado en posición fetal (de la que hubiera sido mejor, quizá, no haber partido jamás) sobre el entarimado de roble, vuelto sobre sus propios desechos, torcida la cerviz, deslavazado el rostro. Una nueva arcada buscó abrirse camino, tratando ya no de arrancar el líquido de sus entrañas, sino las propias entrañas, y el hombre enfermo se convulsionó, rodeado por las estelas humeantes que el calor de sus despojos abría al frío ambiente. Como el humo de los pábilos ardientes de un velatorio rasga el aire de la estancia que guarda el cadáver a medio pudrir llorado hipócritamente por plañideras pagadas, rameras de un llanto ajeno en cuyas caras las sombras bailan, recuerdos imborrables.

Cubierto de suciedad, cubierto de cansancio, quiso quedarse así por siempre, como si la relativa comodidad tras el desahogo engañoso, tras el vómito, fuese la única mejora posible (acaso no era así). Aún debió pasar un buen rato, lo supo porque el escaso fuego del lar perdió parte de su brillo, hasta que reunió las fuerzas para incorporarse. El hedor ácido que lo abrazaba jugó a tentarle con volver a vomitar, pero, en esta ocasión venció la repugnante sensación agazapada en sus intestinos y pudo acercarse hasta el portillo anexo al jergón de lana. Abrió la pequeña contraventana, y aunque al frío de la noche los dientes castañetearon, el aire, limpio y fresco, pareció infundirle fuerzas. Oyó el ulular de los búhos, el cantar del viento en las ramas de los árboles, y los furtivos sonidos de las alimañas buscando su presa.

La fiebre, que trabajaba afanosa hurgando por entre la piel y la carne, se alió con la humedad del ambiente que oreaba al hombre desencajado y enfermo apoyado en la solera del ventanuco, tímidamente el vello de todo el cuerpo se fue erizando. Gélido, tiritando, descubrió la extraña sensación de sentirse un tanto más vivo, pues al percibir tan intensamente las azabachadas agujas de la noche marcando su piel, el ardor parecía no estar tan presente, dejando su mente un tanto menos embotada que sólo instantes antes.

Faltaba poco para que las primeras luces del alba desvelaran el bucólico paisaje salpicado de montañas y bosques. Él conocía, como se conoce todo lo que se ama, cada uno de los picos, cada silueta, cada sombra del panorama que la claridad iría

descubriendo. Sintiéndose reconfortado ante su peculiar vuelta a lo real se entretuvo paseando la vista por las umbrías esquinas del murallón que guardaba el cercano *Pazo de Lema,* en la dirección que miraba, la última casa del pueblo antes de que el espeso bosque se tragase el mundo de los hombres. En el desolado grupo de casuchas, el *pazo* era la única que iba más allá de una simple construcción con cubierta a dos aguas. Apenas media docena de familias constituían el entero de la población, pero, también era cierto que ninguno de los habitantes echaba de menos cuanto una ciudad pudiera ofrecerles. Toda cuanta información les llegaba sobre las grandes aglomeraciones, era vana y débil, siempre se trataba de simples comentarios que habían corrido de boca en boca tantas veces que ya uno no podía fiarse de cuanta verdad había en ellos. Además, teniendo en cuenta lo asombroso de tales historias, con máquinas, luz eléctrica y mil y un inventos de dudosa procedencia, quién más, quién menos, en los alrededores estaba contento con lo que le había tocado vivir, y no echaban de menos las posibles virtudes de la urbe. La gran guerra no había sido más que vagos rumores, y las desdichas de Europa parecían demasiado lejanas, cuando los países involucrados tenían nombres que apenas podían recordar. El primer cuarto del siglo veinte había sido para la Galicia más profunda, prácticamente igual que los últimos cien años, las cosechas, los salmones en primavera o las anguilas en otoño, marcaban los hitos que cada cual debía conocer, lo que iba más allá de la siembra poco importaba pues no ayudaba a los marranos a crecer.

Por sobre el muro se oían los mugidos de las vacas y los relinchos de alguno de los sementales de las caballerizas, se intuían las luces de los candiles encendidos entrando y saliendo de los establos del *pazo*, estas y la agitación de los animales explicaban la ocupación de la servidumbre con las labores de ordeño. Así supo que el tiempo se le echaría encima si no se apresuraba, ya faltaba muy poco para que el día comenzase a clarear. Dejando la ventana abierta para que el ambiente de la habitación se fuese renovando, se acercó al hogar aún desnudo y reavivó los rescoldos con un par de soplidos, tendió una piña sobre los tizones calientes, y agregó unas cuantas ramitas, recatadas llamas empezaron a lamer las delgadas tiras de madera. Se echó la manta del jergón a los hombros y fue al pozo a por un caldero de agua que vertió en la olla que pendía con una cadena sobre el fuego. Sin ánimo para poner a prueba su maltrecho estómago buscó en la fresquera un poco de pan de centeno y queso fresco que mordisqueó con calma sentado en una banqueta al calor de la lumbre mientras el agua se calentaba.

El escaso desayuno no calmó el hambre, pero, pareció asentarle las tripas. Se aseó entonces con un trapo humedecido en el agua ya tibia y limpió con esmero el suelo para evitar que la madera quedara apestada con los hedores del vómito. Buscó entonces a los pies del lecho la ropa de diario, y pensando en el trabajo del día fue vistiéndose con una ropa llena de remiendos y tan manchada de harina que había

dejado atrás su color original por un desvaído gris cubierto por una eterna neblina blanca, pues a cada uno de sus gestos la harina se desprendía recubriéndolo de una especie de aura inmaculada.

La pequeña casucha tenía dos habitaciones más a parte de la estancia principal, dos modestos dormitorios vacíos desde hacía años, ya casi una docena.

A la pobre Carmen se la había llevado la muerte antes de darle hijos, y la de la guadaña, no sólo le robó la esposa y los descendientes aún no nacidos, sino también las ilusiones y el valor de volver a dormir en la cama donde su querida mujer había padecido hasta desvanecerse tan sólo unos meses después de casarse. El mismo día del entierro se olvidó de las dos habitaciones, en una olía a muerte, en la otra todavía se escuchaba el llanto de las plañideras durante el velatorio. Aquel día la noche le sorprendió apaleando la lana que habría de meter en una nueva márfega que desde entonces descansaría en la única dependencia de la casa donde la angustia no lo buscaba por las esquinas para recordarle que siendo poco más viejo que el siglo ya había perdido cuanto un hombre de su tiempo y lugar podía anhelar, su familia. Aquella noche, el insomnio fue su compañero de duelo, y sentado sobre el que desde entonces sería su lugar de descanso, buscó en las llamas del fuego la explicación a tanta desdicha sin atreverse a volver los ojos hacia las puertas de madera ahumada que guardaban celosas tanto llanto y dolor.

Abrigado, abrió del portalón de entrada, tan sólo la parte superior, al uso de la clásica puerta gallega partida en dos. Se acodó en la parte inferior y lio con calma el primer cigarro del día que fumó deleitándose mientras contemplaba la jornada nacer por entre las negras pizarras que techaban las casas vecinas. Los gallos cantaron, algún cochino gruñó, y un perro pastor azuzaba a las ovejas que avanzaban apelotonándose por delante de su puerta. La vieja Emerenciana, caminaba pesadamente combando la vara de aliso que usaba de bastón, la cabeza cubierta por una pañoleta, la cara cubierta por mil arrugas. Enjuta, de pies pequeños que se camuflaban en los grandes zuecos, pasaba ante él como si el cansancio pudiese llegar antes que ella a todas partes. De colores indefiniblemente discretos la falda larga y el blusón ancho dejaban ver tan sólo el rostro y las manos, unas manos cubiertas por mil manchas que anunciaban la senilidad, macabros lunares que se escondían entre las abultadas venas palpitantes, encorvándose estas, sobre unos dedos agarrotados por la artrosis. La derecha apresaba el improvisado báculo como si tuviese la intención de estrangularlo, saliendo tan sólo de un rítmico acompañamiento del paso para azuzar a alguna oveja demasiado curiosa que se descarriaba. La siniestra arrebujada en una extraña amalgama sobre los picos del mantón de tejido basto que cubría los hombros caídos de la vieja.

Chistándole a los animales a cada paso tan sólo desvió la atención del rebaño para erguir un tanto la cabeza y dedicarle por un instante una mirada a modo de saludo. Lo

miró como si aún viese al niño que correteaba por el manzanal del cementerio con las rodillas raspadas y los asideros de la honda colgando del bolsillo trasero del pantalón corto. Y, él hubo de buscar en lo profundo de aquellas cuencas hundidas por la edad para encontrar los ojos de la vieja mujer, ojos garzos que los años habían clareado, para encontrar el cariñoso saludo de la anciana.

Recordó con afecto como la mujer le había parecido igual de vieja cuando no era más que un mocoso, y sonrió al pensar en las pequeñas tortas de pan que Emerenciana regalaba a los cuatro chicuelos del pueblo cada domingo cuando al volver de la iglesia sacaba el pan recién hecho del horno de leña. Con la boca un tanto pastosa balbució un, buenos días nos dé Dios, y la contempló alejarse, preguntándose cuántos días podían quedarle si ya parecía haber vivido demasiado. El pensamiento le robó la poca alegría que el nacer del día le había traído, aun en su trato seco, la buena mujer se había ganado un pedazo de corazón del que fuera compañero de juegos de su nieto.

La mañana aún no era propiamente tal, sino más bien madrugada, y él debía marcharse también. Se decidió, tiró la colilla al camino embarrado, cubierto ahora por las pequeñas deposiciones redondas que recordaban el paso del rebaño de la vieja Emerenciana. Acomodó los rescoldos, cogió la boina del colgador anexo a la puerta y subiéndose el cuello de la chaqueta salió.

El diminuto pueblo se alzaba a los pies de un otero dominado a su vez por el inmenso *pazo*, sin orden alguno, cada cual construyó su morada como se le había dado a entender, formando así pasos allá más estrechos, acá más anchos, sin que aquello tuviese importancia alguna, pues la única medida que había de respetarse era el ancho de un carro cualquiera, para que con su eterno chirriar anunciase por las casas que alguno venía de cortar la hierba, o de recoger leña, y así en la estable comunidad cada cual supiese si el vecino llevaba o no al día sus tareas.

De las familias del pueblo, que era casi lo mismo que decir, de los hombres del pueblo, tan sólo él trabajaba en algo distinto de las labores propias del campo, molinero como su padre, únicamente se desviaba de su profesión como improvisado techador, cuando alguno de los vecinos necesitaba repasar alguna gotera, o en las raras ocasiones en las que por los alrededores alguien se decidía por construir una casa nueva. A trabajar con la pizarra había aprendido de zagal cuando en la rebeldía de la juventud había decidido no le interesaba seguir la tradición familiar y trabajar en el viejo molino. Los años le habían dado la razón a su padre, y el hijo del molinero se convirtió a su vez en molinero, pero, él nunca se arrepintió del tiempo que pasó como aprendiz de *louseiro*, pues junto con el oficio conoció bien la comarca al acudir allá a donde llamaban a la cuadrilla del maestro, y desahogó sus primeros amoríos por ferias de pueblos donde sus compadres jamás habían estado. Incluso un par de veces fue hasta la capital para trabajar por pequeñas temporadas, lo que le permitió

ver cosas tan asombrosas como la enorme muralla romana que cobijaba a los habitantes de la ciudad igual que lo hiciera con las legiones romanas casi dos mil años antes.

De no ser por la enfermedad de su padre quizá no hubiese regresado al pueblo y hubiera buscado fortuna convirtiéndose a su vez en techador con una cuadrilla propia. No le gustaba echar la vista atrás y preguntarse que habría pasado, aceptaba su suerte y en cierto modo se sentía orgulloso de haber relevado a su padre cuando este más lo necesitaba, de modo que lo que pudo semejar una simple ayuda temporal se convirtió en algo permanente haciendo de nuevo su hogar de la villa que lo viera nacer.

La suya era de hecho la única de las viviendas que no tenía era, así como tampoco la entrada de la casa estaba cobijada por una extensión de tojos y estiércol fermentándose para ser usados como abono. Se sentía orgulloso de ser distinto, al menos en parte, incluso desde que la viudedad lo tomó por compañero había renunciado a la idea de tener animales en casa, pues no se veía con ganas de cuidarlos con el cariño y el esmero que hubiera puesto Carmen. Así mismo, la suya era también la única vivienda que no guardaba en su trasera una huerta, tan importante en el resto de los casos como cualquier otra dependencia de la casa, y es que tampoco se sentía con fuerzas para preocuparse por aquello de lo que hubiera debido hacerlo su esposa.

Regados por manantiales, sempiternos bosques resguardaban al pueblo por los cuatro costados, a excepción de unos cuantos campos de labor salpicados sin orden aparente. Heridos los bosques por los caminos que desde y hacia el pueblo, comunicaban con las pequeñas aldeas de los alrededores, o con las tierras de cada cual. Caminos de tierra, llagados por las rodadas de los carros y las pisadas de los bueyes y caballos, caminos que enlazaban con senderos que se perdían en atajos, de modo que, si uno no conocía bien allá donde ponía el pie pronto se encontraba ahogado por un mar de árboles que gimiendo al viento anunciaban su potestad sobre la tierra donde hincaban las raíces.

Esos bosques, los bosques de las montañas gallegas, umbríos y húmedos, guardaban mil secretos. En cada rincón de cada pueblo cualquier lugareño podía contar a quién se interesase oscuras leyendas sobre seres fantásticos, malvada brujería o espíritus que penaban aterrorizando a los vivos. Alternaban toda la gama de verdes para jugar con todos los ocres imaginables a lo largo del otoño, y parecía posible encontrar la historia adecuada para contar ante el fuego en función del tono con el que el bosque hubiese decidido engalanarse. *Contos*, tradición oral que otorgaba a cada animal y cada árbol un papel en las infinitas representaciones que la imaginación de los habitantes de aquellas vegas había podido crear.

El cielo, de un clamoroso azul eléctrico siempre aparecía adornado por nubes, la lluvia era compañera del paso de los días y el agua caída envolvía el suelo con una frondosa vegetación. El clima, y los inmensos bosques de pobladas copas cubrían las

tierras del interior en un aire de magia y misticismo. Como si cada gota de agua regase no sólo la fértil y oscura tierra sino también el alma de cuantos allí vivían. Así, curanderos, santeros, supuestas brujas y personajes varios se refugiaban en cuevas o casuchas en las montañas a donde la gente acudía a pedirles consejo, sanar sus dolores o conseguir malolientes tónicos ponzoñosos. El sincretismo entre el más puro cristianismo católico y las más arraigadas supersticiones era inevitable. Así parecían indicarlo las oquedades sombrías de cada árbol que el rayo abatía, el lugar invitaba al pagano a explicar lo desconocido haciendo uso de mil recursos retóricos. Como si cada cual llevase en su pecho un trocito del misterio que cada roble centenario podía inspirar.

Siglos antes, el pueblo de los celtas había llegado desde las tierras norteñas para descubrir secretos encerrados en esos bosques que hacían de Galicia un inmenso tapiz verde rodeado por las aguas bravas de un océano inquieto. Trajeron consigo su cultura, y pronto se rindieron al embrujo de las montañas que los envolvían levantando monumentos megalíticos, y tallando en los grandes bloques de granito que colgaban de los precipicios nuevas creencias imbuidas por su lugar de acogida. Tejiendo mil y un mitos, olvidando los conceptos llanos de los politeísmos contemporáneos, ansiando la creencia en el sol, la tierra, la luna, el fuego, el agua y la armonía entre los elementos.

Heredaron e inventaron sus propias simbologías, constituyeron cultos perdidos y abonaron la fantasía de las gentes. Los pueblos norteños habitaron las inmensas playas bravías donde la leyenda atribuiría el desembarco de los atlantes.

Tapizaron los acantilados con sus castros, y nacieron los pueblos que habrían de perdurar por siglos embaucando a los intelectuales y los hombres de letras con la magia de cada leyenda. Así, El Viejo cuenta en su compendio Historia Natural sobre la fortaleza de Noela y pormenoriza las vidas de los celtas yuxtaponiendo la universal idea del diluvio con el pueblo de la ría gallega de Noia, donde la tradición canta el bienhallado desembarco de la nieta de Jafet, bisnieta, por tanto, de Noé.

Se alzaron dólmenes imposibles milenios antes de que el mesías cristiano se proclamase hijo del cielo, megalitos de entidades, culto y funciones dudosas. Complejos en ocasiones, montantes poligonales dentro de cámaras subterráneas, minimalistas en otras. Muchos orientados de modo preciso para que bien los equinoccios o bien los solsticios manifestasen los oscuros significados de los cambios de las estaciones y sus influencias en el orden de la vida cotidiana.

Grandes bloques indómitos se rindieron al taimado propósito desconocido de los moradores de los bosques en lugares de topónimos que en muchos casos resultan de impensable explicación etimológica: Dombate, Bardota, Cabaleiros, Dumbria, Axeitos o Ageltus eran sólo algunos de ellos, los que habrían de conservarse en pie, e incontables más, perdidos ya en el tiempo y la historia. Dólmenes y menhires, en

ocasiones mostrando apenas un codo por sobre la tierra y escondiendo cuatro o cinco varas bajo la madre Gea, haciendo, para muchos, inexplicable su transporte y uso. Pero, en todo caso, marcando la tradición a fuego de tal modo que cuatro y cinco mil años después los labriegos delimitarán las franjas entre las tierras de cada uno con grandes piedras asentadas sobre la tierra.

Galicia, recluida entre los mares bravíos y las más ancianas de las montañas europeas. Y, entre sus montes el campo de estrellas, o el compost alquímico, o el *composition ela* (es decir, zona de enterramientos), o el quién sabe de la mágica Compostela, con veinte siglos de leyendas, con un camino supuesto a unas reliquias de incierto origen y dudoso reconocimiento que quizá sólo cobran sentido si se comprenden como sitas a tan sólo una jornada más de peregrinaje del inmenso océano Atlántico, allá en la que se conocía como la tierra del fin del mundo, el cabo donde la tierra se ahogaba en la plataforma del mar tenebroso que daba y quitaba la vida. Descendiendo del Monte Facho donde la arqueología desvela la incierta y magnificente *Dugium*, insignia urbana de los nerios celtas con su castro amurallado de la edad de hierro, absorbida por las legiones romanas para instaurar allí, restaurando el rito caldeo, su *Aras Solís*, su altar al sol, en la población que la lluvia sumergió por castigo divino, donde el ciclo de la leyenda se muerde la cola y el mito del arca y la leyenda judeocristiana se ve de nuevo velada por el sincretismo. Allá en el extremo de la tierra, donde el peregrino debía llegar para contemplando el oeste morir como el sol muere, perdiéndose en la profundidad del océano, morir para renacer al alba como un nuevo ser.

En Galicia se conservarán ajenos al hombre los ritos, pervivirá el más antiguo de los conocidos cultos al fuego, de origen y razón ignotos en el que de nuevo se completa el ciclo crédulo de los hombres, sintetizando el trisquel, *triskell o trisquele* celta. La espiral lobulada a su vez en tres espirales o formas ahusadas, la conexión mística de la tierra, el agua y el fuego. Para combatir las enfermedades, los embrujos, el mal de ojo, los *meigallos* o quizá tan sólo para contentar el alma las noches de frío con la fuerza del alcohol. La tierra imbuida y presente en la cerámica del cuenco de barro al que han dado causa aristotélica final las manos desnudas del hombre; el agua como símbolo de la entrega de los frutos de la tierra, la fuerza escondida en los restos de la uva para el vino una vez fermentados, el enlace ritual que habrá de unir al hombre con el suelo de sus ancestros, con su historia; el fuego que habrá de bailar libre en el barro, prendido en el aguardiente, el fuego que habrá de purificar el alma y calentar el cuerpo. La pócima escondida en el refugio del conjuro…

*… Mouchos, coruxas, sapos e bruxas.*
*Demos, trasgos e diaños,*
*espritos das nevoadas veigas.*

*Corvos, pintigas e meigas,*
*feitizos das menciñeiras.*
*Podres cañotas furadas,*
*fogar dos vermes e alimañas.*
*Lume das santas Compañas.*
*Mal de ollo, negros meigallos,*
*cheiro dos mortos, tronos e raios.*
*Ouveo do can, pregón da morte…*

Y así, en sus tierras de lujurioso verde se vivieron las leyendas.

# Primeiro conto

## El miedo

El sol se peleaba con el horizonte dibujando a contraluz las ramas más altas de las copas de los castaños. Los días comenzaban a hacerse más largos y la primavera apuntaba maneras haciendo que la vida despertase de su letargo invernal. Acodando una curva del sendero un grupillo de senderuelas a modo de corro de brujas adornaba la hierba, como un enorme anillo dorado perdido por alguna deidad germánica. El hombre que caminaba cansinamente fijó su atención en el grupo de diminutos hongos, al volver del molino, concluida la jornada de trabajo las recogería para acompañar la cena.

La fiebre, que parecía haber remitido tan sólo unos minutos antes, tras el almuerzo, volvió a ganar intensidad provocándole un escalofrío. Sabía que la enfermedad se había ido agravando a lo largo de los últimos días, pero tampoco le concedió excesiva importancia, limitándose a tomar alguna infusión de zarza que le ayudase a aliviar el ardor. No se hubiera atrevido a dar su palabra, pero, pensaba que todo podría haber comenzado el día en que se había herido la mano, no podía asegurar que el incidente tuviese relación alguna con su indisposición, sin embargo tampoco podía negarlo, aún a pesar de que los cortes en los dedos medios de la mano derecha habían parecido ir curando sin complicación alguna.

Había sido dos semanas antes, la mañana había nacido con esa niebla propia de la ribera de los ríos que indicaba el comienzo de una jornada soleada en cuanto levantase la bruma al calor del mediodía. Tras atender a unos conocidos de un pueblo cercano había dejado la muela central trabajando mientras bajaba al río en busca de un par de truchas con las que llenar el estómago a la hora de la comida.

Su padre había continuado religiosamente la tradición y enseñó a su hijo el arte de la pesca a mano desnuda. La técnica se basaba en avanzar contracorriente por el lecho del río en busca de posibles apostaderos de truchas, allá donde el flujo de agua se dividía obligado por una piedra, o donde unos cuantos ranúnculos podían albergar insectos que alimentasen a las pintonas, una trucha podía descansar suspendida en la corriente con un suave aleteo. Si uno se movía con el sigilo suficiente justo a la espalda del pez podía acabar por introducir las manos con mucha calma en el agua y avanzarlas hasta la supuesta pieza, si es que las yemas rozaban las pulidas y pequeñas escamas del pez, el suave masaje sobre la piel mucilaginosa parecía no asustar a la presa, quizá el animal lo asociaba con el roce de cualquier planta subacuática o un simple reflujo de agua. Así, a tientas y con paciencia uno podía hacerse con media docena de truchas sin más esfuerzo que el de secarse al sol tras el baño.

Aquella mañana, probando suerte al abrigo de un viejo tronco hundido que desafiaba el ímpetu del agua sintió un intenso dolor punzante en las yemas de los dedos de la mano derecha. Instintivamente la retiró asustado y comprobó como hilos de sangre se diluían en el agua cayendo desde los dos pequeños y profundos cortes que llegaban hasta la primera falange del anular y el medio. Apretó con la izquierda

por debajo de las heridas y salió del agua. No parecía demasiado grave, probablemente cualquier animalillo había sido sorprendido desagradablemente y en su defensa había hincado los dientes en la mano desnuda del molinero. Se preocupó y pensó si podría haber sido alguna de las víboras que tantas veces veía cazando ranas en las aguas mansas, aunque reconoció que la idea resultaba un tanto absurda teniendo en cuenta la fuerza de la corriente en el lugar del incidente. Pero, rechazar ese pensamiento trajo a su mente la posibilidad de que fuese una salamandra, según contaba su madre, el simple roce de la piel de tales animales hacía que los dedos se transformasen hasta adoptar la forma de la cabeza de uno de ellos. Aunque, parecían tajos demasiado profundos como para haberlos provocado una salamandra. Además tampoco sentía la comezón que típicamente se asociaba al contacto con los pequeños anfibios debido a las sustancias urticantes que recubrían su piel.

Cayó en la cuenta entonces de que si se trataba de la mordedura de un animal no tenía sentido que las heridas que habían provocado los dientes sólo afectarán al envés de la mano. Pensar en una nutria desdentada, con dos únicos incisivos al modo de las liebres le hizo sonreír y alejar de su mente lo ocurrido. Se tumbó al sol sobre la verde hierba de la orilla y se concedió un descanso antes de regresar al trabajo.

La pendiente se pronunció a medida que se acercaba al pequeño valle que guardaba el molino. Y procuró despejarse dejando que el aire lamiese sus mejillas. El sendero discurría medio escondido por entre un bosque de abedules que comenzaban a despuntar las primeras hojas anunciando la primavera. Medio enlodado por las últimas lluvias el firme estaba resbaladizo y debía prestar su atención al lugar donde decidía apoyar los pies si no quería terminar por revolcarse en el barro.

La aceña ya era antigua cuando su padre se había hecho con ella, y parecía haber soportado el paso de los años con la dignidad de los bloques de granito que la conformaban, anunciando su vejez a través de los múltiples líquenes y musgos que entretejían un delicado mosaico sobre la piedra almohada. De planta rectangular, mientras una de las fachadas laterales se apoyaba en tierra firme, la otra descansaba sobre la presa que había cortado al río su paso amansándolo, de modo que gran parte de la estructura se sujetaba por unos pilares de enormes bloques graníticos que se clavaban en el lecho del río permitiendo así el paso del agua a través de las palas de las tres muelas. Había sido construida allá donde la orilla parecía ganarle un trecho al ancho del río permitiendo así un acceso a la puerta principal, lugar donde los carros cargados con sacos de grano esperaban el recibimiento del harinado molinero.

Tras abrir el pesado portalón de madera de roble con la enorme llave de hierro se entretuvo descerrando todas las ventanas del recinto. En las tres que miraban río abajo dejó pasar el tiempo contemplando el ir y venir de la primera pareja de patos del año que se cortejaba en la mejana que al paso de las crecidas había ido formándose tras el canal del molino debido al cambio en la dirección de la corriente

de agua. La luz mostraba a esa manera suya las partículas de harina y polvo que revoloteaban agitadas por el paso del hombre, desdibujando el entarimado elevado sobre el que descansaba el utillaje de cada muela. Abrió entonces la puerta que en uno de los lados permitía el acceso al dique de piedras amontonadas.

La represa aparecía lamida por una lengua de agua revuelta y espumosa de unos quince metros de ancho, dejando a la vista a ambos lados unos pasos del muro que obligaba al río a amansarse ensanchando su cauce natural. Rompiendo las líneas de corriente podían distinguirse las tres compuertas de las que se servía para controlar el paso de agua a través del canal permitiendo que un mayor o menor volumen de agua se viese o no forzado a detenerse en el obstáculo artificial. Orgulloso e hinchado con las aguas del deshielo el río bajaba claro y frío, con un nivel un tanto mayor del habitual por esas fechas. Pronto sería posible ver a los salmones luchar contra la obra del hombre intentando vencer el salto de agua para remontar el río hasta su nacimiento a fin de reproducirse allá donde el agua es lo más pura posible. El molinero esperaba con ansia ese momento del año pues adoraba sentarse en algún pedrusco y contemplar los denodados esfuerzos de los veloces peces para alcanzar la tabla de agua mansa que discurría plácida diez palmos más alta.

Desde la superficie se elevaban columnas de vapor allá donde los remolinos favorecían la evaporación y el río parecía respirar al compás del hombre. Pequeños caénidos pugnaban por liberar su muda sobre la película superficial del agua lo bastante rápido como para no ser pasto de las truchas, los diminutos insectos blanquinegros alcanzaban su madurez con el único objeto de reproducirse muriendo al cabo de pocas horas, él admiraba el arrojo con el que aquellos bichillos de delicadas alas semitransparentes luchaban por elevarse hasta una rama donde el sol secase y endureciese su cuerpecillo para poder así revolotear cortejándose en un baile a ras de agua que en muchas ocasiones traía consigo convertirse en el alimento de un pez o de un patilargo zapatero.

El disco solar aparecía ya sobre el horizonte y el calor de la mañana iría acompasando el aumento de la fiebre. Un fuerte retortijón le anudó las tripas y echándose las manos al estómago dejó escapar un gemido. Tardó unos instantes en ganar las fuerzas como para regresar al molino, media docena de pasos lo separaban de la puerta, sin embargo, la distancia pareció agrandarse hasta que la hoja de la puerta no semejó mayor que uno de aquellos caénidos.

Se oyeron voces y alguien gritó, llamándole. La obligación se antepuso al malestar y con grandes esfuerzos el molinero logró llegar hasta aquellos que lo aguardaban. Perfilado por la luz contra la puerta aparecía un paisano con la boina apretujada en las manos. Bajo y delgado como una espiga, de su ropa parecía sobrarle la mitad del corte que el sastre hizo, destacando sobre el cuello abierto de la camisa la cuarteada piel del cuello y el rostro. Bajo la marca que el sol de las tardes trabajando

al aire libre había dejado en la frente delineando la gorra, se distinguían unos plácidos ojos castaño oscuro que contrastaban con las cejas ya encanecidas. Tras él se adivinaba un carro tirado por bueyes en el que aparecían dos sacos de tela presuntamente cargados de grano. Áspera y tensa la piel de su rostro quiso quebrarse con el gesto de disgusto que ocasionó la llegada del molinero. El ademán de los ojos quiso ocultar el evidente desasosiego que le causó el aspecto del amigo que tantas tardes había sido su compañero de dominó. El parroquiano, preocupado, quiso preguntar por las recientes arrugas, por la palidez, por los ojos hundidos, los hombros caídos. Se conocían como todos sabían los unos de los otros en tan bucólicos lugares, sin embargo, aun en la confianza, no se atrevió, sabía, como todos sabían, que desde la pérdida de su esposa no era del agrado del molinero el usar más palabras que las justamente necesarias. Ahogó por tanto las palabras en el fondo de la garganta y se limitó a girar la cabeza mirando con dudas hacia la trasera del destartalado carro.

—Dame tres días. —Habló el molinero sin convicción.

El otro quiso decir algo, saber si podía ofrecer su amistad, saber si era grave o no la evidente dolencia, pero, el molinero se limitó a girar sobre si mismo encaminándose de nuevo hacia el interior de la aceña. Por tanto, se limitó a descargar él solo los pesados sacos y dejarlos arrimados al quicio de la puerta.

Al molinero no le gustaba ver como otros se preocupaban por él, tampoco deseaba entablar conversación, no se sentía con ánimos. De no ser por la sentida obligación hubiera decidido irse a la ribera del río para intentar dormir unas horas al naciente calor del nuevo día. Aguas abajo, justo bajo la sombra de un viejo tejo que guardaba las ruinas del cierre de una decrépita capilla abandonada le hubiera gustado marchar. Y, es que aquel escondido entre la densa vegetación guardaba para él infinitos recuerdos, más de una vez el viejo árbol sagrado había sido guardián y celoso protector de sus intentos de forjar una familia, luchando en la tierna humedad de su esposa por abrir un camino con la esperanza de una nueva vida. A ella le encantaba esperarle allí a media tarde con una fogata encendida y algo de comer arrimado a la lumbre. En el alma del molinero algo quiso quebrarse, casi se hubiera atrevido a jurar que había podido oír el chasquido, el sordo sonido del rasgarse de un pantalón viejo. Probablemente debido a la debilidad que su estado le provocaba el cabizbajo molinero sentía que la melancolía jugaba a asustarle con los recuerdos más hermosos de su vida intentando mostrarle cuanto tuvo y perdió, hurgando en la herida, abriendo la carne con una aguja al rojo vivo, regocijándose, esparciendo sal sobre la llaga. Y, la cabeza pareció querer desencajarse, y, la conciencia se ocultó tras un velo blanco, tosió.

Tosió, carraspeó, se echó las manos a la garganta, de la comisura de los labios una sutil línea bermellón quiso abrirse camino, una primera gota de rojo vivo buscó su camino entreteniéndose por entre los pelos de la descuidada barba. Sintió sobre la

lengua el metálico sabor tibio y volvió a toser. Esta vez, un sinfín de pequeñas gotas escarlata trazaron un sinfín de parábolas y buscaron refugio a los pies del molinero. Sus ojos descubrieron el color oscuro de la sangre sobre las piedras del suelo, quiso asustarse, pero le faltaba el ánimo. Podía resultar más cómodo, tranquilizador el negarse a sí mismo que no estaba enfermo, pero, cuando tales pruebas surgían reivindicando el verdadero sentido de la existencia de la dolencia debía dejar que su voluntad se doblegase permitiendo que el dolor lo dominase. Sintió entonces el querer quebrarse de los tobillos y echó mano a los arcones que bajo las muelas recogían la harina para afianzarse. Quiso buscar asiento en el borde de la madera sobada. Sintió frío, un frío que chirrió recorriendo su espina dorsal, una leve corriente de aire que titubeó, ascendiendo desde la primera de las vértebras hasta la base del cuello, tembló, los dientes crujieron apretándose las mandíbulas. Recordó aquella ocasión en la que siendo niño, jugando sobre el río recién helado por los fríos del invierno, el suelo bajo sus pies se resquebrajó y el agua, gélida, lo abrazó. Respirar resultaba casi imposible, como si los pulmones se hubiesen congelado. Los ojos giraron en sus órbitas, el reflejo del nistagmo escondió las pupilas, el frío se intensificó. Del mismo modo que una tenia se abriga en el laberinto de los intestinos esa frialdad recorrió la médula de sus huesos.

Allí donde las había visto por la mañana parecían aguardarle, se sentía desganado, reconocía, sin embargo, que no podía dejar que la extraña enfermedad lo venciese. Del bolsillo de su pantalón sacó la pequeña navaja que siempre llevaba consigo y con mimo cortó y guardó en la boina un par de docenas de las diminutas setas. Se sentó entonces y dejó los ojos cerrados en un intento por tomarse un descanso, el día había sido duro y el trabajo había hecho a un lado la enfermedad permitiendo que ahora esta se aferrase con más fuerza a su huésped.

Un grito que sin duda nacía de la garganta de una mujer deshizo la paz, un alarido lejano, uno de esos que aún con sólo vocales parecen imposibles de transcribir. No era desde luego un hito normal en su rutina, y la curiosidad propia de un pueblo tan pequeño lo animó a buscar la explicación. Desde poco antes de llegar a la última curva del camino pudo oír el murmullo ininteligible de las voces de sus vecinos, al abrigo del sendero robado al bosque y a las tierras de labor se adivinaba el primer grupúsculo de casas, *do Santo, Corredoira, da Cruz*, como un pueblo en el interior del propio pueblo, los dos últimos incluso compartían la era. Los lugareños, apretujadas las boinas entre las manos, presas las faldas en dedos agarrotados iban y venían con cara de consternación. El molinero no podía saber lo ocurrido por los movimientos sin pauta de sus vecinos, pero, tuvo la corazonada de que el establo anejo a la casa *do Santo* era el origen de la conmoción. Y, fijó sus ojos en la agazapada techumbre del cobertizo, anexo al muro sur de la casa, que era servidumbre del ganado, no recordaba que los *do Santo*, tuvieran vacas, sin embargo, presintió que aquel revuelo tenía que ver con algún animal.

A medida que se acercaba, el rumor de las voces pareció querer tener sentido y por entre las luces sombrías de la tarde escuchó frases que hablaban de imposibles y de lo nunca visto. Una mujer salió por la puerta principal de la casa tapándose la boca con un vuelo levantado del mandil. El repiqueteo de los zuecos se intensificó en sus oídos y la cabeza comenzó a palpitarle con fuerza, sintió ahogarse en su malestar, cada uno de los sonidos del ambiente quiso buscar su propio eco en el interior de su cabeza. A su vez, de la triste y desvencijada puerta de madera del establo surgió con el cuello encogido y la barbilla rozando el pecho el dueño de la casa, Pepe *do Santo*, no pudo adivinar su gesto por tener aquel el rostro vuelto hacia el suelo, sin embargo, la pregunta se descubrió por entre los recovecos de su cerebro,

(¿qué *carallo* habrá sucedido?, ¿qué es…?).

Surgieron las preguntas, pero, no llegó a formularlas en voz alta.

Se acercaba y a pesar de los ojos que le saludaron, nadie le dirigió la palabra, así como si cada cual pretendiese ser el único frente a la humilde casucha, lo que, cómo no, agradeció infinitamente. En cuanto no le faltaban más allá de diez pasos para llegarse hasta la entrada del establo el hedor se hizo notar, un desagradable olor de escatológicas consideraciones que penetraba por sus fosas nasales queriéndose

instalar en su garganta. Se acordó de cuando ayudaba a su madre tiempo atrás en los días de matanza, bajaba con ella al río para limpiar las tripas del marrano recién sacrificado, tripas que saladas podían aguantar meses antes de decidirse a consumirlas, tanto en aquel entonces como en los días presentes nada podía desaprovecharse, la comida era demasiado escasa. El desagradable deje a metano reimpresionó en su cerebro la imagen de los intestinos del animal siendo estirados y vueltos del envés para asegurarse de no dejar restos de excrementos.

Los perros habían descubierto el olor a muerte en el aire, se le habían adelantado, anunciando su acierto con múltiples ladridos lastimeros que más parecían aullidos callados. Sólo cuando estuvo al borde de las jambas de la entrada percibió a su vez el tufo de la carne recién abierta, de la sangre caliente, el inconfundible olor cálido del cadáver recién destripado. Pepe, apoyado en la pared de la casa se limitaba a negar una y otra vez con la cabeza sin fijar la mirada en lugar alguno, de su mujer se ocupaban otras, lamiendo al tiempo la desgracia ajena, procurando el consuelo también. Nadie le dijo nada, se limitó a entrar.

Los ojos hubieron de acostumbrarse a la oscuridad, sólo una pequeña rendija entre dos piedras dejaba pasar la luz, a fin de cuentas ningún animal se había quejado de falta de ventanas en un establo. Su cerebro fue asimilando la peste del ambiente y nuevos olores lo abofetearon, la paja pisada, húmeda, a medio fermentar, de la gorrinera quiso hacerse un hueco en su nariz. Los contornos difusos reverberaban haciéndose indistintos al fondo oscuro, entornó los ojos. Repartidos por la estancia descubrió tres bultos amorfos, tardó un tanto en darse cuenta de lo que eran, de lo que parecían ser, quizá de lo que pretendían haber sido.

(¿Pero, qué demonios…?).

Semejaba como si hubiesen sido desollados, o más bien como si los hubiesen vuelto de dentro a fuera, como un calcetín viejo. Desde luego no tenía demasiado sentido, pero, así lo parecía. De cada uno de los montones de deshechos se elevaba un mortecino vapor. Cada cual podía plantearse sus propias dudas, sin embargo, un hecho único era innegable, en la casa *do Santo* había sido día de matanza, o al menos algo parecido (en todo caso, sin duda, matanza).

Escabechina, degolladero, riza, quizá matanza no era la palabra adecuada.

De cada marrano se adivinaban las piezas de carne entremezcladas con los menudos, a medio despellejar la carne se mantenía milagrosamente unida por hebras de músculo desgarrado y correas de piel tensa. Y lo que hubiera supuesto las reservas de todo un año y unos pequeños ingresos por cada uno de los jamones se veía desperdiciado por entre hebras de paja. Era una desgracia, peor aún, no era una desgracia natural, y entre tanta superstición eso podía significar mucho más que algo de hambre y miseria. Mientras los perros ladraban, las primeras moscas de la estación bendecían su suerte zumbando ansiosas sobre los hediondos despojos. Quién se

atrevería a aprovechar una carne sacrificada de ese modo, no es que los habitantes de las montañas gallegas tuvieran que seguir algún tipo de rito *kosher*, simplemente había cosas que podían pasarse y otras que no, un poco de moho en un pan cocido de viejo, o una carne algo pasada no suponían un problema pero aquello, aquello era algo muy distinto.

Hubiese preferido no hacerlo, no lo deseaba, y, a su pesar, no podía dejar de mirar el mayor de los cadáveres, observó sin desearlo como astillas de las costillas quebradas relucían bañadas en sangre sobresaliendo sobre la carne dejándose teñir de un macabro color tinto. Siguió la línea de lo que hubo de ser la espina dorsal descubriendo por entre los bultos de las vértebras gajos del lomo, encontraron sus ojos las extremidades, rotos los huesos, y sobre lo que parecían las pezuñas de las manos, apoyada en un giro sin sentido la cabeza del animal con el cráneo hendido y jirones de cuero colgando sin orden. De las cuencas de los ojos los humores vítreos translucían cambiando allá por donde se habían ido escurriendo dando un tono distinto al color de la carne. Las largas líneas de dientes aparecían descaradamente blancas, montándose los colmillos en un absurdo ademán agresivo que sin lugar a dudas estaba fuera de lugar. No quería seguir mirando, sentía un cosquilleo que recorría la piel de sus antebrazos erizándole el vello, la inoportuna sensación de que uno se ha equivocado de lugar y de momento.

Al barullo de los perros, acompañados por la escotada noche que preparaba su venida, quisieron responder desde la lejanía los lobos allá en los oteros que rodeaban el pueblo desde las cimas que encerraban el valle por el que discurría el río en el que el molinero se ganaba el pan. Oportunos como siempre los mejores cazadores de los bosques se ilusionaban ante el posible festín, probablemente lo único que los retenía ya entre los bosques era el olor a hombre.

El molinero seguía hipnotizado mirando absorto la carnicería que le rodeaba, una mano cautelosa se posó en su hombro, no se asustó, se limitó a girar su cabeza, lentamente, como despegándose de una de esas desagradables tiras adhesivas para atrapar insectos. Era uno de los vecinos, le invitó con los ojos a salir. Entendió que querían hablarle. Aunque no supo adivinar el motivo, a fin de cuentas, todos sabían que nada quería tener que ver con persona alguna del pueblo. Sobre las copas de los árboles el ocaso prendía velas que incendiaban el horizonte con tonos naranjas, sus ojos se conmocionaron por la claridad. A unos metros de la casa un corro con los cabezas de familia del pueblo discutía acaloradamente, no pudo distinguir entre ellos al dueño de los gorrinos muertos. Palabras sueltas llegaban a sus oídos y no hizo mucho por comprender sobre qué hablaban o qué querían de él, en su mente la imagen del tenebroso establo seguía buscando toda su atención. Desde la lejanía de su propia abstracción pudo entender que el pueblo se disponía a hacer una colecta para la familia *do Santo*, no le preocupaba demasiado. Se limitó a asentir queriendo

dar por sentado que aquel era el camino más lógico y echó a andar dejando al grupo tras de sí y buscando el sendero que corría por el pueblo, deseaba llegar a casa y pensar en lo que acababa de ver.

No había dado más que un par de pasos cuando una necesidad de inexplicable origen surgió en su pecho, debía volver, algo no cuadraba. Giró sobre si mismo y desando el camino, dejó al grupo de hombres que seguían alborotando a un lado, se dirigió con el paso fijo hacia el establo, sentía como si llevase una cuerda a la cintura de cuyo cabo alguien tirase con fuerza suficiente como para obligarle a moverse en esa dirección.

Todo parecía igual que momentos antes.

Se maldijo por haberse dejado llevar.

Debía regresar a casa, buscar un trozo de tocino y freír las senderuelas. Aquello carecía de sentido, y lo sabía, eso era lo peor de todo, lo sabía. En su fuero interno un cosquilleo incómodo azuzaba la necesidad de echar un nuevo vistazo al establo, como si hubiese perdido algo y lo buscase aquí y allá desordenadamente. Una vez de nuevo en el interior de la pestilente estancia intentó ver lo que antes no había visto, percibir lo que antes no había percibido, pero, obviamente nada había cambiado y difícil era encontrar algo que significase una diferencia cuando todo el diorama que ante él se presentaba era de por sí suficientemente estrambótico. Cómo, se preguntó, juzgar algo de lo que no tengo conocimiento. Sin embargo no logró convencerse, algo más allá de la pura extravagancia intrínseca a semejante carnicería estaba fuera de lugar, algo sobraba o algo faltaba, no supo el qué, en todo caso le resultó extrañamente familiar.

Dio media vuelta y buscó la salida.

La mayoría de los vecinos quedaron atrás, el pequeño tranco del camino de vuelta esperaba su andar cansino y decaído, la boina ahuecada con los hongos se mecía con el vaivén de los pasos al compás de los brazos, fue sintiéndose mejor con cada paso. La humilde casa del molinero no estaba lejos, se distinguía por encima del *valado* que rodeaba el grupo de casas de las tres familias, con un escaso bosque ralo entremedias, hasta el comienzo del muro de una vara escasa de alto que rodeaba la casa del molinero. Sin embargo, pudo permitirse dejar que el tiempo se escurriese al tanto que las mortecinas luces del día, pensando en el trabajo, echando cuentas de tales o cuales sacos de grano, ya que debía tomar el pequeño sendero entreverado entre las tres casas hasta el camino principal, desandar un trecho en sentido al molino, y luego recorrer el más pequeño sendero desde el primario hasta su propia casa. Con tan diáfanos pensamientos llegó al fin hasta su hogar, el suave calor y la familiar estancia sirvieron para reconfortarle.

El grueso olor del tocino haciéndose al fuego lento comenzaba a llenar el ambiente y sus tripas quisieron encogerse aquejadas por su enfermedad, no se dejó

llevar y venciendo una vez más la desgana acomodó las senderuelas y unos nabos troceados en la grasa fundente. A un lado del fuego tendió un par de rebanadas de pan y las dejó tostar. La estancia aparecía decorada por las sombras de las llamas, o se olvidó o no quiso encender el candil, quizá porque en la penumbra del hogar se sentía un tanto más aislado, o quizá porque de ese modo la habitación no le parecía un enorme espacio vacío. La fiebre aparecería pronto con rabia, y lo sabía, los últimos días había resultado la puntual compañera para su cita con las sábanas de modo que intentó convencerse a sí mismo de que la comida le haría sentirse mejor y de que esa noche su estado mejoraría. Sólo por si acaso no era cierto se levantó del taburete arrimado al calor y buscó en las alacenas una botella de aguardiente, en un vaso sucio que descansaba olvidado sobre la mesa se sirvió una ración generosa que bebió de un trago, volvió a llenar el vaso y regresó al asiento mientras hurgaba en los bolsillos en pos de tabaco. Fumó, bebió y no quiso pensar mientras la leña crujía, las setas se doraban y el pan se tostaba. No cenó con agua como acostumbraba, esta vez dejó que el alcohol regase cada bocado y de ese modo el dolor en el pecho pareció una simple molestia, la tos tuvo que agazaparse en los rincones de su garganta y la fiebre no pudo por más que lo intentó hacerse notar.

Seguramente el tratamiento no hubiese sido del agrado de médico alguno, pero, qué importancia podía tener cuando en aquel valle perdido entre montañas lo más parecido a un doctor en medicina era el descuidado veterinario con sempiterna barba de tres días y pelo revuelto que muy de vez en cuando acudía a echar un vistazo a las vacas del *Pazo de Lema*. Se fue atontando y la modorra hizo presa de él, una sutil sensación de levedad le hizo sentirse ajeno. A los efectos del destilado todo parecía encajar mostrando su futilidad. Su mente divagó y quiso entretenerse buscando un sentido a lo ocurrido por la tarde. Quizá, pensó, los cerdos habían intentado comerse los unos a los otros, pero, cómo podía ser entonces que aún herido uno de ellos no hubiese sobrevivido, o cómo podía ser entonces que los tres gorrinos apareciesen casi por completo despellejados, y de no ser así podrían haberse automutilado en un arrebato de locura. Las venas de la frente comenzaron a palpitar y un dolor sordo hizo presa de su cabeza, sintió los sesos apretujarse, revolverse.

Ni se molestó en cambiarse, se echó a dormir vestido y se aseguró de dejarse a mano la botella de orujo no fuera a escaparse sin su permiso. Al tender la cabeza en la almohada sin ahuecar buscó en su memoria queriendo asegurarse apacibles sueños para esa noche. Atontado, su mente divagaba por entre los recuerdos mientras el sopor inducido por el fuerte licor iba privándolo de conciencia.

Soñó, más bien padeció, las pesadillas corroyeron su noche.

El bosque estaba oscuro, noche de luna nueva, nubes cubriendo las estrellas y el frío de la helada limándole los huesos. Venus, o como lo hubiesen llamado los druidas celtas, *Merra*, el lucero, se escondía en la cópula del cielo y la tierra,

desvanecido su brillo ostentoso de la tarde ya fallecida.

No reconoció el lugar, los robles acompañaban a los abedules y los castaños en el ulular del viento, y en el recodo que un grupo de alisos dibujaban sobre una mata de zarzas un perro indefinible mordisqueaba un hueso. Animal sin raza aparente, medio pastor medio lobo, medio engendro, tiñoso, tan avanzada la enfermedad que en la escasa luz podía distinguir los parches de piel sin pelo, anillos carmesí de piel escamosa inflamada. Las patas traseras tensas, vibrando, las delanteras haciendo presa en el hueso, las mandíbulas se abrían y cerraban compulsivamente intentado que los dientes ensartaran el desecho, hincando los colmillos en la fisura que la insistencia había abierto, buscando histéricamente quebrar el periostio, tronchar el hueso, y sin duda lamer el tejido medular. Los ojos eran cristales pulidos de azufre, piedras inflamables, que semejaban arder con llamas convulsas de brillos añilados. El chucho giró sobre si mismo, lo buscó con sus ojos miopes y venteó el aire. De la quijada surgieron espumarajos que brillaron a la escasa luz, los ojos refulgieron incomprensiblemente en la escasa luz, con un furibundo brillo ambarino. Inmensos goterones de baba jabonosa mezclada con gargajos espesos pendían de los colmillos, palpitantes.

Rabia.

El vello de los antebrazos se le erizó, y una fría corriente eléctrica le atravesó la columna vertebral como un relámpago de tarde de verano.

Inconscientemente buscó una vía de escape…

…rabioso, está rabioso…

…miró a ambos lados, sabía que en el bosque el animal tenía las de ganar, necesitaba un refugio, quizá un arma, algo contundente…

…rabia.

El día se presentaba duro y ni sus ánimos ni sus ansias de trabajo eran las necesarias (no se podía decir que la noche hubiese sido apacible). De la mayor de las cerchas ya había montado las poleas y la muela central fue levantada. Cada rueda de molino contaba con dos muelas de granito, de aproximadamente vara y media de diámetro, por tanto, suficientemente pesadas como para el día en que tocaba abujardarlas supusiera una jornada de inagotable esfuerzo aun a pesar de ayudarse de un ingenioso sistema de roldanas.

Con el uso, la superficie de las piedras iba puliéndose poco a poco, por lo que se hacía necesario, con ayuda de puntero y martillo, o bien de un pequeño pico de cantero el picarlas de tanto en tanto. No sólo para mantener la aspereza necesaria para moler el grano, sino también para ahondar los canales que radialmente dibujaban la piedra y que permitían el que la harina terminase en el cedazo. Era, ante todo, monotonía, un continuo golpear que acababa aturdiendo, en más de una ocasión hubo de detenerse para advertir como sin intención había dejado de picar según el ordenado patrón espiral que aseguraba que toda la superficie quedase bien trabajada. Se detuvo un instante, tomo aire, y decidió que era mejor descansar por un momento, fumar un cigarro y echar un vistazo al trabajo de las otras dos muelas.

Tras un rato sentado en la presa contemplando el río se sintió con ánimos para volver a trabajar, la fiebre no parecía demasiado empeñada en amargarle el día y el general malestar se hacía soportable. Encorvado sobre la muela comenzó a picar sistemáticamente, como un autómata.

El martillo cayó sobre la desmochada cabeza del puntero, este se hincó en la piedra y de la herida en el granito surgió una arena de cuarzo en mala hora y dirección. Sintió el ojo derecho estremecerse, oyó incluso el impacto de la china en el húmedo tejido. El brazo, se había quedado a medio recorrido en su ascenso en virtud de un nuevo golpe, la mano, estrujaba el mango de madera y el aullido de dolor surgió de lo más profundo de su garganta. Como una aguja al rojo vivo la agonía atravesó el globo ocular hasta el cogote dejando en su camino un rastro de fuego candente. Las fuerzas le fallaron y se derrumbó sin orden o concierto soltando las herramientas y golpeándose el codo con el armazón de tablones que rodeaba la muela. Se echó las manos al rostro y luchó con el dolor maldiciendo con toda la extensión de su vocabulario, juró por lo escrito y lo que estaba por escribir. Se revolvió, gritando mil improperios y les auguró el peor de los futuros a todos los descendientes del inocente bloque de granito que había parido aquella muela.

Tras un tiempo que no pudo determinar fue capaz de levantarse y con paso vacilante llegarse hasta la presa. No se atrevió a abrir el ojo y con la mano cubría los párpados aplicando una suave presión que parecía aliviarle. Acuclillado en una de las piedras del dique acertó a ahuecar las manos y echarse agua a la cara, intentando calmar el sordo dolor que hacía palpitar el globo ocular como el vientre preñado que

se mueve con las patadas de un hijo no deseado. Tan sólo capaz de mantenerlo entreabierto intentó adivinar el daño en la ya calmada superficie del agua, al menos veía, todo aparecía cubierto de un manto borroso, pero, veía, no había perdido el ojo. En el reflejo del menisco descubrió que parte de la conjuntiva había perdido su color blanco, tornada al rojo por la rotura de algún capilar. La mancha bermellón se extendía desde la comisura de los párpados hasta el iris, al que bordeaba de forma irregular. El dolor parecía ahora un tanto distante, y no podía dejar de agradecer el no haberse quedado tuerto. Lio un cigarro con manos temblorosas e intentó calmarse.

Pocas veces su padre o él mismo se habían atrevido a cerrar el molino un día laborable, ya no por deseo personal, sino por lo que pudiesen pensar los vecinos. Sin embargo, aquella mañana, los portalones de madera de roble se asentaron en sus pernos mucho antes de lo habitual, aún no rasgaba el sol su clímax cuando el molinero ya se dirigía a orilla de río hacia la vieja ermita. En su camino la tristeza iba horadándole el alma, haciéndose un hueco en su fuero interno, cubriendo con una podredumbre infecciosa los rincones de su corazón, y cuando alcanzó a sentarse bajo la sombra de su querido tejo las lágrimas bañaban ya sus mejillas.

La tarde llegó, y el molinero seguía llorando, mirando al río y preguntándose el porqué de cuanto sucedía, a qué tanto cúmulo de desgracias. La fiebre, el dolor que se extendía por sus músculos, el molesto palpitar del ojo, todo formaba ahora un segundo plano carente de importancia, la tristeza se bastaba para hundir en la depresión al antaño vital hombre lleno de esperanzas y sueños. Nadie podía darle repuesta a sus preguntas, y así mismo sólo él podía hacerle frente a cuanto dolor se había instaurado en su corazón. Quiso tener la certeza de que sí rezaba y pedía ayuda a Dios quizá encontraría el alivio que tanto necesitaba, pero, Dios no se había dignado a ayudarle cuando velaba a su moribunda esposa, Dios ni siquiera se había molestado en dejarle un hijo con el que compartir la falta de Carmen. El río podía parecer indiferente, pero, siempre estaba allí donde y cuando él lo necesitaba. El molinero contempló las aguas, iguales y distintas a cada instante, y de haber sabido de los filósofos griegos probablemente habría estado de acuerdo con más de uno en cuanto a la naturaleza de las cosas, pero, no sabía. Ignoraba un mundo, sin embargo, conocía muy bien los rastros de las liebres, las zonas de puesta de las truchas, las plantas que calmaban la infección o los recodos del río en los que se podía sorprender a un pato. Y, precisamente la simple complejidad del mundo que tanto quería era lo que le permitía seguir adelante aún en el trance en el que se encontraba, pronto llegarían los salmones y en un par de semanas los atardeceres se engalanarían con el canto de los ruiseñores, la certeza de tales eventos asentaba su mundo, y lo inmutable que de ellos se desprendía ayudaba al molinero a tener fe.

En las aguas a su frente las truchas comenzaron a cebarse rompiendo aquí y allá la superficie del agua, pequeñas efímeras se dejaban llevar por la corriente con las

alas erguidas como un diminuto jabeque de poca obra viva, algunas remontaban el vuelo a tiempo, otras no tan afortunadas terminaban en las fauces de los ágiles peces. La eclosión de los delicados insectos atrajo su atención y mientras un petirrojo cantaba como aprobando la decisión el hombre se puso en pie para encaminarse al molino y coger su caña de avellano, días antes había atado unas nuevas moscas con las plumas de un gallo acerado, había comprado el pollo en una feria de un pueblo cercano dos domingos antes, más por la calidad de las plumas que por la necesidad de la carne, y ese atardecer parecía presentarse como la oportunidad perfecta para comprobar si sus nuevas moscas artificiales se parecían tanto como pensaba a las naturales. Ni el malestar era excesivo ni la pena acusada, la idea de meterse en el río y dejar pasar el resto de la tarde intentando convencer a las truchas de que el atado de plumas e hilo era uno más de los batidos eclosionando era de lo más atrayente.

Cuando al fin se llegó de nuevo hasta la sombra del tejo, la suerte parecía sonreírle, la eclosión no había perdido intensidad y las pintonas seguían poniéndose las botas. En su orilla un pequeño claro rodeaba el tejo y los restos de la ermita, en la contraria, sin embargo, la maleza nacía a pie de río, decidió por tanto que la mejor solución era meterse en el agua unos metros más abajo e intentar sorprender a las truchas por la espalda. Así el molinero con el agua por las rodillas estudió las suaves corrientes que ante él se extendían. Con la caña bajo el brazo y el anzuelo engalanado prendido del puño de la camisa se lio un cigarro sin apenas apartar la vista del agua. A medio terminar el pitillo ya había decidido su estrategia, a unos diez pies a la vera de unas ondulantes algas prendidas en un canto, un bello ejemplar cercano al kilo subía regularmente en cuanto algún bétido descendía por el tramo de corriente que correspondía a sus dominios. Estudió los derroteros del agua y creyó haber descubierto todos y cada uno de los pequeños remolinos. Se deshizo de la colilla y con la mayor suavidad de la que fue capaz dejó caer con gracia su imitación, un codo por delante de donde el pez aleteaba contracorriente atento a la llegada de nuevos insectos. El artificial derivó manteniéndose a flote, gracias a la grasa con la que el molinero la había impregnado. Podía ver a la trucha, moviéndose apenas unas pulgadas a izquierda y derecha, estudiando lo que la corriente traía. Cerca de su imitación cayó una de las naturales atolondrada, y cuando ambas entraron en la ventana visual de la trucha, esta no lo dudó, subió disparada con la bocaza abierta y atrapó el insecto con un pequeño chapoteo. No se desanimó, por el contrario una sonrisa le iluminó la cara, una oponente espabilada era siempre de agradecer. Levantó con cuidado la liña, se llevó la mosca a las manos y sopló con fuerza, secándola para asegurarse de que flotaría, siempre mirando a su presa.

El pulgar derecho acarició la empuñadura de corcho y la sonrisa del molinero se ensanchó, ya nada parecía estar mal. La caña la había hecho él mismo, tal y como le había enseñado aquel escocés loco que había conocido en la capital de joven, tiras de

avellano cortadas en una sección triangular que luego se unían refundiendo la médula de la madera, él mismo había elegido el alcornoque que había de proveer el puño, y él mismo había barnizado con aceite de linaza la línea que aquel mismo escocés que le había hablado sobre la pesca con mosca seca hacía ya tantos años le había regalado.

Tensó la muñeca, la noble madera de la caña vibró y con un elegante gesto la línea de seda se extendió con suavidad para que el tramo final de tripa de gato posara la mosca con suavidad casi en el mismo lugar que la vez anterior, cuidó que las vueltas de la línea no fueran arrastradas por la corriente para evitar que hiciesen dragar su imitación. La mosca derivó de nuevo y en esta ocasión la trucha la tomó confiada, la lucha duró hasta que el sol empezó a recostarse en su camino hacia las últimas horas del día. Era un bello ejemplar, y en pago a su sacrificio la devolvió al agua con cariño. Siguió pescando, por supuesto, y de la media docena de truchas que engañó, tan sólo mató dos de mediano tamaño, suficientes para la cena de esa noche. Por otra parte, si se trataba de asegurarse algo de comer, pescar a mano era mucho más efectivo. Pescar con mosca era sólo un modo de jugar con la naturaleza, con el río y con las truchas, un enrevesado ajedrez que le suponía uno de sus mayores placeres.

Recordó entonces cómo había trabajado todo un mes en el techo de la casa del escocés, allá en la capital, de balde, a cambio de que aquel loco borrachín se hiciese enviar un carrete desde el país de la Reina Victoria y para que le enseñase a pescar con mosca en las enormes aguas del río Miño.

—Ese demonio pelirrojo sólo estaba sereno si había truchas y ríos de por medio. —Y sonrió.

Todas sus penurias parecieron difuminarse con el recuerdo de aquellas tardes en las que aprendió a lanzar en el jardín del montañés, Mc leod con un vaso de su adorado *whisky* de Caledonia, maldiciendo en alto porque aquel brebaje era lo único que sabían hacer bien los escoceses y porque aquel gallego tenía más oportunidades de estrangularse que de engañar a una pintona. Maldecía intentando explicarle al que sería molinero que lanzar la suave línea era cosa de maña y no de ser bruto. En la mayoría de las ocasiones juraba en inglés con el característico acento de vocales abiertas de los norteños, por lo que el molinero sólo podía adivinar lo que su maestro opinaba de su estilo por el inconfundible tono, eso sí, en cuanto bebía un nuevo trago se explayaba en prolijas explicaciones adornadas por el curioso deje en su mediocre castellano de cómo la línea debía evolucionar en el aire a fin de posarse suavemente en el agua.

Los recuerdos de su juventud, aún lejano el momento de la pérdida de su esposa le llevaron de buen humor hacia su casa. En lugar de tomar el camino usual decidió ir por los bosques que rodeaban el *Pazo de Lema,* y así limpiar las truchas en un arroyo que conocía donde también podía recoger algo de menta con la que aderezarlas.

Hincada la rodilla en la arena y dando cuenta de las entrañas de los peces le sorprendió el rumor de unos pasos por encima del ligero barullo de la corriente. No deseaba ser visto, pues tampoco deseaba hablar con nadie, su humor y su estado físico parecían haber mejorado en las últimas horas, tanto que incluso el sordo dolor del ojo y la incomodidad de tener que mantenerlo entrecerrado habían pasado a un segundo plano. No se molestó en ocultarse, pero mantuvo la esperanza de que fuera quien fuese pasase de largo sin percatarse de su presencia.

El pequeño arroyo, o *rego de Silvela,* discurría entre vegas y sotos como afluente menor del río en el que el molino hincaba sus palas. Allá donde se encontraba el molinero la orilla se labraba en un bosque de robles mientras que la opuesta cobijaba una pradería que hacía las veces de pastizal para las vacas de los Corredoira. Más de una vez el molinero había recibido en pago a su trabajo leche de las vacas que rumiaban en esa pradera.

La vio aparecer haciendo aspavientos, murmurando y apaleando con la vara que usaba de báculo los escasos helechos que surgían aquí y allá entre la hierba. Vestida de negro con la amplia falda clásica y el paño arrugado sobre el cuello la mujer caminaba sin rumbo mirando el suelo con atención. Maruja, *Maruxa, Maruxiña*, la *meiga*, el pelo azabache comido por las canas sin ser vieja y la piel sonrosada embadurnada de cenicientos *mechonca* sin estar enferma, anciana antes de tiempo, desdichada sin merecerlo, apenas le doblaba la edad y, sin embargo, parecía tener cien años más que el hombre que se arrodillaba en el riachuelo. El molinero no sabía si en verdad era bruja o no, tan sólo los maledicientes comentarios de los lugareños parecían afirmar tal cosa, sí sabía que la mujer tenía conocimiento de las plantas, los hongos, los insectos y de cómo preparar bálsamos o curar una pierna rota, bruja o no, y a pesar de cuanto dijeran de ella las gentes del pueblo, antes o después terminaban por pagarle una visita cuando alguna enfermedad se presentaba.

Sesenta años después, en Galicia, los tejadillos de las chimeneas seguirían adornándose con conos de piedra a fin de prender las faldas de las brujas que pretendiesen colarse a través del hogar, más de medio siglo después se trata de una costumbre, pero, en aquel entonces tales eran las creencias de la gente. Y, Maruja, bruja o no, se había ganado la fama de *meiga*, y algo de oscuro debía de tener su vida cuando en su escondida cabaña aparecían secándose las pieles de ratas y serpientes.

La observó deambular por el prado, no se movió, las manos aún prendidas en los intestinos de la trucha que limpiaba. Ella se volvió y lo descubrió arrodillado al borde del agua, los separaban unos cincuenta pasos, pero el molinero pudo advertir cómo los ojos oscuros de la mujer se clavaban en los suyos en una velada amenaza, advirtiendo, déjame en paz y yo te dejaré en paz. Sin lugar a dudas la mirada se sostuvo mucho más de lo necesario. La mujer giró entonces sobre sí misma, caminó un par de pasos, se detuvo, un leve ademán indicó que iba a volverse, pero, no lo

hizo, simplemente siguió caminando. Desapareció internándose entre la maleza que crecía al borde del pastizal.

El molinero reanudó su tarea inquieto, nunca le había gustado esa mujer, quizá simplemente porque se dejaba imbuir por el sentir general, o quizá simplemente por no saber de ella más que los malsanos rumores. Se decía mucho, nada se sabía con seguridad, habían pasado los años y como toda historia, cuando ya han sido muchos quienes la han contado los detalles de la verdad son siempre roncos y difusos. Su madre la había conocido, decía que era una muchacha como otra cualquiera, quizá un poco más tímida y un tanto más inocente, incluso se podría decir que habían sido amigas, o eso le dijo al molinero, también le explicó que un día sin dar explicaciones y sin razón aparente se escapó de la casa de sus padres para no volver, meses después se supo, quizá sería mejor decir que se adivinó, se intuyó el porqué.

María, *Maruxiña da Comba*, estaba embarazada y no se conocía al padre, y ella no quería dar el nombre. Ser joven, soltera y preñada en la época era una pesadilla, por no hablar del deshonor de la familia, sus padres quisieron deshacerse de ella encerrándola en un convento, con las Salesas, allá en la capital. La muchacha se negó, robó uno de los caballos de Lema, y se marchó, quizá fue en busca de su amado y este la rechazó, quizá simplemente buscó refugio en el bosque. Fuera como fuese terminó por ser acogida por otra mujer que también había sido repudiada, Berta, bruja o no, fue sin duda la que le brindó a la desconcertada *Maruxa* un cobijo e incluso quizá un cariño que los demás le negaron, por haber cometido el error de dejarse preñar por un galán cualquiera del que nunca se supo el nombre. Rumores había, y seguiría habiendo, el bebé nació muerto y maestra y aprendiza se lo comieron en un horrendo sacrificio, o quizá lo ahogaron en el río, cierto era que nunca se supo del recién nacido. Temidas, odiadas y necesitadas a la vez, las dos mujeres eran ante todo la comidilla de las tardes de dominó y brisca, así como juego para los rumores de las mujeres mientras lavaban la ropa en el río, puede que mantuviesen relaciones impúdicas la una con la otra y por eso jamás había hombre que las rondara, puede que con quien mantenían relaciones fuese el mismísimo demonio y claro está que podían ser simplemente dos locas bien avenidas o dos mujeres tristes y asustadas. En los pueblos de Galicia los rumores vagaban de boca en boca, las habladurías contaban la historia de cada uno, y más valía llevar una vida correcta a ojos de los vecinos si uno no quería pasar mil amarguras debido al rechazo. Quizá el hecho de que de un modo u otro ofreciera un bien a la comunidad sanando de vez en cuando a los enfermos era lo único que impedía que la repudiasen aún más. Lo cual no era óbice para que cuando un par de años antes Berta dejó de ser vista la presunción de las chismosas comadres fue la de que *Maruxiña* la había matado con algún veneno para poder aprovecharse de algún oscuro secreto de brujería.

Escondida en los bosques quién podía saber cuantas mozuelas acudían a pedirle

pócimas de amor, o cuantos hombres buscaban en sus brebajes soluciones a problemas de impotencia, o cuantas mujeres la buscaban para saber si sus maridos eran o no eran fieles cuando acudían a las ferias de ganado. El molinero la entendía en parte, él mismo compartía con la *meiga* el rechazo de los vecinos, tampoco él era lo que se podía llamar un ejemplo a seguir. Y bien sabía que los rumores también se prendían de sus pantalones y que quizá el hecho de ser el único capaz de proveer al pueblo de sus necesidades de harina le permitía seguir siendo un miembro de la comunidad. El sincretismo y la mala concepción de la moralidad marcaban la época, y mientras la viuda rezaba mil rosarios por el difunto un día, al siguiente acudía a la bruja de turno para saber si el alma de su marido descansaba o no en paz.

Sin embargo, aunque compartiese con la bruja (supuesta bruja) el velado odio de los vecinos, el molinero no cuadraba con el resentimiento de aquella por la gente del pueblo. Él comprendía a su modo que su actitud, tan dispar y fuera de lo que supuestamente está preestablecido, y por tanto correcto, era el motivo del rechazo de los habitantes del *pobo* lo que por otra parte le permitía disfrutar de una mayor soledad. Mientras que *Maruxa, Maruxiña da Comba*, parecía autocomplacerse en alimentar un malsano resquemor ante la aprensión de los lugareños, una especie de amargo odio que sólo se veía endulzado cuando aquellos debían acudir en busca de los consejos y remedios de la mujer, reconociendo implícitamente su necesidad. En tanto que, por su parte, el molinero no sentía animadversión alguna por ninguno de los pueblerinos, ni siquiera por Mario, no ni siquiera por él, pues no se le podía echar en cara lo que había pasado, un padre no puede ser considerado el responsable de los errores de sus hijos, no estaría bien (menos aun si esos hijos están locos, ¿no es cierto?).

No, la bruja (supuesta bruja) tendría sus oscuros motivos, veraces o no, quizá sólo un rencor taimado y larvado que le había enquistado el alma desde la desgracia de sus amoríos, pero el molinero no tenía razones, o al menos no lo sentía así, para sentir ese resquemor, aún a pesar del rechazo de las gentes.

Ya en casa mientras las truchas se freían en abundante grasa con algo de jamón en las entrañas, no pudo apartar de su mente los ojos de la *meiga*, la mirada que le había dirigido, explícita o no la amenaza, se le había colado por la espina dorsal. En parte por el desasosiego del encuentro y en parte porque la fiebre surgía de entre el olvido de la tarde recurrió de nuevo al aguardiente. A regañadientes, puede, pero, se bebió media botella entre bocado y bocado intentando de ese modo evadir su mente.

Y, cuando el sueño comenzó a mecerle se espabiló para obligarse a continuar bebiendo al calor del fuego y emborracharse hasta tal punto que las pesadillas no pudieran acosarle esa noche.

Sin embargo, aquella noche el fuerte licor no pareció servir de mucho, y una desagradable amialgia martirizó cada uno de los músculos de su cuerpo, tensándolos

y retorciéndolos, acalambrándolos y soltándolos después como el cabo que rompe por la tensión y culebrea nervioso en cubierta. La fiebre no quiso hacer caso y le obligó a sudar, lo destempló, y terminó tiritando al lado del fuego, empeñándose en echar tronco tras tronco al hogar sin que las llamas lo calentaran.

Era sábado, el tercero del mes, y como tal tocaba cocer. No siempre lo hacía de un modo regular, sin embargo, y a pesar del malestar y la desagradable noche llegó a la conclusión de que el mantenerse atareado le ayudaría a dejar a un lado sus pesares. No le gustaba hacer pan, ya tenía que tragar bastante harina a diario como para dedicarle al fruto del trigo su tiempo libre, lo que en verdad deseaba era marcharse al río, a pescar, o simplemente a descansar en la orilla. Pero, el trabajo era una lacra demasiado arraigada, el pasar el tiempo ocioso era el mayor de los pecados, y de nada servía cuanto uno pudiese obtener en la vida si no había sido fruto del sudor y el sufrimiento, así se veían las cosas en la Galicia del primer cuarto de siglo, y aun siendo el molinero singular entre los suyos había ciertas cosas que la tradición marcaba a fuego en la personalidad. En ese como en muchos otros aspectos las más crudas ideologías cristianas de siglos antes seguían implantadas en una tierra rural donde el paso del tiempo no significaba reconocer los errores del pasado. Así pues, al levantarse, fue al pozo a por agua que tendió sobre los rescoldos del hogar para que se calentase, y de una de las alacenas de la cocina sacó, envuelto en una hoja de col, guardado en un cuenco, el fermento, un pedazo de masa del anterior día de horno, que, como era lógico, había permitido que las levaduras fermentasen la mezcla de agua, harina y sal, y sin el cual la nueva masa en lugar de estar lista en un par de horas, tardaría todo el día en subir.

En la mayoría de las familias se cocía cada dos domingos, sin embargo, él lo hacía cada cuatro semanas porque su familia era tan sólo de un miembro, y lo hacía los sábados porque de ese modo el domingo era así un verdadero día de descanso. La aceña, por tanto, abría tarde la mañana del tercer sábado de cada mes. Lo que, como tantas otras cosas del molinero, los convecinos no veían con buenos ojos.

Al amor de la lumbre pasó por el cedazo tres medidas de harina, espolvoreó sal gorda y añadió gentil el agua caliente, poca en principio, al tiento, según lo iba pidiendo la harina, en cuanto el polvo tomó consistencia desmenuzó el fermento y continuó amasando, como lo había hecho su madre, y su abuela antes que esta, como lo debiera hacer Carmen. La harina era mezcla de trigo y centeno, el trigo recio y oscuro, de un pardo cobrizo quemado al sol, fuerte y de hondo sabor, de una clase que sólo las verdes montañas norteñas sabían dar, el centeno, aceitunado y grueso, de un gusto recio y cálido, amarroso. Así, cocida en horno de leña y con bollos del tamaño apropiado la mezcla de harinas daba lugar a un pan de fuerte y agradable sabor que se conservaba sin añejarse por semanas y que como era lógico suponía piedra angular de la alimentación de los gallegos del interior.

Cuando la masa tomó correa la alisó, espolvoreó harina sobre ella, marcó una cruz con un cuchillo y la tapó con un paño húmedo. Salió de la casa y se dirigió a la leñera. Mientras la masa fermentaba había que calentar el horno. Tomó un par de brazados de ramas de roble, tardaban más en consumirse que las de pino y producían

más calor. La cuestión era asegurarse de que la leña había sido cortada y puesta a secar con suficiente antelación, de ese modo ardía de manera mucho más uniforme y no desprendía tanto humo haciendo el duro trabajo un tanto menos penoso.

El horno, una entidad en sí misma, era una dependencia a parte, anexa a la fachada sur, una pequeña habitación donde la artesa que guardaba la harina y en cuya tapa se moldeaban los bollos, un par de palas y algunos trapos eran todo ornamento, a mayores y dada su inutilidad presente el molinero había aprovechado el hueco formado en la esquina tras la puerta para almacenar los escasos aperos de labranza que Carmen había necesitado, un sacho, un pequeño rastrillo para rastrojos, una horca, un par de hoces y una guadaña, todos ellos oxidados y cubiertos de mugre. El horno en sí, como no podía ser de otro modo, estaba hecho de bloques de granito, una cúpula de unos seis palmos de diámetro y unos tres de alto en la cúspide. La boca era pequeña para no dejar escapar el calor, y la puerta una simple plancha de hierro renegrido por el uso. Con yesca y ayudado del pedernal prendió una pequeña fogata en la boca, fue añadiendo más leña y haciendo que el fuego cubriese todo el cubículo. Tardó una hora en conseguir que la piedra tomase tonos blanquecinos, indicación de que la temperatura era la deseada. En ese momento ya empapado en sudor y con los brazos doloridos lo único ajeno a la faena que parecía inquietarle era su ojo derecho, al que el humo y el esfuerzo no habían sentado nada bien. Era un hombre de complexión media, fibroso y acostumbrado al trabajo, sin embargo, la debilidad que venía sufriendo entorpecía sus labores haciendo que incluso un trabajo de mujeres como el hacer el pan hubiese supuesto un esfuerzo notable. Se tomó por tanto un descanso y se dio tiempo para liarse un cigarro.

La masa, gracias al trapo mojado, no había hecho costra, y la cruz marcada había desaparecido casi por completo al haber fermentado doblando casi su tamaño, estaba lista. Sobre la artesa fue disponiendo bolas de regular tamaño espolvoreando todo con harina, todo bollos menos una torta para la cena de esa noche. Le gustaban más las tortas, pero no aguantaban tanto como los bollos, por eso nunca hacía más de una. A cada bola le correspondía un corte transversal en el centro, y sobre la torta dibujaba una velada cuadrícula, lo que impedía que al cocerse en el horno se abombasen demasiado, haciendo que se pasasen de forma regular. Mientras los pedazos de masa descansaban, añadió algo más de leña al horno, y una vez no quedaban más que los carbones, comenzó a retirar los restos de la hoguera.

Una vez el pan en el horno, fue a casa a lavarse, y a prepararse para ir al molino, sabía que tenía tiempo de sobra para poner las muelas a trabajar y regresar para recoger el pan una vez hecho.

Sin duda, lo más desagradable de la mañana fue tener que dar explicaciones a los que fueron a recoger harina o dejar grano. Ya no parte, sino toda la conjuntiva se había tornado roja, y el contraste con el vivo azul de los ojos del molinero era un

detalle que a ninguno de los lugareños que acudió aquella mañana a la vera del río se le pasó por alto. Y, era esa curiosidad malsana e inocua al tiempo la que enervaba al molinero. Quizá en otro tiempo, de haber sido criado con otra mentalidad, de haber tenido un poco más de voluntad se hubiese deshecho del molino y se habría marchado para empezar de nuevo allá donde fuese.

Cuando Pepe *do Santo*, apareció para recoger un par de arrobas de maíz que había dejado la semana anterior, el molinero quiso invitarle a tomarse un momento para charlar, no se podía decir que fuesen amigos, o que el molinero tuviese un especial interés por aquel hombre. Simplemente la curiosidad en cuanto a lo sucedido fue su aliciente.

—Ahora de poco me sirve la harina, ya no tengo marranos a los que dársela. —Comentó con la cabeza gacha. Los dos se habían sentado en uno de los arcones que acogía la harina recién trabajada de las muelas.

—Bueno, siempre puedes hacer pan, no es tan sabroso como el hecho de trigo, pero…

—¿Qué *carallo* pasó? No es natural, no tiene sentido.

—Eh… —el molinero dudó— no lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?, pero, no te preocupes, todo saldrá bien, te echaremos una mano entre todos, ya lo sabes.

—Acaso piensas que aceptar caridad me hace feliz, es la necesidad, la necesidad y el miedo al hambre. No me gusta, pero, no puedo más que resignarme.

—No es caridad, es más bien un modo de ayudarse entre vecinos, como en la cosecha, todos vamos a casa de todos y echamos una mano.

—Sabes que no es lo mismo, no es lo mismo.

El molinero no sabía que decir, o como animar al hombre, eludió la conversación afanándose con la petaca en el trabajo de liar un pitillo.

—¿Qué has hecho con los gorrinos? —inquirió.

—Los llevé al monte en el carro y los enterré echándoles un par de paladas de cal viva, Luisa quiso aprovechar la carne, pero, no me he atrevido, quién sabe de que *carallo* se murieron. A lo mejor nos pasa lo mismo si nos los comemos. No, —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro— los enterré y bien enterrados están.

Se hizo un silencio incómodo, no había mucho más que decir, y sin embargo, uno quería saber más y el otro necesitaba charlar. El molinero tosió.

—¿Sabes?, olvídate de los cuartos, cuando las cosas te vayan mejor ya me pagarás —dijo el molinero.

—Vaya, gracias…

—Nada, nada, y ahora discúlpame pero tengo que ir a sacar el pan del horno.

Se despidieron y salieron al tiempo del molino, podían haber compartido parte del camino, pero el molinero prefirió ir monte a través, por entre los bosques, para no tener que enfrascarse en una nueva conversación vacía. Ya espalda con espalda y

alejados más de veinte pasos el molinero se volvió.

—¿Qué habían comido?

—¿Qué? —gritó Pepe girando sobre sí mismo.

—Ya sabes, los cerdos, ¿qué habían comido?

—Eh, no sé, supongo que como siempre, restos de caldo, algunos nabos viejos, no estoy seguro, eso es trabajo de Luisa… ¿Por?…

—Por… Por nada… Olvídalo.

Siguieron cada uno su camino. El molinero ni siquiera sabía la razón de su pregunta, sabía que era estúpida, que lo de los gorrinos podía haber sido cualquier cosa menos una indigestión, sonrió, pero, la curiosidad le hurgaba por entre los rincones del cerebro.

Estaba a medio camino bordeando un pequeño bosque de abedules cuando una garra ardiente hizo presa en sus intestinos y los retorció como si pretendiese arrancárselos. Perdió el paso y cayó de costado sobre un tojo clavándose mil espinas. Le costaba respirar y el retortijón se intensificó, sintió la garganta estremecerse y las arcadas le hicieron convulsionarse, las espinas del arbusto buscaron su camino a través de la tela y arañaron su piel. Era como si hubiese tragado plomo derretido.

Sólo a base de fuerza de voluntad consiguió ponerse de nuevo en pie. Las piernas se negaban a sostenerle y hubo de ayudarse de una de las ramas bajas de los abedules. En vano trataba de respirar pausadamente, calmarse. La tensión en sus entrañas parecía a punto de reventarle las vísceras y la fiebre se alzó dueña y señora del cuerpo enfermo del molinero. La lengua se le pegó al paladar, pastosa y seca. Buscó a su alrededor, a no más de una docena de pasos bordeando un humedal alimentado por alguna fuente subterránea descubrió unas matas de juncos. Con ese objetivo en la mente consiguió rehacerse lo suficiente como para caminar tambaleante. No había agua en la superficie, por lo que arrancó un par de espigas de los juncos, las peló poniendo al descubierto la blanca materia esponjosa que formaba el interior y se la introdujo en la boca. La planta de por sí no guardaba agua, sin embargo, la naturaleza de su médula similar a diminutos cilindros de esponja permitía que la saliva se acumulase en la boca calmando pobremente la sed al evitar la sequedad.

Aunque consideró el pensamiento de lo más estúpido no pudo evitar recordar que como no se diese prisa el pan iba a quemarse, se propuso entonces el continuar excusado en la necesidad de terminar la hornada. Y, es que a veces los hombres en los peores momentos sólo consiguen seguir poniendo un pie delante del otro si los triunfos que esperan son asequibles. El molinero no era hombre de grandes hazañas, pero, sí consciente de sus limitaciones.

Sacar el pan del horno fue comparable a las más dignas epopeyas, con náuseas, la frente ardiendo y el ojo derecho que había decidido que aquel era el momento de clamar por lo grave de su herida. Más de un bollo acabó rodando por el suelo, y más

de una vez hubo de agacharse el molinero sufriendo por las espinas que aún trababan su piel.

El recuerdo de Carmen acudió entonces en su ayuda, sus dulces sonrisas, las suaves caricias. El molinero sabía falso aquello de que el tiempo todo lo cura, el tiempo sólo vela los recuerdos, pero, no aparta el dolor y tampoco vuelve a unir los pedazos de un corazón roto. Había perdido una esposa y un futuro, y ahora parecía que la vida quería escapársele por el mismo sumidero. Desde la muerte de su mujer su propia vida se había limitado a una monotonía estéril que le permitía levantarse cada mañana y dedicarle hermosos pensamientos a su amada cada noche. Ahora que la enfermedad había hecho mella en él, el molinero se planteaba si merecía la pena o no vivir. Nunca había contemplado la posibilidad de suicidarse, el arraigo moral era demasiado grande, y el suicidio uno de los mayores pecados. Pero, si ya había renegado de su fe cuando Dios no quiso retener a su esposa a su lado, seguía entonces siendo pecado el quitarse la vida si ya no se atenía a la religión que así lo indicaba. Quizá lo mejor era simplemente cerrar el molino, olvidarse de todo y emigrar, a América, como tantos otros, buscar fortuna, labrarse una nueva vida, encontrar una nueva mujer y dejar a un lado tantos recuerdos amargos.

Con la hambruna de la postguerra la emigración se llevaría al otro lado del océano un buen número de hombres y mujeres de los pueblos gallegos, sin embargo ya en los días del molinero eran muchos, aunque en menor medida, los que se sentían atrapados entre las montañas, viendo la vida de labriego sin más esperanzas que la de una buena cosecha como una vida sin interés o alicientes. Muchos eran, por tanto, los que a trancas y barrancas alcanzaban las ciudades costeras y en un cochambroso barco de mala muerte conseguían un pasaje con los restos de su escaso dinero para cruzar el océano con el bolsillo vacío y la cabeza llena de ilusiones. En cada pueblo se contaba la historia del pariente emigrado que poseía una gran hacienda y nadaba en la abundancia. En ocasiones era cierto, en otras los pobres desgraciados terminaban como simples parias con menos fortuna y posibilidades que en la tierra que habían abandonado, más de un gallego terminó sus días esclavizado en las selvas recogiendo goma para las mafias caucheras, otros murieron de un balazo en noches cubanas, algunos no consiguieron más fortuna que un caballo renco y gigantescas extensiones de pampa que recorrer día tras día apacentando el ganado de un hacendado, compatriota o no, y no pocos volvieron con menos aún de lo que se fueron. Aun así la semilla de la emigración había germinado en las verdes montañas erosionadas del norte español, y la planta arraigaría con fuerza hasta que con la llegada de la dictadura ya eran muchos los que se marchaban, no por elección, sino por necesidad. Sin embargo, para bien o para mal, el molinero jamás se lo había planteado hasta ese día, quizá porque hasta un tiempo antes había tenido todo cuanto deseaba.

Lo trascendental no era el punto fuerte del molinero, si divagó por unos instantes bien pudo haber sido culpa de su dolencia. Intentó centrarse y se marcó un nuevo paso, había que regresar al molino, concluir el trabajo del día y esperar que a la jornada siguiente, con tiempo para descansar, las cosas mejorasen. Cierto era que llevaba esperando que mejorasen desde el mismo instante en que empezaron a ir mal.

Apoyó la pala contra la pared del horno y se observó los dedos, con las marcas sonrosadas de las heridas, se convenció de que fuera cual fuese la causa de aquellas lesiones no podían estar relacionadas con lo que estaba sufriendo. No existía animal alguno con una ponzoña que causase semejantes efectos, y las llagas habían sanado sin presentar infección. Tenía que ser otra cosa, algo muy distinto, por otro lado, si bien era cierto que últimamente sentía sus dedos presos por una frialdad intensa, eso era algo común a las dos manos, no podía estar relacionado, además también sentía algo similar en los pies y las pantorrillas. Tenía que tratarse de una coincidencia, nada más, fuera cual fuese, la causa de su enfermedad debía ser otra muy distinta.

De donde las sacó, no lo supo, pero encontró fuerzas y se hizo camino hasta el molino para terminar el trabajo. Le llevó un buen rato más de lo usual, y necesitó de un par de paradas para tomar aliento, pero, lo logró.

Cuando la noche se adivinaba y al fuego se calentaba una sopa de cebollas silvestres, perejil, brotes de col y patatas el molinero pudo por fin descansar. Dejó la torta al amor del fuego apoyada sobre las piedras de la *lareira* para que se calentase un tanto. En el atizador ensartó cuatro gruesas lonchas de panceta y las asó contemplando como la grasa fundente caía al fuego con un leve siseo. Cenó copiosamente, con gula, no había comido en todo el día, disfrutó como un niño del pan recién hecho con las lajas calientes de tocino. Apuró la sopa, y dado que se sentía un tanto mejor se regaló uno de los cigarros que había comprado en esa feria donde se había hecho con el gallo acerado. Exhaló el humo con delectación y se reconoció a sí mismo que de poder disponer de más dinero dejaría la historia de liarse los pitillos para fumar siempre cigarros canarios. Un primo que había marchado a las américas le había contado al regreso, que mejores aún que los de las islas eran los de Cuba. Y el recuerdo le hizo pensar de nuevo en la emigración.

Era noche cerrada, una luna creciente, como una esquirla retorcida de un camafeo de plata, se engalanaba con los pomposos vestidos cenicientos de las nubes, que hurtaban la escasa luz de su reflejo, y allá en los oteros aullaban los lobos. El bosque, llenos los espacios entre árboles por la oscuridad, ofrecía su aspecto más tenebroso. La primavera sólo comenzaba y las ramas de los árboles se erguían aún desnudas contrastando su silueta contra el horizonte de azabache. Los búhos se cortejaban en la lejanía con sus lúgubres cantos mientras los murciélagos revoloteaban torpemente buscando los insectos que a su vez aleteaban queriendo arrimarse a la luz del candil que el hombre llevaba en su mano.

No supo si estaba soñando, en las últimas noches las pesadillas habían querido atormentarle y podía, simplemente, ser una más, pero, era realmente un mal sueño, debía serlo porque su pensamiento era lento, sus retinas se negaban a fijar claramente las imágenes y un nudo en el estómago anunciaba un mal por llegar. Sin embargo, todo se antojaba real, mas, si era real como al mirarse a los pies y descubrir que estaba descalzo le pareció que contemplaba dos manchas blanquecinas desde la cima de una montaña. Apoyó los dedos en la frente, sólo sudor frío, quizá no fuese entonces cosa de la fiebre, pero, entonces por qué esa pesadez, por qué todo parecía haberse ralentizado, y cómo es que sentía sus miembros como el lisiado que intenta rascarse la pierna que le han amputado la mañana anterior.

Si era un sueño resultaba demasiado real, y es que el frío de la oscura noche comenzaba a filtrarse hasta sus huesos. Si es que en verdad estaba en medio del bosque, qué estaba haciendo allí. Pensar dolía, podía sentir como al intentar razonar el cerebro rechinaba como una rueca carcomida y por más que se esforzó no logró adivinar cómo demonios había llegado hasta allí. En un gesto instintivo y que aún así le llevó una eternidad más de lo acostumbrado buscó en el bolsillo de los pantalones su petaca, no la encontró, se palpó en el pecho para hacer lo propio en la camisa. Se dio cuenta entonces de que su torso, como sus pies, estaba denudo. De cómo pudo ser que saliese en mitad de la noche a medio vestir, candil en mano, no tenía la menor idea.

Las venas del cuello comenzaron a palpitarle, y de lejos, como un espectador intrigado en las evoluciones del actor sobre el escenario descubrió el ardor de la fiebre. Le pareció entrever el destello de un relámpago, y miró al cielo para descubrir mil estrellas y unas pobres nubes esmirriadas que en buena lógica no podían cargar tormenta, y sólo al bajar la cabeza se dio cuenta de que no eran relámpagos sino su mano izquierda que temblaba convulsivamente hiriendo la noche con el haz de luz del humilde candil de apestoso aceite.

Como tantas veces en los últimos días procuró serenarse, y el esfuerzo por razonar hizo que le doliese la cabeza terriblemente. Sintió alfileres calientes prendiéndose en el interior de su cráneo y sus dientes apretados chirriaron como las

bisagras oxidadas de la puerta de una casa abandonada. Sentía el frío, sentía la fiebre, sentía el dolor, sin embargo, no era más que el reflejo de aquello que debía haber sido. El frío lo envolvía en un manto a su vez bochornoso, la fiebre se atenuaba en un suave rubor, el dolor se mecía escondido tras una simple molestia. Quizá estaba borracho, quizá el aguardiente corría desaforada por sus venas entorpeciendo sus sentidos, nublando su mente y haciendo que le resultase imposible saber qué diablos hacía en el bosque, pero, no recordaba haber acudido al consuelo del alcohol aquella noche, cómo podía ser entonces.

Quizás no era el aguardiente, quizás tampoco era la fiebre, quizás se había muerto o quizás sólo pensaba que se había muerto porque estaba demasiado borracho como para darse cuenta de su ebriedad. Quizás su enfermedad no existía más que en su cabeza y podía ser entonces que estuviese delirando. Quizás estaba en su cama empapadas las sábanas y revolcándose sobre sus propios vómitos. Quizás.

De todo aquel sinsentido el molinero sí tenía algo claro, sentarse a rumiar lo inconsciente, lo real o lo imaginario de la situación no iba a aportarle beneficio alguno y si algo había que no tolerase era dejarse llevar por la futilidad de sus propios deseos. Decidió entonces que fuera lo que fuese lo que le estaba sucediendo sólo el intentar averiguar donde se encontraba y buscar el camino de regreso podía ser de ayuda. Si era un sueño, o una pesadilla, ya llegaría el momento de despertarse, si era real lo que tendría menos sentido aún sería quedarse como un idiota en el medio de ninguna parte.

Miró al cielo, roto como un cristal astillado por las líneas quebradas de las oscuras ramas sin hojas, a su derecha sobre los brotes de un aliso descubrió la polar. Sin embargo, no tenía horizonte al que acudir en busca de montañas o diferencias en el terreno que le indicasen su lugar. Poco podía hacer entonces si aún pudiendo orientarse no era capaz de determinar que dirección escoger. La masa de árboles era allí demasiado compacta y mirase a donde mirase una sorprendente monotonía bucólica se descubría dueña y señora. No quedaba más que intentar marchar en línea recta manteniendo la esperanza de alcanzar un lugar conocido y orientarse de nuevo. Sabía que hacia el este del pueblo alejándose del valle por el que discurría su río los bosques se tupían a medida que la elevación del terreno iba aumentando. Echó un rápido vistazo al cielo y comenzó a caminar dejando la polar siempre en su hombro derecho.

En los últimos días caminar no había resultado siempre fácil, esa noche, su paso rayaba el más absurdo histrionismo. Su andar sin ritmo y torpe tan sólo seguía el compás del sincopado repiqueteo de las hojas y la maleza que sus pies alborotaban al arrastrarse. Los brazos caídos le golpeaban los costados y la peana del candil marcaba con un sordo tamborilear en su muslo el esfuerzo de cada paso. El bosque se lo tragaba en su seno oscuro, los árboles parecían cerrarse a medida que el molinero

avanzaba, las ramas se arrebujaban sobre él buscándose como siniestros amantes y los claros entre los troncos se tupían haciendo morir las escasas luces de la noche. La tímida claridad que el candil proyectaba rasgaba la negrura, hiriendo la oscuridad, haciendo que los bordes del haz semejasen, si cabe, de un negro brillante y pulido.

Era su bosque, era su lugar, y nada debía temer más que su propia inconsciencia si es que en verdad todo aquello no era un mal sueño. Sin embargo, tuvo miedo. Miedo que surgió de la base de su espina dorsal abriéndose camino a hachazos hasta su cerebro logrando que un escalofrío le tensase los músculos de la espalda y el vello de los brazos se le erizase. Primero es una inquietante inseguridad, luego un temor incierto, más tarde un indudable horror y por último un vehemente terror, pero, todo es miedo.

Los hombres temen lo que desconocen, lo que no pueden entender, pero sobre todo temen aquello que no pueden controlar. Y, el molinero desconocía el porqué, no entendía el cómo y mucho menos era dueño de la situación. Tuvo miedo, y el miedo se alimentó de las dudas del hombre, se cebó de sí mismo, porque el miedo es caníbal y no hay modo de saciarlo, pues cuanto más toma, más necesita. Así el miedo se hizo pánico cuando el molinero alzó de nuevo los ojos y ya no había polar, sólo ramas desnudas y nubes desdibujadas.

Quiso correr, quiso gritar, quiso despertar. Las piernas no le respondieron, la voz se perdió en algún lugar de su garganta y los árboles no se tornaron en los familiares bloques de piedra del hogar. La noche todo lo anegó, la tambaleante llama encerrada en el vidrio del candil quiso apagarse. Tembló, importaba acaso si por frío o por miedo. El molinero, tuvo entonces la certeza de que estaba muerto, y al instante siguiente tuvo la seguridad de que no lo estaba, pero que eso era precisamente lo que deseaba.

El murmullo llegó apagado, quizá atenuado por los mil rumores de la noche. Pero el molinero pudo escucharlo, no supo lo que era. Se quedó quieto esperando el devenir de los acontecimientos. Puede que no fuese voluntad, puede que simplemente estuviese paralizado. El leve sonido iba y venía como las olas vagas de la marea baja. A ratos parecían voces, a ratos pasos en la distancia. El molinero estaba asustado, y en ocasiones eso significa que un cambio de cualquier naturaleza puede equivocadamente imbuir la esperanza de que las tornas son para bien, simplemente porque en lo más profundo de la mente se concibe la posibilidad de que el terror que uno siente puede desaparecer si ese mutar de las cosas las convierte en algo sobre lo que se pueda en realidad ejercer influencia alguna. No hay seguridad en ello, sin embargo, si aún no se ha rebasado un cierto límite la innata fe de los seres humanos alimenta la necesidad de esa esperanza.

Prestó atención, quiso cerciorarse de que aquel sonido apagado no era producto de su imaginación. Lo cual no sirvió de ayuda pues contribuyó a tupir aún más la

estrambótica telaraña de desconcierto que había atrapado al molinero. Cómo podía delirar sobre lo que ocurría en lo que parecía ser un delirio. Si era un sueño podía excusarse en que en tal sueño la mente deseaba gastarle una pesada broma, si era realidad evidentemente algo estaba fuera de lugar pues su situación indicaba que había perdido las riendas de su raciocinio, por tanto cómo puede uno explicar que alucina si está delirando. Ya no eran alfileres sino enormes clavos los que puntilleaban sus sesos. El dolor se intensificaba, aun así él podía sentir que lo contemplaba como si se tratase de penuria ajena y no propia.

Como el loco que desesperadamente intenta dar un paso tras otro aún a pesar de que en cada ocasión se golpea contra el muro que tiene enfrente el molinero continuó caminando. Vagó por el bosque, perdido y sin aliento. De tanto en tanto el dichoso rumor hacía acto de presencia enloqueciendo al pobre hombre que se desgarraba los pies descalzos en su continuo arrastrarlos.

Y, llegó un muro, un muro de lajas de pizarra, oscuro, comido por el bosque. El musgo aparecía cubriendo las piedras, desdibujando las formas, sólo los tenues reflejos del candil le permitieron descubrir que allí, frente a él, a no más de diez pasos, se erguía con algo más de tres palmos de altura. Una vaga sensación de familiaridad se asentó en el molinero, en la oscuridad no podía estar seguro, dado además que del otro lado del muro no parecía haber nada más que bosque. Sólo él supo cuánto de su vida se dejó en el esfuerzo, pero, consiguió llegar, y a punto estuvo de no creérselo cuando, dejando a un lado el candil, al fin apoyó las manos sobre las gélidas piedras. Era un camino, un simple paso de carros en lo profundo del bosque, pero a buen seguro proveedor de un destino. Hizo memoria, sacó el mayor provecho del que se vio capaz a esa sensación de familiaridad, y aunque no habría apostado el trabajo de una mañana por ello, se logró convencer a sí mismo de que aquel enfangado camino se llegaba al pueblo desde el norte.

En ambos sentidos no se distinguía gran cosa, y si bien allí la claridad de la noche permitía distinguir más allá de media docena de pasos no era suficiente como para determinar hacia donde continuar. Pero, allí sobre el claro del camino, esta vez a su izquierda vislumbró la constelación y su estrella, la polar.

Se sintió liberado, todo había pasado ya. Echó mano de lo último de sus fuerzas y alzando una pierna se puso a caballo del muro cuando de nuevo le llegó el rumor que ahora ya tantas veces había escuchado. No le dio especial importancia, y es que ya poca podía dársele si había encontrado la forma de volver.

Los músculos ya habían comenzado a tensarse, ya el pasar al otro lado era algo más que intención y, sin embargo, se detuvo. No era frío, era mucho más, aire helado que se deslizó desde su cuello hasta su cintura, extrañamente denso, con voluntad propia. Una amante celosa que abraza convencida de que el olor que percibe en el cuerpo que es objeto de su deseo es el de otra mujer. Era un frío cínico y sarcástico,

pesado y agobiante, el molinero se sintió sofocado. El miedo hizo lo propio y se alimentó con gula de la debilidad del hombre quebrando la escasa entereza que al pobre desdichado le quedaba.

Aquel sonido se intensificó, redundó en sí mismo. O bien su origen se acercaba o bien el molinero enloquecía a pasos agigantados,

o…

o ya estaba loco y todo era producto de una mente descarriada. Sentía sus tímpanos vibrar en respuesta al desdichado rumor y dolía, la sensación era la de que una escolopendra que buscando un refugio caliente se había introducido en su oído para abrirse camino hasta el interior de su cabeza destruyendo a mordiscos cuanto encontrase a su paso. Su estómago se convulsionó, sus manos temblaron, su escroto se encogió.

Giró la cabeza, lo presentía y debía mirar aún a pesar de que no lo deseaba. Ese natural curioso de todo ser humano se esforzó por demostrar su existencia y si bien lo último que el molinero deseaba, sin saber el motivo, era conocer el origen del amorfo sonido, los músculos de su cuello por propia voluntad mantuvieron su rostro vuelto. Luces temblorosas precedieron el paso en el camino.

Eran voces humanas, o al menos eso parecían, lamentos, quejas, susurros y gritos al tiempo, desesperación y horror al unísono, auxilio y lamento confabulados, muerte. El molinero distinguió las sombras, recortadas siluetas grabadas en la superficie de la noche por las trémulas llamas de las velas. Ya no había bosque, ya no era de noche.

Era la más macabra de las procesiones de la más lacónica de las semanas santas.

Estaba aterrorizado.

Lo que se ha negado posible a lo largo de toda una vida a pesar de la ronca duda que dormita en el sótano de los pensamientos se revela en el momento oportuno para reclamar sus derechos. Y, es el peor de los horrores descubrir que aquello que nos hemos esforzado en considerar absurda engañifa a pesar de la incertidumbre se convierte en algo real y palpable. Así el moribundo sujeta la madeja maloliente de sus intestinos con manos tintas de sangre intentando colocarlos de nuevo en su abdomen desgarrado buscando convencerse de su propia supervivencia, así en las esquinas de su cerebro un sucio pensamiento proyecta en su retina la imagen de unos dedos que no son más que fríos zarcillos secos y sin vida se entrelazan con unas tripas sobre las que revolotean las moscas mientras en los ojos y la boca se adivina una expresión de sorpresa. Del mismo modo el molinero negaba una y otra vez.

(No, esto no puede ser… No tiene sentido… ¿qué…?).

Negaba, y quizás no estaba dispuesto a admitir que lo que veía era real porque si lo era podía resultar entonces que las supersticiones que desencadenaba fuesen también ciertas. Y, si eran verdad eso significaba que se moría, que su vida se escapaba y que ellos venían a anunciárselo. Porque, a fin de cuentas, ellos ya nada

tenían que perder y sus lamentos eran siempre el heraldo de la muerte, y sus quejas significaban que la vieja de la guadaña buscaba la piedra de afilar para comenzar la siega.

(No puede ser cierto, tengo que estar soñando… ¿No?).

Estaban lejos y cerca, los rostros comenzaban a distinguirse, cenicientos y putrefactos, hedía a muerto. La luz de las candelas marcaba las arrugas, contrastaba los demacrados rasgos y mostraba las sombras de las bocas que se abrían y cerraban en el canto de la eterna letanía macabra. Marchaban, batallón de muertos, un desfile marcial del más oscuro de los escuadrones, malparidos engendros diabólicos o desdichadas almas en pena, poco o nada importaba pues su mensaje era el mismo en cualquiera de los casos, muerte. Compadres de los jinetes apocalípticos, hambre, peste, guerra.

(La madre de… *A Peregrina*, es la… No puede ser…).

Y, trazó con su mano temblorosa un círculo a su alrededor, un aro imaginario que vibraba en su cintura para, según la creencia, protegerle del mal.

Y, quiso correr, buscar un roble en el que apoyarse y rezar un padrenuestro.

Y, de entre sus recuerdos reclamó el auxilio de cuantos embrujos conocidos para apartar la maldición que se avecinaba.

Su anuncio era la desdicha del molinero, y si era cierta la leyenda y los cíclopes mitológicos habían dado uno de sus ojos por conocer el futuro para descubrir que fueron engañados y que tan sólo habrían de saber la fecha de su muerte, el molinero se sintió cíclope.

Eran grises, ese gris de las cosas que parecen no tener color cuando la luz juega a desaparecer. Toscos en el andar como cojos demasiado cansados. Sus pasos sin fuerza resonaban en el abismo de la noche. Su nombre era legión, quizá no. Súcubos o no, reales o no, producto del sincretismo, de la iglesia o del miedo a la muerte de un pueblo de arraigadas leyendas o no, fuera como fuese estaban allí, cruzando ante el hombre asustado sentado en las piedras de un muro en el lindero del bosque en las gastadas montañas del norte en la tierra donde los viejos consumidos cuentan historias al calor del fuego en las noches de invierno.

Historias.

Si la muerte ha de llegar y las creencias arropan la idea de que la muerte guarda el secreto del paraíso para los bondadosos y del infierno para los malvados viene a significar que contra lo que pudiese parecer la muerte no es el último de los pasos y en los tiempos del molinero las historias que esos viejos contaban arrimados a la *lareira* hablaban de los muertos que regresan al mundo de los vivos, de las ánimas, aquellos desgraciados que no encontraron el camino y que buscan compañía para no sentirse solos en su desdicha anunciando el destino final a aquellos ante los que se presentan. Almas en pena, portadores de la nueva para aquellos que encuentran en su

camino, vínculo entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. *A Santa Compaña*, el nombre que se susurraba a los niños para que accediesen a irse a dormir por las noches, el nombre que encogía las tripas de los adolescentes cuando volvían por pasos oscuros de las fiestas de los pueblos vecinos, el nombre que los mayores no pronunciaban por miedo a ser los siguientes, el nombre que los ancianos usaban para asustar a esos mismos chiquillos que no querían irse a la cama con la caída del sol. *A Santa Compaña*, qué peor destino que verse condenado a vagar eternamente anunciando la negra llegada de la muerte.

El molinero conocía perfectamente el significado de cuanto acontecía, él había sido uno de esos zagales que escuchaban a los viejos. Ahora, ya un hombre, se sintió de nuevo niño, atemorizado por la visión. Perdido, solo, desamparado, qué otra opción le quedaba que permitir que el miedo le fundiese las entrañas. Los vio pasar, como una estatua contempla indiferente los transeúntes de la plaza.

Los rostros desvaídos e inexpresivos, los tonos cetrinos de la piel, la laxitud de las manos a medio pudrir que sostenían sin interés las velas, las ropas, sudarios que no habían terminado de corromperse como debían, todo era lúgubre y siniestro, pero, lo peor era el rechinar en sus oídos de los lamentos, cada vocal parecía limarle un poco más el cerebro, cada grito parecía atravesarle los oídos dejando un reguero de sangre. No le hicieron caso, pasaron de largo, su mal ya estaba hecho, su anuncio entendido y el horror se había colado ya en las venas del molinero, abriéndose paso hasta el pecho y reventando el corazón que latía como el de un caballo desbocado.

Uno de los anónimos rostros se volvió, y el molinero tuvo la certeza de que lo miraba. Los colgajos de piel corrupta desfiguraban la mejilla, allí donde debían haber estado los ojos sólo había dos agujeros negros. Los labios del engendro se partieron abriendo un pozo sin fondo, un grito chispeó desde lo profundo de la putrefacta garganta. El molinero perdió el aliento en el camino entre los pulmones y el esófago.

Se cayó, más bien se derrumbó.

Perdió el conocimiento.

Quedó tendido en el camino.

Todavía respiraba.

La noche lo cubrió.

El padre Bernardino era cura de pueblo, así había sido por treinta años y nada más deseaba por lo que le quedaba de vida. Nacido en Astorga el seminario lo había llevado a León y los avatares del destino y las decisiones de sus superiores habían terminado por colocarlo en la tranquila parroquia de las montañas gallegas, lo cual suponía para el panzudo sacerdote una sutil y agradecida ventaja, la cercanía le permitía sin demasiadas complicaciones visitar a su familia allá en la casona de la ribera del Órbigo una vez al año. Su vida era sencilla como casi siempre lo es la de aquellos que remedian sus penas y problemas con la fe, sus únicos sobresaltos, alguna extremaunción inesperada. Cada domingo daba misa en las cuatro capillas cercanas, yendo de un pueblo a otro en un caballo que tomaba prestado de la cuadra *dos Lema*, y durante la semana se repartía como bien podía a base de largos paseos entre las casas de los feligreses.

Rubicundo, de esos hombres que no son altos ni bajos, lo que más destacaba era su abotargado rostro sonrosado cubierto de mil capilares que bien parecían a punto de reventar, y es que el padre Bernardino sólo sucumbía ante uno de los pecados capitales, la gula, comer era para él un ritual tan sagrado como su oratoria de los domingos. Es justo admitir que en aquellos tiempos, si es que el pueblo era lo suficientemente grande como para tenerlos a todos entre sus lugareños, el párroco era junto con el cabo de la benemérita, el tonto y el borracho uno de los importantes personajes de cada villa, lo cual hacia que cada boda, bautizo o evento que conllevase la aparición del sonrosado sacerdote implicaba también un largo banquete al que siempre se las arreglaba para asistir, seis y hasta siete platos distintos preparaban azarosas las amas de casa en las cocinas de hierro. En Galicia se podía pasar hambre todo el año, pero, si había invitados de por medio tenía que dejarse bien claro que la familia disponía de recursos, nada mejor para ello que inflar a los convidados con sentadas que empezando a la caída del mediodía terminaban siempre con una sarcástica cena ligera, en la que uno no podía tener claro si era uno de los postres del almuerzo o una opulenta comida a parte.

El sol arañaba los vidrios de la sacristía y el sacerdote, ante el espejo de la antigua cómoda, se las apañaba como podía con los cuatro pelos blancos que acorralaban su calva para intentar tener un aspecto presentable para el primero de los oficios.

La iglesia, de nave única, era más bien un simple modelo, de planta rectangular y cubierta de pizarra a dos aguas, los arcos fajones de la bóveda de cañón se mantenían en pie de milagro mientras los contrafuertes parecían aguantar más por orgullo que por otra cosa. La sencilla edificación era algo así como un eslabón perdido entre el románico temprano y las construcciones de técnica lombarda. Anterior, posiblemente, a los prósperos reinados de Fernando I y Alfonso VI en los que el románico se extendió con la fuerza de un reguero de pólvora prendido a consecuencia de la reforma benedictina originada en la abadía de Cluny por el abad San Hugo.

El interior, calado, no tenía más frescos que los manchurrones de humedad que el duro invierno dejaba caprichoso año tras año. El altar era una simple mesa construida con una gran pieza rectangular de granito y el retablo tras el presbiterio, acomodado en un escaso amago de ábside, escondía más polvo y carcoma que pan de oro.

Dos pequeñas campanas de bronce coronaban el rosetón de la fachada principal, la una ronca, la otra quebrada, las dos oxidadas. Para las misas de difuntos tañían ensordeciendo a un todopoderoso circunscrito en la mandorla del modesto tímpano, sin más adorno que los signos tetramórficos de los cuatro evangelistas, el águila de san Juan, el león de san Marcos, el toro de san Lucas y el ángel de san Mateo.

Siglos después y en función de la necesaria conveniencia y comodidad se había añadido un pequeño anexo en el muro derecho a fin de constituir la diminuta sacristía, y al tiempo, apañada residencia del cura de turno.

El umbroso conjunto era sencillo y sin pretensiones.

Era una construcción humilde y nada tenía que ver con las grandes obras de Maese Mateo allá en Compostela. Allí no existía la grandiosidad de la escultura aleccionadora románica, ni tenía cabida la inspiración del bestiario árabe, de los mármoles carolingios, de la miniatura mozárabe o de ninguna otra de las consideradas fuentes formales de la arquitectura cluniacense. Era un templo acorde a las gentes del lugar. Sin embargo, para el padre Bernardino, la simple sencillez de la obra le inspiraba fervientemente, pues mientras algunos de sus compañeros de seminario debían lidiar en las ciudades con gentes de ideales, jugar en sus homilías con discursos políticos, y enfrentarse al agitado sensacionalismo social donde los anarquistas se cebaban, él pastoreaba a un rebaño humilde y temeroso de Dios al que por lo usual resultaba sencillo conducir por el recto camino.

Era un día importante, había pensado mucho en el modo de hablarles a sus feligreses. La colecta de ese domingo estaba destinada a la familia *do Santo*, el dinero habría de servir para que aquel pobre hombre pudiese comprar un par de marranos y tuviese posibilidades de no morirse de hambre con la llegada del invierno. Para el bueno del padre Bernardino la sotana implicaba mucho más que el simple hablar por los codos durante sus sermones, vivía su sacerdocio con el profundo convencimiento de que aún más importante que las misas de los domingos era ayudar a sus parroquianos. Por otra parte sentía que debía permitir que la mano de la iglesia y por tanto, indirectamente la de Dios influyesen en aquel asunto, dado que, tras la horrorosa escena con la que se había encontrado al entrar en la malhadada cuadra podía imaginar con cuanta rapidez sus ovejas habían comenzado a hablar de lobos, y eso no le gustaba. Era, sin embargo, un desagrado sincero, no se trataba de que temiese perder influencia en su rebaño si la semilla de la brujería y las supersticiones afloraba, sino más bien un cándido sentimiento paternal de mantener en ese socorrido recto camino a sus queridos feligreses.

Cierto era que a pesar de cuanta cultura su formación le había permitido adquirir jamás había visto, escuchado o leído el bonachón cura nada semejante, y negar no podía negar que poco le faltó para vomitar las filloas del desayuno en el establo *do Santo*. Pero, no estaba dispuesto a permitir que tal anomalía imbuyese en el ánimo de su parroquia extrañas creencias que bien sabía Dios se apartaban de las justas palabras que el buen Jesús dejó en su legado.

Con tales pensamientos en la cabeza y rumiando pasajes de la que sería su homilía en voz baja se encaminó al portalón de entrada, aún era temprano, pero, le gustaba ventilar la iglesia antes del oficio, por otra parte siempre había algún madrugador que aparecía pronto para confesarse antes de la misa, sonrió con un cierto aire de cinismo. Condujo por tanto su rotunda humanidad por entre los humildes bancos y permitió que las alegrías que el Señor traía con la luz del nuevo día penetrasen en la casa de Dios. Pero, no fueron floridos rayos de luz primaverales los que le iluminaron la cara al abrir las puertas.

—Pero… Pero… Hijo mío… ¿Qué te ha sucedido?… —El molinero se le cayó en los brazos balbuciendo.

El pobre desgraciado parecía un fantasma venido a menos, una sombra de sí mismo. El sacerdote, haciendo presa firme bajo las axilas lo sostenía medio en pie. Temblaba.

—Padre, —dijo entrecortadamente—, padre, la he visto…

—¿El qué, hijo, el qué?, ¿a quién? —Pero, era tarde, el hombre sucio, cubierto de arañazos y más blanco que los mantos de la virgencita que coronaba el retablo se había quedado inconsciente babeando la sotana del buen cura.

Angelina, la mujeruca que acudía cada mañana a adecentar la sacristía, preparar la comida del sacerdote y barrer la iglesia aún no había llegado y Daniel, que hubo de sustituir a aquel desgraciado sin sentido, aquel que jugaba entre los muertos. Daniel, que hacía las veces de enterrador y en especiales ocasiones de sacristán no vendría ese día pues no había celebración o funeral que lo reclamasen, Bernardino se sintió desamparado. Como pudo, más mal que bien, arrastró el inerte cuerpo maltratado del molinero hasta la sacristía y lo depositó con sumo cuidado en el camastro bajo la ventana. El molinero parecía una rama seca a punto de quebrarse y una sincera preocupación se instaló en el pecho del sacerdote. Fue a buscar agua al pozo del atrio trasero, el que daba al cementerio, al lado del manzanal. Echó el agua en una palangana y aseó al molinero. Ardía, ardía y sin embargo, un denso sudor frío le empapaba la piel. Puso especial cuidado en librar de roña los raspones y arañazos que cubrían por completo el torso del molinero, y concluida la tarea dejó un paño empapado en agua fresca sobre la frente del hombre que respiraba débilmente tumbado en la cama de la sacristía. Cuando ya se volvía para retirar el resto de los trapos y la palangana el molinero tosió, sonó como el crujido al pisar las hojas

marchitas del otoño, al pobre cura se le encogió el corazón.

El molinero no había vuelto a pisar la iglesia desde el desafortunado entierro de aquella dulce muchacha con cara de ángel y manos de mariposa que había sido su esposa. El cura había tratado, en principio, de hacer volver al redil al atormentado feligrés, pero, este siempre le respondía con humildes evasivas. Aun sin haberse dado por vencido Bernardino dejó de insistir al cabo de un par de meses, tentado por el pensamiento de que el tiempo jugaría en su favor, no había sido así, cierto era que hablaban a menudo, y podría decirse que compartían mucho más que una amistad, sin embargo el sacerdote sabía que no debía entrometer la religión en sus charlas con el molinero. Otros habían perdido a sus seres queridos y por unos instantes su fe se había quebrado, pero en el caso del molinero el cura abrigaba la certeza de que aquel día, aquella noche, el molinero no sólo enterró a su esposa, sino también su corazón y su fe.

Siempre había arrastrado sentimientos de culpa y pena por el pobre molinero. Culpa por no haber sabido ayudarle cuando más lo había necesitado, puede que incluso porque en parte era responsable de que las cosas no hubiesen ido mejor, pena por comprobar cuanto había significado la pérdida de su esposa, puede que incluso porque a él también le dolió enterrar a la pobre Carmen.

No sabía que más podía hacer, por lo que se limitó a tomar asiento al lado del lecho en un desvencijado taburete y echando mano de la Biblia que descansaba en la mesilla comenzó a leer en voz alta algunos pasajes. En esa ocasión el sentido se mostró irónico y permitió que el azar guiase los rechonchos dedos del sacerdote hasta los pasajes de Job.

El molinero tosió de nuevo, sonaba como el crujido de leños ardiendo. El cura lo observó lleno de conmiseración, revolviéndose incómodo en su asiento. La tos no cesaba y por un instante el molinero pareció salir de su trance, para volviendo el rostro abrir los ojos y fijarlos en el sacerdote.

Se le cayó la Biblia de las manos, el hombre del camastro lo miraba sin decir nada y el cura reprimía un gemido. Su ojo,

(Oh… Señor misericordioso, ¿pero qué…?).

se dio cuenta entonces del lamentable estado del ojo derecho del molinero, completamente tintado de bermellón a excepción del iris, se percató también de que el enfermo no lo miraba realmente, su vista se perdía en algún punto a la espalda del sacerdote. El molinero se derrumbó de nuevo en la cama y como es lógico en los pocos segundos que duró el episodio el cura no tuvo tiempo de adivinar que es lo que le había sucedido al ojo del molinero, su único pensamiento mientras este abrió los párpados fue el recuerdo de los viejos incunables grabados a mano que había estudiado en el seminario, las oscuras bestias diabólicas que coronaban las esquinas de las descoloridas páginas. Aquellos engendros que la mente de algún ilustrador

trastornado había parido a la luz de las velas en el *scriptorium* de a saber qué convento, también tenían los ojos rojos. Se santiguó, rebuscó entre sus ideas e intentó serenarse, seguramente había una explicación racional, o puede que la luz refractada de algún extraño modo le hubiese engañado como un charlatán de feria estafa a los niños.

Oyó pasos, era Angelina. No se entretuvo demasiado con la mujerona, explicó vagamente lo sucedido, le rogó velase al molinero y se excusó alegando que deseaba pasear un rato para despejarse antes de la llegada de los parroquianos. La mujer no le concedió excesiva importancia y limitándose a sacar de su enorme bolso de burda tela la labor de calceta tomó asiento en el taburete que hasta ese momento había crujido bajo la ingente humanidad del sacerdote y que ahora sufría lo indecible ante el peso aun mayor de la mujer. Angelina era baja, gorda como dos pacas de heno, de lelos ojos verdes y corto pelo negro ensortijado. Pero, cuanto le faltaba de bella lo tenía de buen corazón. Nada obtenía a cambio de sus tareas en la iglesia aparte de las indulgencias que el paciente Bernardino quisiera prometerle. Nada se le daría por velar al enfermo, mas, con ese deje de paciente comadre que otorgan largos años de duro trabajo y sufrimiento se dispuso a ayudar en cuanto estuviese en su mano. Con mimo cambió el paño húmedo de la frente del molinero y se enfrascó en desovillar la lana de su labor.

El padre Bernardino alcanzaba la salida cuando Mariana *da Cruz* alcanzaba la entrada. La viuda se presentaba fiel a su costumbre, y con la excusa de la confesión llenaba los oídos del cura con cuantos rumores y maledicencias había podido recolectar a lo largo de una semana de duro trabajo en las sobremesas con las comadres. Chismosa, llena de envidia y amiga de la cizaña, la enjuta mujer no era precisamente la compañía que el sacerdote deseaba, pero, el deber se impuso a los deseos personales y la acompañó complaciente al recatado confesionario que descansaba en una de las esquinas de la iglesia.

Mientras la mujer, asegurando que se mordía la lengua por no poner malas palabras en la vida de sus vecinos, hablaba por los codos sobre todo aquel que podía recordar viviese en dos leguas a la redonda. Los primeros lugareños fueron llenando la iglesia para el oficio, limpios, afeitados los hombres, peinadas las mujeres, todos ellos luciendo las humildes prendas que reservaban para las fiestas.

—…bien sabe Dios que no me gusta entrometerme en la vida de los demás, pero, padre, creo que debería hablar con ella… —Decía Mariana arropada por la media luz del confesionario—. …y su marido, líbreme el Señor de mis pecados, pero, no es un buen hombre, pasa todas las tardes en la taberna jugando al dominó y bebiendo vino…

El cura asentía de vez en cuando para que a través del oxidado enrejado de latón la mujer pudiese entender que estaba siendo atendida con toda la devoción que ella

esperaba ante sus increíbles revelaciones, sin embargo, la mente del sacerdote estaba todavía en la sacristía, con el molinero.

El tiempo pasó lentamente, demasiado pesado, espeso, como si los granos de arena fuesen gruesos en exceso para el cuello de cristal. Antes de comenzar con la misa Bernardino tuvo un instante para comprobar que el molinero seguía dormitando, con alguna tos ocasional, acompañado por Angelina, que tejía unos guantes para el menor de sus hijos. En cuanto las lecturas terminaron el sacerdote puso todo su entusiasmo y lo mejor de sus dotes oratorias para animar a los congregantes a aportar cuanto les fuese posible. Pepe *do Santo*, su mujer y los dos pequeños se refugiaban en el último de los bancos, el hombre mantenía la cabeza gacha y un rictus tenso como entena en vendaval arrugaba su rostro ruborizado.

Se pasaba por los bancos el cestillo de mimbre cuando se oyó un grito, la puerta a la derecha del altar se abrió de golpe, el molinero apareció, balbuciendo ininteligibles palabras. Su ojo herido destacaba en la lividez de su rostro como el cordero negro entre sus hermanos.

—La he visto… —gritó— …existe… la he visto. —Sus piernas hicieron un extraño y cayó al suelo sin conocimiento, un hilillo de sangre perlaba de carmín la comisura de sus labios.

Los varones de las primeras filas no comprendían lo ocurrido, pero se levantaron presurosos para auxiliar al hombre que respiraba con dificultad tendido en el frío suelo de la iglesia. El padre Bernardino, salió de su estupor cuando los del primer banco alzaban al molinero y trotó hasta la sacristía haciendo botar su enorme barriga. Allí, espatarrada como una tortuga vuelta se encontró a la pobre Angelina con su labor desperdigada intentando poner en pie su inmenso trasero.

—Se levantó de repente y salió corriendo, le avisé de que estaban con la misa, —dijo la mujer que con tanto esfuerzo como estaba haciendo empezaba a tornarse púrpura— pero no atendió a razones.

—Está bien hija mía, no te preocupes.

Los hombres entraron al molinero y ante el gesto del sacerdote lo tumbaron con cuidado. Cuando todo estuvo igual que apenas unos minutos antes y Angelina encontraba el punto que había perdido con el despertar del molinero Bernardino regresó ante su congregación y se limitó a decir que el día anterior había ido a hacer una visita al molinero, lo había encontrado muy enfermo y había decidido traerlo a la sacristía para cuidar de él. Explicó que tenía mucha fiebre y por tanto deliraba, y les encomió rezasen por su alma y su salud. Sabía de sobra que eso no detendría los chismorreos de Mariana así como tampoco pondría freno a aquellas que como ella disfrutaban dando explicación a cuanto sucedía en la comunidad echándole la culpa al primer chivo expiatorio que se les ocurriese, y suponía que la aparición del molinero en el justo momento de la colecta sería una presa fácil para la aguileña

lengua de la viuda y sus comadres. Por eso mismo dedicó unos instantes a alabar las virtudes del hombre que cuidaba del molino, sin embargo, no era fácil, el hombre al que con sana intención cristiana intentaba proteger de la maledicencia llevaba ya demasiado tiempo siendo el objeto de mil rumores. El problema era ante todo que si la maquinaria de las supersticiones y la maledicencia se ponía en marcha no había modo de pararla, el molinero gustaba de estar solo, no frecuentaba la taberna y no se le conocía mujer, lo que para muchos hubiera sido la vida ejemplar de un viudo trabajador podía ser tornado fácilmente en un arisco huraño sin amigos, que no acudía los domingos a la iglesia y no formaba una familia como era debido. Y, los cimientos ya estaban asentados, bien lo sabía el padre Bernardino, y también por ello se culpaba.

Lo único con buen fin aquel domingo fue la colecta, la familia *do Santo* disponía ahora de capital suficiente como para reemplazar los gorrinos perdidos e intentar salir adelante, esa misma tarde Pepe compraría un par de cochinos en la feria que tenía lugar en un pueblo cercano. Fue ese, por tanto, consuelo del abatido sacerdote.

Despachó con desgana las judías que Angelina le preparó y se sentó de nuevo en el mismo taburete y en el mismo sitio para leer en alto la misma Biblia, esa vez fue la historia de Noé la que veló el sueño inquieto del molinero. Y, como si de un anuncio se tratase la lluvia llegó, gruesas gotas que tejían una densa cortina de agua.

El cielo cubierto por enormes masas de nubes estratiformes descargaba paciente, los bosques brillaban en un resplandor glauco, la tierra se embarraba aún más, el río se henchía rugiendo en los rápidos.

El molinero tosió, el sacerdote lo miró preocupado. Como el papel de estraza que se arruga y se arroja a las llamas, carraspeó, tosió y algo sonó a roto en el pecho del molinero.

El primer salmón de la temporada luchaba contra la corriente en los rebufos de la presa del molino, era un hermoso macho de librea plateada. Nadó de un lado a otro, buscando el lugar que su instinto le indicaba era el más apropiado, se arrimó al borde del *caneiro* que daba al molino, allí la columna de agua perdía un par de pulgadas de altura pues al borde de la represa le faltaban unas piedras que años atrás había arrastrado una gran riada. Se dejó llevar unos segundos por la corriente, ganando distancia, tomó impulso, su potente cola se tensó rompiendo el flujo del agua, se elevó en el aire, orgulloso y poderoso, lanzando destellos con cada contracción de los músculos de su cuerpo. Algo salió mal, cayó en seco sobre las piedras de la presa.

Quebrada como los restos de la guinea que un capitán de ballenero hubiese clavado en el palo mayor para anunciar la recompensa explícita al primero de sus hombres que divisase a una ballena blanca de enormes proporciones, la luna señalaba la media noche.

El molinero despertó.

Un sádico tamborilero baqueteaba graves en el interior de su cabeza haciendo que los sesos vibrasen dolorosamente. La lengua, hinchada y seca como un cadáver dejado al sol se peleaba con el cielo del paladar por hacerse sitio. Todo aparecía borroso y la escasa luz de la vela de sebo que descansaba sobre la mesilla no sirvió más que para asustarle, nada reconocía a su alrededor.

Lenta y torpemente, como el que enhebra una aguja con un calabrote, sus cristalinos consiguieron enfocar el negro borrón que tenía ante él. Primero fueron las formas redondeadas, luego poco a poco, el contraste de colores.

—¿Padre Bernardino…? —Hablar hería la garganta del molinero, como si se hubiese tragado un pliego de papel de lija.

El sacerdote dormitaba en mala postura en la agonía del enclenque taburete, la Biblia en el regazo, abierta por las páginas del pasaje de Lázaro.

—¿Padre…? —Dijo llevándose las manos al cuello como si tal gesto fuese a aliviar la molestia.

Se tomó un instante, miró en derredor, tardó un poco, pero, reconoció la sacristía, tiempo atrás, en aquella misma habitación él y Carmen habían hablado con el padre Bernardino el día de la boda. El buen sacerdote les había explicado tras terminar la ceremonia su visión de la sagrada unión y había compartido con ellos las claves que a su entender harían su matrimonio bueno a los ojos del Señor todopoderoso y misericordioso. Recordó el molinero con cuanto escepticismo había asistido a las palabras del gordinflón, y es que en aquel momento lo único que deseaba era disfrutar de la compañía de su, ahora ya, mujer. La tímida Carmen a todo había dicho que sí y como más tarde le confesara al molinero, había deseado que las palabras del sacerdote se hubiesen prolongado por mucho más tiempo, pues, aun deseando la llegada de la noche con ansias infantiles el asunto de entregar su cuerpo virgen a un hombre, por mucho amor que sintiese, la seguía aterrorizando. Sólo con dulce ternura, paciencia e infinito cariño el molinero conseguiría borrar de la mente de su esposa cuantos prejuicios insanos y sinsentido la férrea educación católica había conseguido forjar en la cabecita atolondrada de Carmen.

Pero, esa no fue la única vez que había estado en las dependencias anexas a la iglesia, hubo otra, sin embargo, esa era mejor olvidarla, arrinconarla en ese recodo de la memoria que uno pretende velar con un gran manto de terciopelo negro. Siempre un vano intento pues precisamente tanto procura el hombre desprenderse de ciertos recuerdos que esa misma intención lo mantiene atado a ellos.

A veces lo mejor que se puede hacer con un trasto inútil es dejarlo en el camino, el problema es que siempre cabe la posibilidad de que cuando es necesario andar de nuevo el camino uno tropiece con ese maldito chisme que en una ocasión se dejó atrás. Lo mismo pasa con los más desagradables recuerdos, el más banal de los pensamientos puede de un modo u otro terminar por guiar a la memoria hasta precisamente ese momento de su vida que uno desearla olvidar.

Así le pasó al molinero.

Nevaba, no era común, era ya tarde, el invierno se moría, pero, nevaba. Año de nieves, año de bienes, decían algunos. Para bien o para mal, nevaba, y como tal los bosques se vestían de blanco, el río bajaba tomado, los caminos no eran más que lodo, y las vacas hocicaban en los pastizales para encontrar hierba bajo el manto helado. Los cuatro niños del pueblo ya no jugaban a lanzarse bolas, ya no hacían muñecos, y es que ya la esponjosa nieve no era novedad.

La iglesia aparecía cubierta a medias, podía decirse que envuelta en un encantador aire de cuento infantil, podía decirse hasta que uno prestaba atención. En el camino de entrada la nieve revuelta estaba sucia, cientos de pisadas habían convertido la inmaculada imagen del blanco recién caído en una informe masa de tierra enlodada, a parches blanquecinos y cetrinos. Los huecos entre los bancos manchados de barro, con restos de hierba y otros despojos aquí y allá. Las pobres cristaleras dejaban entrar la escasa luz que las nubes no conseguían arrebatar al sol. Envuelto en sombras, apoyado frente al altar en un par de caballetes de vieja madera a medio pudrir descansaba, como el objeto olvidado en el respiro del camino, el humilde ataúd de tablazones.

Pronto empezarían a llegar, todos, muchos incluso que no habían sido vistos en años. Un entierro era una ocasión especial, cómo podía un gallego del momento ser un miembro respetable de la comunidad si no asistía a cuantos funerales hubiese. Cada entierro significaba la oportunidad de juzgar a los vecinos, de entrever las desdichas de cada familia, de comprobar si el de la puerta de al lado llevaba el mismo traje que la vez anterior. La muerte era el mensaje que permitía los reencuentros y es que la mórbida curiosidad, el malsano querer saber y la cizañosa necesidad del llanto fingido eran las connotaciones de la afición favorita de las gentes de las montañas del norte.

Tres días antes Carmen había dejado de respirar, en un estertor ansioso se le había escapado el último hálito de vida sobre el pecho del molinero que lloró amargamente toda la noche con el cadáver de su esposa tiernamente recogido en sus brazos. Antes de molestarse en avisar a nadie, la tendió con cuidado en la cama que había sido testigo de cómo se marchitaba rápidamente la alegre muchacha, la despojó del deshecho camisón que hedía como los cementerios en los días de lluvia. Mientras, indiferentes al dolor del molinero, los medios terrenales de la muerte se adueñaban

del despojo de carne y huesos, poco a poco, iones de calcio atravesaban las membranas celulares de los músculos del cadáver permitiendo se enlazasen las fibras de actina y miosina, contrayendo los músculos. Como consecuencia, ya detenido el metabolismo, el cuerpo sin vida cobraba rigidez, en primer lugar, el rostro, contorsionado en una absurda mueca incoherente que se mofaba de la desdicha del hombre.

Fue a buscar agua, la bañó con delicadeza, en cada gesto mil caricias de un amor sincero, y no sólo el agua limpia del pozo rozó la fría piel de la esposa perdida, negras lágrimas de escondida rabia fueron cayendo allí donde el abatido molinero iba frotando con mimo el cuerpo sin vida de su mujer. La peinó, con el mismo peine de fuerte madera de tejo que él había tallado para ella tiempo atrás, recogió el moreno y largo cabello con una cinta de cáñamo como tanto le gustaba, dejando al aire el hermoso cuello. La besó dulcemente en los labios y con el envés de la mano acarició la suave mejilla, la helada piel del cadáver hizo que un escalofrío le recorriese la espina dorsal. Lloró, casi en silencio, ella se moría y una negra angustia nacía. Cogió del triste armario desvencijado el vestido que ella prefería, humilde paño de lino que tiempo atrás él le había regalado, la vistió convirtiendo cada gesto en un dulce y tierno adiós que desmenuzaba su corazón y se tumbó a su lado para abrazarla con fuerza. Hundió su rostro en el cuello del cadáver y lloró, lloró por los días pasados, por las caricias recibidas, las noches de amor, los gemidos de placer, las palabras de comprensión, las ideas compartidas, los sueños ansiados, los atardeces en el río, los dedos que revoloteaban en su pecho cada amanecer. Lloró como un niño pequeño, lloró con el sabor amargo de la hiel en el fondo de la garganta y quiso reñirle, enfadarse con ella por haberle dejado solo, por haberse ido y no haberle permitido marcharse con ella, quiso odiarla y no pudo, quiso olvidarla y fue incapaz, quiso no llorar más, pero, como las gotas del rocío en la mañana se cuelgan de las hojas de los árboles miles de lágrimas se colgaban de sus pestañas esperando su turno para deslizarse por la gélida piel del inerte cadáver, allí, donde el pecho pierde el nombre y el cuello nace. Y ya no lloró por las noches en que ella lo buscaba entre las sábanas para hacerle el amor hasta el levantar del día, lloró entonces por las mañanas que deberían llegar y no llegarían, por los paseos de dos viejos en la orilla del río que nunca darían, por los llantos en la noche de los niños que se levantarían para corretear bajo la falda de su madre y que nunca nacerían. Se durmió abrazado a ella como tantas otras veces, sólo que esta vez la respuesta a su gesto de amor era el lento endurecerse del cadáver, la rigidez naciente de los miembros, el corromperse de la carne. Ya no olía como los rosales silvestres que nacen en las solanas de los oteros, ahora apestaba como las tripas del conejo despellejado para la cena del anterior domingo.

Todo era confuso, velado por la misma inconsciencia que precede al sueño, y de

tanto en tanto, igual que en ciertas ocasiones uno se sobresalta sin razón cuando está a punto de dormirse, el molinero recuperaba el conocimiento para entrever gente de luto murmurando, un ataúd rodeado de velas, el paso del día y la noche, para oír el sarcástico rumor de las oraciones vacías, los incontables rosarios y avemarías, el falsificado llanto de las plañideras, el gemir de las ramas del bosque venteadas por el invierno.

Una intensa apatía descolorida mojaba sus sentidos, los empapaba. Se sentía lisiado, roto, quebrada el alma. Deseaba estar solo, deseaba olvidar cuanto había sucedido, si hubiese sabido en cual de las circunvoluciones de su cerebro se estaban almacenando esos días de su vida habría corrido a la leñera buscando el hacha para abrirse de un tajo el cráneo, arrancar ese pedazo de su sistema nervioso y arrojarlo a la madriguera de alguna alimaña.

Le esperaban, los dos hermanos de Carmen y un primo lejano al que no había visto desde el día de la boda. Ellos tres en la habitación del velatorio, el resto del pueblo frente a la casa. Todos le esperaban y él no quería moverse, una mano amable le palmeó el hombro y alguien que no pudo recordar más tarde lo acompañó hasta el ataúd donde los tres hombres aguardaban. Cuando salió de la casa con el peso de su esposa muerta sobre sus espaldas la poca entereza que le quedaba se escapó por algún perdido sumidero del alma. Un llanto, manso y cansado lo acompañó hasta la iglesia. La tragicómica procesión de los parientes y conocidos más cercanos terminó por dejar al matrimonio al pie del altar, él, de pie, esperando la llegada del funeral, ella, ya nada esperaba.

No fue a comer, no aceptó ninguna de las condolidas invitaciones, fuesen falsas u honestas. Se limitó a sentarse en el primero de los bancos de la izquierda y mirar absorto el sencillo cajón que encerraba toda una vida de ilusiones y esperanzas. La edad lo alcanzó aquel día, el molinero se hizo viejo esperando que aquel martirio terminase.

Como era de suponer, la gente llegó, poco a poco. Las viejas y roncas campanas tocaban a entierro anunciando la presencia de la muerte. Algunos llegaron temprano, otros puntuales, ninguno tarde. De los primeros, los hombres hicieron tiempo hablando del ganado o de las cosechas, las mujeres lloraron y alabaron las virtudes de la fallecida, con o sin verdadero convencimiento, para ellas, ese día la muerta había sido una santa en vida.

Más de uno se acercó hasta el molinero para dedicarle unas amables palabras. Muchos, de eso él estaba seguro, no lo hicieron porque en verdad sintieran el hondo penar que se iba comiendo las vísceras del molinero, tan sólo lo hicieron porque docenas de ojos observaban pretendiendo aparentar no hacerlo. En cualquier caso no hubo palabras, sinceras o no, que aliviasen al pobre viudo. Cada nueva condolencia compelía el aceptarla, lo cual a su vez obligaba al molinero a darse cuenta de qué era

lo que hacía allí. Los hombres son en la mayoría de las ocasiones importantes así de estúpidos, de tal modo la costumbre de dar el pésame fundamenta el rito social que conlleva cada funeral, independientemente de que cada palabra de conmiseración hunde un poco más en la desesperación a aquellos que se ven en el compromiso de recibirlas.

El molinero, ausente, trataba de mantener la compostura. No había mucho que decir, tampoco nada se esperaba de él. Por otra parte no estaba dispuesto a permitir que su dolor sirviese de excusa para chismorrear en las mesas de café de las comadres. Tan sólo cabía esperar, permitir que el tiempo fluyese, para bien o para mal, antes o después, todo terminaría y él mantenía la esperanza de que una vez todos se hubiesen marchado y ya nadie pretendiese mostrarle cuanto sentía lo sucedido podría dedicarle unos minutos de paz a su corazón.

El bueno del padre Bernardino, que en esos días tenía algo más de pelo y algo menos de barriga, apareció en escena, habló por unos instantes con el molinero, este no le escuchó, simplemente asintió moviendo la cabeza. La misa de difuntos comenzó. El sacerdote claramente compungido agradeció primero la presencia de tantos feligreses y poniendo en su boca palabras que jamás había dicho el molinero, agradeció en su nombre la asistencia. Sin prestar atención a lo que hubiese dictado el misal eligió para su lectura los párrafos de «El deportado» del Libro de Tobías, y en su homilía dedicó largo tiempo a repasar los tópicos mil veces manidos.

El viento soplaba mansamente, las hojas de los escasos árboles perennes mostraban el envés y las cornejas no levantaban el vuelo más allá de la techumbre de la iglesia. Inmensas extensiones de nubes estratiformes cubrían el horizonte oscureciendo el día y la nieve caía mansa sobre la hierba del manzanal donde los fantasmas esqueléticos de los manzanos eran heraldo del invierno de las montañas. Los cuatro hombres, las barbillas hundidas en el pecho, sacaban a hombros el ataúd. Los pies se trababan en el barro, los dedos querían resbalar en la madera húmeda.

El manto de nieve dejaba ver, unas si, otras no, las lápidas del cementerio. Todas tristes lajas de piedra a excepción del pequeño mausoleo *dos Lema*, los hombres apretujaban las boinas con las manos, las mujeres ataban una y otra vez las pañoletas negras con las que cubrían sus cabezas. Los portadores del cadáver caminaban despacio, ya no por el peso, sino por la desgana.

En una esquina, cerca del manzanal, la tierra aguardaba herida. La nieve, irónica, jugaba a cubrir el hueco. Un cuervo impaciente graznó desde la cruz de una tumba, donde observaba el ritual, olía a muerte y el carroñero lo sabía. Dos cuerdas esperaban al lado del montón de tierra, la pala olvidada descansaba al lado del agujero y fumando un pitillo, apoyado en el último contrafuerte de la fachada sur de la iglesia dejaba pasar el tiempo Calero, *o torto*, el enterrador. A Calero, *o torto*, la inoportuna coz de una mula testaruda lo había dejado desfigurado, medio tonto y

tuerto. Las viejas, después de la comida, mientras se buscan entre los dientes los restos de carne todavía cuentan la historia, el enterrador, que ya antes de que la pezuña de aquella mula le arrancase media cara, no era muy normal, era mozo media docena de años atrás y quiso ser hombre, no se le ocurrió mejor forma que atar al poste del almiar a la mula de carga de los Barreiros, que vivían dos casas más allá, bajarse los pantalones y probar su virilidad. Cuando lo encontraron, sangrando, con la mandíbula rota, las muelas sembradas por el suelo, el cuero cabelludo despellejado dejando adivinar el hueso y el globo ocular reventado, aullaba como un poseso sobre el cadáver de la mula, empujando una y otra vez, con las nalgas blancas reluciendo al sol y la sangre del animal empapándole los muslos desnudos. Quizá perdió el sentido, quizá no, pero, tras la coz había matado a la mula, golpeándola una y otra vez con un rastrillo, rompiéndole la mitad de los huesos y quebrándole el espinazo y al fin se cobraba su sádico precio con el cadáver. Tanto se le revolvieron los sesos con la patada del bicho que nada le quisieron reprochar, cuando sanó se limitaron a darle una pala y dejarle hacer de enterrador, o, dado el caso, echar una mano en la iglesia, lo mejor era dar por olvidado el asunto.

El molinero lo vio, entretenido, fumando, sin darle mayor importancia a lo que para él no era más que rutina. No pudo evitarlo, las enormes cicatrices que cuajaban el rostro del enterrador llamaron su atención, tres cuartos de la cabeza eran la de un joven con dos docenas de primaveras, el resto la de un engendro parecido a las gárgolas que años atrás había visto en la catedral allá en la ciudad. La mirada tuerta y vacía del enterrador se cruzó con la del molinero. Y, en esos actos estúpidos que a uno le suceden más que provocarlos en esas situaciones en las que ya no se tiene el control el molinero sacudió la cabeza a modo de saludo. *O torto*, que necesitaba que el padre Bernardino le repitiese al menos cinco veces donde quería el nicho, al menos una docena si se trataba de aprender un toque de campanas nuevo, para que le quedase claro, ni siquiera se dio cuenta. Pero, el gesto del molinero desvió su atención del camino durante, ya, demasiado tiempo, su pie derecho no hizo firme sobre el lodo, la suela no agarró, resbaló y cayó aparatosamente sobre su hombro, manchándose, salpicando pequeños terrones de tierra embarrada y oscura. Los otros tres se desequilibraron, tambaleándose como borrachos saliendo de la taberna, faltos de uno de sus puntos de apoyo perdieron asidera en el féretro y este también cayó levantando una acuosa cortina amarronada. Por una pulgada escasa no dejó cojo al molinero que viendo el desastre de reojo agradecía en el alma que los clavos de la tapa hubiesen aguantado.

Todos se santiguaron, las mujeres murmuraron, los hombres bajaron los ojos, el sacerdote se quedó helado, vuelta la cabeza con una estúpida expresión de asombro, en tanto el molinero y sus tres compañeros se las apañaban para volver a cargar con el féretro se oyó una aguda risa histriónica. A Calero, *o torto*, le había faltado poco

para tragarse el pitillo con el susto, pero, ahora carcajeaba como una gallina lunática. Todos se quedaron en el sitio, petrificados, y el molinero se hundió un poco más en su miseria. Sólo el padre Bernardino fue capaz de reaccionar y a grandes zancadas se llegó al enterrador, lo miró muy serio, Calero, aun tonto como era intentó contener su risa, el sacerdote no le dio tiempo, le soltó un bofetón que sonó como las campanas a la una, la única de las llamadas en la que el pobre tonto nunca se equivocaba. Fue la señal para que en mayor o menor medida todos los presentes recuperasen la compostura.

Al fin, se tendieron las cuerdas al lado de la tumba, se apoyó el ataúd sobre ellas, los cuatro hombres tomaron los cabos y bajaron la caja a pulso. Una desconsolada lágrima solitaria resbalaba por la mejilla del molinero.

El padre Bernardino dijo unas palabras, obligado por la costumbre el molinero echó un puñado de tierra húmeda sobre el féretro. Los más impacientes comenzaron a marcharse, el sacerdote se quedó en pie junto al viudo y se dio cuenta de que mejor era no decir nada. En unos instantes ya sólo quedaban ellos dos y Calero, que miraba embobado el horizonte mientras se masajeaba la mejilla que el cura había abofeteado.

El sol se caía en el cielo encapotado, buscando la noche, y el sacerdote que empezaba a no sentir los dedos de los pies encomió al molinero a marcharse mientras le hacía un gesto a Calero dándole a entender que podía proceder a tapar el agujero, este tras el tiempo prudencial que necesitó para entender exactamente qué le habían querido indicar, se acercó finalmente hasta la tumba y comenzó a palear la tierra empapada y oscura del montón adyacente, sin considerar en ningún momento si su sencillo trabajo podía molestar o no al hombre que, con el rostro compungido, observaba como su vida se escondía entre los terrones sueltos que caían sobre el humilde ataúd. El molinero tardó en reaccionar, pero, tras un momento se caló la boina húmeda y echó a andar sin decir nada, sus andares, ese caminar cansino de los vagabundos que saben que nada ni nadie los espera.

La nieve seguía cayendo, el atardecer era ya pleno, y el mismo cuervo volvió a graznar, frustrado quizá al comprender que aquel cadáver quedaba ya fuera de su alcance bajo las paladas de tierra del enterrador. Camino a la sacristía el padre Bernardino se volvió para ver marchar al molinero, los hombros encogidos en el traje oscuro cubierto de manchas de barro, cada paso en un mundo distinto, la cabeza gacha, perdida la mirada en los copos de nieve que se fundían en el suelo.

El enterrador continuaba con su trabajo, los restos revueltos de su cerebro no le permitían seguir compás alguno. Estaba empapado y aunque le costaba comprender la noción del tiempo sabía, a su manera, que aún le quedaba mucho para poder terminar. La mejilla le dolía, y las manos aunque callosas comenzaban a resentirse, sin embargo, sonreía.

Era una sonrisa macabra, como la cicatriz que el ácido derramado hubiese dejado

sobre el rostro de un niño.

El molinero caminó sin rumbo o destino, vagó por donde sus piernas quisieron guiarlo, y la noche de invierno llegó para acompañarle en su luto, denigrándolo, humillándolo, haciendo que fuese consciente de las esperanzas que había perdido. En su interior algo se había quebrado y la amarga certeza de que nada podía hacer para remediarlo lo hundía en un tortuoso purgatorio en vida. Quiso aliviar su pena acudiendo a los buenos recuerdos, a los más bellos momentos que su memoria almacenaba, pero, no sirvió más que para entristecerlo aún más, cada llamada al pasado en busca de la suavidad de una caricia, la bondad de un gesto o el ánimo de una frase halagadora lo enfrentaba ante un futuro vacío y yermo que anegaba de aguas putrefactas lo más hondo de su alma.

No tenía a donde ir, y de haberlo tenido ni siquiera sabía si hubiese querido dirigirse hacia tal sitio. Quizá por eso, aun sin ser plenamente consciente de lo que hacía, acabó encontrándose en el puente de piedra aguas abajo de la aceña. El río bajaba poderoso, rugiendo en los rápidos, el agua tomada un tanto por la nieves. Y, en el rumor de la corriente quiso el molinero escuchar el llanto del amigo por sus calamidades.

Se sentía como la liebre a la que el lobo acorrala en el zarzal, sin peligro presente, pero, sin salida alguna, condenado.

La noche era fría, gélida. El molinero sentado en el puente, con los pies colgando sobre el agua, temblaba, no se daba cuenta, pero temblaba. Buscó su petaca, a punto estuvo de que se le cayera. Las trémulas manos del molinero rompieron un par antes de acertar a sacar un papel del librillo, lo dejó colgando de los labios, cogió otro, estaba atontado. Media petaca se vació sobre el río, la otra media por sus manos y más por suerte que por acierto sobre el papelillo quedaron suficientes virutas de tabaco como para liar un cigarrillo. Los dedos, torpes y a medio congelar, quisieron revolverse para enrollar el papel sobre las hojas secas, no salió bien, sólo una parte se quedó en el arrugado cilindro. Las cerillas estaban empapadas por lo que prender aquel adefesio fue imposible, tras dos intentos fallidos se lo arrancó de los labios, con rabia, llevándose de paso el otro papelillo que aún pendía de su boca. La frustración lo condujo a la histeria, lloró de nuevo, lloró porque ya nada más podía hacer. El llanto inútil que llama ansioso a la desesperación, última voluntad del reo.

Los hombres, cuando se enfrentan al infortunio son a menudo tan estúpidos como para dejarse hundir por cualquier otro desafortunado hecho. Como la gota que colma el vaso haciendo que se derrame. Así fue como el molinero se quebró esa noche sobre el puente de piedra aguas abajo del molino.

De las lágrimas que cayeron no supo el número, pero, cuando él mismo se hartó de su propio llanto decidió volver al cementerio y visitar la recién estrenada tumba de su esposa. Se sintió incomprensiblemente culpable, ella se pudría y él respiraba. Se preguntó mil veces si acaso no podía haberlo evitado y mil veces se maldijo por no

haber sabido cuidarla. Se había muerto poco a poco, consumiéndose ante sus ojos, y nada pudo hacer para cambiar el destino de la mujer que amaba, se culpaba por ello, se culpaba con una seguridad ácida que le ulceraba las entrañas.

El regreso fue una maldición descarnada, poner un pie delante del otro era una tarea titánica y sólo el estúpido convencimiento de que pasar un rato al lado de la tierra recién removida de la tumba de Carmen le haría encontrarse mejor lo animó a continuar. Estaba cansado, todos sus músculos se agarrotaban, su cuerpo quería rendirse a la hipotermia, los labios azules y cianóticos se cuarteaban y a cada metro un trozo de su alma se quedaba en el intento. Pero, tenía el convencimiento de que no había nada más que pudiese hacer, sonámbulo en la fría oscuridad de la nevada noche de invierno al fin llegó hasta el manzanal donde de chiquillo le gustaba rondar en las tardes plácidas de verano para robar un par de manzanas a espaldas del predecesor de Bernardino.

Deambulaba por entre los árboles desnudos, perdiendo el rumbo a menudo, como un pesado galeón con el timón mordido en la galerna del ochenta y siete. Un lobo aulló en los altos y sin motivo aparente el molinero se asustó, se detuvo. El viento hilaba gemidos de falsa agonía, las sombras se movían despacio con las perezosas nubes que continuaban librándose de su carga helada. Como todas las noches de los bosques era una noche hipócrita, todo parecía quietud, pero, si uno prestaba atención los oídos se le llenaban de los infinitos murmullos del bosque. Algo no estaba bien, no supo el qué, pero, fuera lo que fuese, algo andaba mal, la monotonía del bosque estaba rota, las cosas no sonaban como debían. Camuflado por entre los arrullos del viento en las ramas se oían gemidos ahogados.

Los muertos se lamentaban, algo los incomodaba.

La escasa claridad arrancaba largas sombras a las sepulturas, las cruces de piedra, las modestas lápidas, los recargados jarroncillos para las flores. Entre esas sombras una discontinuidad, una mortecina luz esparcida con desgana por una pequeña lámpara de carburo que dormitaba apoyada en la tenue capa de nieve que cubría levemente la tapia de piedra de una de las escasas tumbas en las que el dinero había sido suficiente como para esconder el lugar de descanso eterno del ser querido. Sobre la cruz, uno de los cuervos que gustaban de frecuentar el cementerio ejercía de noctámbulo, sus plumas negras como una profunda sima, destellaban a la fría luz de la lamparilla. En uno de esos gestos eléctricos tan de los pájaros escondió su pico, que tanta carne pútrida había desgarrado, bajo la siniestra de sus alas, buscando, sin duda, acabar con uno de los incómodos parásitos zancudos que se alimentaban de la sangre que corría por las venas a flor de piel del inmundo ave. Debió conseguirlo porque alzando la cabeza orgulloso graznó alborotando la noche.

Era el mismo pájaro que había asistido con desgana al entierro de la tarde. Era el cuervo de Calero, el enterrador. El año anterior mientras expoliaba los nidos para

hincharse con huevos frescos encontró al polluelo sólo y se quedó con él. Lo había cuidado con toda la atención de la que un idiota semejante era capaz, en el éxito de la educación de la emplumada bestia también había influido la experiencia, los tres anteriores se le habían muerto, uno de hambre, el otro de sed y al último se lo llevó por delante de un pisotón una noche que se emborrachó.

Calero quería a su modo a aquel cuervo, aquel bicho era su amigo, y era su secreto, nadie lo sabía, y los secretos le gustaban mucho a Calero, tenía tantos… y tan sólo los compartía con su mascota carroñera. El cuervo, Moro, para Calero, debía de intuir lo especial de aquella noche de nevada, quizá percibía que su amo estaba contento y cuando el amo estaba contento la carne siempre era de buena calidad. Graznó de nuevo. El chirriante sonido se perdió en algún lugar del manzanal.

El molinero oyó los estridentes berridos del cuervo, definitivamente algo había en la noche que no estaba en su lugar. Fuera lo que fuese, no era bueno, lo presentía, el vello de la nuca se le erizó por culpa de un escalofrío. Escuchó atento y avanzó muy despacio.

El cuervo miraba sin entender, con sus ojos de turmalina fijos en la sonrisa deformada de su amo. Atento.

Un hueco entre las nubes brindó algo de claridad a la noche.

Alguna bestia correteó por el bosque, se oyeron sus pisadas en la nieve.

El montón de tierra recién removida comenzaba a absorber el agua de los copos, convirtiéndose en pastoso y sucio lodo. Como el estandarte olvidado tras la sangre de la batalla una barra de hierro oxidado había sido clavada en el montículo, era una de esas herramientas de carpintero, uno de los extremos servía de palanca, el otro, bifurcado, como la lengua de los reptiles, era de uso para arrancar clavos por la plana cabeza. Al lado, una pala desgastada y herrumbrosa intentaba decidirse entre desplomarse o no, a medio enterrar la parte metálica, el poco peso de la tierra sobre ella parecía dudar entre ser o no suficiente como para contrabalancear la masa del pulido mango de madera de roble.

De bruces, el torso en el interior del ataúd, el abdomen apoyado en uno de los fondos, rasgándose la piel con la áspera madera, las piernas abiertas colgando, los dedos de los pies golpeteando el barro a cada envite. Manchado de tierra el vestido arrugado a la altura de los hombros, dislocada la articulación, era zarandeado con cada empujón, como una vela rota en viento racheado. Los brazos, aún bajo los efectos del rigor mortis, se mantenían todavía flexionados por el codo, con los dedos de las manos entrelazados. Las uñas, púrpura la carne, amenazaban con desprenderse al siguiente golpe. El pelo sucio y revuelto se alborotaba a cada embate, un mechón prendido en la cabeza mal asentada de un clavo que sobresalía en uno de los laterales del féretro se tensaba y destensaba, en cada ocasión abriendo un poco más una brecha en el cuero cabelludo.

La lengua enferma del enterrador recorrió los surcos de la amoratada piel de la espalda del cuerpo que comenzaba a hincharse debido a la putrefacción, a su paso dejaba un reluciente hilo de baba translúcida. Calero irguió la cabeza haciendo fuerza con los brazos en los laterales del ataúd, donde tenía apoyadas las manos, empujó con la cadera, gemía como las ratas recién paridas. Su deforme cara, en el ademán de una lunática sonrisa brillaba al resplandor de la fría luz de la lamparilla de carburo, húmeda por la nieve y su propio sudor ácido y maloliente. El rubor acentuaba la amorfía de su rostro cuajado de surcos y valles de piel cuarteada. Su ojo sano saltaba en la órbita, como los de la comadreja que encuentra el hueco en la valla del gallinero. Sus piernas desnudas, entre las del cadáver, se tensaban hincando los pies en la enlodada tierra. El desordenado matojo de pelos que cubría los restos de su cabeza que no estaban cosidos por las cicatrices se revolvía con cada empellón. Jadeaba como un perro cansado, su aliento infecto se condensaba en la noche helada formando pequeñas volutas de una neblina enferma.

Manteniendo un precario equilibrio, soltó su mano derecha y buscó uno de los pechos del cadáver de la mujer, la recorrió desde la cintura hasta la primera curva del seno, lo cubrió con su mano callosa, lo apretó con fuerza, con los dedos índice y pulgar pellizcó salvajemente el pezón clavando las uñas mugrientas en la areola. Los músculos de la muñeca y el antebrazo se tensaron, la carne se desgarró con un sonido sordo y desafinado, se lo llevó a los labios y lo besó como el niño pequeño que besa a su madre antes de ir a acostarse, entonces, lo arrojó hacia donde el cuervo esperaba impaciente.

El pájaro alzó el vuelo meciendo con sus alas de azabache el aire frío, la pala silbó, rasgándolo. Calero, embebido en su tarea ni se dio cuenta, le alcanzó el costado rompiéndole dos costillas y abriendo una herida de un palmo. Se revolvió aullando como un cerdo mientras el largo cuchillo de matanza le atraviesa el cuello buscando el corazón. El molinero no le dio demasiado tiempo, cargó de nuevo, esta vez el brazo alzado para detener el golpe se quebró como una astilla cuando la pala impactó. Casi consiguió ponerse en pie, en el gesto, al abrir las piernas, el molinero vareó de abajo a arriba la pala, el saco genital se abrió manando sangre y restos de los testículos aplastados. El tuerto gritó mostrando su boca podrida, perdidos más de la mitad de los dientes. Cargó contra el molinero cuando este alzaba de nuevo la pala, lo cogió de lleno, propinándole un cabezazo en el pecho y haciendo que cayese de espaldas. En su mente enferma aquello fue suficiente y se volvió de nuevo buscando el cuerpo de la mujer, ansioso por continuar aún a pesar de que sus genitales destrozados regaban de sangre la nieve cuajada. Arrodillado, sus manos impacientes apartaban de nuevo las piernas de la mujer muerta cuando el molinero le acertó en la cabeza con el canto de la pala, el hueso crujió, cediendo, y el metal se hundió sin resistencia en el cerebro enfermo del enterrador.

Un par de estertores lo zarandearon ridículamente. Estaba muerto, y el molinero hubo de hacer fuerza con el pie en el hombro del loco para sacar la pala. El cuerpo se derrumbó sobre el de Carmen, llenándolo todo de sangre y restos de masa encefálica. Le dio una patada para apartarlo y se dejó caer al suelo, agotado, tratando de asimilar cuanto había sucedido. El cuervo, que se había mantenido expectante, se posó en los restos sanguinolentos de la cabeza de su amo y comenzó a picotear en el hueco que el golpe del molinero había abierto, a fin de cuentas, ese era el momento que el pajarraco había estado aguardando toda la noche. Hasta ese instante los actos del molinero no habían sido más que crudos instintos, una respuesta natural y refleja, pero, la imagen que se regodeaba en convertirse en algo más macabra a cada segundo fue suficiente para que una ciega ira se apoderase de él. Se levantó como la llama que prende en la yesca y golpeó al pájaro con la pala, el cuervo, ocupado como estaba no tuvo tiempo de reaccionar. Los restos informes y sangrantes de carne y plumas fueron a parar al manzanal. Las plumas negras se esparcían en la brisa mezclándose con los copos de nieve en una tragicómica imagen. Giró sobre sus talones y se ensañó con el cuerpo sin vida del enterrador, un golpe por cada lágrima biliosa que derramó. Una y otra vez, rompiendo todos los huesos, aplastando todos los órganos, una y otra vez hasta perder el resuello.

El padre Bernardino todavía vestía unos ridículos camisón y gorro de dormir, la cochambrosa escopeta que guardaba en su dormitorio de la sacristía colgaba de sus manos fláccidas. Una estúpida expresión de sorpresa, susto, angustia e incredulidad, todo en uno, decoraba su gordo y pálido rostro.

Alguna alimaña inmunda se movió en el manzanal, quizá una jineta había encontrado los restos del cuervo y se daba un festín. Ninguno de los dos hombres se percató de ello.

Cuando el molinero ya no pudo más su mano se abrió temblorosa y la pala ensangrentada cayó a sus pies, las piernas se flexionaron y cayó él a su vez, de rodillas, arañándose la carne de las articulaciones con las piedras sueltas del suelo a través de la tela basta del pantalón.

Alzando el rostro a la noche gritó desgarrándose el pecho mientras levantaba los brazos.

El sacerdote se acercó, sus labios se movían apresurados, rezaba sin darse cuenta un avemaría tras otra. El molinero no se enteró de la presencia del cura hasta que este le posó la mano suavemente en el hombro. La cara, los ojos del molinero, por sí mismos, prácticamente le contaron toda la historia. Sin mediar palabra el padre Bernardino apoyó la escopeta en el montón de tierra y cogiendo el cadáver del tuerto por las muñecas lo arrastró hasta la tumba abierta, el molinero lo miró asombrado. Luego comprendió, dejó de sollozar y se limpió los mocos con las sucias palmas. Al ponerse en pie cogió la pala.

Fue el molinero el que introdujo de nuevo el cadáver de la mujer en el féretro, le bajó el vestido, le atusó el pelo, colocó con un crujido los brazos en su posición original, clavó de nuevo la tapa usando la parte plana de la pata de cabra. Entre los dos hombres, sin decir una palabra devolvieron el ataúd a la tierra impaciente y el molinero cubrió el horror de aquella noche, en cada palada un suspiro de reniego e incredulidad.

Al hacer determinadas cosas las personas no son del todo conscientes de que las están haciendo, mucho menos lo son de sus consecuencias. Sin embargo, suele suceder que instantes después, enfrentados al resultado, los engranajes del raciocinio consiguen colocar cada pieza en su correspondiente escaque, lo cual, lleva a descubrir que uno no siempre se siente orgulloso de lo que acaba de hacer, incluso cuando existen motivos justificados. El molinero acababa de matar a un hombre, y la culpa lo rodeó en un abrazo amargo. Él no era hombre de excusas, poco le convencían las que bien podrían haberse llamado circunstancias atenuantes. Por eso cuando el padre Bernardino le ofreció un trago de aguardiente en la sacristía, manifiesta la clara intención de charlar por unos instantes, el molinero aceptó de buena gana mientras palmeaba la tierra de la superficie de la tumba.

Se llevaron la barra oxidada, la pala desgastada, la lámpara de carburo y la herrumbrosa escopeta, los dos hombres caminaron cabizbajos hacia la iglesia. El molinero se sentó en la cama, el sacerdote en un taburete, ambos tenían un vaso en la mano y una carga en la conciencia.

—Padre… —dijo el molinero—, padre, ¿está dormido?…

El sacerdote se despertó sobresaltado, un pelo le faltó para caerse del taburete. La imagen que ante él tomaba consistencia no ayudó a tranquilizarlo, trajo a su mente desagradables momentos. El molinero le concedió unos instantes, quizá porque adivinó las ideas que turbaban malsanamente al clérigo. Tras un momento el cura acertó a mirarle a los ojos, no sin preguntarse de nuevo qué demonios le había sucedido para que uno de ellos tuviera semejante aspecto.

—Padre Bernardino… ¿cómo es qué?, ¿qué diablos hago aquí?

—Hijo, modera tu lenguaje, no son maneras… ¿te encuentras mejor?, ¿quieres un poco de agua fresca? —Prefirió dejar las preguntas para más adelante, quería estar seguro de que el estado del molinero era el apropiado.

Así pues, antes de dejarle contestar el gordinflón ya se había levantado para acercarse a por agua hasta la jarra de porcelana astillada que descansaba en la cómoda. El molinero se sorprendió de que aquel viejo taburete no hubiese dejado escapar un suspiro de alivio, no se explicaba cómo podía seguir de una pieza. Lo cual, a su vez, hizo que se percatara de que su condición no debía ser muy mala si pensamientos tan banales e irónicos se le ocurrían en una situación tal. Le dolía todo el cuerpo, los raspones picaban, la cabeza parecía querer estallar y la noche pasada era un pastoso borrón impreso en su retina, no tenía nada claro qué es lo que en verdad había sucedido. Sin embargo, en comparación con días anteriores se concedió al menos el beneficio de la duda, probablemente se encontraba algo mejor.

Puede que porque en esa época no había otra cosa que hacer en mitad de la noche si se trataba de dos hombres y uno de ellos era un sacerdote, o puede que porque el molinero necesitaba realmente desahogarse. Los dos amigos hablaron largo y tendido, el uno hilaba las palabras con dudas y cierta timidez, el otro escuchaba con sincera consternación. Como el niño que temeroso finalmente le confiesa a un padre indulgente la última de sus trastadas.

El sacerdote coincidió con el molinero en que las heridas de la mano no podían tener relación con su enfermedad, sin atreverse a pronunciarlo en voz alta por su mente pasó una palabra, tuberculosis, pero tan malhadado vocablo no era propio del momento y el cura era perfectamente consciente de ello. Si acaso era ese el problema resultaba evidente que no merecía la pena conducir al molinero por aun más amargas cavilaciones. Le alegró saber que el lamentable estado del ojo derecho del molinero tenía una explicación de lo más razonable, a su modo de entenderlo, si otras partes del cuerpo se amoratan tras un golpe, no resultaba extraño que la conjuntiva herida adquiriese un tono semejante. Sus conocimientos de medicina no eran suficientes como para entender de los traumatismos de los diminutos capilares del globo ocular, pero, su sentido común aceptaba sin demasiada dificultad una hipótesis semejante.

De cuanto hablaron aquellas horas, sin duda alguna, un tema en especial disgustó al sacerdote. El padre Bernardino no recibió de buen agrado la mención que el

molinero hizo *Á Santa Compaña*, el cura no estaba dispuesto, bajo ningún concepto, a admitir que hubiese sido algo más que un mal sueño y mucho menos a atribuirle a la aparición las virtudes premonitorias de algún oscuro oráculo. Fue su intención desde el justo momento en el que el molinero terminó su relato convencerle de que cuanto había padecido nada tenía que ver con su muerte futura o presente, le concedió incluso que lo visto fuese real, pero, no quiso dar su brazo a torcer en el escamoso asunto de la relación entre las desdichadas almas en pena y posibles visitas a los moribundos.

—Hijo mío, no te das cuenta de que si en verdad fuesen los desdichados espíritus, Dios los tenga en su gloria, de unos cuantos desgraciados de mala vida, no serían el mensajero que el Señor misericordioso elegiría para tan desagradables nuevas. —Le dijo el sacerdote, ya un tanto amoscado, cuando el molinero insistió sobre el tema.

Allende de las cuitas de su amigo al cura le preocupaba cómo reaccionarían sus feligreses si el molinero contaba semejante versión de los hechos, por lo que le recomendó encarecidamente que no se le ocurriera mencionar tan espinoso asunto a ninguno de los lugareños. Esa era la eterna batalla del padre Bernardino, el que sus parroquianos no atribuyesen a las *meigas* o a una oscura intervención demoníaca cualquiera de los sucesos que se salían de la vida cotidiana. El cura no era ingenuo y sabía sobradamente que tras los últimos acontecimientos una, sino las dos posibilidades, rondaban las supersticiosas mentes de los lugareños, de ahí que insistiese encarecidamente.

—Ya baja el río demasiado revuelto, demasiado hijo mío, no te busques más problemas —fue el sabio consejo.

Fiel a su carácter, al molinero no le pareció en absoluto difícil complacer al sacerdote, tuviese o no tuviese razón el padre Bernardino, por propia voluntad él no tenía intención alguna de comentar lo ocurrido. Además, las palabras del abotargado cura inspiraron al molinero, quizá no del modo que aquel hubiese deseado, pero, sin duda surtieron efecto.

—Padre Bernardino, ¿le he contado lo del gallo acerado que me compré hace un par de semanas?, por cierto, estos días al amanecer se andan cebando con caénidos…

Una sonrisa cruzó la cara del sacerdote, sincera demostración de que había comprendido la sutil indirecta del molinero.

Desde aquellos primeros días tras la muerte de Carmen en los que el sacerdote desistió en su afán de convencer al molinero de que debía confiar más en los designios del buen Señor, el padre Bernardino había aprendido a buscar al molinero en sus momentos en el río. Eran esos instantes los que el molinero elegía para abrirse al cura y dejarse llevar un tanto más por los consejos y advertencias de este. En las primeras ocasiones el padre Bernardino se había limitado a acompañarlo por los caminillos de la ribera y observar fascinado como aquel cordel cortaba el aire como

un látigo, asombrado estaba de que el molinero no terminase cada jornada con la espalda como un penitente de Jueves Santo, y es que más posibilidades había visto el cura de flagelarse que de capturar una trucha con semejante estilo piscatorio.

Como era de suponer, a medida que las jornadas en el río con el molinero se fueron sucediendo el sacerdote hubo de concederle una suerte de tira y afloja en el que mientras el cura se esforzaba en hacerle entender que en nada se podía culpar por las desgraciadas circunstancias de la muerte de su esposa, el molinero aprovechaba cualquier respiro del padre Bernardino para explicarle cómo había de desenvolverse la línea en el aire, qué insectos estaban tomando las pintonas según la época del año o qué clase de avellano era el mejor para templar una buena caña.

Le costó admitirlo, pero, perdió la batalla, el molinero continuaba sin ceder terreno en cuanto al asunto de su regreso a la fe, su convencimiento en la verdad sobre la Santísima Trinidad o su creencia en la bondad de la providencia divina mientras que el candido cura perdía, salva sea la parte, corriendo valle abajo y remangándose la sotana cada vez que el molinero se acercaba a la iglesia para rogarle que le acompañase al río.

El molinero no era tan buen maestro como el borracho escocés, pero, el cura no era tan bruto como el primero, por lo que en el segundo año el sacerdote ya se manejaba decentemente por su cuenta, aunque, tuvo que aceptar que sus rechonchos dedos no eran capaces de atar un artificial de manera medio decente por lo que siempre dependía de la bondad del molinero para mantener su caja de moscas adecuadamente provista de fieles imitaciones.

Así, el amanecer sorprendió a los dos amigos buscando en la superficie del agua los delicados surcos que indicaban la actividad de los peces. Llevaban una sola caña, esa era su costumbre, turnarse en cada captura o simplemente cada cierto número de posturas, de tal modo permanecían más tiempo juntos, había así ocasión para hablar de Dios, de las truchas, del mejor lance y sobre todo para compartir el agradable silencio de la expectación cuando la mosca artificial deriva en la corriente a la espera de la pintona que emerja para tragársela.

Las horas se deslizaron mansas por el flujo del tiempo, los dos amigos hablaron, bromearon, rieron y entre tanto hicieron algún lance que otro.

Cuando ya el sol quería arañar su cénit descubrieron bajo la sombra de las ramas de un sauce cabruno que hacía equilibrios de funambulista en la orilla una hermosa trucha que subía de tanto en tanto para alimentarse de los restos de la eclosión. El molinero fumaba observando, el sacerdote se atusaba la calva en el gesto del que ha olvidado que hace tiempo que ya no tiene cabello que mesar. Se hablaron en voz baja comentando las posibilidades de tal o cual manera de presentar la imitación. Ambos absortos en la intensidad de esos momentos. Pescar a pez visto era siempre un desafío que requería implícitamente entretenerse más de lo necesario para apurar el vaso

hasta la última gota.

Mientras, *Míguelíño, o larpeiro,* corría como alma que lleva el diablo. De unos diez años, pelo negro, corto, revuelto y sucio, de tez clara y delgado como un junco. Corría, sus rodillas raspadas se levantaban acompasadamente, sus pies, enfundados en las pesadas botas de cuero, marcaban el compás. Corría, apartando con las manos las ramas que lo querían atrapar, agachándose raudo para pasar bajo los troncos retorcidos de los alisos de la ribera. El zagal corría porque le habían dicho que así lo hiciese y uno no podía decirle que no a un padre tan serio como el suyo, aún le dolía el trasero de la última zurra.

Por algo le llamaban *larpeiro,* se había comido a escondidas, sin permiso y sin compartirlo con sus hermanos el último jarro de miel que quedaba en la alacena, y a su padre le gustaba mucho el queso fresco, pero sobre todo le gustaba si lo acompañaba con miel, lo que a su padre, Domingo Corredoira, no le gustaba, eran las sorpresas. Cierto era que a Miguel por gustarle, tampoco le gustaba probar el cinturón de su padre tan a menudo, pero *Migueliño*, o *larpeiro,* era travieso, de esos niños a los que los adultos cuando hablan entre sí siempre se refieren del mismo modo: «*é bon rapaz, mais é moi fedello*». Y era cierto, era un niño con un corazón del tamaño de una hogaza de pan, pero era travieso, muy travieso. También era soñador, Miguel deseaba por encima de cualquier otra cosa escaparse de casa para ir a la ciudad y ver una pastelería, le habían contado que existían comercios en los que sólo se cocinaban dulces que luego se vendían, por eso había decidido que quería hacerse repostero, qué mejor profesión podía haber en el mundo que convertirse en pastelero, siempre rodeado de azúcar.

Su idea no era del todo acertada, pues imaginaba las pastelerías como una aberración metamórfica de la taberna de Facundo, donde su padre iba a jugar a la brisca, para Miguel, habían de ser muy parecidas, sólo que en lugar de tomar un trago de aguardiente uno pedía un trozo de tarta, sin embargo, puede que aún descubriendo su error no cambiase de parecer, lo importante para él no era el aspecto del comercio, sino la posibilidad de comer tanto dulce como desease.

Corría, como corren los galgos tras las liebres. Le hablan dicho que buscase al molinero, y todos sabían que cuando no estaba en el trabajo o en casa, el molinero andaba por el río.

—Muy bien hijo, es toda tuya, yo me voy a sentar un rato en la orilla, este agua fría me está martirizando, mis rodillas son ya demasiado viejas. —Dijo el sacerdote.

—Muy bien padre, pero, esté atento, va a ver lo que es un buen lance de costado. —Replicó el molinero sin apartar la vista del apostadero de la trucha.

—Claro hijo, no te preocupes, estaré atento. —Le respondió a su vez el padre Bernardino caminando ya hacia la ribera.

El sacerdote luchó contra la mansa corriente con sus piernas regordetas y

asiéndose al tocón de un abedul que tiempo atrás una riada había partido se encaramó a la orilla para sentarse precariamente en el borde de tierra que apoyaba contra las raíces medio levantadas del árbol. De no haber estado tan gordo el sitio hubiese sido perfecto, pero con el tamaño de su trasero media nalga derecha colgaba peligrosamente sobre el río, se lo pensó un instante, pero decidió quedarse donde estaba, era el mejor lugar para observar al molinero.

El pez subió una vez más rasgando con violencia el menisco y atrapando uno de los caénidos ya muertos que arrastraba la corriente. El molinero tensó los músculos de su mano y palpó con gusto la empuñadura de corcho, elevó el brazo derecho y soltó los lazos de línea que mantenía entre los dedos de la mano izquierda. A la altura de su hombro y en un plano paralelo al río llevó la caña hacia atrás haciendo que la inercia se transmitiera a la liña, que se desenvolvió en el aire a sus espaldas a tres cuartas del agua, adelantó entonces el antebrazo flexionando la muñeca y haciendo que la puntera describiese un preciso arco, cuando su mano se detuvo la tensión que la vara de avellano había acumulado se transmitió a su línea y la mosca artificial surcó el aire. La seda se fue posando delicadamente en el agua para entregar la imitación unas pulgadas corriente arriba de donde el pez cazaba.

Los dos amigos contuvieron la respiración sin darse cuenta. El molinero sin quitar los ojos de aquel amasijo de plumas que pretendía ser actor y el sacerdote, cuya vista ya no era la de unos años antes, intuyendo la deriva del artificial.

—¡Padre Bernardino!, ¡padre Bernardino!, —gritó Miguel en cuanto lo vio— menos mal que lo encuentro, ¿usted ha de saber por dónde anda el molinero?

La que más se asustó fue la trucha, sin duda, que en un par de segundos ya había remontado más de la mitad de la tabla donde el molinero, con el agua por la cintura, miraba con cara de idiota como su mosca se prendía en las algas que rasgaban la superficie un tanto más abajo del que había sido el apostadero de la que ya había llegado a considerar su captura.

Los gritos del chiquillo a punto estuvieron de hacer perder al cura el equilibrio y que cayese al agua, lo evitó echando la mano al tocón y en cuanto recobró la compostura viéndose de nuevo seguro en su asiento recriminó al muchacho.

—Pero, *rapaz*, ¿qué no ves que andamos pescando?, ¿a qué viene tanto grito?

El chiquillo vio entonces al molinero, que desde el centro del río lo miraba a su vez con cara de pocos amigos, y comprendió que había metido la pata. Se ruborizó compungido, agachando la cabeza, en la que, sus ahora rojas orejas, destacaban como una mosca en un vaso de leche.

—Lo siento padre Bernardino, de verdad que lo siento, no me di cuenta. —Dijo *Migueliño* con apenas un susurro mirándose los pies con aire avergonzado—. Mi padre me mandó a buscarlo a él para dar recado de que quería verlo —continuó para levantar ahora la barbilla y señalar al molinero.

—¿Y acaso pensabas que con tanto berrido habrías de encontrarlo antes?… Bueno, bueno, vamos a dejarlo… Pues… Vuelve y dile a tu padre que en cuanto nos sequemos y mudemos la ropa los dos nos acercaremos hasta la casa.

—Ah no… —Saltó rápidamente el muchacho para continuar muy vehemente— padre dijo que no me separase del molinero cuando lo encontrase, que yo y él fuésemos de inmediato, así que me quedo aquí con ustedes mientras se secan, se cambian o lo que quieran.

—Rapaz, ¿y no será?, él y yo…

—Que no padre, que vamos los tres, si marcho y les dejo ir a ustedes mi padre se saca el cinturón y luego no me puedo sentar derecho en tres días, que no, ya le dije que les espero.

—Bueno, bueno —dijo el padre Bernardino sonriendo.

Así, mientras *Migueliño, o larpeiro*, se entretenía deshaciendo una tela de araña que pendía entre las ramas de un roble, los dos amigos recogieron los aparejos y se cambiaron las ropas húmedas por las mudas que habían traído. Ya de camino, recorriendo la ribera río arriba, el sacerdote le preguntó al zagal por qué había tanta urgencia.

—Ay padre, yo no sé nada, se lo prometo. Madre andaba trajinando en la cocina, llamó a padre y después padre me dijo que fuera a buscar al molinero, pero, yo no sé nada. —Contestó el chicuelo mirando al río.

—¿Seguro?, tienes cara de saber más de lo que dices. No me mientas. —Replicó el cura fingiendo ponerse serio.

El chiquillo miró a los dos adultos repetidas veces, alternando entre uno y otro, con cara de pajarillo asustado. El padre Bernardino se esforzaba por mantenerse austeramente serio, sabedor como era, conociendo al rapaz, este habría escuchado sin permiso la conversación de los mayores y de seguro tenia una idea de que iba el asunto. El molinero, paciente, se mantenía al margen con una velada sonrisa quebrando las líneas de su rostro, lo cual resultaba una imagen que no tranquilizaba demasiado al niño, con uno de sus ojos rojos, la corta barba cenicienta y la extraña fama que arrastraba, para el chicuelo, la sonrisa de medio lado del molinero asustaba más que otra cosa. Por lo que bajando de nuevo la cabeza el rapaz comenzó a hablar.

—Yo andaba jugando a las tabas con mi hermano a la entrada de la casa y oímos a madre, que andaba en la cocina con sus cosas, gritar jurar, poniendo el nombre de Dios en vano y nos dio la risa, ya sabe usted padre que mi hermano anda todo el día riendo. A veces tengo que zoscarle para que pare, me acuerdo un día…

—Miguel…

—Eh… Bueno… Pues eso, que oímos a madre gritando y llamó a padre, cuando quisimos entrar en la cocina madre dijo que fuéramos a buscar a padre al establo y que no podíamos entrar en la cocina. Fuimos a buscar a padre y cuando entró cerró la

puerta porque madre se lo pidió…

—Y… ¿Qué pasó? —Inquirió curioso el sacerdote.

—Pues mi hermano y yo nos quedamos pegados a la puerta a ver si oíamos algo, y madre dijo que aquello no era normal y que tenía que ser cosa *do demo*, o de brujería, y padre le contestó que no andaba el diablo para preocuparse con esas cosas y que me iba a mandar a mí a buscar al molinero, y padre salió y me mandó a buscarlo. —Concluyó el niño mirándolo.

—¿Sabes de qué puede tratarse? —Habló el sacerdote apartando los ojos del rapaz.

—No, no lo sé.

—Humm… Bien, sigamos adelante y ya se verá. No me gusta…

Por supuesto que no le gustaba, seguro que fuera lo que fuese lo sucedido nada tenía que ver con el ángel caído. Pero, cómo luchar contra tantos años de superstición inmersa en el más oscuro sincretismo. Y, eran ya demasiados extraños en tan pocos días, la mente de sus feligreses era voluble y sugestionable, no, no le gustaba en absoluto.

Ninguno de los tres volvió a abrir la boca en lo que restaba de camino, cada uno inmerso en sus pensamientos. Y, cuando llegaron a la modesta vivienda el niño se marchó al huerto a buscar a su hermano dejando a los mayores resolver sus asuntos, por su parte, ya sentía que había tenido más de lo que necesitaba de los extraños tejemanejes de los adultos.

Como en la casa del molinero, la puerta estaba dividida en dos mitades, la inferior cerrada y la superior abierta, por lo que el sacerdote asomó la cabeza al interior y casi le da un infarto cuando el perro pastor que dormitaba en el zaguán comenzó a ladrar como un energúmeno enseñando los dientes y lanzando espumarajos. El barullo alertó a Domingo y a su esposa, que por lo que se veía continuaban en la cocina.

—¡Calla *Fusiño*! —Gritó el hombre abriendo la puerta—. ¿Padre Bernardino?, vaya, me alegra verle, su consejo ha de ser bien recibido. —Añadió saludando con un gesto de la mano al molinero y abriendo la puerta—. Pasen, pasen.

El perro, un mil leches de raza indefinida, se apartó de en medio, los belfos recogidos, mostrando los dientes y emitiendo un gutural gruñido que emergía de lo más profundo de su garganta.

Los hombres se sentaron en el pobre banco de madera que rodeaba el lar, donde unos leños ardían perezosamente. Como era de rigor, según la costumbre, pasó más de media hora en la que se habló únicamente de banalidades como el tiempo o la entrada de los salmones, hasta que el sacerdote, incómodo con ese hábito tan gallego de enredar las conversaciones hasta que uno no sabe que leches pinta hablando con la persona que tiene enfrente, se atrevió a preguntar.

—¿Y bien?, ¿por qué mandaste al crío?, ¿qué ha pasado?

—*Meigas*… —Dijo apresuradamente Sara, la mujer de Domingo que se mantenía apartada en una esquina de la estancia.

—Paparruchas, déjate de tonterías hija. —Replicó alzando la voz el cura—. A ver, dime hijo, ¿qué ha pasado? —Preguntó al labriego.

El hombre se tomó unos segundos, le lanzó, sesgada, una mirada de reproche a su esposa y tras tomar aliento señaló el saco de papel de estraza que descansaba apoyado contra la pared a la derecha del hogar. Era uno de los sacos en los que molinero entregaba su trabajo cuando los tenía a mano, eran escasos, pero, muy prácticos, pues pesaban poco y al contrario que los de tela, que por muy basta que fuera siempre perdían algo de harina aquellos no lo hacían. El padre Bernardino se levantó entonces y se acercó hasta el lugar donde ahora la mirada de los cuatro presentes se mantenía trabada. Una tabla vieja había sido colocada encima de los pliegues de papel que formaban la parte superior, la retiró y los apartó.

—¡Válgame Dios!, ¡pero qué *carallo*…!

Sara y su esposo apartaron la mirada, el molinero se puso en pie y caminó hasta ponerse al lado del sacerdote, bajó los ojos. Entre los pedazos rotos del papel marrón, se adivinaba el contenido. Supuestamente harina, simple y humilde harina blanca.

Era negro. El saco estaba lleno de algo que parecía harina, que olía como tal, quizá con un deje más agrio de lo habitual, pero, que era de un gris oscuro que semejaba la ceniza vieja de una chimenea que no ha sido deshollinada en siglos. Como el polvo que el carbón deja bajo las uñas de los mineros, algo así como el tabaco quemado y renegrido que queda en la cazoleta de la pipa. Desde luego, no era harina. El molinero echó mano al interior para tocar aquel extraño polvo y la retiró de inmediato al darse cuenta de que se movía, o al menos eso parecía, vibraba. Estaba plagado de gusanos, moscas de la carne, esas larvas de color marfil que se alojan en los cadáveres que se dejan al aire en el calor del verano. Se retorcían revolviendo el oscuro desperdicio, causando ondas en una marea propia e indefinida que no se veía esclavizada por lunáticos designios.

El reventón malhadado de una cresa putrefacta olvidada sobre los despojos del ciervo abatido por los lobos el plenilunio anterior.

El caos inexpresivo del desorden en lo indeterminado de la ignorancia, qué era aquello, qué significaba. No era podredumbre, no era el corromperse del fruto del trigo, era algo obscenamente distinto. No era comunión entre grano y piedra, no era el fruto del sudor de los hombres, no era semilla de la tierra que el señor había dispuesto para que el hombre con su trabajo obtuviese el pan para sus hijos, no, en todo caso era el aborto incestuoso de esa misma labranza, o quizá, sólo quizá, ni siquiera era natural.

Los dos amigos, meditabundos, caminaban en silencio.

Poco o nada había que decir.

El molinero había dado su palabra, a la mañana siguiente entregaría dos sacos de harina blanca y pura a los *Corredoira*. Domingo, por su parte, se había comprometido, a petición del preocupado padre Bernardino, a enterrar aquel aberrante engendro en algún rincón perdido del bosque amén de mantener la boca cerrada. El cura sabía que de poco serviría pues a Sara le faltaría tiempo para contárselo a todo aquel que quisiera escucharlo, que por desgracia, estaba seguro, sería casi todo el pueblo. Lo cual, a su vez, condenaría al molinero a un sutil ostracismo, sin duda, no abiertamente descarado, pero, rechazo al fin y al cabo, y el sacerdote sabía que no podría ayudar a su amigo. La reacción de sus parroquianos era, por desgracia, fácilmente previsible.

Los engranajes de aquella maquinaria llevaban demasiado tiempo ya funcionando sin aceite y las suyas eran unas ruedas dentadas sensibles en exceso al rozamiento, era sólo cuestión de días que todo el mecanismo reventase.

Caminaban por tanto, abúlicos, mientras la tarde caía en la trampa de la noche. El padre Bernardino le había ofrecido al molinero acercarse hasta la sacristía, con su modesta vivienda, a conversar un rato, regando la charla con un excelente vino maragato que su familia le había enviado unas semanas antes. El molinero había aceptado, nada mejor tenía que hacer, y tras tal cantidad de extraños sucesos agradecía la sentida compañía del rechoncho sacerdote. Eso sí, le había hecho prometerle que no hablarían de religión. Semejante condición no preocupaba en exceso al cura, lo que en realidad pretendía era evitar que el molinero se quedase solo, quería estar seguro de que si surgía, impredecible, alguna nueva contrariedad nadie pudiese cargar sobre los hombros de su amigo responsabilidad alguna, aunque temía desaforadamente que en aquel proceso ya no hubiese atajo que condujese de regreso al punto de partida. Por un lado, el presbítero se daba cuenta de que no era factible permanecer continuamente junto al molinero, por otro, era consciente de que llegado tal punto, cualquier desviación del quehacer cotidiano sería atribuida, justa o injustamente a su amigo.

Con razón o sin ella.

Caminaban pues, sin prisa, de poco ánimo y con el ansia de que el devenir del tiempo difuminase en su memoria lo sucedido los últimos días. Era la misma clase de engaño en el que cae el insomne, luchando para convencerse a sí mismo de que a la siguiente noche, muerto de cansancio por la madrugada en vela y el día de trabajo, nada le impedirá dormir. Como en tantas otras cosas, en aquellos aciagos días de mísera memoria, se equivocaron.

Sólo la rasposa tos del molinero rompía el silencio de los dos hombres de cuando en cuando y se podría decir que aunque nada especial los aguardaba ambos deseaban

llegar cuanto antes. Como el niño que comete una travesura, atravesada la conciencia por la daga de la culpabilidad, deseando a la vez que o bien alguien lo descubra y así aun en el castigo respirar tranquilo o bien que las semanas se sucedan dejando atrás las consecuencias de su mala acción.

Y, en esa translucidez indefinida del ocaso entraron en la sacristía desde la puerta que daba al cementerio, donde como era lógico se detuvieron un momento ante la tumba de Carmen, el sacerdote rezó, el molinero acudió a sus recuerdos. Quizá fue demasiado tiempo, quizá, por eso mismo, no llegaron a entender lo que les iba a suceder hasta unos días más tarde.

Puede.

En cuanto cruzaron el umbral un hedor ácido los azotó con la misma sorpresa que el condenado recibe la fría hoja de la guillotina. Una fetidez, caliente y espesa, casi palpable, enrarecía el ambiente convirtiendo el aire en un pestilente gas irrespirable. Era como haberse caído en un profundo pozo negro, ya no una fosa sino una sima séptica. Un penetrante olor a metano, el de heces que se descomponen, desechos escatológicos que fermentan horadando los pulmones y tensando los intestinos.

Sus estómagos se revolvieron inquietos advirtiéndoles de la inminencia del vómito.

Olía a excrementos humanos, más aun, apestaba, una hediondez infrahumana, como la achaflanada sala olvidada de la última planta de un recargado manicomio victoriano regido por un psiquiatra necesitado de una lobotomía urgente, allí donde almacenan a los tarados sin remisión para una vez por semana arrebatarles los restos de su dopada dignidad electrocutando las escasas neuronas sanas para luego dejarlos vagar por las frías, sucias y fingidas baldosas blanquinegras del suelo de linóleo, como macabras piezas de un ajedrez maldito sobre un tablero de infinitos escaques, defecándose encima, durmiendo sobre las costras secas de sus propios excrementos, deshechos, que a su vez, no son más que agua biliosa porque el único alimento que reciben es una amarillenta papilla tumefacta en la que las ratas engendran a sus futuras generaciones, poniendo fe en que transmitirán mil nuevas infecciones.

Era como las bodegas de un carcomido barco negrero, como las hacinas de cadáveres apestados y cubiertos de bubas que los alguaciles medievales apilaban para quemar, como la sala de anatomía de una roñosa facultad de medicina en la que todos los alumnos de primer curso han olvidado regresar los miembros usados durante las prácticas a los tanques de salmuera, como las letrinas de un matadero insalubre.

En el centro de la diminuta habitación, a medio iluminar por un mefistofélico rayo de luz que surgía de entre las piernas del sacerdote, el crucifijo que usualmente guardaba la cabecera de la cama del cura aparecía quebrado por la mitad, rota la figura humana por la cintura. Como la rama seca que los dedos crispados por el frío tronzan para hacer yesca. El pequeño brazo derecho desmembrado desde la

articulación del hombro dispuesto ahora en paralelo con el vástago más largo de la cruz, el *estaticulum*, sujeto tan sólo por el clavo en miniatura que atravesaba la palma sin líneas de la mano de madera.

(… *el Primogénito de la Muerte roe sus miembros*…).

(Madre misericordiosa, pero qué castigo de los infiernos traes a tu siervo…).

La sencilla talla engañaba en el juego de sombras de la muerte del día, los labios emborronados por la tosca barba parecían sonreír con malicia. Aquel icono había presenciado, siempre indiferente, los padrenuestros que el sacerdote solía rezar antes de dejarse caer entre las sábanas y ahora, sin embargo, parecía mirarlo fijamente como si estuviese a punto de abrir la boca, en un maléfico gesto que hacía sospechar que cualquier posible antónimo de bendición estaba a punto de ser proclamado. Una cínica burla que robaba toda la dignidad que el escultor había pretendido imprimir al hincar el formón por primera vez en la delicada madera.

(Válgame el Señor…).

La mente del padre Bernardino viajó, sugestionada por la escena, hasta sus años de pubertad, allá en el Seminario Diocesano de San Froilán en la plaza de Regla de la capital leonesa. Luchó contra sus pensamientos, quiso negarse, quiso renegar de sus propios conocimientos y perdió, perdió como el soldado que contempla incrédulo la bayoneta que le atraviesa el pecho y comprende en un gélido y controvertido segundo que parece durar eones que la muerte le busca.

Puede que todos ellos fuesen unos locos pagados de sí mismos, alimentada su vanidad por el creciente poder de una egoísta iglesia católica, puede, pero aquellos monstruos, arropados bajo la santa bendición de la Inquisición, habían desarrollado sus teorías sobre los hábitos y costumbres del Señor de las Tinieblas; Bernardo Güi, Tomás de Torquemada y muchos otros, demasiados. Por momentos incluso se acusaron entre sí buscando la hoguera para aquellos que no compartían la erudición de sus doctrinas, sin embargo, hubo ciertos aspectos en los que mostraron acuerdo. Acaso no era cierto que una de las manifestaciones preferidas del mismísimo Demonio era el hedor a excrementos humanos, no era esa una de las cosas que había aprendido en el tedio de las clases de teología. En el remolino de su memoria aparecían borrosos los párrafos de aquellos preceptos que se había visto obligado a memorizar.

No existía alternativa, habiéndolo deseado o no, el alma y la mente del sacerdote habían sido profundamente condicionadas, sus convencimientos no eran propios sino los que las enseñanzas recibidas habían engendrado en su cerebro influenciable de adolescente seminarista. Hasta tal punto que las incongruencias desveladas de su propia doctrina no suponían un problema o impedimento para su fe, al clérigo no le importaba que la anatomía moderna descartase la posibilidad de que alguien fuese crucificado por las palmas, pues el peso corporal hubiese desgarrado las manos, ni

siquiera cuando la mismísima síndone, la supuesta sábana santa, celosamente conservada en Turín, mostraba las heridas en las muñecas, con los clavos atravesando el espacio de Destot, desgarrando el nervio medio y retrayendo el pulgar sobre la palma. Para el padre Bernardino, a pesar de que, a priori, el traspasar la muñeca, bien por el escaso hueco del espacio carpiano o bien por el más probable vacío de la articulación radiocubital inferior, no implicaría rotura ósea alguna, la representación del hijo de Dios crucificado sólo podía ajustarse a la ignorante visión medieval, celosa de escritos piadosos como el libro del Éxodo, los Salmos y el Evangelio según San Juan entre otros; obliterando cualquier otra explicación.

*… ni le quebraréis hueso alguno…*

Se especificaba en la enumeración de las Normas de la Pascua.

*… Muchas son las desgracias del justo,*
*pero de todas le libra Yavhé;*
*cuida de todos sus huesos,*
*ni uno sólo se romperá…*

Se entonaba en el trigésimo cuarto de los cantos líricos.

*… Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura*:
*No se le quebrará hueso alguno…*

Se aclaraba en «La lanzada» joánica.

Relatos a los que los pobres conocimientos del medievo sólo podía ajustarse si aceptaban que los enormes clavos mordieron la carne del venerado nazareno en el segundo de los espacios intermetacarpianos, donde el vacío entre los huesos resultaba evidente, palpable.

La razón se hallaba más allá de la creencia, en un horizonte perdido donde la simple satisfacción interior ante la bondad de la ética anulaba cualquier planteamiento histórico, arqueológico o antropológico.

Para él, el oso fuerte según la razón etimológica germana de su nombre, como para cualquier sacerdote de principios del siglo veinte, Lucifer era sinónimo de Satanás y no una mala interpretación del décimo cuarto de los capítulos del libro del profeta Isaías; en el que el poeta recrimina al *Lucero, hijo de la Aurora* por su caída de los cielos, es el brote abominable, abatido a tierra, arrojado de su sepulcro, que, sin embargo, no era más que una sátira maledicente dedicada al rey babilónico Nabucodonosor.

Según su verdad, de supuestos axiomas inquebrantables, Egipto privó de libertad a miles de esclavos hebreos aunque la arqueología demostrase que tal suposición carecía de todo sentido. Del mismo modo, que en su versión de los hechos, Moisés lideró a un pueblo oprimido, que en realidad cobraba altos estipendios en su calidad de obreros, al cruzar un Mar Rojo que se abriría ante el poder de Dios; supuestamente cierto, aunque cualquiera con un mínimo interés pudiese ver en un mapa que si el

pueblo judío deseaba llegar a Palestina, sobre cuyos hitos geográficos las mismas sagradas escrituras cometían graves errores, desde el país de los faraones seguir una ruta semejante suponía un desvío de cientos de kilómetros.

Las innumerables incongruencias doctrinales no eran, no podían ser cuestionadas, las tautologías eclesiásticas, razones absolutas sin resquicio para la duda. La Tierra era el centro del universo y su edad no superaba los pocos años que se podían contar en las cronologías bíblicas.

Así entonces, el pobre sacerdote tenía pocas, sino nulas, opciones que brindar a su raciocinio para explicar lo que sus sentidos le mostraban.

Como caen las fichas del dominó tras empujar la primera del serpentín, las conclusiones se apretujaron pidiendo ser escuchadas en primer lugar. Los animales muertos, el fruto de la simiente corrompido, el comportamiento del molinero, la pestilencia, la profanación de la santa imagen. En mayor o menor medida, a todos y cada uno de semejantes hechos se les podía encontrar entre la enorme herencia literaria existente, sin demasiado trabajo, un oscuro símil que escondiese la mano del mismísimo Satanás.

Un miedo ignorante, gutural e incontrolable se hizo dueño de la mente del obeso párroco. Sus certezas y verdades temblaron como el niño pequeño que espera de pie en el barreño a que su madre lo seque tras asearlo, él se sintió como si fuese un niño, un niño que en la noche aguanta sus ganas de orinar porque teme recorrer los diez pasos escasos hasta el pajar, e igual que ese niño termina mojando las sábanas por culpa de su miedo, el sacerdote sucumbió al horror que los extravagantes relatos de aquellas clases de teología dejaban entrever. Ni siquiera fue consciente de ello, pero, comenzó a retroceder mientras se santiguaba frenéticamente.

El molinero, dubitativo, no tardó en seguirle, apretando las aletas de la nariz con los dedos de la mano derecha e intentando aspirar con la boca. Dio un par de traspiés, la boina se le escurrió hasta la coronilla y el sulfuroso sabor agrio de sus fluidos estomacales le bañó la lengua como un amargo trago de salfumán.

…*Ocupan su tienda desahuciada*,

*esparcen azufre en su morada*…

El cura tropezó y cayó sentado con las piernas extendidas y el rostro retorcido por una mueca entre el histerismo y el más fervoroso horror. El molinero se dobló como una espiga al viento y apoyando las manos en ambas rodillas mantuvo precariamente el equilibrio. Respirar suponía un esfuerzo impensable, como si en esos pueriles pasos hacia atrás hubiesen ascendido hasta las más altas cumbres de las cordilleras del continente de Américo. Los dos pobres desgraciados boqueaban ansiosos como si el aire quisiera escaparse.

—Pero… ¿qué?… ¿cómo?…

El molinero había preguntado, pero, el asustado padre Bernardino ni siquiera

sabía si quería responderle o no, sentía el horror de la revelación royéndole las vísceras, abriéndose paso a través de sus entrañas como la cera caliente llena el molde de la futura vela. Sin haber tenido semejante intención, en su miedo, el sacerdote había concedido el mayor de los créditos a esa primera idea dejando a un lado cualquier otra explicación. Enfrentado al mito, coaccionado por las circunstancias, el atribulado párroco había repartido ya las cartas. La mejor mano la llevaba el ángel caído y en el envite le ganó la fe.

La noche avanzaba, impasible y ausente, iniciando su inmutable ciclo y desconsiderando a los dos hombres que, asustados, actuaban en una obra cuyos protagonistas son estatuas en las tierras de un campo santo.

—Vayámonos… —Reaccionó al fin el molinero—. Déjelo así, quizá con la puerta abierta el olor se vaya… Véngase a dormir a mi casa y mañana veremos que hacer.

El sacerdote dudó, dudó de que la aseveración del molinero tuviera si quiera un tanto de cierta, pero, más por falta de opciones que por verdadero deseo, aceptó. Se dejó ayudar como el minusválido que no es capaz de valerse por sí mismo y una vez en pie acertó a encontrar en el pegajoso revoltijo que conformaban sus ideas el algoritmo que ordenaba a sus piernas caminar.

Se encontraron de nuevo caminando en silencio, imbuidos por el único anhelo de que el día terminase de una vez, en esa tópica y fútil esperanza de que la nueva mañana pondrá fin por sí misma a todas las contrariedades. Cada uno como la virgen temerosa que deja hacer a su amante, en parte ardiendo en deseo, en parte aterrorizada, desechando la idea de continuar a cada segundo y arrepintiéndose por ello inmediatamente después, pero, siempre con la escondida necesidad de que todo termine en breve.

Para el molinero, aun sin haber caído en el oscuro temor del sacerdote, los extraños sucesos que los días venían encadenando habían supuesto admitir en su fuero interno que quizá las supersticiones y las leyendas tenían una cierta parte de realidad, y como era lógico tal cosa no procuraba comodidad alguna a su atribulada cabeza. Cuanto había acaecido parecía apuntarle con un dedo acusador, ahogándolo en una amarga responsabilidad que de haber podido hubiese rechazado de plano. A su vez, la falta de opciones no aportaba tranquilidad, y de algún modo, presentía que en esta nueva desgracia incluso su querido amigo empezaba a dudar.

En su andar la noche se los tragó sin más conmiseración que los escasos destellos de una luna, apenas creciente, que se escondía a medias entre unas nubes que no eran mayores que las volutas de humo del cigarrillo del molinero.

Los bosques se teñían del mismo añil oscuro que ensucia el crespón nocturno. Las montañas perdían su contraste allá en el horizonte. Galicia era un mundo aparte, un rincón donde el analfabetismo, la lacra de la ignorancia y la falta de cultura dejaban en barbecho las mentes de los lugareños. La humanidad ha ido siempre desechando

sus primeras ideas a medida que el conocimiento se alcanzaba, el sol había sido un ser vivo de voluntad propia, las estrellas habían sido mil cosas más, almas de marinos muertos, las hogueras de los difuntos en sus nuevas viviendas e incluso, para algunas razas, simples agujeros en el horizonte nocturno. Los médicos curaban desangrando a sus pacientes, la generación espontánea convertía pelusas en ratones, las entrañas de un animal desvelaban el futuro. Incluso entre las conclusiones de la ciencia más contemporánea, los planetas fueron esferas perfectas, los átomos como una medalla con los electrones incrustados a modo de abalorios, o el desarrollo de los ácidos del código genético un collar de cuentas.

El individualismo podía, en la mayor parte de las ocasiones, vencer las estúpidas conclusiones apresuradas que los hombres se empeñaban en mostrar como verdades, era capaz de desecharlas siempre que, por sí mismo o ayudado del pertinente consejo, la razón pudiese hilvanar una cadena de lógicos pensamientos, pero, la masa, el conjunto, caía sin remisión en la incongruente amalgama de la más profunda ignorancia incoherente. Una verdad tautológica de consecuencias inciertas, ambos sabían que, de no encontrar pronto un recurso expiatorio, el pueblo prendería como prende el aceite caliente.

Los dos hombres que caminaban aquella naciente noche de primavera adornando los caminos de los montes gallegos con sus pisadas de hastío contemplaban como espectadores abúlicos el amasijo de imágenes sin aparente sentido que su memoria tenía a mal disponer ante ellos haciendo, si cabe, aún más difícil encontrar, esa deseada explicación lógica.

El sacerdote se veía tentado por la sencillez de la simple negación, el molinero, por el contrario, prefería dejarse llevar por el absentismo. Se sabía inocente, y nada podía hacer si cuantos le rodeaban deseaban cargarle con las culpas, en cierto modo ni siquiera le preocupaba el resultado final.

La enfermedad parecía haberse convertido en su única compañera fiel y en esa extraña virtud del hombre de acostumbrarse a las más duras condiciones, a su manera, el molinero había comenzado a aceptar sin mayores preocupaciones las desdichas de su presente, quizá como un pago por las virtudes de su pasado y como un anuncio de las desgracias de su futuro.

Tosió, y el cura, sobresaltado, saltó a un lado como una rana coja, se miraron y sonrieron, en esa mueca vacía y sin carisma que los amigos se reservan para los tiempos de dudas y dolor. Quizá, las cosas no estuvieran tan mal como parecía, quizá, la luz de la mañana traería consigo la esperanza y el modo de aclarar semejante amasijo de entuertos.

Sin embargo, los dos amigos se equivocaron de nuevo.

El molinero carraspeó, la garganta quiso protestar, un atisbo de fiebre pretendió encenderle la frente.

Dormirían mal y llenos de desasosiego.

La mañana llegaría y la niebla que el alba arrebataba al río cubriría el pueblo.

Se limitaron a masticar en silencio unos pedazos de pan y algo de carne en salazón.

Se acostaron.

Al cura en su inquietud, le pareció sentir como una presencia indefinible se descolgaba por la fachada de la vivienda para abriendo la parte superior de la puerta contemplarlos con ojos vidriosos llenos de maldad.

Se giró, incómodo, sobre el improvisado camastro que frente a la *lareira* había dispuesto el molinero.

La noche sería larga para el clérigo, el sueño una presa huidiza de habilidades esquivas y su consciencia una mera marioneta de los caprichos del temor y la preocupación, tanto fue así que con la madrugada vuelta sobre la media noche, en el borrón de la tímida apertura de los párpados, le faltó distinguir la silueta de su amigo acostado a escasa distancia.

Lo cual, por supuesto, no tenía sentido.

Orgulloso por su alegoría del número cinco de innumerables connotaciones alquímicas y esotéricas construidas bajo el mecenazgo de un empresario textil el genial arquitecto nacido en Reus paseaba complacido por el preciso centro geográfico de Barcelona contemplando el nacimiento dubitativo de su nuevo sueño de paraboloides imposibles, la Sagrada Familia. Ajeno, como no podía ser de otro modo, a que la vieja de la guadaña y negro crespón lo esperaba en el cruce de una línea de tranvía. Y, en el exacto centro geodésico de la península ibérica, conmemorando la victoria de la batalla de San Quintín, apenas cuatro siglos antes, el enigmático Felipe II, de cuyo lugar y fecha de nacimiento aun los historiadores coetáneos del propio Gaudí dudarían, se empeñó en alzar el monasterio de San Lorenzo dotándolo de un singular laboratorio en el que la búsqueda de la piedra filosofal y la síntesis del elixir de la eterna juventud serían los objetivos marcados.

El descanso eterno del faraón niño era perturbado mientras las luces del Cairo se apagaban inexplicablemente y una cobra daba caza al canario del hombre que se arrodillaba frente al sello sagrado incorrupto de la tumba del que fuera un dios reinante. Sólo unos meses después la leyenda de una supuesta maldición de terribles connotaciones se desataría volviendo carroña las vidas de casi dos docenas de personas por causas que nunca llegarían a ser del todo aclaradas, quizá, tan sólo en cierto modo, cuando mucho más tarde se buscaría la responsabilidad de los peligrosos hongos del género asperguillus.

La física clásica se tambaleaba herida de gravedad y el propio Einstein expresaba sus tribulaciones ante la incongruencia aparente de las dos naturalezas simultáneas de la luz, al tiempo corpuscular y ondulatoria.

Cómo, entonces, hubiesen podido evitar aquel par de asustados desgraciados no dejar que la feliz ignorancia sirviese las respuestas a sus preguntas en una manchada bandeja de alpaca barata. Es que acaso les hubiese sido factible enfrentarse a unos hechos que no podían explicar sin echar mano del bagaje que el misticismo de su dónde y de su cuándo se complacía en sembrar en las mentes de tanta gente sencilla.

Lo cierto, inmutable y evidente es que de un modo u otro, la humanidad ha buscado siempre mantenerse firme en sus convicciones por vanas que estas fueran, acaso no es cierto que, décadas más tarde, los arqueólogos más respetados no negarían una y otra vez las irrefutables pruebas geológicas que desbarataban la cronología oficial de su apreciada esfinge egipcia.

Acaso no puede entonces entenderse el miedo de aquellos dos hombres que inquietos intentaban conciliar el sueño en una apartada casucha de un pequeño pueblo de las montañas del norte ibérico. Acaso no puede entenderse cuando además se tiene en cuenta que mientras aquellos dos hombres regateaban con Morfeo una sombra arañaba las esquinas de granito de la casa del molinero allá cerca de donde un ventanuco se abría al lado del hogar, alimentando quizá, sólo quizá, las ácidas

visiones del sacerdote.

Se despertó inquieto y sobresaltado, incómodo. Sus ojos lucharon por despegar los párpados al tiempo que su vejiga urgía el levantarse clamando su derecho a ser atendida en sus peticiones. Una mano rechoncha rascó distraída la sien derecha sin que el sacerdote tuviese muy claro si habían sido o no sus dedos los que se revelaron frente a la picazón del cuero cabelludo sobre la patilla entrecana.

Así, en el beneplácito de la semiinconsciencia, sin lograr asociar definitivamente el lugar en el que se encontraba con la casa del molinero y los motivos que hasta allí lo habían llevado consiguió levantarse haciendo vibrar la grasa de su abdomen. Y, con los ojos entreabiertos y el deseo implícito del sueño fue capaz de caminar tambaleante hasta la puerta.

La calva relucía al resplandor de la mentirosa luna creciente y la barbilla caía pesada sobre el pecho como equilibrando la pérdida de masa a medida que la vejiga se vaciaba.

El chorro se cortó en seco, se mojó las yemas de los dedos de la mano derecha, el prepucio se recogió y el pene se encogió al tiempo que los ojos se abrían pasmados y la frente se erguía con una rapidez inusitada, como si un ser invisible armado con una vara hubiese golpeado furibundo el rostro del sacerdote. Algo se había movido a sus espaldas y el cura se giraba al tiempo que intentaba esconder a toda prisa sus vergüenzas sin mojar los ojales. Sólo distinguió una sombra imprecisa que tras los árboles se dejaba entrever en un veloz caminar, aunque no estuvo muy seguro de poder emplear en sus pensamientos tal descripción teniendo en cuenta que fuese lo que fuese aquello que formaba la sombra se movía a cuatro patas.

El esbozo impreciso de la silueta que se recortaba contra el suelo del bosque clareado anexo a la casa del molinero avanzaba inmutable a la estupefacción del párroco contorsionándose sobre los cantos de los hierbajos y los retuertos de las raíces sobresalientes, escondiéndose un tanto allí, revelándose un tanto más allá. Resultaba difícil hacerse una idea precisa de lo que era, de qué animal se trataba, porque, por supuesto, tenía que tratarse de un animal, no existía hombre alguno por los andurriales que tuviese un cráneo alargado y que disfrutase de largos paseos a gatas a la luz de la luna de primavera.

En su camino fractal la onda despolarizante del impulso nervioso fue abriéndose paso por el entresijo gris del sistema nervioso del cura, las señales enviadas eran recibidas, como respuesta al transmisor acetilcolina, las glándulas suprarrenales segregaban adrenalina, luego cortisol. Las pupilas se dilataron aún más, los ritmos cardíaco y respiratorio se aceleraron, la lengua seca se pegó al paladar, los esfínteres se relajaron y la burda ropa interior del sacerdote se humedeció con las gotas de orina que se habían quedado atrapadas en la uretra tras la brusca interrupción previa.

La claridad confusa de la bóveda celeste de maitines escorzaba al carboncillo los

esbozos de los árboles y el sotobosque dibujando indecisa la hipnotizante figura que el sacerdote observaba horrorizado, sin saber si lo que presenciaba era una macabra distorsión de la realidad o por el contrario un reflejo veraz.

Allá donde una rama rota y seca de manzano colgaba imprecisa amarrada únicamente al tronco por un pedazo de corteza, sobre las hojas amontonadas de una jara que crecía al pie del frutal se distinguía el morro afilado que se prolongaba hasta un cráneo plano sobre el que dos orejas triangulares destacaban en reminiscencia oscura a la que hubiese podido ser la cabeza de un perro pastor de no ser por la incongruencia de las gigantescas proporciones, proporciones sobre las que el sacerdote no podía emitir juicio de valor alguno, pues su cerebro se empeñaba en descubrir en aquellas la deformación propia de la aguda perspectiva de las sombras alargadas que provoca una luna en exceso tendida sobre el horizonte. Sin embargo, si el sacerdote se hubiese fijado en las sombras correspondientes a la vegetación circundante hubiese descubierto que por extravagante que semejase la escala entre el modelo y la sombra no iba mucho más allá de una razón de unidad.

El lomo, un tanto encorvado, se difuminaba contra el contraste de las plantas rastreras de los espacios entre los árboles permitiendo adivinar mechones revueltos de hirsuto pelamen. Prolongándose la cadena de montículos vertebrales hasta una cola gruesa que se agitaba inquieta. Asentada la figura sobre cuatro poderosas patas que se movían acompasadas levantando apenas las plantas adornadas por unas garras engarfadas.

El cura observaba con los nervios atenazados, tensos como los cabos de las redes que suben a bordo repletas de carga, un peso de horror y miedo, que contraía alternativamente los músculos esqueléticos del asombrado religioso. Sus obesas pantorrillas fláccidas temblaban sin permitirle ser consciente de ello. Sus manos crispadas clavaban las uñas en las palmas marcando heridas ahusadas con forma de luna en cuarto menguante sobre los pliegues de aquellas, haciendo que la presión del dedo anular sesgase la supuesta línea de la vida un tanto más allá de la elevación de la misma sobre el talón de la mano derecha, sobre el monte de Venus, de modo tal que cualquier maloliente gitana quiromántica de feria ambulante venida a menos le hubiese vaticinado con gesto compungido, de haber leído la diestra del sacerdote aquella misma noche de luna creciente, preñada, una amarga muerte en un momento cercano.

Los párpados querían revelarse a la necesidad de conocer, ya olvidado el sueño y el cansancio, pretendían aun así cerrarse y vetar la visión de aquel engendro sin definir.

La sombra continuaba su camino, mostrándose un tanto más o un tanto menos según los troncos de los árboles lo permitiesen, hasta que el bosque ralo terminó y el muro común que rodeaba el grupo de casas en el que se incluía la *do Santo* comenzó,

y la enorme cabeza perruna apareció a la claridad de la noche tras las ramas bajas de un fresno, los belfos fruncidos, los colmillos, húmedos de saliva, brillando a la luz de la luna.

Un pelaje gris mortecino, como el color de los ojos descompuestos del pescado pasado, fue mostrándose, acombándose allí donde los que se adivinaban como poderosos músculos accionaban las articulaciones de las fuertes patas que ahora ralentizaban el paso de la bestia, como, si no fuera por lo incongruente del pensamiento, como si ahora avanzase con cautela. Pero, qué precauciones habría de mostrar monstruo semejante si nada debía existir bajo los cielos de nuestro adorado Dios que pudiese suponer amenaza para aquel engendro infernal.

(…*La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío*…).

Recordó.

En su avance, los movimientos ondulantes de la cola arrancaban susurros rasgados al rozar con la vegetación circundante hasta que el cuerpo, inmenso, que doblaba en tamaño al de cualquier cánido que el asustado sacerdote hubiese visto, emergió por completo de entre la tierna espesura del bosque ralo. Alzando el hocico y venteando la brisa que bajaba de las montañas, el pelo del corpulento cuello ondulándose por la acción de los músculos, girando sobre la nuca, ora izquierda, ora derecha, hasta que distinguió lo que aparentemente buscaba un tanto más a su siniestra.

Un ahogado «Dios mío» se escapó sibilante por entre los labios del sacerdote, en ese giro de una fracción de grado más, cuando la bestia encontró el olor que buscaba, el cura había visto, aun en la relativa distancia, uno de los ojos del monstruo. Había visto un ojo negro como el más pulido de los azabaches, negro y profundo como el más antiguo de los pozos abandonados, negro, profundo y opaco como el temor del niño que solo en la oscuridad de su habitación escucha los gritos malintencionados que provienen del dormitorio de sus padres y las quejas mortecinas de la mujer mientras recibe indefensa los golpes del borracho misógino. Aquello no era un ojo en sí, era, era más bien como un pedazo arrancado a la descendencia del Caos mitológico, un trozo robado a Erebo, hermano de la Noche, la región oscura, perdida e insondable donde habita la muerte.

Y, la brisa que llevó hasta la bestia el rastro de aquello que parecía ir buscando condujo a su vez hasta el sacerdote la horrible pestilencia del engendro animal que ahora, con lo que parecía una sardónica sonrisa cortada sobre los belfos avanzaba hacia el muro de lajas de pizarra. Un hedor de carne putrefacta bajo la canícula de un día de verano sin viento, una peste vomitiva que recordaba a las entrañas abiertas de las aves de caza que han sido oreadas durante demasiado tiempo.

Finalmente, la orina que todavía había quedado en la vejiga buscó su salida y el sacerdote pudo sentir desde una lejana consciencia estupefacta como el líquido tibio se escurría por entre los pliegues del escroto y caía cosquilleando la abotargada piel de sus gordas piernas hasta sus tobillos.

La bestia, si es que esa era la denominación más adecuada para un animal semejante, se intuía como un lobo enorme de proporciones imposibles, descendiente bastardo, cachorro díscolo del cruce entre una titánide promiscua y el mismísimo Cerbero. Y, es que nada a no ser el recuerdo de las clásicas creencias griegas se avenía a entrelazar en la mente del sacerdote los pensamientos tangibles que este deseaba asociar a aquello que veía anonadado.

Cruce maldito o no, el engendro alzó los cuartos delanteros y sin aparente esfuerzo se subió al vallado de piedra de casi una vara de alto que delimitaba las casas de las familias *do Santo, Corredoira y da Cruz* para avanzar por el estrecho pasillo de piezas sueltas de pizarra manteniendo un perfecto equilibrio. A cada paso, arenilla y pequeñas lascas exfoliadas se desprendían de las lajas del murete, sin duda afectadas por el que debía ser, enorme peso, del horrible animal.

El sacerdote avanzó sin la consciencia del deseo de hacerlo de tal modo, siguiendo la estela pestilente de la bestia, sin poder remediar un ansia inexplicable de conocer las intenciones del gigantesco engendro lobuno. Sus córneas se secaban ante la negativa de los músculos oculares a parpadear, perlas de sudor se evaporaban en su frente enfriando el rostro del sacerdote.

La bestia avanzaba impasible, ajena, aparentemente, a las inquietudes del párroco y a sus tímidos pasos. Avanzó una docena de pasos hasta que no más de un par de codos la separaban de la entrada a las fincas en la que el *valado* se abría inocentemente a los extraños en un lugar donde las verjas no eran necesarias. Entonces, se detuvo y olisqueó impaciente, esta vez, con la cabeza gacha. Una cabeza que sin ademán que hubiese podido poner sobre aviso al sacerdote giró retorciendo el poderoso cuello hasta que los ojos de la bestia, las oscuras cuencas sin fondo, se encontraron en la más fría de las miradas con los ojos estupefactos del cura al tiempo que tan parsimoniosamente que semejaba nada sucedía una fila de asesinos dientes coronados por desproporcionados colmillos relucientes se mostraba al retirarse los belfos en una incongruente sonrisa mefistofélica de ininterpretable significado. Un gruñido gutural gorjeó en lo profundo de la garganta del monstruo disminuyendo poco a poco la frecuencia. Mantuvo así aquella mirada incalificablemente amenazadora sobre el aterrorizado clérigo hasta que en un gesto de hastío lleno de conmiseración vehemente alzó el hocico al oscurecido cénit de la bóveda celeste y el gruñido que iba volviéndose cada vez más grave se transformó en un endiablado aullido prolongado que por el contrario de aquellos de los lobos comunes que parecían llorar en las noches claras sonó más bien como una amenaza velada mientras

la pelambrera de la nuca del incalificable animal,

(loado sea el Señor que tantas criaturas bellas ha dispuesto sobre la Tierra),

si es que era aquello un animal, se erizaba como la legión de muertos se habría de levantar de sus tumbas para ser juzgados tras la séptima de las llamadas que tocaría el séptimo de los ángeles con la séptima de las trompetas.

(… *y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios: para blasfemar de su nombre y de su morada y de los que moran en el cielo. Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación*…).

Recordó. Y, de entre el libro del Apocalipsis surgían una y otra vez las sentencias bíblicas que acudían a la mente del sacerdote.

La bestia, entonces, apocalíptica o no, hincó las garras en las piedras del muro, la pizarra crujió, la piedra gemía en un chirrido agudo mientras el aullido infernal se ahogaba moribundo en la garganta del quimérico animal. Las ancas se tensaron, los músculos como las cuerdas tirantes que hacen tañer la campana en la llamada a misa de difuntos, el lomo se alzó y de un brinco imposible la bestia se proyectó más de diez codos al frente, cayendo en un galope iniciado y furioso con la bocaza abierta y una lengua purulenta vibrando al ritmo de las zancadas poderosas.

La bestia se abalanzó sobre la puerta de enclenque madera del menudo porquerizo de la casa *do Santo* aullando como un demonio histérico.

(…*La Bestia que has visto, era y ya no es; y va* a *subir del abismo*…).

, ya no supo o no quiso recordar más.

El sol jugaba por entre los jirones de la niebla como el chiquillo tímido que desde la orilla opuesta, acodado en la rama alta de un aliso, espía por entre las hojas que bailan al viento los escotes de las lavanderas agachadas en la labor sobre el agua del río. El aire saturado se pegaba, húmedo, a las hierbas y plantas de la vera del camino, formando caramelos translúcidos de agua fría sobre las telarañas que adornaban con brillos diamantinos las encrucijadas de las ramas más bajas de los árboles que escoltan la burda cuneta. Una gota caprichosa presa entre dos diminutos pelos engrosaba al condensarse el vapor de agua sobre la ceja del hombre abatido en el medio del camino.

Los ojos se abren de golpe y el corazón se le sube hasta la garganta, y los intestinos se le hacen un nudo que se va apretando cada vez más a medida que la consciencia se abre paso por entre las dendritas de su cerebro encendiendo un terrible dolor de cabeza que atenaza sus sienes como si algún carpintero ciclópeo hubiese trabado su cabeza en un torno y estuviese apretando las pletinas volteando lentamente la manivela, avanzando poco más de un cuarto de vuelta cada minuto. Una consciencia amarga que busca desesperadamente enmascarar los confusos recuerdos de la noche que estallaban violentamente con un brillo azul eléctrico justo en el nacimiento del pelo de la abultada nuca del sacerdote. Le cuesta mantener la frecuencia de sus inspiraciones, respirar es una tarea más que debe ser llevada a cabo de modo consciente, sincronizada con el esfuerzo por ponerse en pie.

En el fondo de sus pupilas dilatadas se encendió la silueta de la bestia y un espasmo le sacudió la columna vertebral, como las patas de los insectos que los niños azuzan con ramitas secas, y fue consciente de que con los años recordaría aquella silueta como el mayor de los horrores de su vida. Claro, que, él no sabía que se equivocaba, el horror en sí mismo aún tenía mucho que mostrarle al clérigo castellano.

Demasiado.

Estaba asustado.

Quería saber cuanto había de realidad en lo que su memoria se empeñaba en mostrarle en el lienzo de sus recuerdos de la noche que se iba. Pero, y si resultaba que lo que encontraba en la porqueriza no eran un par de gorrinos revolcándose en la paja, gruñendo felices. Un punzón de ácido congelado se le clavó en la médula espinal atravesando carne y hueso sin distinción, entre la quinta cervical y la primera de las vértebras torácicas, y su mandíbula se contrajo haciendo chirriar los dientes como los goznes oxidados de las cancelas olvidadas en las que la lluvia ha hecho florecer inflorescencias de óxido.

Una lechuza, inesperada a la luz naciente del día, cruzó el camino, sobre el sacerdote, librando la brecha que la *corredoira* suponía en la continuidad del bosque, para perderse entre las copas de dos robles que se alzaban a la izquierda del

sacerdote.

Y, ella pudo sentirlo.

Se oyeron entonces, tres, uno tras otro, el segundo un tanto más grave, primero y tercero casi idénticos. Casi con toda seguridad se trataba precisamente de la que acababa de verse. Una lechuza había ululado tres veces.

Y, ella pudo sentirlo de nuevo.

Como la lejana percepción del diminuto mosquito que se enreda en el vello del antebrazo dispuesto a hincar en la piel su aguijón sediento. El vuelo y el ulular de la lechuza al nacer el día no podían significar nada más que desgracia. No cabía duda alguna, sólo había una interpretación posible, desgracia.

Dolor. Catástrofe, pero, no en el sentido etimológico de su origen griego, el de la nota que muere lentamente, consumiéndose en el desaparecer vibrante de las cuerdas del instrumento, no, en un sentido inequívoco completamente distinto, desdicha. Por tanto, ya nada quedaba por hacer allí, era consciente que no podía ofrecer su ayuda como tal, ellos debían ser los que acudiesen, ellos debían ser los que quisiesen que ella interviniese. Su impaciencia, su ansia por hacerles entender, no debía cegarla, lo sabía, de querer presentarse como anunciación y solución de aquello irremediable que caminaba con la cabeza gacha hacia el pueblo no la habrían creído, puede que incluso la hubiesen culpado. No era ese el modo, debía ser paciente y permitir que el daño se cebase aun más en aquellos inconscientes ignorantes, por mucho que le irritase, ellos deberían rogarle por su saber. Y, cuando llegase el momento ella aceptaría, porque ellos no la comprendían, porque ellos la veían de un modo distinto, pero, lo que ella deseaba era poder intervenir en tan desagradable asunto para encauzar la vida de las gentes del lugar, gentes que no la comprendían, lo sabía, pero, eso no era molesto. También tenía su lado bueno.

Consciente, entonces, de que nada podía hacer por el momento abandonó su refugio en la curva del camino que precedía a la casa del molinero, sin cuidado y tranquila. No se sintió apurada por el sacerdote al erguirse de entre las matas de tojo que empezaban a florecer, estaba claro que el clérigo no iba a percatarse de su presencia. Se alejó con paso cansado al interior del bosque tarareando una extraña melodía sincopada.

Como ella bien había supuesto el cura no se percató en ningún momento de la presencia de la mujer a sus espaldas, estaba demasiado absorto, atendiendo al tiempo las incongruencias de su cuerpo resentido y los dolores de su mente atribulada.

Echó a andar sin más, sin conexión aparente entre la intención o el deseo y la acción en sí. Su encéfalo confundido se trababa con cada pensamiento como una rueca mellada desgarra a cada vuelta el hilo. Como el antisimétrico reflejo perverso del enfermo aquejado de anasognosia (aquel que no es consciente de la hemiplejía que lo convierte en inválido y sigue viendo como, sintiendo como su mano izquierda

laza los cordones de los zapatos de domingo para acudir a misa aunque, en realidad, su brazo cuelga inerte a un costado como un simple pellejo relleno de carne cuasi muerta y huesos inútiles) el sacerdote avanzaba mientras que a su entender las piernas no se movían y los pies continuaban en el lugar en el que se había incorporado tras su despertar incoherente (podía ser acaso de otro modo, desde luego, mover no se había movido).

Cruzó la apertura del muro de pizarra dejando a su derecha las piedras caídas al tomar la bestia impulso y sin advertir que allí, a un par de pasos a un lado, se adivinaban las huellas del lugar en el que el engendro lobuno había tomado tierra tras el brinco para hincar casi instantáneamente una carrera desenfrenada, unas huellas que no decían demasiado, pero que, desde luego, no eran comunes. Quizá incluso podría afirmarse sin ser un experto trampero que ante todo, al menos, no se parecían a las que hubiesen sido propias de un lobo de ojos negros que debía pesar una docena de arrobas, al menos.

La puerta de la porqueriza estaba abierta, no, entreabierta, más bien entornada, en todo caso, no estaba cerrada, eso seguro,

(bendito sea el Señor).

Podía soltar el aire contenido en sus pulmones tranquilo, ¿verdad?, sólo podía significar que únicamente había sido una pesadilla extrañamente vivida porque la bestia se había abalanzado sobre la portilla, ¿no es cierto?, y si hubiese sido así, no estaría abierta, no, estaría destrozada, no sería más que tablones y astillas, porque la bestia era enorme,

(…*La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío*…).

y de haber cargado contra una puerta que abría hacia el exterior la habría destrozado, por tanto, sólo podía haber sido una pesadilla, no podía ser otra cosa, aquel enorme lobo de ojos de luto no se había detenido para abrir amablemente aquella maldita puerta. Sus pensamientos desordenados buscaban la luz en el caos de oscuridad de ajena inconsciencia profunda como el reflejo de las cuencas de la bestia, sima sin fondo de la incertidumbre que infantilmente el adulto intenta salvar, procurando convencerse de una realidad paralela que no es veraz pero resulta más conveniente, como el zagal que sigue jugando tras haberse cagado encima como si el no decir nada o el no admitirlo o el excusarse pudiesen librarle de la plasta caliente que apesta sus calzoncillos bastos de lana.

(Oh… Señor, te doy gracias, bendito seas, no cabía otra posibilidad, seguro que en cuanto, cómo, pero ¿no estaba de pie en el camino?, no importa, (pero, sí que importa, yo no me he movido), seguro que en cuanto llegue no habrá más que una figura encorvada de mujer, Luisa *do Santo*, que afanosa estará alimentando a los

puercos, bendito sea el Señor).

Ahí estaba el quicio, allí la media luz de la mañana enseñando la intimidad de la porqueriza al sacerdote atribulado, loado sea el Señor, la puerta estaba abierta y él podía percibir en el aire el olor seco y amargo de los restos de orina evaporada sobre sus genitales y su pierna grasosa al relente del alba, podía distinguirlo, pero, algo más pesado flotaba en el aire, algo que no le era del todo extraño.

Bartolomé.

(…*La Bestia que has visto, era y ya no es; y va a subir del abismo*…).

Aquel mallorquín claretiano.

Eso fue lo que acudió raudo a su mente, el recuerdo del misionero. La sangre, los aullidos de dolor, Bartolomé, tan joven y animoso como era, acógelo en tu seno,

(Oh…, Dios misericordioso).

Sus ojos se quedaron en blanco, un temblor incómodo recorrió su columna vertebral y sus gordas piernas fallaron.

Caía.

Se desplomaba como el árbol herido de hacha que cruje en un lamento agudo, consciente del advenimiento de la muerte. El chasquido de la madera, el desgarro del cámbium que ya no engrosará, la rotura del duramen que ya no conducirá savia alguna. Cayó de espaldas cuan largo era, derrumbándose.

La consciencia lo abofeteó con la omnipresencia de una lucidez indudable y reconfortante que ralentizó el ritmo apurado de su corazón arteroesclerótico. Tenía los ojos cerrados, pero no necesitaba ver, ya no existían las dudas, todo había sido una pesadilla extrañamente compleja y duradera. Allí estaba el olor picante del burdo jabón casero de grasas viejas de cocina comunal, con una pizca de azulina y un poco de lavanda, ascendiendo agradablemente sumiso hasta sus fosas nasales en la complacencia de la costumbre y la tranquilidad de lo conocido. Y, el tacto de los pliegues de las sábanas bastas sobre el cuello, estaba en el seminario, había sido una mala noche, simple y llanamente, y aunque un cierto resquemor temeroso le hacía sentirse obligado a permanecer con los ojos cerrados para poder mantenerse firme en el convencimiento de que la realidad que su vista encontrase sería aquella que el resto de sus sentidos pretendía mostrarle.

Manteniendo, entonces, los párpados apretados apartó la ropa de cama y se sentó sobre el lecho inspirando profundamente e intentando resguardarse en la convicción de que era evidente que acababa de despertarse en su sobada cama de los dormitorios del seminario. Abrió entonces los ojos y las formas familiares aliviaron su angustia, no había duda, todo había sido un sueño malhadado y la mañana naciente se presentaba ante él sin más preocupación que dar gracias al Señor y estudiar para su examen de moral.

Sin embargo, en ese preciso instante en que recobraba compostura y seguridad

oyó los lamentos…

(… pero, pero… no era eso algo ya vivido, ¿no era un recuerdo? Quizá no había sido una pesadilla, quizá había sido un sueño premonitorio, una noche de clarividencia onírica que le había desvelado los siguientes treinta años de su vida… Quizá era una pesadilla, quizá incluso ambas cosas a un tiempo…).

…los lamentos del misionero…

(…Entonces, sólo se trataba de un recuerdo, claro que si era un recuerdo, entonces cómo era que había visto a la bestia de los ojos del color de un crespón funerario en noche de tormenta…).

…del misionero que agonizaba…

(…quizá entonces estaba durmiendo en la casa del molinero, claro, así al menos una parte de la realidad podría ser a su vez una pesadilla, al menos la parte de la bestia, tan sólo un desgraciado sueño maldito nacido por culpa de la tensión y la angustia sufrida ante aquella harina negra convulsa, llena de gusanos, y ante la imagen de Jesucristo crucificado destrozada y abandonada en el suelo envuelta en el hedor del estiércol fermentado…).

…que agonizaba preso y torturado por la fiebre y los dolores.

Se irguió sintiendo el temor mezclarse con el desconcierto, intentando comprender cómo era posible que existiese en su memoria la desagradable sensación de estar siendo sobreimpresa. Se incorporaba sabiendo que justamente eso era lo que iba a hacer y echó a andar porque sabía que era eso lo que había hecho aquel día de juventud, o quizá más bien sabía que iba a echarse a andar porque lo había soñado, o quizá se echó a andar sin saberlo pero recordando que se había echado a andar.

Tanto si se trataba de un recuerdo como si se trataba de una premonición que se disponía a mostrarse como real en un pasado presente que tendía al futuro inmediato el relato acudió a su cabeza como si un narrador travieso se hubiese convencido de que lo mejor que podía hacer aquella mañana era torturar al sacerdote, o novicio, con sus recuerdos, o con sus vivencias inmediatas.

Bartolomé Camps era misionero, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, abreviando, era claretiano, es decir, miembro de la congregación fundada por San Antonio María Claret en el año del Señor de 1846, o sea, más o menos nueve años antes de que siguiendo el ímpetu y devoción de propaganda españolista del padre, bendito sea, Miguel Martínez Sanz se establecieran en Corisco los primeros misioneros del Reino de Isabel II, aquella que arrebatara la posibilidad de reinar al hermano de su padre, aunque claro está que precisamente en 1855 el que ostentaba el poder era el Partido Progresista, sin embargo… ¿Corisco?…

… esa no era la historia que importaba…

Bartolomé Camps era misionero, un claretiano de fuerte vocación que había llevado el inmenso amor de Dios y el mensaje de la Biblia a los pobres salvajes

incultos de Corisco, la pequeña isla arenosa de la bahía del mismo nombre, frente a las costas del territorio del África Ecuatorial Francesa, parte del cual se convertiría en Gabón, cuya capital, Libreville, fue fundada en 1849 por esclavos liberados sobre las ruinas de una antigua misión francesa que… ¿misión?…

… tampoco esa…

Bartolomé Camps era misionero claretiano, un fiel siervo del Señor que a finales de la penúltima década del siglo anterior había recibido el presbiterado en la Misión de Corisco de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, no muy lejos de las orillas del río Meguenguela, en la costa suroeste de la isla sobre la que Boncoro II aceptó la soberanía española en 1858, aunque la isla había sido conquistada por los portugueses en… ¿misionero?…

… no, definitivamente esa no…

Bartolomé Camps era un pobre desgraciado…

… sí, esa sí…

… que lleno de ilusiones había regresado a su país natal tras tres largos años predicando para la gloria de Dios en una isla perdida del océano Atlántico entre unos negros asustados y apáticos que ya habían pasado por manos portuguesas y francesas y sufrido el mordaz y cruel mordisco del esclavismo y que tan sólo aceptaban las milongas del joven claretiano porque al menos con esa compañía era más difícil que terminasen apilados en las bodegas de una carraca maloliente que al provecho de los alisios atravesaba el océano tenebroso transportando mano de obra barata, muy barata, hasta las costas de Nueva Inglaterra.

El bienintencionado misionero había regresado a casa unos meses antes y con permiso de sus superiores había ido a pasar unos días junto a su hermano, que enseñaba moral en el seminario de León y allí, hacía ya cuarenta días había sentido los primeros picores en el gemelo de su pierna derecha.

Primero, los picores, ardientes brasas en la piel irritada, eccemas como los provocados por las quemaduras químicas que el pobre misionero no podía evitar rascarse hasta que se levantaban escamas de piel muerta y seca. Luego las continuas náuseas que revolvían su estómago como la pócima en la marmita al fuego es removida por el alquimista del lado oscuro a las que siguieron los vómitos convulsos. Entonces la pertinaz diarrea que a punto estuvo de conseguir que se deshidratase como la carne que se orea al viento frío de las montañas y los mareos, la relación inconexa con la realidad, el desapego de la consciencia.

Urticaria, disnea, lipotimias y varios comodines al gusto para completar la mano perfecta y ganar la partida, la muerte llevaba la mejor de las bazas.

Entonces las vejigas, zonas inflamadas y pulsantes, pápulas hinchadas como señal de los túneles subcutáneos donde diminutas bocas triangulares sin labios escarbaban con la protección de una placa esclerotizada que cubría la ahusada cabeza.

Cada una de esas bocas unida a un estilizado cuerpo cilíndrico no segmentado de hasta una vara de longitud.

Cada uno de esos cuerpos con un útero dividido en dos ramas, anterior y posterior.

Cada una de esas ramas vibrante, llena de vida, repleta de cientos de miles de embriones.

Bernardino estaba en la puerta, o pensaba que estaba en la puerta, o recordaba que estaba en la puerta y el misionero se agitaba gritando de dolor que el láudano no conseguía mitigar. En la cara un par, en los brazos al menos cinco y entre las dos piernas casi una docena de vesículas, incluyendo la de la rodilla izquierda que había evolucionado de modo tal que había trabado la articulación en una forma indigna de artritis.

Algunas estaban enteras, con la piel tensa, inflada, serosa. Palpitantes. Otras se habían abierto de por sí supurando un asqueroso líquido emulsionado de color blanquecino cada vez que intentaban limpiarlas con un trapo empapado en agua. Las restantes sajadas por el asustado médico que cada día acudía a socorrer al pobre misionero que se negaba a ir al hospital pues convencido como estaba de que iba a morir, y todos asumían que no se equivocaba, prefería hacerlo en el seminario, rodeado de hombres de Dios.

En algunas de las que habían reventado y de todas las que el médico había abierto con el escalpelo, incluyendo la de la rodilla izquierda, desflorada y con el hueso a la vista surgían los blancos y finos gusanos, como cabos sueltos de ovillos de lana sin teñir, que como extravagante memorándum del caduceo de la profesión galénica se hallaban enrollados sobre pequeñas astillas de blanca madera de abedul hervida.

Cada día el médico administraba una cucharada de la mezcla macerada de opio de Esmirna, azafrán picado, una pizca de canela de Ceilán, media docena de clavos y vino de Málaga. Y cada día durante las dos últimas semanas enrollaba con cuidado una vuelta más de cada uno de los repugnantes gusanos sobre las correspondientes varillas de abedul. Había que ser paciente y muy cuidadoso, si los gusanos morían todavía sería peor, si es que había modo de empeorar.

Sin embargo, por muchos cuidados en que se prodigasen aún faltaban treinta años para que el catedrático escocés de bacteriología descubriese ayudado por la fortuna la penicilina, y cuarenta para que esta se sintetizara de modo comercial, por lo que poco o nada podían hacer por librar al misionero de la terrible infección galopante que le consumía la vida.

El misionero moribundo gemía lastimeramente y Bernardino lo contemplaba desde la puerta, respirando superficialmente y con dificultad. Respirando un aire cargado…

… los ojos se abrieron…

… un aire en el que el olor agrio de la carne infecta abierta pesaba. Como una punzada en el puente de la nariz buscando el camino hasta la garganta para provocar arcadas.

Los ojos abiertos no encontraron el recuerdo del dormitorio del seminario, no encontraron el techo de la casa del molinero, no, simplemente el apagado azul del cielo, en cierto modo atonal por la neblina reinante.

Quizá, entonces ya no cabían las preguntas, todo era real, o quizá no, puede que existiese una posibilidad. Se incorporó tan ágilmente como su abultada barriga le permitió y no fue en vano, aunque ya estaba seguro de lo que se iba a encontrar necesitaba ser testigo, para librarse de la duda, pariente lejana de la que condenó a Moisés obligándole a golpear dos veces con su cayado, debía verlo como Santo Tomás quiso ver las llagas de Jesucristo resucitado para creer, y es que Bernardino deseaba creer, aunque tan sólo fuese para saber que no se estaba volviendo loco.

Quería creer y encontró las llagas que le decían que era lo real, sólo que no eran las heridas en las muñecas y en el costado, o los regueros de sangre en el cuero cabelludo. No, se encontró con la carne herida y sajada de dos masas informes de sangre y huesos sobre las que como en las pápulas del misionero dos serpientes blancas sobresalían, no eran nemátodos en esa ocasión sólo las columnas vertebrales desgajadas de dos gorrinos descuartizados.

Y el olor de la carne abierta y la sangre derramada provocó la arcada y de la arcada brotó la sopa incolora y ácida de su estómago, con sólo unos pocos pedazos de pan de la frugal cena de la noche anterior. Vomitó ante la puerta de la cochiquera como treinta años antes había vomitado ante la puerta del calvario del misionero.

Y el calor que traspasaba la tela y prendía en su piel le aseguró que no había habido pesadilla alguna.

... και ο Λογος σαρξ εγενετο και εσκηνωσεν εν ημιν ...

*(… kái o lógos sarx egéneto kai eskénosen en emín…).*

*(… et Verbum caro factum est et habitavit in nobis…).*

…Sarx, carne; Así llamaban los griegos a la carne del hombre y de los animales, en denominación opuesta a aquellos elementos del cuerpo que no lo son como la sangre, los huesos, los intestinos, etc.

(…*Padre nuestro que estás en el cielo,*

*santificado*…).

(Oh… Señor, perdóname por mis pensamientos descarriados…).

(… *santificado sea tu nombre, bendito*…).

…El águila que se remontó al cielo para hablar de la eternidad del verbo,

tetramorfos,

el cuarto de los evangelistas, la muerte,

el cuarto de los jinetes del Apocalipsis…
(…*hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*…).
(Oh… Señor, perdóname…).

La última de las casas del pueblo, alejándose del río, era la de Manuel, Manolo, Lolo Lamas. No era de las más grandes, descontando, claro, el enorme *Pazo de Lema*, y tampoco de las más pequeñas, ni de las más viejas, ni de las más nuevas, en cierto modo era algo así como el mismo Lolo, una más, uno más, entre tantos. Salvo, quizá, por una diferencia, Lolo podía con justicia pensar que la segunda de sus hijas, *Antoniña*, era la más bella de todas las mozas de la comarca, casi se podía decir que de toda Galicia, como le gustaba presumir a su padre.

Lolo medía poco más de vara y cuarto, o como a él le gustaba decir: «*algo máis dunha vara máis un pe e máis un furco*». Tan ancho de hombros y recto de caderas que su silueta parecía un arco de medio punto trazado por un mal arquitecto, era fuerte como un toro y tan bueno como el pan recién hecho, con una sonrisa que siempre iluminaba su rostro curtido y un inocente sentido del humor se mantenía de continuo a punto para añadir a cualquier frase un comentario simpático con un brillo de sincera felicidad en sus ojos avellana. Apenas llegaba a los cuarenta y llevaba casi media vida casado con una menuda mujer de tímida expresión a la que adoraba como el rocío al alba, sin que, a pesar de quererla tanto como la quería le faltase amor y cariño para repartir entre sus seis hijos, cuatro varones que ni el más incrédulo hubiese negado eran hijos suyos, tan testarudos, bonachones y robustos como el padre, y dos niñas, que por aquellos avatares del destino, a los que sin duda había que dar gracias, no se parecían en nada a Lolo, de tan delicadas y lindas como eran. Amalia, la pequeña de la casa, y *Antoniña* que era la mayor de las alegrías que la vida le había brindado al sufridor labriego.

Y, es que, si todo iba bien y las cosas salían como él se deleitaba imaginándolo el benjamín de la casta *dos Lema*, hijo menor de Don Ezequiel, terminaría por casarse con ella y asegurarse así un futuro lleno de comodidades y bendiciones, no sólo para la chica, sino también para toda la familia Lamas. Cosa que no dejaba de ser una esperanza un tanto difícil de consolidar, pues, sabía muy bien que el joven Alberte pronto habría de marchar a Compostela para estudiar medicina, derecho, historia, física (*ou vai ti a saber*) o alguna de esas cosas de ricos. Aparte del hecho más que probable que a Don Ezequiel no le pareciese correcto que su muy bien educado hijo fuese a rebajarse por el amor de una simple lechera. Porque, precisamente, a fin de alimentar sus esperanzas, eso había hecho Lolo. Conseguir que su adorada hija fuese aceptada para ayudar todos los días a ordeñar el inmenso hato de animales de las vaquerías del *pazo*, casi mil *rixelos* cundían para los dos pastores a cargo de llevar a pastar a los animales, o sea, casi cien vacas de fuerte pelo bayo, modesta cruz y robustas patas. Lo que, teniendo en cuenta los dos sementales que dormían en los enormes establos del *pazo* suponían una ingente fortuna de proporciones representadas por unos números que el pobre Lolo, casi analfabeto, no era capaz de imaginar, porque, como muy bien sabía, los cuartos no estaban en la leche, sino en la

carne, y con semejante rebaño el número de terneros que al cabo del año se criaban para venderse en las ferias de ganado era de «*manda carallo*», como solía decir Lolo en la taberna.

Así que, esa mañana engalanada de niebla, cuando se despertó poco antes de rayar el día se sintió tan feliz como cualquier otro día, rebosante de su buen talante habitual. Sacó a su mujer del sueño con dulces palabras al oído, se vistió, despertó a los mozos entrando en su habitación, compartida por los cuatro, propinándole a cada uno un cariñoso coscorrón fingido y a la pequeña Amalia con una tierna caricia en la frente, contemplando el hueco en la cama dejado por la mayor, las dos hermanas dormían juntas en una cama de matrimonio con colchón de lana en la única habitación de la planta baja, entre la cocina y la pequeña zahúrda que sólo cobijaba un gorrino. Durante todo el proceso, incluso cuando se aseó malamente con el agua fría de la palangana de la cómoda de su dormitorio del piso superior, durante todo el proceso sonreía.

No podía ser de otro modo, no podía saber lo que había sucedido. Ignoraba que no mucho después estaría llorando. Llorando como un niño pequeño al que se le ha muerto el cachorro de suave pelaje y ojos inocentes.

Aquella madrugada, *Antoniña*, se había despertado temprano, como siempre, y había dejado la cama tras besar con ternura a su hermana menor, que aún se trababa al hablar con las palabras con demasiadas erres y que todavía se caía de culo cuando se apuraba al andar. Y, como su padre haría un par de horas después, *na seguinte sorte* como decían en el sur, sonrió, sonrió al pensar en la pequeña mirando con gesto somnoliento mientras preguntaba:

—*Niña* —como siempre la llamaba— *mañá lévasme a pena de redo… rebo… redobexoria, ¿lévasme*?…

—*Reboxedoira*; —había contestado, cariñosa, silabeando con calma—. *Boenooo… levóte, pero, tes que dormirte, ¡xa*! —Alzando tiernamente la tosca sábana para arropar a la pequeña.

Lo cierto es que poco, más bien nada, podía negarle a la dulce chiquilla de pelo eternamente revuelto. Por otro lado, una vez hubiese regresado de cumplir con sus obligaciones en el *pazo* y hubiese ayudado a su madre con las labores de la casa podía disponer de toda la tarde para salir a dar un paseo con su hermana y, sin duda, *la pena de reboxedoira* era uno de los mejores lugares para disfrutar de un atardecer de primavera.

*Antoniña* era una adolescente vivaracha, dispuesta y trabajadora que no protestó en absoluto cuando al nacer su cuarto hermano tuvo que dejar de ir a la modesta escuela rural que correspondía a la parroquia, que significaba caminar tres horas, entre ida y vuelta, para ayudar a mantener la humilde economía de la familia. Tampoco protestó cuando a tal fin quiso convertirse en aprendiz de costurera bajo las

faldas de Sara Corredoira y su padre se lo negó para obligarla a aceptar el trabajo de lechera, que le impedía remolonear en la cama, que era mucho más sucio y peor pagado. Sin embargo, no le llevó la contraria a su padre y acató su voluntad displicente. *Niña*, como decía Amalia, nunca protestaba si su sacrificio significaba que de ese modo podía ayudar a que la familia malviviese de una forma un poco más digna, claro que, ella no tenía ni idea de que su padre había puesto tantas esperanzas en un supuesto matrimonio con el señorito Lema, pero, por supuesto no hubiese protestado si su padre le hubiese pedido (ordenado, quizá) casarse con aquel baboso de manos largas que en cuanto podía le pellizcaba el trasero con desdén y aire de superioridad, de hecho, *Antoniña* nunca se había quejado porque sabía que si lo hacía, lo más probable es que, Don Ezequiel la hubiese tachado de mentirosa prohibiéndole volver a trabajar en el establo.

Voluptuosa, de caderas altas y piernas largas la preciosa mujercita se acercaba más al canon de belleza que llegaría medio siglo más tarde, sin embargo, y aun a pesar de la ropa vieja y remendada, las manos ya endurecidas por el trabajo y el sencillo peinado que recogía su larga cabellera castaña en una humilde trenza sujeta con una cinta azul ya ajada resultaba, sin lugar a dudas, una joven extremadamente llamativa, de una sensualidad inusualmente atractiva.

Incluso con el amplio vuelo de la falda y lo laxo del blusón, su caminar discreto, fuera de lugar para una mujer que calzaba zuecos y no zapatos de anca de potro por una pasarela de París, como una de las glamorosas modelos, *mannequins*, americanas que en esos días llevó a la ciudad de la luz Jean Paotu; resaltaba la dulce curva de una cintura estrecha y de unos pechos generosos y firmes. Sus ojos, dorados como la miel de trébol, brillaban entre las pecas de su tez clara, siempre acentuada por el sano tono rosáceo de sus mejillas.

Tan linda porque de su padre no había heredado siquiera la menor semejanza física, de un corazón tan grande porque de su padre había heredado una bondad y paciencia casi infinitas. Por eso, y porque poco, más bien nada, podía negarle a la dulce chiquilla de pelo eternamente revuelto, le había prometido en la víspera a su hermana menor que la llevaría encantada a jugar en *pena reboxedoira*. Además, cómo iba a negarlo, a pesar de haber crecido, de que en su tiempo ya debía considerarse una adulta con obligaciones y que no quedaría soltera por más de un año, como máximo dos, a pesar, en suma, de tener el deber culturalmente impuesto de haber abandonado la infancia para ser adulta, a pesar de todo, a ella le seguía encantando la idea de acercarse hasta la gigantesca mole granítica de tan caprichosa forma.

Bastaba agrupar unas cuantas ramas verdes de retama, encajar unas en otras, buscando precisamente que lo tupido de la planta permitiese que el haz de *ramallos de xesta* adquiriese una consistencia aceptable y ya se disponía de un eficaz sucedáneo de trineo que colocar en lo alto de la inmensa mole del roquedal ígneo que

coronaba el titánico caos de berrocal de los montes que se elevaban al este, a media hora de marcha, más allá del muro de cierre de la gran propiedad del *Pazo de Lema*. Así, con un improvisado amago de trineo y algo de valor uno podía atreverse a dejar que la gravedad hiciese el trabajo y tras un pequeño impulso y echando la espalda hacia atrás para contrarrestar momentos, la *pena* se convertía en un fantástico tobogán natural pulido por millones de años de erosión y miles de aventurados descensos en una costumbre que se perdía en la memoria de todos los pueblos circundantes.

Así que, aquella noche que habría de despertar bajo el manto difuso de la neblina, aliento de las hadas, que el alma del río liberaría al calor del día, *Antoniña* estaba contenta, a fuer de franqueza, siempre estaba contenta. No tenía más que una par de horas de trabajo sencillo, sin más preocupación que evitar las largas manos lascivas del señorito, luego, ayudar a su madre con las tareas de la casa y después de comer acompañar a su hermanita a pasar una tarde divertida mientras su padre y sus hermanos tenían que romperse el espinazo con la tierra o los escasos animales que la familia poseía.

Y, aquella noche moría herida por el alba cuando *Antoniña* salió de casa, dispuesta y animada, revolviendo con una mano de dedos largos que era, sin duda, demasiado frágil para la vida tan dura del pueblo, un mechón de pelo revoltoso que escapaba del pañuelo atado en la cabeza que recogía la melena brillante de la bella mujer niña.

Para no volver jamás.

*Alberte*, el señorito, el hijo del severo Don Ezequiel, la esperaba, como todos los días, tumbado en su enorme cama con dosel, aislado en su enorme habitación, dejando volar la parte más obscena de su imaginación mientras con su mano derecha, ascendiendo y descendiendo lentamente, con las yemas de los dedos se acariciaba el pene erecto.

Siendo benévolo, el benjamín de los Lema no era más que un adolescente inmaduro e impertinente con aires de grandeza y cabeza hueca. Un imberbe engreído que a pesar de haber sido expulsado del recién inaugurado Colegio de La Inmaculada, anexo a los terrenos que habían sido las huertas de la casa de la Inquisición en la ciudad sacra del apóstol, expulsado por incompetente, no se permitía reconocer su inutilidad sino que achacaba su fracaso a la escasa capacidad de los maestros, y así se lo explicaba al severo Don Ezequiel. Justamente gracias a ese nuevo fiasco podía permanecer en el hogar familiar disfrutando de un tutor privado que su padre había hecho traer desde la capital a fin de encauzar los estudios del menor de sus hijos, porque lo que Don Ezequiel tenía claro es que el escaso seso del chico no iba a impedirle estudiar la carrera de derecho para que así, junto al hermano que a punto estaba de terminar sus estudios en la escuela de veterinaria de León, pudiese asegurar

a la vaquería un futuro prometedor. Claro que, Don Ezequiel no sabía, ni podía haber imaginado, lo que su hijo iba a hacer aquella noche.

*Alberte*, a la difusa luz de una vela sobre la mesilla de recargado grabado de estilo barroco, se concentró en la imagen de la dulce lechera, en la línea del canal de unos pechos que se adivinaba cuando al agacharse a por el cubo lleno de leche, el cuello del blusón caía una pulgada escasa y aceleró el ritmo de los movimientos de su mano derecha al tiempo que se asía el miembro rodeándolo con los dedos.

Sus labios se tensaron dibujando una línea quebrada prácticamente blanca que a cada movimiento, sacudida, de la muñeca temblaba como el rabo de la rata atrapada en el cepo por su codicia y gula.

Sus párpados cerrados se apretujaban formando pequeñas arrugas como las diminutas ensenadas del muslo celulítico de una ajada mujer de mal vivir que contempla con ojos vidriosos su pasado desperdiciado entre los gemidos de hombres demasiado cansados de sus mujeres para escuchar y demasiado sucios para no resultar asquerosos.

Sus pies se combaron retrayendo los dedos como la garganta del tuberculoso intenta en vano cerrarse a los sanguinolentos esputos con tropezones de bronquios desgajados de unos pulmones quebrados por la enfermedad.

Su ritmo respiratorio se aceleró dejando escapar entre los dientes sibilantes sonidos rasgados como los quejidos de las telas burdas que el violador rasga impaciente por cobrar su víctima.

Un sordo rumor se desprendió de su boca y todo su cuerpo se tensó.

La curva de las caderas de la lechera.

La tela abultada de la camisola sobre los pechos.

Y, limpió su mano sucia en las sábanas sin más miramientos ni preocupaciones.

Entonces, con la laxitud propia tras el orgasmo la idea surgió desde algún surco entre los dos hemisferios de su cerebro como el leviatán de enormes mandíbulas con semblante de juego de guadañas emerge serpenteando desde las profundidades pelágicas buscando el endeble jabeque zarandeado por las olas de la galerna.

Había llegado el momento, no podía conformarse con masturbarse cada día hinchando su pene más con sueños y deseos que con la sangre de sus venas ante la excitación del cuerpo desnudo de la muchacha. Era hora de actuar, además, ya había hecho cosas malas antes, grandes pecados inconfesables, no sólo eso, sino que hasta esa mañana nunca nadie lo había descubierto. Y, ¿no era el mal más atractivo que el bien?, ¿no otorgaba el mal más beneplácitos que el rígido bien predeterminado y limitado?

Sí.

Sin duda, no había por que esperar más, no era necesario, ella no lo rechazaría (cómo iba a atreverse), además podía presionarla con perder el precario empleo

arguyendo que le contaría a Don Ezequiel cualquier mentira convincente y sino siempre quedaba un recurso, ¿verdad?

Se incorporó y al tiempo que se quitaba el camisón tirando del cuello de tela adornada con finos encajes de Camariñas, ya buscaba su ropa interior en el arcón al pie de la cama donde la servidumbre la había dejado, limpia y doblada, lista para el nuevo día del señorito. Se vistió apresurado, sonriendo entrecortadamente y permitiendo que su exaltada imaginación provocase una nueva erección palpitante que sentía vibrar en su entrepierna, ansiosa.

Sigiloso salió del *pazo* al encuentro de la lechera, de la bella mujer niña que en ese mismo momento caminaba a la luz de la luna un sendero que, sin ella saberlo, no la llevaría esa madrugada al establo, con su olor a estiércol y la tibieza de la leche recién ordeñada salpicada en los dedos que asen la ubre. Aquel trillo, precisamente aquella madrugada, conducía a la muchacha al horror.

Ella caminaba contoneando sin querer sus sensuales caderas, cruzando un pie ante el otro en cada paso, con una gracia natural ajena a institutrices apropiadas para la enseñanza de modales y protocolo a las señoritas adineradas de la ciudad. Cantaba con una dulce voz nasal de delicado registro una *muiñeira* de alegre tonada, acompasando su caminar.

*Teño un amor que me ama*
*outro que me dá diñeiro*
*outro que me desengaña*
*ese é o verdadeiro.*

Al terminar cada estrofa brincaba feliz librando de su prisión a la niña que aún era, encarcelada por las responsabilidades y las obligaciones.

*O muíño de Oliveria*
*heino de mandar pechare*
*con caravixas de prata*
*heino de acaravixare.*

Un pequeño salto adornado por una sonrisa.

*Teño unha silva na porta,*
*nin me pica nin me prende,*
*teño unha mala veciña*
*que sin diñeiro me vende.*

Una palmada tímida ante el silencio apagado de la noche.

*A perdiz anda no monte*
*o perdigón no valado*
*a perdiz anda dicindo*
*vente pra aquí namorado.*

No había mucho que hacer, por la tarde disfrutaría de las risas espontáneas y

vivaces de la pequeña Amalia y quizá en las fiestas del verano, en algún baile tímido conocería al hombre que habría de amar el resto de sus días.

Por supuesto que no, lo último que iba a conocer era el miedo atroz que quiebra la espina dorsal al descubrir sobre la propia sangre derramada el reflejo vidrioso de la luna palpitante de cuarto creciente de una noche apacible de primavera.

Y, si *Alberte* hubiese sido algo más que un despreciable cobarde de mente calenturienta hubiera corrido hasta que el corazón se le quisiese salir por la garganta con tal de evitarlo, claro que él tampoco sabía que la vieja de la guadaña hacía ronda aquella noche apacible de primavera.

No tuvo ni siquiera la opción de razonar, fue demasiado rápido.

El dolor la sorprendió, aunque no tanto como descubrir la figura macabra que danzaba al compás de la tocata fúnebre envuelta en sombras cenicientas.

La tierra del sendero habló, aprisionada, quejándose por el peso de los pasos del mal que avanzaba. La oscuridad translúcida del nacer cercano del día lloró con más intensidad dejando que sus lágrimas perecieran sobre las hojas de los árboles que coronaban el camino.

Algo afilado y frío, muy frío, silbó cortando el aire a su espalda, acelerándose a medida que se aproximaba al cuerpo de la joven, buscando su calor

(…duele…).

le atravesó el costado izquierdo rasgando la tela amarfilada del blusón, hiriendo la carne con un sonido sordo de hojas marchitas al viento y un apagado rumor de succión cuando se abrió la capa adiposa bajo la dermis,

(…duele mucho, está frío…).

la sangre arterial brotó desde el juego de cuatro tajos que corrían paralelos a los intercostales, segundo y tercero, especialmente profundos, tanto como para llegar a la cavidad visceral y derramarse espesamente por la piel como goterones de cera fundente en una vela granate

(…hace frío…).

el aire se agolpó en la laringe y el grito pugnó por brotar, luchando con la antagónica sorpresa mientras la lengua se combaba retirándose al fondo del paladar y una enorme presión repentina le comprimía el pecho.

(…suena como una nuez al cascarse…).

Sin embargo, el chillido asustado que hubiese mutado la dulce voz de la joven en una especie de quejumbroso si bemol de dos octavas más allá de la habitual en ella no llegó a romper la quietud de la madrugada ya que el aire se le escapó de los pulmones cuando el segundo impacto, justo sobre los músculos lumbares, desgajó la carne de la espalda de la joven. Era como si los dientes enfurecidos de una monstruosa quimera surgida de las profundidades del hades se estuviesen clavando en su cuerpo, como el formón que muerde la madera basta buscando la forma diabólica que anida en la mente de un escultor psicótico.

Quiso huir, pero, las largas piernas que el trabajo en el campo había torneado transformándolas en perfectos instrumentos de las más carnales pasiones le fallaron plegándose sobre la articulación de la rodilla y un estallido de naranja brillante surgió ante sus ojos al tiempo que caía y su tobillo derecho se doblaba sobre la articulación, luxándose.

El codo absorbió toda la energía de la caída al detener esta súbitamente, impactando con la tierra del sendero, provocando un relámpago de sufrimiento y calvario que ascendió hasta el hombro y le cerró la boca en un gesto automático con

el que se mordió la lengua. Seguidamente rodó sobre el costado que no estaba herido y quedó mirando al cielo negruzco difuminado por la niebla que empezaba a formarse como respuesta a la leve claridad que surgía por entre los picos del este. Distinguiendo perfectamente el sabor metálico y tibio de la sangre que se acumulaba en su boca y se escurría por su faringe y sin entender el porqué recordó como de niña en los atardeceres tardíos del otoño se ayudaba a preparar el vino y se hinchaba a beber mosto tinto, caliente y dulce, directamente de la espita de la enorme tina donde se pisaba la uva. No sólo eso sino que recordó las risas de sus hermanos, manchados hasta los tobillos los pies de un púrpura cardenalicio, al haberse caído la pequeña Amalia en el balde del mosto mientras la chiquilla intentaba, apoyada una mano en el borde y formando un hueco con la otra, beber como su hermana mayor a pesar de que su escasa altura le impidiese llegar hasta el chorro que brotaba del barreño. Al hacer fuerza sobre su apoyo la pobrecilla había desequilibrado el cubo de hojalata a medio llenar por el dulce líquido de reflejos granates, por lo que la niñita había terminado espatarrada en el suelo con la cabeza metida en el cubo y todo el mosto derramado para deleite…

—Ahhhhhhhhh… —surgió sin fuerzas y se perdió en la noche sin más respuesta que el ulular de una lechuza.

…un nuevo empellón y un haz de tajos se abrió sobre su muslo izquierdo…

(…duele…).

…rajando la arteria femoral que corría por la cara interior de un muslo que jamás había abrazado la cintura de hombre alguno y que ya nunca lo haría por mucho que pudiese pesarle al benjamín de los Lema.

*Alberte* oyó el grito desvaído y apagado en la lejanía de la negrura de un amanecer que palpitaba y no le concedió la mayor importancia, pues no llegó a imaginar que en realidad se trataba del alarido de dolor de una joven que estaba siendo descuartizada por algún monstruo sin conciencia. Quizá, no logró imaginarlo porque su mente estaba ocupada imaginando precisamente las largas piernas desnudas de aquella que se desangraba al otro extremo del sendero que él mismo recorría.

Su entrepierna abultada palpitaba en el interior de la ropa, y con cada sacudida el glande rozaba la tela sedosa de su ropa interior de niño rico produciéndole un placer difícilmente contenible e impaciente. Casi podía convertir sus desvaríos en algo tangible, una figura humana que se materializaba ante él, un idealizado cuerpo de mujer mil veces dibujado por la imaginación bajo las prendas sueltas de la ropa de labriega que sobre el cuello portaba la cara dulce y amable de la joven que estaba siendo asesinada en un lugar no tan lejano. Sólo que la expresión no era la propia de la adolescente a la que el dolor estaba trabando lo más profundo de su espina dorsal en aquel mismo momento, era una expresión obscenamente lasciva, no

atractivamente sensual, sino sucia e impropia, falsa como la de la prostituta de puerto que aún en el asco provocado le pide más al cliente gordo y borracho de apestoso aliento. Podía distinguir una lengua larga y carnosa barnizar de pegajosa saliva unos labios que gesticulaban pronunciando procacidades del más bajo carácter, prácticamente impropias incluso para el más lascivo de los sátiros, haciendo crecer su excitación y desatando aun más su imposible fantasía.

Sus escuálidas piernas avanzaban por el sendero con el ansia impaciente revelada por lo más impúdico de sus ambiciones, acelerándole el pulso y entrecortando la respiración, estaba tan ansioso que eyaculó en los calzones con una mezcla de rubor y vergüenza incoherentes. Sin embargo, era tal su insano deseo que sólo un poco más allá en el camino su miembro volvía a hincharse dispuesto a convertir en realidad los deseos del cerebro enfermo de aquel estúpido libidinoso con ansias de grandeza.

El espeso líquido pegajoso prendía su vello púbico a la tela de su ropa interior tirando de él cada vez que la flaca pierna izquierda se adelantaba, pero, por supuesto no era el momento de detenerse, tenía prisa, mucha, por convertir en palpable la dulce musa que desnuda se aproximaba a él caminando en sentido opuesto.

No supo ya, de tan alterada su conciencia, si los gemidos provenían del interior de su cabeza atolondrada o de más allá en el camino. Eran unos gemidos entrecortados y graves, con un siseo ceceante que consiguieron excitarle aún más pues ni siquiera se detuvo a considerar el origen de los mismos o su causa.

Gemidos.

Gemía porque ya no tenía fuerza para gritar.

Sollozaba irregularmente sufriendo lo indecible en cada inspiración, pues en cuanto intentaba hacer que el aire llegase hasta sus bronquios un hierro candente se revolvía en su pecho, su pulmón izquierdo se había colapsado tras la primera embestida. La primera de las cuatro sajaduras, la de más arriba, sin ser la más profunda, había horadado lo suficiente como para perforar el pulmón permitiendo que el aire entrase en la cavidad pleural, el espacio virtual entre las pleuras visceral y parietal que rodean los pulmones, lo que contrarrestó el gradiente negativo de presiones entre la pared torácica y la propia pleura.

A consecuencia del neumotórax le costaba mucho respirar, lo que sólo conseguía irregularmente y con un movimiento anormal debido a la rigidez muscular que restringía el movimiento de la caja torácica, respuesta autónoma de su cuerpo para protegerse ante el casi insoportable dolor, que por otra parte no duraría mucho, lo que, sin embargo, no era un alivio.

Tosió lastimeramente y sintió como si acero al rojo vivo le atravesase el pecho.

Pero, no tuvo tiempo de recuperarse, aquella sombra sin forma se dejó caer sobre ella sin que sus cristalinos pudiesen enfocar más que un bulto borroso y oscuro, y el miedo envió al dolor hasta la sala de espera trasera de su cerebro. Como algo más

bien telepático que percibido, sintió la presión de aquello, fuera lo que fuese, sobre su cadera y el jadeo violento que exhalaba vaharadas de un aliento pútrido sobre su rostro asustado

(…duele…).

y contraído por el dolor convulso que cubría de latigazos su sistema nervioso central.

Cada una de las células de su cuerpo reverberaba con ese dolor brutal que nacía en el costado, en el tórax, en el muslo…

(…duele mucho…).

…mientras la sangre caldosa que manaba de la fuente que era su arteria femoral regaba una tierra que la aceptaba ansiosa como tierra sagrada de sacrificio pagano sedienta de muerte a instancias de un dios cruel e injusto.

Sus manos delicadas buscaban asidero y los dedos crispados arañaban el camino llenándole las uñas de mugre, el corazón de desesperanza y el alma de un miedo tan profundo como las mismísimas fosas abisales.

Aquel engendro maldito de ojos obscurecidos y pelambrera cenicienta se alzó hincando más su peso sobre la muchacha y se preparó para un nuevo ataque.

La niña quiso gritar y sólo consiguió un siseo agudo que la brisa arrebató de sus labios a flor de piel.

(…no…).

(…no, por favor, no…).

El escuchimizado último descendiente de los Lema apuró su paso ansioso aún más pues a su juicio se hacía tarde, consideró que a su ritmo y teniendo en cuenta que por el que caminaba era el único camino que la lechera podía haber seguido ya se debería haber topado con la joven objeto de sus fantasías de la más baja de las calañas. La impaciencia podía con él y la urgencia de su entrepierna joven y repleta de hormonas lo espoleaba. No corrió por que no le pareció digno que la muchacha pudiese entender al verlo que él

(todo un señor, heredero de tantas tierras y riquezas).

(tan guapo y bien plantado).

tenía el menor interés puesto en ella. Por supuesto, aquello no podía permitirse, pues si bien el desear su cuerpo sensual no suponía un problema, sí lo era el que ella pudiese albergar esperanzas irrisorias para establecer una relación, lo que, en todo caso, sin duda haría en cuanto se decidiese a mostrar sus encantos,

(tan atractivo y tan culto).

porque, por supuesto, ella era buena sólo para una cosa, para que su sexo jugoso y empapado lo recibiese, pero, bajo ningún concepto para mantener una relación con visos al matrimonio ni nada semejante, por supuesto que no, pues su futura mujer debía ser casta, pura y virtuosa y no como aquella guarra descarada que se le

insinuaba insolente todos los días provocándole tal malestar que ahora se veía obligado a buscarla para encontrar alivio, pero, claro, sólo para eso, para nada más,

(sólo es una lechera analfabeta y sin modales).

porque, ante todo, él era un caballero criado para llegar incluso hasta las más altas esferas políticas, de eso estaba seguro,

(el porte, la cultura, el *savoir affaire*).

(que sabe francés incluso).

ella no iba a ser más que una mera distracción, de hecho no merecía más atención que la que iba a darle precisamente aquella misma noche. Y, su mano descendió hasta la entrepierna y apretó el pene erecto con fruición.

No podía decirse que *Alberte*, hijo menor de Don Ezequiel Lema

(tan importante).

fuese atento más que a la rigidez de su miembro ansioso y al anhelo lascivo que corroía el hueco entre los dos hemisferios de su cerebro. Sin embargo, aun siendo idiota como era pudo distinguir la escena con suficiente claridad como para que su escuálido trasero

(tan bien educado).

perdiese la compostura y sus calzones, ya manchados, se llenasen de excrementos calientes.

Su inepto cerebro no dio mucho de si atenazado por un miedo punzante que recorrió en un escalofrío el surco central de la espalda como el dedo gélido de un muñeco de nieve que hubiese cobrado vida en virtud de algún oscuro conjuro druídico.

Pero, al menos, sí pudo arrancar un prolongado grito aterrorizado ante aquella

(cosa).

que a horcajadas sobre la muchacha se preparaba para atacar. Un profundo chillido agudo que desinfló no sólo sus pulmones sino también su, hasta el momento, hinchada hombría orgullosa.

Y, aquel engendro animal lo miró, y en su razón que huía mientras la locura tomaba el relevo le pareció distinguir como aquel ser demoníaco de ojos mates lo miraba y sonreía ampliando la curva de una boca horripilante hasta límites que parecían pudiesen dislocarse la mandíbula.

Dio media vuelta y comenzó a andar queriendo correr, pero, resultándole imposible, a cada paso la mierda maloliente que se amontonaba en sus calzones rebotaba contra sus glúteos pálidos. Pero no llegó muy lejos, apenas media docena de pasos, el engendro llegó a su altura y trabó su garra helada en la nuca del menor de los Lema, permitiendo que el lujurioso adolescente pudiese escuchar el chasquido de su columna vertebral en el mismo instante en que la escasa luz de la madrugada se desvanecía cubierta por una negrura infinita. Se desplomó deslavazado con los ojos

hipócritas abiertos a la noche herida por la luz del amanecer.

(todo un señor…).

(tan guapo…).

La mujer, la niña, libre de la presión del monstruo hincado sobre su cadera y aun sintiendo el desmayo rondar por la pérdida de sangre, a punto de sufrir un colapso hipovolémico, consiguió girarse para intentar arrastrarse hasta la espesura del bosque que engullía los bordes del sendero, luchando con toda su fe, con toda su alma contra el dolor, contra los espasmos que recorrían su frágil cuerpo.

Tan escasa de fuerzas que su barbilla arrastraba por la tierra, arañándose la suave piel que el trabajo al sol había bronceado dándole un atractivo color dorado. Los músculos de los brazos se acalambraron en el segundo esfuerzo por avanzar, pero, siguió adelante, queriendo luchar contra lo que no se podía luchar.

Lo presintió más que otra cosa.

No quiso darse la vuelta, pero lo sabía

(…*sintoo moito, perdóame neniña, miña querida nena*…).

una pata deforme pisó su gemelo derecho deteniendo el penoso avance

(…*perdóame, non te vaias enfadar, máis hoxe non vai poder ser*…).

y una nueva presión hizo juego con la anterior justo sobre las vértebras lumbares, causándole un enorme dolor no sólo en la herida de la espalda sino en el pecho también,

(…*pídello a pai, non te apures, il levarate como facía comigo cando era coma ti*…).

pero, no fue ese dolor el que derramó una lágrima solitaria dejando un reguero limpio de piel dorada entre el polvo del camino que se había pegado a su lindo rostro

(…*e que eu non podo, síntoo moito, de verdade*…).

fue el dolor que encoje el alma de aquellos que son buenos, de los que tienen un corazón bello y generoso

(…*non te vaias enfadar comigo*…).

el dolor que sólo aquellos que quieren incondicionalmente pueden sentir cuando hacen daño a esos a los que quieren, incluso cuando no tienen culpa o responsabilidad alguna por ese daño

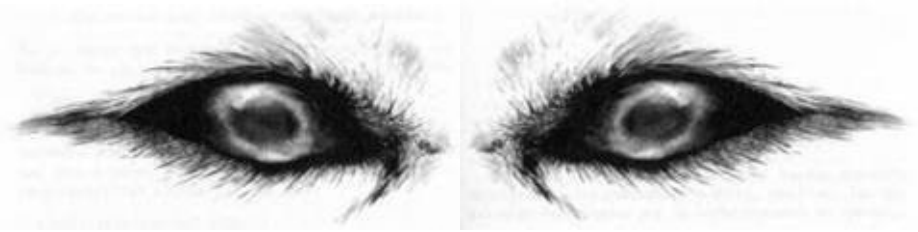
(…*mais hoxe non hei poder*…).

el dolor que sólo los más bienintencionados albergan cuando decepcionan a los que aman con toda su alma.

(…*hoxe non podo levarte*…).

El aire crujió, la luna se escondió tras la niebla, sus ojos tuvieron un último instante para el recuerdo inquieto del pelo castaño revuelto y su cráneo se abrió como una fruta madura cuando los afilados cantos golpearon su linda cabeza llena de ilusiones.

(…*non podo levarte á pena de reboxedoira*…).



# Segundo conto

## La Revelación

El bosque desmochado del invierno tardío avanzaba engullendo a los caminantes o quizá, más bien, las dos siluetas difuminadas por la noche buscaban su refugio.

La luna, apenas creciente, casi nueva, *Atenoux*, corría a esconderse tras el horizonte justo siguiendo la estela de la constelación del carnero, *Beli*. Comenzaba el primero de los días tras el solsticio, a sólo dos jornadas para estrenar el mes de *Beth*, aquel del abedul de blanca corteza, árbol símbolo de pureza, de azucarada savia viscosa que debía ser recogida por los druidas a lo largo de las dos cuasi quincenas lunares del mes y una vez fermentada serviría como licor durante la celebración del equinoccio vernal.

Sin embargo, para las dos figuras que se movían entre las sombras del bosque caducifolio de las montañas del septentrión ibérico no existía comprensión alguna respecto al significado celta del momento, para ellos, era tan sólo una de las últimas noches del último mes de uno de los últimos lustros del siglo diecinueve.

A su criterio, simple y llano, se acercaba la navidad, nada más.

Claro que, ninguno de los dos podía intuir la terrible ceremonia de sangre en la que se iban a ver obligados a intervenir, quizá entonces hubiesen tenido más fe en la magia.

O quizá, simplemente, hubiesen dado media vuelta y puesto tierra de por medio.

Hombre y mujer, agarrados de la mano, caminaban encogidos por el frío entre los parches de nieve que tapizaban el suelo del enorme robledal centenario adivinando a la luz de la antorcha que el varón portaba el camino que debían seguir, tarea que, sin duda, hubiese resultado imposible de no ser por la cierta familiaridad que habían adquirido en anteriores viajes, pues no sólo la noche sin luna privaba de referencias visibles, sino que la inquietud que los atenazaba quebraba su capacidad de orientación debiendo dejar a los retazos de la costumbre la calidad de guía.

Él, un poco adelantado, aminoró el paso buscando con la mirada la vía a seguir. Era un hombre joven, delgado como un mimbre, y con un rostro anguloso contraído, torturado por un gesto de preocupación. Ella se detuvo por completo y un escalofrío sacudió su cuerpo como la hoja de metal vibra a cada martillazo sobre el yunque.

—Regresemos, deberíamos regresar… siempre podemos escapar… sí, podemos marcharnos sin avisar a nadie y… —sus ojos verdes miraban fijamente la nuca del hombre, que no se había dado la vuelta— nunca nos encontraría, basta con que nos vayamos con lo puesto —bolsas cargadas de cansancio y dolor colgaban de sus párpados inferiores como la preñez maldita de la desesperación— podemos conseguirlo, estoy segura. No… no quiero seguir adelante con esto, —lágrimas brillantes al frescor de la noche aparecieron sobre sus pestañas y bajó el rostro avergonzada— no quiero perderlo, pero, no me atrevo… es injusto, no es nuestro. —Dijo ella acariciando su abultado vientre por encima de la tela basta del amplio abrigo marrón.

—Te estás engañando —contestó él sin volverse, con una voz llena de hastío ansioso e impaciencia cansada al mismo tiempo— aunque nos marchásemos sabes de sobra que nada podemos hacer por él o ella… Si… Si no seguimos adelante está perdido… Y nosotros también. —Continuó, girándose y queriendo señalar con la barbilla el abdomen hinchado de la mujer—. No te das cuenta de que si no cumplimos nuestra parte del trato ella no nos lo perdonaría jamás, nos lo haría pagar muy caro.

—A lo mejor…

—¡Ni a lo mejor, —interrumpió él elevando el tono de voz— ni a lo peor!, sabes de sobra que aunque nos vayamos su mal nos perseguirá y al final no tendremos nada… —suspiró cansado y soltando su mano de la presa de la mujer la alzó hasta el mentón de ella obligándole a mirarle a los ojos—. No tenemos opción y lo sabes, ella lo dejó muy claro —dijo señalando ahora la espesura con un gesto vago de la antorcha— lo sabes desde la primavera.

—Pero, pero…

—Vamos, no hay más que hablar.

La mujer sollozó, se limpió el agüilla que pendía de las fosas nasales con una mano y echó a andar tras su marido con pesadez, abriendo mucho las piernas y apoyando los pies con los dedos hacia fuera, acariciando su vientre preñado, o no, con la mano libre. Odiándose un poco más intensamente con cada paso por estar allí de nuevo a pesar de haberse prometido a sí misma más veces de las que sabía contar que no volvería jamás a recorrer aquel camino.

Sin embargo, en la eterna excusa propia del que no quiere darse cuenta de su debilidad la joven mujer no quiso admitir, ni siquiera en su fuero interno, que hacía ya más de un año había recorrido aquel mismo sendero, por primera vez, a plena luz del día con el corazón lleno de alegría y una sonrisa sincera en el rostro sin más cuitas que el nombre que habría de ponerle a su futuro hijo.

Calero era un buen nombre, como el abuelo.

(Y, si es niña, Isabel, como yo).

Les habían dicho que ella podría ayudarles, siempre entre rumores y chismorreos.

Todo habían sido habladurías y aquellos, pocos, que quisieron contarles algo concreto lo hicieron siempre en voz baja, poniendo como sujeto principal de la acción a algún conocido o pariente lejano, incluso cuando era evidente que era el propio narrador el favorecido (o perjudicado) por los hechos relatados. No contaban, pues, más que con rumores insustanciales y el arraigado convencimiento incomprensible de la fuerte tradición. Sin embargo, habían concedido crédito a los prodigios, pues tras las decepciones quisieron engañarse por lo sugestivo de la idea negándose a admitir lo que la naturaleza se había empeñado en demostrarles. Habían acudido esperanzados tras largos meses de intentos sin fruto aun a pesar de la fogosidad

propia de los recién casados.

Cuando llegaron al lugar la tarde temprana del otoño aún brillaba sobre las hojas secas que todavía pendían de las ramas de los enormes robles.

Era un otero al nordeste del pueblo, por encima de la falda de los picos erosionados que rodeaban al villorrio, a una hora de camino a paso vivo, siempre a través de bosques tupidos, muy cerca del nacimiento del regato de Lourido, un arroyo de aguas de deshielo, frías y bravas, afluente del río que movía el molino.

En principio, no distinguieron nada especial a parte de las grandes losas de granito que sabían les indicaban que era ese el sitio correcto. Sólo cuando prestaron atención se dieron cuenta que tras los restos del dolmen, una techumbre de ramas había sido entretejida entre unos cuantos de los gruesos troncos de los robles del bosque.

La cabaña, en efecto, medio oculta por los restos megalíticos, medio escondida por el propio bosque, se apoyaba en una de las piedras del lugar sagrado haciéndola servir de extraño pilar para sujetar dos de las fachadas, dando lugar a una planta pentagonal, los cinco paupérrimos tabiques eran meros amasijos de lascas de pizarra, cantos de granito, ramas y barro seco.

El gigantesco dolmen, mesa en su etimología bretona, estaba formado por una docena de gigantescas losas de roca, granito de dos micas y gneis, conocido este último por las gentes del lugar como *olio de sapo*, repartidos casi por igual en el número de piezas. Todas ellas arrancadas al Macizo Hespérico, producto de la Orogenia Hercínica del convulso período paleozoico, cuatro mil años antes del nacimiento del mesías judío por los pueblos del noroeste peninsular. La mayor de ellas, dispuesta a la altura de un hombre adulto servía como cubierta, con unas tres varas de ancho y cuatro de largo. De las otras once, ocho servían de apoyo a la techumbre de piedra, y aunque las alturas no eran iguales el ángulo en el que la losa superior se apoyaba no suponía una pendiente de más de un par de pulgadas de un extremo al otro. Las tres restantes, de variada longitud, daban consistencia al cierre poligonal del dolmen dejando entre dos de las mayores una apertura de un par de codos de ancho, por la que un hombre corpulento entraba sin problema, orientada hacia los riscos erosionados del naciente. En el interior, con un suelo de tierra pisada, algunos petroglifos espirales decoraban las piedras, tal vez símbolos de los ciclos concatenados en continua expansión, probablemente como interpretación mística del eterno giro de las estrellas alrededor de la polar.

La choza anexa, orientada la entrada al norte, de planta un poco mayor que la del túmulo de enterramiento celta tenía una cubierta cónica de ramas variadas y materia vegetal acumulada, dispuesta de modo tal que una apertura coronaba el ápice haciendo las veces de chimenea. Tiro por el que una estela de humo oscuro de leña verde se elevaba tranquila a la tarde moribunda impregnando el ambiente de un olor

ácido, indefinible, muy peculiar.

Una vez allí ambos dudaron sobre qué se suponía debían hacer, precisamente sobre ese punto no habían sido instruidos, a fin de cuentas, no tenían casi nada claro como suele suceder cuando la idea concreta que uno se hace de algo está basada en simples chismorreos, sólo la ilusión ignorante y el bolsón de cuero curtido que el hombre llevaba sujeto con una eslinga que le cruzaba el hombro izquierdo a modo de zurrón.

Él, visiblemente más nervioso que ella, se giró encogiéndose de hombros al tiempo que la miraba a la cara con un gesto inocente que preguntaba implícitamente. Como contestación sólo recibió un ademán similar, por lo que echó a andar hacia el dolmen.

El lugar desvelaba un extraño halo de inquietud, avalado por un cierto enrarecimiento del ambiente que la razón se hubiese empeñado en achacar al humo procedente de la cabaña y la intuición hubiese atribuido al misticismo mágico del emplazamiento. De algún modo difícil de concretar los sentidos se agudizaban y el vello tendía a erizarse, aunque también podía haberse simplificado la sensación en la simple ansiedad que ambos cargaban sobre sus espaldas dado el discutible motivo que los había conducido hasta allí.

Dieron unas cuantas vueltas alrededor del extravagante complejo sin distinguir un alma y como la prudencia les indicaba que entrar en la choza, cuya única puerta consistía en un desbastado armazón de trozos de madera, no era quizá el mejor modo de presentarse como visita, o al menos no el más educado, fueron a parar sin que hubiesen sabido explicar porqué a la boca del dolmen. Donde sus ojos hubieron de esforzarse por penetrar en el juego de claroscuros que conformaban las sombras propias de las *laxas* de piedra y los rayos de luz que entre los resquicios de estas reflejaban millares de partículas de polvo, tierra y polen como las burbujas de aire atrapadas en los remolinos del río.

*—Ea, e logo xa non é coma debía de seres, a aqueles que están máis alá da vida non saben os de lonxe que o respeto é debido,* —sonó ronca, una voz gastada por los años, a sus espaldas— *xente nova e leña verde todo e fume*.

La pareja se giró asustada, buscando cada uno la mano del otro, con el corazón en la garganta, para encontrarse con una anciana encorvada de rala melena blanca y alborotada. Probablemente de joven no hubiese llegado, de mirar al frente, a ver por encima del pecho de un hombre mediano, y ahora de vieja con la espalda retorcida como la lasca de corteza húmeda que se arroja a la hoguera llegaba escasamente a una vara de alto. No usaba más ropa que un gastado vestido negro, sin mandil o paño para la cabeza, y el oscuro color desvaído de la sencilla prenda resaltaba una palidez azulada que se extendía por su rostro como una mancha de aceite sucio, sus manos retorcidas las coronaban unas largas uñas cetrinas llenas de mugre, adquiriendo el

tono de los viejos panales yermos ya de miel. Su piel blanca, escamosa y llena de lunares de un marrón aterciopelado, formaba colgajos cuarteados en los antebrazos y en el cuello como las ristras de baba que penden de los belfos de los perros de caza cuando huelen el rastro. Sus ojos eran de un castaño tan abisal que a no ser que uno prestase especial atención apenas se podían distinguir pupila e iris.

Hombre y mujer la miraban estupefactos (intimidados, hubiese explicado la atribulada muchacha).

—*¡Se de falares non sabedes, e de respeto polos mortos non entendedes, tanto mellor seríavos marchar e olvidares como chegar!* —Dijo la vieja raspando el aire con su voz de lija, a tono con las protestas de los felinos cuando se les atasca en la garganta una bola de pelo.

—Perdón, —reaccionó, al fin el hombre—. Doña Berta, verá es que como no vimos a nadie pues… Bueno, verá, somos Mario *e Isabeliña*… usted conoce a mi madre, Mariana… —La vieja le miraba indiferente, dando a entender que aquello no tenía demasiado importancia—. Eh, nos gustaría… —Continuó él—. Bueno…

—*Ea, se son negocios o que ronda na tua testa* —interrumpió la vieja— *mellor será que pasedes onde o lume*. —Y se echó a andar renqueando con la clara intención de rodear la choza hasta la entrada.

Mario e Isabel, tras una mirada cómplice, apretando con fuerza las manos se sonrieron tímidamente, como excusándose el uno a otro por la rudeza de la anciana y caminaron tras ella con una inercia indecisa.

En el interior del cobertizo la mortecina luz de una fogata, en el centro de la estancia, justo bajo la apertura de la techumbre danzaba macabra al son de un canto mortuorio silenciado. Esta y el escaso hueco dispuesto para la salida del humo, enlazado sobre un poste central que soportaba la carga de la cubierta, eran los dos únicos puntos de luz de la curiosa vivienda, guarida, pensó Mario de modo tal que sombras titilantes engullían avaras las paredes de la cabaña escondiendo lo que le parecieron multitud de estantes, sobre los cuales, se apilaban montoneras indefinibles de las que, estaba seguro de ello, no quería conocer sus elementos.

La vieja se entretenía echando al fuego unas cuantas ramas secas y acomodando en unas brasas apartadas un cazo renegrido lleno de un líquido oscuro y espeso. A medida que los ojos de él se fueron acostumbrando a la oscuridad pudo distinguir cuencos y vasijas de barro, escarpias trabadas bajo los estantes de las que colgaban pieles secas y bultos precariamente envueltos, en su mayoría todo estaba voluptuosamente cubierto por ligeras telas de araña de un plata oxidado que flameaban a los remolinos de aire cálido que ascendían desde la lumbre que cobraba fuerza.

El suelo era, como no podía ser de otro modo, de simple tierra pisada, y no muy bien nivelado. En él, como por los estantes, aparecían multitud de objetos, saquitos de

cuero, cacerolas, bultos indefinibles, pieles enrolladas de animales que no pudo distinguir e incluso una enorme marmita boca abajo.

A un lado de la hoguera un taburete de tres patas y poca altura, a cuya izquierda descansaba a modo de cementerio abandonado una cesta de cintas de castaño de un palmo de diámetro llena a rebosar de lo que parecían huesos de pájaro, recibió a la vieja. Quedando libre, se entiende a los visitantes, un humilde banco corrido de madera ahumada donde tres personas no muy corpulentas podían acomodarse, y así lo hizo la pareja intentando disimular su curiosidad por las cucharas de palo, probablemente boj, las hierbas colgadas a secar, quizá hierbabuena, belladona, llantén, artemisa, aro y saúco, los hongos en láminas desecándose, puede que agáricos, amanitas, lacarias, clitocybes y tricholomas y el cazo sobre las brasas que comenzaba a humear. Entremezclados los remedios y los venenos, el bien y el mal, todo en su conjunto conformando el oscuro reino de la misteriosa vieja de melena aciaga a la que los años (o los horrores) habían privado de color.

En el poste central un hatajo de plumas de cuervo se rozaban unas con otras en medio del humo que se elevaba turbulento desde la hoguera, casi bajo su vertical perfecta, producían un rumor sesgado que parecía volverse rítmico al compás del crepitar de las brasas, en un acompañamiento indeciso que hubiese servido de perfecta inspiración para la tétrica tocata en re menor del maestro del contrapunto nacido en Turingia trescientos años antes.

La vieja los miraba con ojos inquisidores, pero, no abrió la boca y Mario e Isabel no supieron muy bien qué hacer hasta que aquella, con un levísimo ademán de cabeza, con el que su cuello de perdiz desplumada crujió, pareció señalar el bolsón que el hombre portaba.

Gesto ante el que Mario reaccionó descolgando la cincha de su hombro y tendiendo el zurrón sobre sus rodillas. Lo abrió, desatando la cinta de cuero sin curtir que servía de cierre pasante atravesando alternativamente los dos lados de la bolsa para, con un mohín de preocupación, ofrecérselo a la vieja, que se entretenía hurgándose con fruición entre sus escasos dientes con una astilla afilada que había quebrado de una de las ramas tendidas al fuego y que luego había mojado en el mejunje que se calentaba en el cazo.

La vieja le hizo esperar con los brazos extendidos sobre la hoguera mientras terminaba su urgente tarea odontológica. Mantenía los ojos cerrados y el ceño fruncido en un gesto de concentración intensa hasta que su reseca mejilla derecha se ahuecó, un asqueroso sonido de chupón, una mezcla entre sorberse los mocos y una arcada contenida, se produjo. La vieja tragó satisfecha haciendo que su nuez arrugada subiese y bajase a lo largo de su garganta de muda de reptil reseca por el sol de la canícula y abrió los ojos. Mario aguantaba el naciente dolor que le recorría los antebrazos mientras el vello se le chamuscaba por el calor que subía desde el fuego y suspiró aliviado cuando, al fin, la vieja tomó el zurrón.

Mientras el hombre se echaba hacia atrás recuperando la compostura al tiempo que se frotaba los antebrazos ante la mirada preocupada de su joven esposa la vieja acomodó el bolsón en su regazo estéril y rebuscó en el interior con sus huesudas manos como haces de sarmientos. Comenzó a tararear nasalmente, algún cántico incomprensible de oscuro significado y desconocidos orígenes, en tono grave y tras alzar la cabeza carraspeó flemática para soltar con fuerza un enorme escupitajo, pegajoso como sirope al sol, que cayó siseando al fuego, sin duda, a fin de ahuyentar la mala suerte ante los nuevos regalos que sus clientes le traían.

Del zurrón sacó varios envoltorios de hojas verdes de col que guardaban trozos de panal silvestre repleto de miel que depositó cuidadosamente en el suelo al lado del taburete, opuestos a su particular relicario de aves sagradas. Siguió hurgando y entonces extrajo un rollo de papel de estraza, manchado de grasa y sujeto con un pequeño bramante, relleno de unto y que había pasado meses ahumándose a la boca del horno de leña, ante lo cual sus labios resecos se inclinaron en un gesto que vagamente podría recordar a una sonrisa. Y, por último, con la mano derecha, mientras se llevaba la izquierda a su entrepierna yerma para evitar a los malos espíritus, sostuvo una calavera monda de un zorro de mediano tamaño, objeto que pareció complacerla en modo extremo. Miró, entonces, con ojos penetrantes a la pareja que permanecía en silencio y le devolvió el zurrón al hombre mientras

hablaba.

—*Ea, pois o que traedes paréceme ben a bondo coma pra que aqueles os que servo síntanse satisfeítos, así que falade e contádeme para que son bós os meus capaces* —se pronunció la vieja mientras se frotaba las manos en el vestido con la cara girada al pequeño tesoro que se acumulaba a su vera en el suelo.

Y la pareja tras un instante de indecisión comenzó a hablar a la vez, atropelladamente, para acto seguido callarse al tiempo con expresión azorada, ante lo cual, Berta a *meiga*, sonrió de nuevo con ese gesto tan económico suyo. Los jóvenes se miraron a los ojos y ella asintió levemente animando a su marido a explicarse.

—Verá, doña Berta…

Y, Mario, tras carraspear, le contó sin entrar en demasiados detalles íntimos, aquellos que hubiesen ruborizado a su esposa, la historia de su desgracia.

Llevaban ya casi dos años casados, y en especial a lo largo de los últimos doce meses habían puesto todo su empeño en conseguir que *Isabeliña* se quedase embarazada. Sin embargo, indiferente a su desesperación, la menstruación de la mujer se había mostrado cruelmente puntual a su cita con la luna en cada ciclo, sin consideración alguna a los sueños y deseos de la pareja.

Como el tajo sonrosado que corta el pulpejo del dedo, en un principio no le habían dado importancia, habían confiado en que el simple paso del tiempo traería la ansiada culminación de su vínculo. Sin embargo, como la herida va infectándose y cubriéndose de pus, las heladas del invierno, los chubascos de la primavera, las tormentas del verano y los ocres del otoño no habían concluido con la falta en el sangrado de la mujer, como si implacable, aquel líquido espeso de brillos acerados se complaciese cada período en mostrarle a la muchacha sobre los trapos manchados que lavaba en el río los embriones marchitos que su cuerpo rechazaba una y otra vez.

Cada noche, con su miembro palpitante, él hurgaba lascivamente en el sexo de la mujer desposada, empecinado en poblar su vientre con una descendencia que se mostraba ajena a los esfuerzos de los frustrados amantes. Y, claro, sin hijos, no se podía contar con una mano extra para labrar la tierra, sin niños no existía mano de obra silenciosa y aplicada que estuviese dispuesta a deslomarse por una escasa cosecha que la huerta desprendía avara, y lo más importante, los vecinos empezaban a hablar sobre el asunto, especulando mil y una razones, que inverosímiles o no, afectaban a la vida en comunidad del matrimonio.

—…Por favor, tiene que ayudarnos, necesitamos un hijo que traiga la bendición de Dios a…

—*Cala desgraciado* —interrumpió la vieja con su voz áspera— *que deus non será se fillos non tedes inda que coma coellos andedes, parta a deus deste avatar, ea, que non fai, nin fixo, nin fará cousa de proveito.*

—Eh… Bueno, lo siento —continuó él, un tanto intimidado por la expresión

severa de la *meiga*— pero ¿puede o no puede ayudarnos?

Los ojos oscuros e indescifrables de la vieja se pasearon por los rostros de la pareja escrutándolos con esmero insolente.

—*Ea, e como non hei poder, inda máis podo faceres que o que teña que preñar o ventre morto da tua muller sexa pequena ou pequeno ó meu desexo, podo iso e podo moito máis, paspallán sen ideas, ea, eu podo canto queíra, mais o caso e que queira*… —Les espetó con esferas espumosas de baba blanquecina colgándose de las comisuras de sus labios agrietados.

Una picante desazón se fue haciendo dueña de la conciencia de *Isabeliña*, encostrándose en sus razonamientos y creando quiebros innegables en la, hasta entonces, férrea voluntad de la muchacha por dejarse en las manos de la bruja para encaminar su tan deseada maternidad. Aquel esperpéntico despojo de mujer minaba su confianza, ya de por sí mermada. Se sentía incómoda ante la superioridad que la *meiga* mostraba alardeando de sus capacidades y despreciando la figura de Dios, que tanto había hecho por ella enviándole un hombre de tan buen corazón y tan cariñoso…

(…un imbécil labriego sin más futuro que la huerta por labrar y la hierba por segar. Que no eres capaz de dejarme preñada aunque me sobes cada noche, cubriéndome de babas…).

…y tan preocupado por hacerla feliz y tan trabajador…

No se percataba porque sus ojos, enrojecidos por un llanto contenido, estaban clavados al suelo, justo bajo los pies de su esposo, que se revolvían inquietos sin encontrar acomodo, pero, la *meiga* la miraba fijamente, ignorando a Mario, pobre desgraciado, que buscaba su consejo…

(…que sólo te interesa evitar que los vecinos piensen que no eres hombre suficiente, ¿para esto me casé contigo?, ¿para esto he dejado mi casa y mi familia?, ¿para esto tengo que aguantar a tu madre?…).

La vieja. Los ojos casi negros de la vieja estaban trabados en el rostro encogido de *Isabeliña*.

—Ahh… —Surgió el ahogado susurro sobresaltado de la garganta de la muchacha como el eructo inoportuno y maleducado tras una copiosa comida.

Su marido se giró y la miró con ojos consternados.

(Pero ¿qué me pasa?, ¿qué…?).

La bruja la miraba sonriendo, si es que a aquel gesto, retorcido como los zarcillos marchitos de la hiedra egoísta que en su codicia se seca al sol tras haber arrebatado la vida al esbelto fresno que crecía a la orilla del arroyo, se le podía llamar sonrisa. Sus ojos oscuros, como el recto infectado del jabalí enfermo de triquinosis, se clavaban en los de la mujer como venablos afilados untados de algún ungüento ponzoñoso. La joven se sintió acorralada entre la vergüenza y el remordimiento, sin poder evitarlo

dejó caer la barbilla y se miró el regazo con ojos asustados de animalillo como si entre los pliegues de la tela fuese a encontrar la verdad absoluta y tautológica de la espiral cósmica que describía el universo para aquellos que miles de años antes, en aquel mismo lugar, habían enterrado a sus muertos en el dolmen anexo.

Berta, *a meiga*, pareció hincharse de satisfacción al intuir el miedo acérrimo que la muchacha acababa de descubrir en su interior, emboscado y al acecho.

La vieja gorjeó arrancando algún esputo testarudo de las paredes requemadas de su garganta, como chamuscando con un fuste en llamas la cabeza de la sanguijuela viscosa que se aferra a la blanca piel del chicuelo que sale del río tras bañarse en una apacible tarde de verano. Revolvió el gargajo en su boca desdentada y escupió de nuevo al fuego para alejar la mala fortuna que sus próximas palabras podían acarrear.

—*Ea, poís se tan seguros estades do que queredes*… —Se detuvo un instante como paladeando los matices del discurso que habría de venir—. *O primeiriño de todo terá que ser saberes se ti* —continuó señalando al hombre con una uña retorcida — *tés algo máis entre as pernas que carne colgando. Ea, ti* —señalando ahora a la muchacha, que azorada levantó el rostro— *leva o teu home as pedras dos mortos e fai que verta a súa sementé nunha cunca de barro. Colle una calquera dentre as que se atopan xunto a porta*.

A la pobre muchacha le ardieron las mejillas con un rubor incontrolable ante la petición de la *meiga*, algo así, no era, al menos para ella, cosa que se pudiera airear tan a la ligera. Sin embargo, cuando miró a su marido no encontró en la expresión de este rastro alguno de compartir sus cuitas, por lo que dejando caer de nuevo la barbilla se incorporó lentamente tomando la mano de Mario y salió de la choza, no sin antes agacharse junto al quicio de la puerta para coger un tazón de barro que encontró entre el montón de aparejos que aparecían por allí esparcidos.

Una vez sola, Berta, *a meiga*, desenvolvió uno de los trozos de panal y se lo metió entero en su boca podrida para masticarlo con dificultad, permitiendo que regueros de saliva pegajosa se bambolearan por su quijada esquelética. Se levantó y hurgando entre los cachivaches del estante al que hasta el momento había dado la espalda sacó una pequeña cesta de mimbre en la que descansaban un par de huevos de gallina que una joven le había traído aquella misma mañana en pago a una consulta de amores.

Su boca se combó en un gesto repugnante, escapándose por la comisura de sus labios churretes espumosos de miel ensalivada con tropezones de cera. Por fin, tras tan larga espera, se confabulaban el destino y sus anhelos, ahora, gracias a la visita del matrimonio se le brindaba una oportunidad magnífica para obtener unos buenos beneficios y conseguir algo mucho más importante, mucho más apetecible, de lo que, por supuesto, se sentía merecedora absoluta tras tantos años de duro trabajo en solitario.

(*Ea, que xa pasan os anos e non podo encargarme de todo eu soa*.).

Con uno de los huevos en su mano de piel ahuecada y corrida por las estrías, como el zuro abandonado en el plato una vez desgranada la mazorca, devolvió la cesta a su lugar y buscó entonces entre los bolsillos del desvaído vestido el pliego de papel de estraza que le había entregado su anterior visitante. Lo abrió cuidadosamente apartando las solapas plegadas con los extremos de sus uñas encarrujadas, como trozos de piel de cerdo fritos, y extrajo uno de los largos cabellos oscuros, negros como el azabache, que contenía, lo embuñegó y se metió la pelusa obtenida entre la carne y la uña del dedo medio de su mano libre. Una vez satisfecha de cómo el pelo había quedado prendido devolvió el tosco sobrecito a uno de los bolsillos del vestido de burato y caminó hasta una de las baldas de su derecha con el huevo escondido en su mano de alimaña.

Entre los cachivaches del estante descansaba un diminuto tintero de cerámica basta, con una de sus esquinas machadas, donde, tras levantar el tapón de corteza de alcornoque, mojó la uña retorcida de su índice siniestro.

La tinta, una negrísima solución de duramen de cornejo machacado, goteaba sobre el suelo de tierra pisada desde el montículo, plagado de padrastros, de su cutícula cubierta de mugre.

Usando su uña como un improvisado plumín garabateó sobre la cáscara del huevo que apoyaba en la palma de su mano derecha un par de símbolos.

Dos runas.

*Fehu y Beorc*.

Lo material que es poseído, el ganado.

Lo que ha de nacer, la fertilidad.

El grano, el bien de lo que ha de obtenerse y el alumbramiento, la nueva vida que ha de ver la luz.

Y, se sentó en el taburete, a esperar, acariciando la cáscara pintarrajeada del huevo con patrones espirales, emborronando la tinta fresca.

Cuando la azorada pareja entró de nuevo en la estancia la mano temblorosa de la muchacha sostenía sin convicción la bacina de barro salpicada con el esperma de su marido. Ambos, con las mejillas arreboladas, evitaron mirar directamente a la cara de la bruja y no pronunciaron palabra alguna.

—*Trae acá, rapaza* —dijo la bruja indiferente al rubor que carcomía las mejillas del matrimonio— *que inda queda moito por facer, ea.*

La joven, con paso indeciso, se aproximó a la vieja y le tendió el cuenco sin atreverse a desviar la vista de la tierra pisada del suelo, buscando en el marrón oscurecido un laberinto reconfortante en el que perderse.

Cuando la mano de la muchacha, con el borde del cuenco entre el pulgar y el índice doblado, se acercó lo suficiente la bruja atrapó su muñeca con un ademán, de tan ágil, impropio para una persona (quizá no era esa la palabra más adecuada para definirla) de su edad. El susto arrancó de un único tirón todo el color del rostro de la joven y la escudilla de barro cocido se hubiese caído de no ser porque la bruja colocó bajo la misma el envés de la mano que sostenía el huevo.

—*Ea, vai levantando a camisola, que se fai tarde, miña nena*.

*Isabeliña* se sintió de nuevo incómoda ante una petición semejante, pero, obedeció tras dejar el tazón en la palma que hasta el momento se había aferrado a su muñeca. Mientras, la *meiga* chascó el huevo de gallina con el canto romo del cuenco y dejó caer el embrión en el interior cóncavo, permitiendo, además, que el pelo enredado que había escondido en el intersticio entre la carne y la uña se precipitase al recipiente al rasparlo intencionadamente con la cáscara rota del huevo. El matrimonio, pendiente el uno del otro, ambos demasiado avergonzados y preocupados al tiempo, no se percató de la maniobra de la bruja.

Berta, levantándose de nuevo, dejó el cuenco en el taburete y tomó un cuchillo afilado de mediano tamaño de entre los trastos que se acumulaban en los estantes de su extravagante hogar.

—*Achégate rapaza*. —Dijo moviendo el filo de hierro forjado en un incongruente ademán de invitación.

E, Isabel, se acercó a la decrépita mujer que con un esfuerzo adornado por el macabro crujir de unas articulaciones resecas por la edad intentaba arrodillarse apoyándose en el taburete. La joven llevaba el blusón levantado, tímidamente cogido entre sus dedos, enseñando una estrecha franja de carne pálida entre las telas que la cubrían.

Antes de que la muchacha pudiese comprender, el cuenco de barro se apretaba contra su vientre, a un lado del ombligo, haciendo colgar un pliegue de carne lívida por encima del borde. La bruja cortó con decisión e *Isabeliña* gritó, entre asustada y dolorida, echándose hacia atrás.

—*¡Queda no sitio lercha!, que na cunca tes que sangrar*. —Increpó la bruja elevando ásperamente su tono de voz habitual.

Y la mujer, ante la mirada animosa de su marido, se acercó de nuevo a la *meiga* para permitir que la sangre que manaba de la pequeña herida de su abdomen se derramase sobre la mezcolanza de semen y huevo que la vieja apretaba contra su vientre.

En el fondo del cuenco hilos de la sangre de la mujer se trenzaban en los pegotes

de esperma difuminando su color granate en un rosa lechoso y desvaído sobre la consistente clara. La yema intacta reflejaba las llamas danzantes que el fuego liberaba, azuzado por el hombre al cumplir una orden de la vieja. Los tres miraban en el interior de la vasija, apoyada en el suelo al lado de la fogata.

La bruja tomó la misma astilla con la que anteriormente se había hurgado entre los dientes y tras ahumar la punta al calor de la lumbre revolvió enérgica el contenido del tazón. La mezcolanza se distribuyó sin querer volverse uniforme y el naranja dorado de la yema, ahora rota, se dispersó sin un patrón fijo en formas circulares.

—*Non se atopa meniño algún nos vosos humores* —aclaró la vieja como si en verdad esperase que la yema pudiese haber dibujado la silueta de un bebé en el fondo del cuenco— *do teu ventre non nacerá pequeno nin pequena*. —Continuó señalando con el extremo renegrido del palo la barriga de la muchacha—. *Non, vós non seredes pais do nacemento, non hai pequeno na conxura da sementé do home, da sangue da muller e do fillo da terra, ea.*

Isabel, crédula, no dudó ni un ápice de las sentencias taxativas de la vieja y permitió que una pena honda y ácida le royese el alma.

Una lágrima solitaria se descolgó por sus pestañas.

Su esposo, consciente del dolor, se acercó a ella y la rodeó con un brazo que, sin embargo no sirvió consuelo alguno,

(maldito seas, ni tan siquiera eres capaz de que albergue vida en mi seno, y yo lo he dejado todo por ti, ¿por qué?).

probablemente porque para la muchacha, la certeza de las palabras de la vieja materializaba sus más hondos temores, arrastrados en el trastero de su subconsciente desde hacía ya tantos meses. En ese momento, aquello que se había negado a aceptar, ya no podía esconderse por más tiempo tras las más fútiles esperanzas infundadas.

La bruja la miraba con aire divertido, como si estuviese disfrutando ante el dolor de la joven esposa abnegada.

—*Ea, inda así, non é a cousa para non veres máis alá. Non, volvede cando chegue o seguinte cuarto da lúa, volvede, que se o que queredes é un rapaz, Berta daravos un rapaz. Ea, marchade agora e volvede cando chegue o cuarto que o voso meniño teredes*.

Y el centelleo tenue de la ilusión moribunda y exangüe refulgió amarrándose a lo absurdo de la idea.

Por imposible que pudiese parecer, por incongruente y estúpido que fuese, ambos se aferraron a la nueva posibilidad abierta, pues su avidez era ingente y su deseo inmenso, tanto que por grande que pudiese parecer el disparate, el leve atisbo de una quimera difusa era suficiente para calmar sus ansias. No eran, en cierto modo, distintos del pequeño hijo de meros campesinos que imagina, con la ilusión que sólo los niños saben tener, la bondad y exuberancia de sus regalos de cumpleaños, sin

conceder importancia alguna al hecho de que sus padres no tienen recursos suficientes ni tan siquiera para sufragar la simiente de la próxima siembra.

En cuanto se hubieron marchado los jóvenes esposos, renovadas sus anhelantes expectativas ante la promesa de vencer imposibles de la *meiga*, sonriendo tímidamente ante la imagen soñada de un bebé, tan esperado; la bruja rebuscó en el cuenco con el palo de renegrido extremo hasta encontrar el pelo enmarañado que había dejado caer. Lo deslizó por la cara interna del cuenco una vez lo hubo encontrado, como la sierpe mucilaginosa que repta por la orilla del lodazal satisfecha por la presa que abotarga sus entrañas, lo cogió entre las uñas de sus dedos huesudos, lo estiró poco a poco y luego chupó los goterones que pendían de él, como las lágrimas hipócritas del mentiroso confeso de un delito menor que espera así ocultar el verdadero crimen. Entonces, canturreando versos indescifrables de apagada entonación, sujetó el cabello, tan oscuro como un hilo de carbón, por una de sus puntas, por el bulbo blanquecino de la raíz, y lo sostuvo encima de las llamas permitiendo que el calor lo encogiese, retorciéndolo con un sincopado bisbiseo, hasta que el humo y el calor hollinaron, ennegreciendo aun más, sus uñas marrones y engarfiadas. Sin que por ello un solo atisbo de dolor o siquiera nimia contrariedad desdibujase su expresión satisfecha, más bien, sino al contrario.

Sonrió.

En el cuenco la inercia se desvanecía, el mejunje multicolor se detenía en su girar y se veía ahora, de forma vaga, como la yema cobraba una forma concreta. Puede que incluso escorzase una silueta inteligible.

Sí, quizá la afirmación no hubiese sido aventurada. Al menos para algunos, al menos, tal vez para la *meiga*, quizá…

Sí, podía, si acaso, en virtud de la inspiración del nigromante taseógrafo que obtiene de entre los posos de las hierbas de una infusión la lectura precognitiva de lo que habrá de traer el mañana…

Podía, si acaso intuirse, desvanecido, difuso,

inconsistente y en cierto modo etéreo el esbozo,

entre las líneas amarillentas de la yema a medio diluir, de un feto humano.

Berta sonrió, encorujando las cintas marchitas de sus labios acorchados, sonrió con esa sonrisa de tan macabro gesto, tan suya, tan indefinible.

Volvieron, claro que sí, en cuanto la luna se hinchó en su cuarto.

Y, volvieron de nuevo.

Y, volvían ahora arropados bajo el frío del invierno, escondiendo ella, bajo el abrigo gastado, una bolsa de tela vieja rellena de ropa remendada; colgada bajo su pecho, hinchando falsamente su vientre, tal y como la *meiga* les había ordenado que hiciesen.

Había que guardar las apariencias.

Fingir.

Disimular…

Ante todo, que nadie sospechase.

Del modo que la vieja les había exigido, nadie aparte de ellos tres debía saber la verdad.

Sin embargo, como suele suceder con todas las confidencias, al final, muchos años después, cuando la memoria ya habría querido deslavazarse para aceptar como cierto lo que no había sido más que un engaño, alguien distinto a los custodios del secreto descubrió la verdad.

Pero, aún habrían de pasar muchos años.

En tanto, los jóvenes esposos caminaban buscando los lugares en los que asentar cada paso a la luz esquiva de la antorcha que oscilaba al ritmo del andar del hombre.

El frío indiferente y felino del invierno convertía el vello de sus antebrazos y nucas en aceradas cerdas, el frescor húmedo y tenso de las montañas les ponía la piel de gallina. Aunque puede que, quizá, fuesen más bien los susurros crueles de sus conciencias los que provocasen los escalofríos que trababan los nervios de su espalda y hacían enmascararse a su carne como la de un ave recién desplumada, casi, incluso, podían sentir el calor de las llamas quemando los caños sueltos de las plumas que la mano no había podido arrancar.

De sus bocas, crispadas, surgían, con cada espiración, volutas de vaho que enmarcaban sus rostros con reflejos apagados e incoherentes, como las caras perplejas de los antiguos retratos que uno encuentra en la cartera de piel barata del emigrante al registrar su cadáver famélico en algún callejón oscuro, más cercanos al daguerrotipo que a la fotografía. Esas estampas que el paso de los años tiñe de tonos siena, instantáneas en las que rostros de gesto forzado pretenden mostrar una plácida serenidad inexistente bajo el quicio del clásico ribete ondulado, blanco a su salida del laboratorio fotográfico, ahora lleno de manchurrones, cuarteado y con la esquina superior derecha rota, perdida entre las sábanas arrugadas y malolientes de alguna pensión denostada de una olvidada capital industrial de economía, irónicamente, floreciente.

Incluso para el observador externo, ajeno por completo a las menudas vidas de aquel matrimonio de labriegos, incluso para el espectador peregrino que se detiene en

el camino sin más intención que descansar, incluso para la alimaña que acechaba entre los claroscuros del siguiente recodo del camino, incluso para los espíritus de los muertos sepultados bajo el dolmen, que se revolvían inquietos en el subsuelo oscuro y fértil por el que las lombrices buscaban sustento…

Para todos ellos, casi podría decirse que para cualquiera, la tensión y grave preocupación de los caminantes de aquel sendero perdido entre los bosques más boreales del país peninsular, hubiera resultado fácil intuir el creíble miedo de fúnebres alas de erebo que revoloteaba sobre las cabezas del matrimonio como un manifiesto augurio.

Sólo aquellos que como Mario e *Isabeliña* habían atravesado aquel bosque con las promesas contrarias a imposibles de la vieja retumbando en sus tímpanos podrían haber comprendido la terrible confrontación fraterna de los sentimientos de los esposos. Lo cual, no ampliaba excesivamente el círculo de comprensión, ya que en su mayoría, aun siendo la frontera débil, las gentes buscaban en la bruja soluciones a sus males físicos, más cercanas a una medicina muy rudimentaria que a la hechicería. Sin embargo, existían las excepciones, como en cualquier principio o regla; los grupos humanos no admiten fácilmente axiomas, quizá el único sea el de la muerte segura.

Y, obviamente, dentro del conjunto exento de lo común se encontraba el matrimonio. Intentando convencerse falsamente de lo apropiado y conveniente de su pretendida ignorancia, lejana y cómoda, fingiendo hipócritamente no saber que sucedería, procurando esconder del ímpetu más implacable de los remordimientos la verdad innegable de su interpretación de los hechos, queriendo obviar que resultaba harto evidente que si *Isabeliña* no había podido ser madre, que si el matrimonio no podía concebir de modo natural, que si el semen de Mario no había preñado a su esposa, entonces, el bebé que la bruja les había prometido tenía como implicación que algo siniestro, malvado, oculto y desconocido obraría de padrino.

Simplemente no querían creérselo.

Necesitaban no creérselo.

En un principio porque el deseo de convertirse en padres era demasiado fuerte, más tarde porque, una vez pudieron entrever los aspectos más oscuros de sus anhelos, ya no quisieron encontrar el coraje necesario para dar marcha atrás. Visto desde la perspectiva farmacológica habían desarrollado tolerancia, cada vez necesitaban una dosis mayor, se dopaban con una credulidad fingida de la que dependían a fin de relegar al subconsciente más profundo, casi reprimido, que habían empezado a temer lo que con tanto amor y cariño habían deseado. Como el adolescente enamorado que muere por ser correspondido y prefiere olvidar lo banal y humano de la mujer que ama, a la que imagina irreprochable, inmaculada, cercana a la gracia divina hasta que ella le habla al fin y de golpe debe admitir, en un sólo instante, que se había estado engañando.

Para ellos era como había sido para la mujer de melena azabache, terriblemente asustada, que en aquellos mismos momentos apretaba con fuerza los dientes en la escasa luz de la cabaña de la *meiga* mientras esta entonaba extraños susurros nasales arrojando al fuego finas capas de cebolla sobre las que palabras ilegibles, de signos cabalísticos, habían sido escritas con una tinta oscura y de mala calidad que se había emborronado al instante obliterando el significado de los símbolos inscritos.

Su cabello negro se pegaba en remolinos sudorosos a su frente sonrosada y el terror del arrepentimiento afloraba tras lo más oscuro de sus ojos castaños, hasta aquella noche de invierno, vibrantes y alegres, llenos de esperanzas incluso en la adversidad.

Aquella noche, en aquel lugar escondido, en aquel bosque hubo dos nacimientos. Un bebé sonrosado y gritón fue uno de ellos, el otro, un dolor hondo y tremendamente amargo que enraizó en el corazón de la mujer de pelo de antracita como un parásito infecto que se presta a robar la vida del huésped con el fin único de medrar para reproducirse y asegurar una ingente descendencia dispuesta a cobrarse nuevas víctimas.

«*Ea, non te apures, terás o que queres, ea, il casará cotigo*…». Le había dicho la vieja con la seguridad implícita de la soberbia que la caracterizaba, limando el aire con su voz rasposa. Esa había sido la promesa de la *meiga* y por tanto la esperanza de la joven de cabello negro como el carbón. Y, como el matrimonio que caminaba hacia allí, ella no había querido admitir bajo ningún concepto que quizá la bruja se equivocaba, la ilusión del deseo coartaba la simple posibilidad de admitir el error o la ineficacia de la vieja. Como los jóvenes esposos la mujer de pelo azabache permitió que la realidad quedase alojada en el sótano de la fantasía en un colchón blando e incómodo al lado de una ruidosa caldera chirriante donde cada sueño, escaso y perturbador, se convertía en una pesadilla de innegable horror en la que los ojos se agitaban revolviéndose como la cola del pez que boquea fuera del agua antes de morir asfixiado.

«*Ea, fai que il beba isto*» le había insistido la bruja.

Su cabello de noche sin luna se agitaba con cada contracción y ella intuyó lo que iba a pasar. Al girar el rostro y ver a la bruja agazapada sobre la lumbre se sintió como el cochero de la calesa fúnebre que al volverse ante un sonido extraño al borde del camino al cementerio distingue el diluido fantasma del muerto atravesando la tapa del ataúd labrado austeramente, como una fachada herreriana, guardada por cuatro plumeros de avestruz tintados de negro humo. (De los caballos que tiraban del carruaje uno se llamaba Miedo, el otro Odio. Ambos eran tan oscuros como una noche encapotada de invierno y en sus pelajes se adivinaban las marcas inequívocas

de una sarna feroz).

Un fuste de hielo, indecente, violó su espina dorsal encogiéndole la espalda en una convulsión que se entremezcló con la tensión que brotaba desde su cuello uterino que luchaba por dilatarse. Fue un escalofrío tenso que ascendió impetuosamente hasta la base de su nuca elevando su pecho y apretando las escápulas contra el suelo de tierra pisada, cubierto malamente por la burda manta de estopa que clavaba mil y una fibras bastas en su piel sudorosa, irritándola.

La picazón de sus omóplatos y la curvatura de su espalda.

No era la primera vez que sentía algo similar, no, era parecido a aquellas noches en las que tumbada sobre la paja del establo le había concedido a aquel

(bastardo, mal nacido, ¿cómo pude…?).

que era el objeto de sus sueños la llave de su alcancía.

No, no era la primera vez que sentía algo similar y sí, había entregado cuanto una mujer de su posición podía entregar.

*Maruxa, Maruxiña da Comba*, con sus ojos castaños como las tardes olvidadas de otoño, que parecían del pardo húmedo de los mármoles travertinos labrados por los escultores transalpinos del renacimiento, y su pelo, tan negro, que parecía obrado por algún avezado maestro orfebre que se ganase la vida vendiendo sus joyas a los peregrinos a su paso por la *Rúa da Acibecheria*, en la fachada norte de la Catedral de Santiago de Compostela donde aquellos dejarían sus ropas ajironadas ante a *cruz dos farrapos* y se asearían antes de penetrar en el templo.

El sudor cuajaba en su cuello dijes de alabastro.

*Maruxa, Maruxiña da Comba*, había dejado de ser niña para ser mujer como todas las jovenzuelas de su tiempo, demasiado pronto como para comprender las responsabilidades que se le suponían, demasiado tarde para dejar de jugar con sus muñecas de trapo y vestiditos de lana tejida.

Y, *Maruxiña* se había enamorado, perdida y profundamente, sin importar demasiado si era ya una mujer o no. El amor había escarbado en lo más profundo de su corazón un cárstico laberinto de infinidad de túneles decorados una y mil veces con el tímido retrato rupestre del hombre que se aparecía en sus sueños llevándola al altar, vestida de un blanco que sólo podía compararse al de los cristales de hielo de las nubes más altas, allá en la cima del horizonte, donde los sueños se convierten en realidad.

Se había enamorado como sólo las jovencitas apasionadas pueden, de una figura lejana y desconocida, del aura y significado implícito de un hombre, un muchacho, al que no conocía más que de lejos, de verlo en algún baile, en alguna fiesta de verano, sin saber las inquietudes o los anhelos que él podía tener, sin entender las pretensiones o aspiraciones que él podía esperar.

Sin embargo, así se enamoran las chiquillas adolescentes, de un reflejo difuso e

indeterminado que saben idealizar hasta límites insospechados.

*Maruxiña*, había quedado prendada, pero, como ella no quería limitarse a soñar con un futuro lleno de virtud y beneplácito, como ella quería asegurarse el corazón de aquel al que amaba tan profundamente había ido a ver a Berta, la *meiga*, porque quién sino ella, la bruxa, la *güixa*, podía conseguir, con sus bebedizos y pócimas, con sus conjuros y cánticos, que el rico y hacendado, el próspero y prometedor hijo mayor de Heladio Lema se enamorase de una pobre jovencita sin más tierras que las que se quedaban bajo sus uñas al recoger las patatas.

Sólo con la ayuda de la vieja, había supuesto *Maruxiña*, podía conseguir que Ezequiel la amase.

«*Ea, pois traime uns cabelos dil, traimos e deixame uns teus. Ea, que hei de preparares una brebaxe que o vai namorar de ti.*». Le había dicho la bruja con su voz áspera, entrechocando las palabras con aquellos labios de cuero viejo engarabatados, en aquel gesto que pretendía ser una sonrisa. Y, obviamente, *Maruxa, a pequena da Comba*, había revuelto cielo y tierra para conseguir unos cuantos de los cabellos trigueños del, por aquel entonces, joven primogénito de la saga de los Lema. *Maruxiña* había cortado y recogido el trigo de la siega, había lavado arrobas de ropa en el agua fría del río, había enriado ferrados de lino para tela, había trabajado de sol a sol para ahorrar las cinco pesetas de patilla que la criada del *pazo* le había exigido a cambio de unos cuantos pelos del joven Ezequiel recogidos de entre los pliegues de la almohada del señorito.

Cinco pesetas sobadas en las que la efigie de Alfonso XII lucía, a la imagen de Francisco José I emperador de Austria y rey de Hungría, primo de su mujer María Cristina de Habsburgo y Lorena, unas enormes patillas propias de la moda de la época, que curiosamente sobresalían llamativamente del listel, borde, de la moneda por el seguro despiste de un grabador adormilado. Y, con ese pequeño tesoro, *Maruxiña* podría haber comprado tres kilos de carne, o cuatro de azúcar o media arroba de pan, sin embargo, no dudó al entregárselo a Basilia, una mujeruca delgada como un arcabuz, tan escasa de carnes y cenicienta de piel que parecía una sardina enlatada, que limpiaba y aseaba las dependencias del *pazo* por un escaso jornal. Aquella cetrina sirvienta se había cobrado más por el silencio que por el trabajo de encontrar unos cuantos cabellos del señorito Ezequiel, pero, a *Maruxiña*, que confiaba en los supuestos poderes de la *meiga*, el precio no se le antojó excesivo si con el esfuerzo de unos días podía asegurarse el amor del hombre que hacía se estremeciera hasta la última de las fibras de su cuerpo.

Y, un solemne juramento de que aquel bebedizo no era venenoso y otras dos pesetas, en una moneda de plata acuñada por el gobierno provisional de la primera república, habían sido el coste impuesto por Basilia, cimbreante como una pica de Flandes ante el brillo gastado de las moneda, para que se comprometiera a conseguir

que el joven primogénito de la familia Lema bebiese diluido en el vino de la comida unas gotas del brebaje que la vieja bruja había preparado machacando los cabellos de la una y del otro y añadiendo quién sabía qué curiosas mezcolanzas e ingredientes. Ezequiel debía ingerir el bebedizo justo unas horas antes de que empezase la *muiñeira*, celebración de las primeras cosechas, para que así, cuando *Maruxiña* se acercase tímida al muchacho este cayese rendido a sus pies.

Puede que fuese por la gracia (o la culpa) del potingue que la asustada Basilia vertió con cara de asco ante el profundo olor en la jarra de vino asentada sobre la inmensa mesa de mármol de la amplia cocina del *Pazo de Lema* o puede que simplemente se tratase de que una vez ganada la confianza los encantos propios de la joven *Maruxa da Comba* fuesen suficientes. En todo caso, aquella noche, mientras el primer grano del otoño era triturado por las piedras del molino Ezequiel bailó al compás de seis por ocho de las gaitas y tambores con la emocionada *Maruxiña*. No sólo eso, sino que, muy atrevido y pícaro, la acompañó hasta las cercanías de la casucha de la familia *da Comba*, en la esquina suroeste del pueblo, un poco antes que la de Lamas.

Más aun, no sólo la acompañó aquella noche, haciendo que el corazón rebotase en el pecho de la joven como un potrillo desbocado lanzado a la carrera, sino que se brindó a cortejarla con toda la caballerosidad de un señorito bien educado, cogido el sombrero en la mano temblorosa y prendida la raya del pantalón en unos dedos sudorosos. Y, la cortejó, lo hizo hasta que la primavera anunció su llegada con el deshielo de las montañas y el calor en el aire de las mañanas. Tanto la quería que cuando abrían las primeras flores en las cornisas del valle la invitó a conocer el *pazo* de la familia y a presentarla formalmente a su padre Heladio y a rogar su beneplácito para un casorio.

*Maruxiña* no cabía en sí de gozo.

Él la amaba.

Ella le amaba.

El bosque brillaba por la primavera naciente.

Su sueño se cumplía.

Pero, lo que *Maruxiña* no sabía es que las únicas dependencias del *pazo* que Ezequiel tenía la intención de mostrarle se reducían al pajar anexo al establo y que los únicos miembros de la familia Lema que pensaba presentarle eran las vacas de la lechería.

Pero, *Maruxiña* le amaba y confió en él, le quería y se dejó llevar, le entregó su cuerpo y su alma, soportó sus mentiras sin querer darse cuenta de la verdad oculta en la bragueta del joven, soportó sus abusos sin reproches, dejó que él disfrutase de su cuerpo y ella gimió para complacerlo, disfrutó sintiendo como la penetraba, no por el placer que pudiera proporcionarle, pues Ezequiel no era amante capaz de aguantar

demasiado antes de que la flaccidez le arrebatase sus ansias viriles, sino porque el contacto de la piel del hombre, su hombre, hacía que se estremeciese ante la inmensidad del amor que se profesaban. Porque para la joven era aquel un amor ansiado y deseado, profundo y verdadero, real y maravilloso, incomparable y deslumbrante; era un amor sin igual que sólo podía ser sincero.

Ella se contentaba con saberle feliz a él, con saber que podía hacerle feliz, gracias a su cuerpo, o a lo que fuese, para ella verle satisfecho era el mayor de los bienes, nada podía ser mejor.

Pero, en cuanto faltó la primera regla el encanto del maravilloso amor mil veces prometido se rompió.

La repudió.

La obligó a no volver.

Incluso la amenazó si es que se atrevía a levantar rumores en el pueblo.

Se limitó a ofrecerle, con un gesto de desprecio y hastío, cuatro piezas de veinticinco pesetas. Mirándola por encima del hombro, con la suficiencia implícita a su posición social. Rebajando cruelmente la importancia de los sentimientos bienintencionados de la muchacha.

Se sorprendió sólo en parte, consciente de que había vivido alimentándose de esperanzas, la indignidad no pudo adelantarse a la revelación sumisa. Luchó contra el llanto y pretendió mostrarse airada, indiferente, pero los ojos vidriosos y los párpados trémulos la delataban.

Ella tiró las monedas al suelo, escupió, se dio media vuelta.

Echó a andar.

Él no se inmutó.

Se inclinó para recoger las monedas.

Caminó mansamente, lágrimas biliosas rezumaban amargor en los valles de sus mejillas, alejándose sin mirar atrás para no ver la figura agachada de Ezequiel buscando las monedas de oro, grabadas con el perfil de Alfonso XII, entre los hierbajos del borde del camino. Los pedazos de su corazón roto entrechocando a cada paso, sonando como el cascabel de un crótalo venenoso que advierte antes de lanzarse al ataque.

La falta de opciones, la vergüenza o los rumores no fueron lo peor. No, lo más doloroso fue saberse abandonada.

Incongruentemente, con el único aval de su amor desmedido y sinsentido ella admitía en su fuero interno que habría sido capaz de perdonarle, que si él se lo hubiese pedido ella se hubiese entregado, que sería capaz de disculparle, que no tenía tanta importancia. La dignidad y el orgullo eran meras comparsas, ella le amaba y esa era una disculpa eterna e insustancial pero, suficiente.

Sin embargo, él no se disculpó, no intentó hablar con ella y los días pasaron con

el regusto a hiel escondido en el cielo del paladar.

Tras un mes de dudas en el que no supo como enfrentarse a la situación, entendió que no le quedaba más remedio que buscar en el supuesto cariño y comprensión de sus padres un posible apoyo y sustento a su desdicha. Se convenció de que contarles la verdad era la mejor solución y que ellos tolerarían lo sucedido. Además estaba segura de que una vez el niño, o la niña, naciese Ezequiel lo reclamaría como suyo y le daría sus apellidos, así se lo repetía a sí misma, una y otra vez, como las avemarías piadosas de la vieja chismosa que reza encogida ante el crucifijo que corona el altar humilde de una iglesia de pueblo.

Así, por fin, una noche reunió el valor suficiente y durante la cena, sin levantar la vista de las hojas de col que bailaban en el cuenco de caldo que revolvía una y otra vez con la cuchara de palo, abrió la boca para arrepentirse al instante.

Su padre estalló en cólera, puso el grito en el cielo y usó todos los sinónimos de ramera que su escaso vocabulario de pueblerino le permitió.

Su madre lloró mansamente, avergonzada y con la cara escondida en el mandil prendido en las manos.

Fue como cuando era niña y se escondía bajo el hórreo en las tardes de tormenta aterrorizada ante el imponente rugir de los truenos, temblando de miedo, con la espalda apoyada en una de las cuatro pilastras abujardadas, rematadas todas ellas en una curiosa revuelta que impedía a los roedores alcanzar el grano almacenado. Sin embargo, no todo acabó con el arco iris tendido sobre las faldas de las montañas y el sonido de la tormenta alejándose. No, fue a peor.

Fue a peor cuando su padre quiso, exigió, se empecinó en conocer el nombre del desgraciado que había preñado a su hija. Fue mucho peor, porque ella, presa del miedo, temerosa por la reacción de su padre y la vida de Ezequiel, defendió a su amado, aún amado, tercamente, negándose a revelar la identidad del padre del bebé que se gestaba en sus entrañas.

Ante su mutismo su padre enfureció aun más, la abofeteó, gritó, chilló, la zarandeó y preguntó, palpitando las venas de su cuello, hinchadas, hasta quedarse sin voz cuál era el nombre del hijo de perra que había deshonrado a la familia.

Pero, *Maruxiña* nada dijo, se negó rotundamente a dar explicaciones y mucho menos a proporcionar a las ansias de venganza de su padre el nombre de un objetivo. Y, como incluso en los peores momentos las agujas de reloj avanzan impertérritas, la noche pasó, entre sueños desvelados, para rendirse al amanecer de un nuevo día.

Tal y como llegó aquella mañana llegaron otras y la muchacha continuó preservando la incógnita del nombre del padre de su hijo, de su amado, (que correría en su ayuda cualquiera de esos días, a más tardar con el nacimiento de su descendiente, se repetía ella una y otra vez). Y, su padre, cuando la curvatura del vientre de la muchacha se hizo evidente pretendió obligarla a marcharse a la capital,

ingresar en un convento y tras haber abandonado al niño en el orfanato ordenarse para no volver jamás a pisar el pueblo, porque para él, ya no quedaba más opción que condenar a su propia hija a un destierro forzado que permitiese hacer olvidar a las gentes del lugar a medida que pasasen los años.

Pero, *Maruxiña da Comba*, no estaba dispuesta a abandonar a su retoño, bajo ningún concepto. Así que, huyó.

Huyó y buscó refugio en la única persona a la que podía contar todo lo ocurrido y que quizá se prestase a ayudarla.

Así en una noche del verano imberbe de aquel año, uno de los últimos años del siglo, con una lluvia de gruesas gotas que engalanaba los campos y reverdecía las cosechas se encontró con la sonrisa retorcida de la bruja a la puerta de su chabola contrahecha en los bosques del norte.

Y, ahora, llegado el otoño, con las primeras contracciones haciendo vibrar su útero le debía meses de comida y cuidados, meses de enseñanzas y la estrambótica ayuda para un parto que se alargaba demasiado.

Se había condenado.

La deuda generaba intereses y su descendencia sin apellidos llamaba a las puertas del mundo de la Galicia profunda del ocaso del siglo XIX.

Aquella noche chubascosa del verano incipiente *Maruxiña* esperó acostada en su cama, muy quieta, rumiando las amenazas de su padre y desechando una y otra vez el ceder ante el ultimátum que aquel le había planteado. Esperó hasta que estuvo segura de que sus hermanos, en los otros dos lechos de la misma habitación, y sus padres, en el dormitorio contiguo, estuviesen dormidos. No sólo eso, sino que una vez tuvo la convicción de que en el coro de los ronquidos de los varones de la casa no faltaba ninguno de los solistas aguardó todavía por un buen rato, dándose un margen de seguridad.

Sólo cuando no le cupo duda alguna de que todos los miembros de su familia dormían profundamente se irguió lentamente en su sencillo jergón de lana y con la lentitud de una mantis religiosa al acecho fue girando sobre sí misma al tiempo que bajaba los pies hacia el suelo enlosado y apartaba las sábanas. Buscó entonces bajo la cama el hatillo que había preparado, un humilde equipaje sin más que un vestido ajado, un peine de madera, un par de pañoletas y el único recuerdo de su amado, un pequeño botón gris que él había perdido al abrirse apresurado la bragueta en una de aquellas noches de amor (puede que no fuese esa la mejor descripción) en el pajar del *pazo*.

Ella le había pedido a Ezequiel en multitud de ocasiones que le regalase un pequeño colgante, en especial de ámbar, para recordarle como brillaban los cabellos de él al sol del mediodía.

Le había rogado que lo comprase en alguna de las ferias de ganado a las que se veía obligado a acudir con su padre, Don Heladio, para aprender la profesión de la familia, regateando al vender y comprar los terneros y las reses, pero, por supuesto, lo único que había conseguido era una retahíla de promesas vanas, repetidas una y otra vez, en cada ocasión tan falsas como las cartas de bocamanga de un tahúr de taberna de puerto y en cada ocasión burladas, todas ellas, por la subsiguiente excusa apasionada y sentida del hipócrita muchacho. Por eso, ella había prendido el botón de un fino hilo estopa y cosido este a una sencilla tira de cuero sin curtir que allí, sentada sobre la cama, recuperando su hatillo, se deslizó sobre el cuello, no sin antes besarlo con un ademán lleno de adoración.

Se incorporó parsimoniosamente, con los nervios a flor de piel y la carne trémula. Como un pajarillo al que la víbora acorrala en el nido, presta a clavar sus colmillos henchidos de veneno.

Los escasos pasos hasta la salida se hicieron eternos y la distancia tan inmensa como debió parecerle a Feidípides cuando corrió como el viento desde la llanura de Marathon hasta la ciudad de Atenas para llevar la buena nueva de la victoria griega sobre los ejércitos persas. Abrir la puerta de su habitación necesitó de toda la templanza y sangre fría de la mujer, en aquel momento más niña y más asustada que nunca. Por cada pulgada que la puerta se movía sobre sus goznes de latón un

padrenuestro murmurado entre dientes rogaba al cielo para que las bisagras no chirriasen con un lamento agudo y quejumbroso.

La lluvia que sacudió su cara al salir al encuentro de la tibia noche escondió diligente las lágrimas de sus mejillas y el chapoteo de las gotas al caer sobre los verdes campos arropados por el manto nocturno ocultó sus sollozos.

Todavía podía regresar, podía volver a su cama y aceptar las exigencias de su padre, sumisa y complaciente, evitando empeorar aun más las cosas, pero, sabía que no lo haría. Su determinación no podía ser más firme, podía haber considerado el acatar otras condiciones, sin embargo, no estaba dispuesta, bajo ningún concepto a abandonar a su hijo en un orfanato.

Eso, nunca.

Probablemente porque, al menos en su fuero interno, sabía que el pequeño que crecía en su interior sería lo único que llegaría a tener de su amado Ezequiel.

Bueno, ese niño, o niña, y un botón de su bragueta.

En un principio caminó sin rumbo, recorriendo los senderos del pueblo, los trillos entre las casas, sin saber a donde dirigirse. Dejó atrás el grupúsculo de casas de las familias *do Santo, Corredoira y da Cruz* arrastrando las madreñas que calzaba en el barro del camino, dejando tras de sí series paralelas de diminutas pozas.

Pasó por delante de la vivienda del molinero, donde oyó el llanto amortiguado de un bebé recién nacido, el primero de los hijos de la que había sido una de sus compañeras de juegos de la infancia, el negocio familiar tenía así, desde hacía sólo unos meses a alguien que continuase la tradición; y apuró el paso por temor a que la madre al acudir a calmar el llanto del niño pudiese asomarse a algún ventanuco y verla allí, caminando a esas horas de la noche, lo que sin duda hubiese despertado multitud de sospechas.

Y, llegó hasta el final del camino principal, donde nacía el bosque y un ramal menor descendía hasta el molino allá en el río. No sabía a donde dirigirse, por lo que optó por girar hacia el norte y tomar el pequeño sendero que llevaba hasta el *Pazo de Lema*, ese mismo que más adelante, al virar hacia el este, confluía con aquel que tantas veces había recorrido con su amado halagándole los oídos y convenciéndola para que le entregase su cuerpo como prueba de su amor incondicional. Como el trilero avispado que observa con ojos codiciosos de urraca los bolsillos de los transeúntes de alguna calle mayor de una ciudad cualquiera buscando al incauto perfecto dispuesto a perder, pagado de sí mismo, hasta la última de sus monedas apostando por el escondrijo de la picara bolita.

Una vez se halló frente al muro se encontró de nuevo sin una meta o propósito que calmase su ansia. Invadida por esa huera sensación de vacío que ahonda el alma de los desesperados, porque como muy bien sabe el peregrino, la satisfacción está en el camino y no en la llegada.

Sólo se le ocurrió una cosa, buscar aquel preciso lugar que Ezequiel le había enseñado, aquel pedazo del murallón en el que por ambos lados las piedras al ser colocadas, en el azar sin intención del albañil, habían dejado una especie de apoyos, como la escalera insegura de un espectáculo de gitanos, de modo tal que con un poco de osadía no resultaba difícil salir, o entrar, del *pazo* de un modo discreto.

Eran tantos los recuerdos, y tan bellos.

Y, una seguridad insospechada nació en su pecho reclamando como cierta y viable una única posibilidad.

Debía ir en busca de su amado, de su gran amor.

Sí.

En cuanto la viese él comprendería y se fugarían juntos a la capital, o a cualquier lugar, no importaba, él lo dejaría todo atrás, estaba segura. No importaría el dinero de la familia, ni las posesiones, ni el ganado, no.

Por supuesto que no.

Nada podía ser más relevante que ella, la mujer que le amaba con toda su alma y que albergaba en su seno al hijo que la pasión, prueba de su inmenso cariño, había engendrado.

Subió trabajosamente por el costado del muro.

A punto estuvo de caerse al descender por el lado contrario.

Una vez en el enorme patio interior prestó atención a los ruidos que los suaves remolinos de brisa le traían, sabía que era importante apurar, no faltaba mucho para que las lecheras comenzasen su trabajo y todavía tenía que encontrar el modo de avisar a Ezequiel. Para poder irse lejos, donde nadie murmurase, a un lugar en el que la felicidad los cubriría como el amante celoso resguarda del frío a su amada con su cuerpo cálido.

Entonces, sucedió.

Como aparece la intuición corrosiva que aprieta las sienes del insomne que se despierta sobresaltado en medio de la noche por culpa de una terrible pesadilla de muerte, dolor, penitencia y sangre.

Sucedió, como el cadete asustado que mientras busca un refugio inexistente en el foso de la fortaleza se ve sorprendido por el estruendo feroz de las bombardas que retumban allá en las casamatas y descubre, al alzar la mirada, que el rastro de humo y pólvora traza una parábola sin más destino que el preciso lugar en el que se encuentra.

Fue entonces cuando oyó los gemidos y escuchó con atención intentando adivinar la procedencia y naturaleza de los mismos.

Provenían del pajar anexo al establo, allá al otro lado del patio.

Un temor alevoso golpeó los pedazos de su corazón haciéndolos sonar como un cencerro rajado, con la intención dolosa de la más terrible confirmación de los

miedos infundados que se guardan en las esquinas de la memoria.

Caminó como el monje temeroso de Dios que cruza solemne el claustro del enorme monasterio cisterciense para cumplir con la liturgia de laudes.

A cada paso se acrecentaba el miedo y con cada paso los gemidos se hacían más audibles.

Por entre las rendijas de los tablones ahumados se filtraba, escasa, la titilante luz de un candil. Y, por una de esas rendijas su ojo pardo, del color de las avellanas maduras, oscurecido por la pupila crecida ante la oscuridad, lo vio.

Las nalgas blancas se movían rítmicamente entre un amasijo de tela que no podía ser otra cosa que la falda arremangada de una mujer. El pelo castaño, trigueño, se revolvía con cada empujón.

Era Ezequiel, lo sabía.

Escuchaba sus gemidos, de compás tan conocido y familiar.

Escuchaba el quebrarse de los pedazos ya rotos de su corazón desolado.

Y por segunda vez en una sola noche, por segunda vez en toda su vida *Maruxiña* huyó, robó uno de los sementales de las caballerizas pegadas al establo de las vacas, por el lado contrario al pajar, y tras abrir el seguro del portón salió al galope, montada a pelo, sin preocuparse de la mirada embobada del primogénito de los Lema que intentaba abrocharse los pantalones en el centro del patio, dibujada en su rostro la muesca de la sorpresa ante el robo de uno de sus mejores animales, ese con el que le gustaba salir a pasear los domingos por la mañana justo antes de ir a misa.

Tenía una capa que parecía labrada de oro, con las crines y la cola de un blanco inmaculado, un precioso semental isabelo con músculos como alambres acerados que se tensaban a cada paso. Un bellísimo ejemplar nacido en una de las más selectas caballerías andaluzas con el que Don Heladio solía visitar los pastizales de la ganadería, era una joya extraviada en las montañas perdidas del extremo peninsular, un magnífico animal de doma que por desgracia fue a parar a manos de mediocres jinetes. Pero, que aquella noche, quizá porque sintió en la candidez propia de los de su raza la angustia que roía las entrañas de la joven, o quizá porque *Maruxiña* soltó sus crines enseguida, galopó al límite de sus posibilidades por los intrincados senderos del valle, hacia el norte, alejándose del pueblo, hacia las laderas de la montañas, salpicando pequeñas gotas del agua que lamía su pelaje dorado.

Al galope, le siguió el trote, a este el paso y por fin una rítmica marcha que acompañaba los sonidos de los animales del bosque caducifolio donde los robles centenarios contemplaban impasibles el llorar hiposo de la muchacha sobre la grupa del escultural equino.

No tenía donde ir y tampoco podía afirmarse que tal inconveniente le supusiese una grave inquietud, en aquellos momentos sólo el ovillado de las raíces del odio con las ramas floridas de la pasión adornaba su alma. Su mundo, toda su realidad y el

conjunto de sus sueños, se escapaba por un sumidero escondido hasta aquel preciso instante tras un rincón sombrío de la conciencia.

Allí en la profundidad del bosque se encontró con el gigantesco castaño de tronco ahuecado en el que se había sentado a descansar en más de una ocasión, con sus ramas cortas y rechonchas cubriendo escasamente la inmensa circunferencia del pie. Chistó y el caballo se detuvo. Desmontó, acariciando con mimo el cuello del semental, pero, con la mirada perdida y los sentimientos revueltos pugnando cada cual por ser el más importante.

Desmontó, sin gracia ninguna, dejándose resbalar por el costado del animal con la mente vacía y los ojos anegados. Su pelo azabache, empapado, se pegaba a las sienes enmarcando la lividez de su rostro.

Sin saber muy bien porqué palmeó el anca del semental y lo instó a marcharse, a buscar la libertad en las montañas, a encontrar entre los riscos una manada de caballos salvajes de la que poder convertirse en el líder. El animal giró la cabeza y la miró con uno de sus enormes ojos dulces, como para preguntarle si estaba segura, ella permaneció con la vista perdida en alguno de los recovecos de las raíces del castaño, el semental bufó, casi podría decirse que para despedirse, y salió al trote, levantando las manos en cada tranco con un gesto alegre que parecía celebrar su recién estrenada condición de cimarrón.

*Maruxiña* sabía donde se encontraba, conocía muy bien el lugar, había pasado por aquel mismo árbol en más de una ocasión, siempre con un destino en mente. Y, quiso ver en la simple casualidad el augurio de un destino que revelaba su cara más amarga haciendo patente la posibilidad que había quedado relegada hasta ese mismo momento por las ilusiones vanas que tan rápido se habían diluido allá en el patio del *pazo*.

Y, se echó a andar bajo la lluvia, sin más compañía que su soledad.

Berta, la vieja y arrugada amalgama de curandera, bruja y santera, estaba apoyada en el quicio del simulacro de puerta de su chabola enclenque. Enroscando sus labios escamosos como una muda de piel de lagarto en una sonrisa cínica, como si la hubiese estado esperando.

Como si hubiese sabido lo que iba a suceder.

La recibió impertérrita, sin más boato que la economía de su sonrisa retorcida y una vez al calor de la lumbre, en el interior de la choza, preguntó como el desabrido Sócrates, en ejercicio de su adorada mayéutica, buscando en el discípulo la respuesta ya conocida por el maestro pero que ayudaría al aprendiz a entender.

—*Ea, e logo, ¿queres matalo*? —Señalando con sus uñas como cortezas refritas de gorrino el vientre de la joven, escogiendo la crudeza de las palabras para provocar la contestación que más le convenía.

*Maruxiña da Comba* saltó en su asiento del banco corrido de madera. Con el

rostro entre sorprendido e indignado.

—No, claro que no… No, es lo único que me queda de él. —Contestó buscando con su mano derecha el burdo colgante que pendía de su cuello.

Y, la vieja, no dejó ver su satisfacción.

Esa era la respuesta que esperaba.

Y, esa era la más conveniente.

Por supuesto, Berta sabía como detener el embarazo de la joven, bastaba con administrar unas cuantas dosis de la mezcla de aceites esenciales de perejil e hinojo que guardaba en uno de los frascos de barro oculto entre los cachivaches de las múltiples baldas que dividían las toscas paredes de su chabola.

Aquel no era más que uno de entre sus muchos conocimientos.

La clave estaba en el apiol, un alcanfor presente de manera muy abundante en el aceite esencial del perejil y en menor medida en el del hinojo. El mismo que sería usado por la medicina formal de tres cuartos de siglo más tarde como un emenagogo tremendamente eficaz, es decir para provocar intencionadamente el menstruo de las mujeres. Pero, en aquel entonces, y Berta lo conocía bien, era usado como un potente y eficaz abortivo, sobre todo si se añadía a la mezcla de óleos una conveniente pizca de frutos de la planta del matapollo machacados.

Se podían buscar algunas otras combinaciones, en tisana o simplemente ingiriendo hojas o frutos desecados; el tarraguillo, tan conocido por los pastores para interrumpir la preñez de ovejas y cabras, la corona de rey, la ruda y el hipérico entre otros, correctamente suministrados por su mano experta hubiesen obtenido los mismos resultados, pero, el aceite esencial del perejil, de tan laboriosa obtención, era el más efectivo a su juicio.

La vieja bruja arrugada guardaba mil secretos en sus tarros, pero, no tenía ninguna intención de cortar la vida del bebé que crecía en el vientre de *Maruxiña*.

Para aquel niño, o niña, tenía otros planes mucho más lucrativos.

*—Ea, pois non te apures miña nena, voute axudares. Ea, non temas nada, eu coidarei de ti.*

Y, en un intento de cumplir con la palabra dada le preparó a la muchacha una tonificante sopa de ortigas, ricas en vitaminas y minerales. Un ritual que repetiría cada día, siempre poco antes de acostarse, hasta la noche del alumbramiento.

Mientras echaba en el agua, tendida en un cazo de hierro al fuego, las verdes hojas de ortiga la vieja elucubró un somero cálculo, trabajosamente, sin poder evitar que los números le bailasen por encima de los párpados.

Si diez, tanto como los dedos de las manos, se recordó, era el número de lunas que debían turnarse. Si el verano comenzaba y la muchacha había dejado de pedirle el filtro amoroso poco antes de la primavera (hecho que había sido oportunamente comunicado a los interesados), entonces quedaban unos siete meses lunares, o sea

siete por veintiocho era una buena aproximación de los días que tenía por delante y veintiocho por siete eran…

(…*Ea, teño tempo dabondo, non hai prisa, ea.*…).

Mientras, *Maruxiña* lloraba mansamente, con lágrimas parsimoniosas que se deslizaban perezosamente por sus mejillas.

Avanzaban por el bosque o bien el bosque retrocedía, en todo caso, la noche se cerraba sobre los caminantes.

Un lobo aulló en la lejanía de los riscos.

El viento se levantó para contestar, silbando por entre las ramas peladas de los árboles.

La luna ya se había escondido tiempo antes y Saturno reflejaba los brillos del cosmos con viveza, allá sobre el horizonte del este, a la izquierda del camino que los jóvenes esposos debían seguir, aquel que conducía hasta el antiguo dolmen sagrado, ese bajo cuya sombra la bruja había levantado su chabola repleta de hojas secas, pieles curtidas, ponzoñosas plantas, bayas curativas, vainas de semillas alucinógenas, raíces amargas, ovillos de telarañas, frascos rebosantes de misteriosos ungüentos, vendajes burdos de estopa, hongos venenosos desecados y secretos; muchos secretos, casi tantos como los que guardaba en su alma podrida y avariciosa.

Había sido como las crecidas del invierno, no como las del verano; como las del invierno. Había sido como las crecidas del invierno porque todo había empezado con unas pocas gotas de lluvia, y a esas primeras les habían seguido otras, lenta y constantemente, gotas frías de nubes bajas, sin prisa alguna, con la perseverancia indómita de la madre naturaleza, pero sin pausa, haciendo que el río se hinchase orgulloso. No como en las eventuales tormentas del verano en las que el rugir de los rápidos es sólo un espejismo que dura una tarde.

No.

Había sido como las crecidas del invierno porque una vez la estación se presta a acabar el río se ha convertido en una monstruosa serpiente marrón de inmenso poder que a su paso destroza árboles de ribera y arranca la tierra de las orillas, berreando en las cañadas como el macho dominante de la manada.

Del mismo modo que nada puede el hombre ante el río que inunda el molino y arrasa con las poleas y engranajes, destrozando los arcones de la harina y combando las jarcias que sostienen los sacos. Su impotencia, a fin de cuentas no eran más que un par de jóvenes incautos, había sido la misma.

Se habían dejado arrastrar.

En un principio sólo buscaban, inocentes, candidos, confiados, un bebedizo que les permitiese engendrar un hijo que ayudase en las tareas del campo, pero, su cobardía deseosa les había llevado a involucrarse en algo sucio y ruin, la vieja bruja, los había utilizado para poder asegurarse una criada que la cuidase en su marchita senilidad, y sus virginales anhelos se habían convertido en un pecado cuya confesión parecía aun más terrible que seguir adelante. Como el río encogido por los últimos calores del otoño que crece y crece durante el invierno sin que nada ni nadie pueda detenerlo.

Ahora ya no eran unos clientes con derecho a exigir si es que el ungüento servido

no evitaba la infección de la herida que el arado había hecho en el tobillo.

Ahora eran copartícipes y cómplices que se veían coartados por las amenazas de la vieja bruja, pero, eso no era ni mucho menos lo peor.

Porque lo más terrible de todo aquello consistía en su misma renuncia a aceptar la verdad, y es que en sus ansias por exculparse habían llegado a convencerse de que no estaban más que haciéndoles un favor a aquella muchacha y a su hijo, cometiendo una buena acción. Quisieron creerse que si no continuaban con ello la bruja mataría al bebé, sin que por ello le remordiese la conciencia, y obligaría, de igual modo, a la joven a quedarse con ella.

Y, probablemente era cierto, no resultaba difícil imaginar las manos serosas y cuarteadas de la maldita mujer de sonrisa sardónica engarfiadas en el indefenso cuellito de un inocente bebé, hundiendo su cabecita de pelo suave y sedoso en el agua del río, ahogando en el rugir de las aguas bravas algo más que el sonido del llanto compungido; sin concederle más importancia que el matarife, de manos sucias y ropa ensangrentada, que tras palpar el cuello del gorrino introduce el larguísimo cuchillo de sección triangular en el punto exacto para llegar al corazón del puerco, indiferente a los angustiosos chillidos del animal.

O, quizá, de un certero golpe en la pequeña frente con el inmenso fémur de un buey, como en los antiguos rituales bretones, o incluso, simplemente abandonando en el bosque el indefenso cuerpecito al provecho de las alimañas. No, no era difícil imaginárselo.

Sí, lo más seguro es que aun negándose ellos a continuar con aquel disparate la vieja consiguiese que la joven que iba a ser madre se pusiese a su disposición.

Probablemente era cierto, pero, eso no era una excusa aceptable, y ellos lo sabían, sin embargo, nada quisieron hacer para poner fin a todo aquel despropósito. El deseo de formar una familia, el miedo a las posibles represalias de la *meiga*, la indulgencia de su propia complacencia, la aceptación implícita del silencio consentido, el temor intransigente de la ignorancia supersticiosa; todo se había mezclado irremediablemente, pariendo un combinado purgante que rebullía en sus entrañas urgiendo el vómito.

Como era lógico no tenían plena conciencia de los detalles, la bruja se había guardado muy mucho de dejar entrever más de lo necesario, ahora bien, a lo largo de aquellos meses habían intuido lo suficiente como para asustarse, casi incluso para odiarse por lo que estaban haciendo.

Habían llegado a vislumbrar una verdad que por incómoda no quisieron aceptar.

Y, la verdad, tan difícil de aceptar, es que habían sido los peones de la bruja desde el primer movimiento de la partida.

Aquella noche de la pasada primavera, ahora ya tan lejana, Mario se había encontrado en la entrada a su casa un trapo negro atado al aro que hacía las veces de

tirador de la sección inferior de la puerta.

Tras la cena había ido a tomar un café a la vecina casa de los Corredoira para intentar llegar a un acuerdo con respecto a los lindes de unas tierras que aquellos usaban como pastizal, una pradería en la ribera *do rego de Silvela* que se encontraba por el norte, límite que causaba la disputa, con una de las propiedades de la familia de Mario.

Como siempre la conversación se había alargado sin llegar a precisar ninguna de las condiciones y nada había sido concretado con respecto a las marcaciones de las propiedades limítrofes, pero, incluso teniendo en cuenta que antes de marcharse había dedicado un rato a jugar a las tabas con el mayor de los hijos de la casa, el travieso Domingo, bueno como el pan, tragaldabas como él sólo, pero pícaro como las guindillas, no había pasado más allá de una hora, por lo que, en buena lógica, había supuesto que la bruja había estado pendiente de sus movimientos para dejar la señal convenida en el momento preciso, de modo tal que el trapo no fuese a pasar la noche vibrando al viento de la madrugada, como una vela sin entenas que restaña en la tormenta, a la vista de algún madrugador que pudiese preguntarse el porqué.

(Seguro que ha esperado a que saliese, seguro, y entonces lo ha atado, para que me lo encontrase al volver).

Y, aquella fue la primera vez, y se siguieron muchas otras.

Cada una con su macabro paseo de madrugada hasta el dolmen. Siempre siguiendo las instrucciones de la vieja. Cada vez hinchando un poco más la bolsa de tela que Isabel se ataba a la cintura con un nuevo hato de ropa remendada (como el río que crece con las lluvias del invierno).

Y, fue esa noche de invierno cuando el final comenzó.

Esa noche, recién nacida al arropo del frío hiemal, al abrigo del invierno, había sido *Isabeliña* quien encontró el paño atado en los herrajes de la puerta, al volver del hórreo con un cuenco de trigo desgranado para dar de comer a las gallinas antes de enfrascarse en la cocina con los quehaceres de la cena. Sólo que esta vez era blanco, un blanco manchado y desvaído como el de los huesos lamidos que dejan los lobos al sol tras la cacería.

Esa era la señal convenida.

Y, la alegría y la pena lucharon por ser la protagonista de sus emociones.

Esa era la clave establecida como seña para anunciar el nacimiento de su hijo.

Porque, ante todo, era suyo, ¿no?

El nerviosismo, como ave rapaz, sobrevoló su ánimo con los sentidos alerta y presto para el ataque. Las rodillas se le quisieron doblar y un hormigueo frío le cosquilleó las corvas hurgando sus tendones con hierros calientes.

Deshacer el nudo llano que aseguraba el paño fue una ardua tarea que sus manos temblorosas se negaron a coordinar. Llegarse hasta su marido, que se aseaba en el

dormitorio tras haber terminado las labores del campo con la puesta de sol, evitando a sus suegros, para susurrarle, con un hablar entrecortado, casi monosilábico, la buena (o mala) nueva, lejos del oído chismoso de Mariana y sus miradas de eterno reproche, constituyó en sí misma una tarea titánica que agotó sus ya cansados nervios.

Para bien o para mal, había llegado el momento, y siguiendo las instrucciones de la vieja bruja soportaron las protestas de la familia ante una marcha tan inesperada. A Mariana le faltó tiempo para rezongar, dispuesta como siempre a quejarse, con aire rubicundo y frases sembradas de cizaña, por los caprichos de su nuera e Isabel tuvo que aguantar las quejas de la mujer con la mejor de sus caras, fingiendo un aplomo que estaba lejos de sentir mientras procuraba esgrimir en su favor toda excusa imaginable, intentando, fútilmente, evitar el rencor de su suegra. No era fácil defender una teoría semejante, pero se les suponía la tarea de ocultar el supuesto parto a fin de no levantar sospechas, para que nadie a parte de ellos tres pudiese saber la verdad. Aunque, como es sabido, casi ningún secreto es eterno.

En buena lógica *Isabeliña* debería haber esperado el día del alumbramiento sin excederse en el trabajo y procurando no alejarse demasiado de la casa para en el momento decisivo afrontar con calma la venida al mundo de su hijo, sin embargo, Berta, *a meiga*, lo había dejado claro, llegado el momento debían argüir ante la familia de Mario que la muchacha deseaba acudir a su hogar materno para dar a luz, que se sentía más cómoda ante el hecho de ser auxiliada por su madre, que además, así, podía visitar a sus parientes o cualquier otra razón o motivo que se les ocurriese, o todos ellos a un tiempo, lo que fuese, pero bajo ningún concepto podían aparecer de un día para otro con un bebé en brazos y sin explicaciones para tan indoloro, rápido y milagroso nacimiento.

«*Ea, dicide aquelo que máis vos conveña pero cando atopedes o pano branco tedes que vir cara aquí coma lume de carozo*.». Había sentenciado la bruja prácticamente al inicio de su retahíla de instrucciones en la última de las visitas que le habían hecho los esposos.

Así entonces, y teniendo en cuenta que dado lo escaso de la luz en los días del invierno, no era raro el enfrentar un camino en las primeras horas de la noche. Debían salir teniendo por destino las antiguas tierras sagradas de los celtas, el dolmen, sin entrar bajo ningún concepto en la choza. Punto sobre el que la bruja había insistido fervientemente, dejando muy claro que si se les ocurría acercarse a la chabola, viesen lo que viesen, oyesen lo que oyesen el mal de ojo más terrible que pudiesen imaginar se cebaría en ellos con la saña propia de un buitre famélico sobre la fétida carroña.

«*Ollareivos de negros meigallos, a morto haberedes de cheirar e a dor será tal que coma cans ouvearedes. Ea, teredes un meniño, mais só será tal se obedecedes*». Había sido la amenaza, con los ojos, casi negros, refulgiendo un odio incomprensible, con perdigones de baba saltando desde su boca podrida y desdentada. «*Nas pedras*

*debedes agardar*».

Y, una vez allí, al resguardo de las lajas del monumento megalítico, debían, por tanto, esperar a que la *meiga* les hiciese entrega del pequeño, o la pequeña. Así, la nueva vida recibiría a sus padres sobre las tumbas de aquellos que antaño fueron respetados.

Pero, eso no era todo, pasarían el día siguiente en el bosque y a media tarde se pondrían en marcha, para, al anochecer llegar hasta el hogar de la familia de Isabel, a unas cuatro horas descendiendo por la ribera del río. De ese modo y de acuerdo a la estratagema pergeñada por la bruja poder defender, ante las familias de ambos esposos, la tesis de que una vez en el camino se había iniciado el parto y tras desandar un trecho habían buscado refugio en la vieja ermita abandonada, en la ribera sur del río, concluyendo así que el bebé habría nacido a la luz de una hoguera al abrigo de los antiguos sillares de piedra pudiendo, de ese modo, cubrir la supuesta docena larga de horas que usualmente necesita una primeriza para dar a luz.

A partir de ahí, las instrucciones, más bien órdenes, habían sido un poco menos concretas, la bruja se contentaba con que dejasen pasar unas jornadas en la casa materna de *Isabeliña* para regresar después con el recién nacido.

«*O que despois faredes xa no é cousa do meu fundio, ea, mais, dese momento en diante e polo que vos queda de vida, nunca, nunca, ¿oídes?, ¡nunca xamais!, falaredes do acontecido nin daredes razón algunha sobre o nacemento do pequeno*». Les había dicho la bruja antes de verter sobre sus crédulas mentes la más ácida y terrible de las amenazas que se le ocurrió. «*Se no que vos queda de vida, malditos langrás, falades disto que non debe ser máis que un segredo… Coma alguén saiba a verdade os vosos campos non darán más que pedras, os vosos animais morrerán de fame e vós, vós sufriredes cantas enfermedades imaxinedes para morrer laiando coma laia un porco na matanza*».

Señalándolos con sus uñas cetrinas y retorcidas.

Con el gesto fruncido en un ademán de ira propia de las bíblicas venganzas divinas.

Con el cabello entrecano, sucio y lleno de nudos, revolviéndose tras las sombras de la lumbre.

Con la espalda encogida vibrando en un clímax de rabia complaciente por la misma naturaleza cruel de sus amenazas.

Y, esa noche, azuzados por el miedo inocente de los creyentes que no se cuestionan la realidad ni las incongruencias del dogma, habían cumplido la voluntad de la bruja, siguiendo al pie de la letra sus instrucciones. Así, ahora, se encontraban en el interior del dolmen, encogidos por el frío, abrazados el uno al otro.

(Maldita mujer que no has sabido darme hijos).

(Maldito desgraciado, mira a qué me has obligado).

Ateridos por la noche helada y por el gélido regusto de los remordimientos.

Y, la oyeron gritar.

La oyeron lamentarse en el dolor incómodo e incongruente que conlleva el parto, aunque sin querer reconocerlo también descubrieron en aquellas quejas lastimeras un dolor profundo que nada tenía que ver con el alumbramiento.

No la conocían y tampoco querían hacerlo, sin embargo, en la reducida comunidad del lugar, sus sospechas apuntaban en una única dirección, porque pocos eran los lugareños y menos aún las verdades, pero murmurar siempre había sido sencillo.

Hasta esa misma mañana ella había albergado esperanzas, pero, cuando comenzaron los dolores, la realidad, disuelta en un jarro de agua fría, se descubrió mostrándole la rudeza de su soledad; empapándola de amarga hiel.

La verdad descarnada abrió cruelmente los estigmas de su propio sacrificio. Su amado nada quería de ella o de su hijo, probablemente (pues se negaba a ser taxativa en la afirmación) incluso le era más provechoso, más cómodo para él que ella se hubiese marchado sin más protestas, quejas o inconvenientes que la pérdida del semental isabelo.

Estaba sola.

Sola, o casi…

Con su hijo bastardo clamando al cielo por nacer, negando solidario la injusticia que había coartado la vida de su madre robándole un futuro. Su hijo, que protestaba por un mundo que no conocía, se revolvía en su seno haciendo arder su útero con cada contracción.

Entonces, quizá, no era tal la soledad. Además, también estaba la bruja (¿verdad?), pero ¿era esa una compañía apropiada?

Y, albergó la esperanza de que una vez hubiera podido agradecer (¿pagar?) a la vieja sus servicios y cuidados con el embarazo y el parto podría marcharse con su hijo, o hija, en busca de una nueva vida, un comienzo lejos de aquel pueblo, puede que, incluso, emigrar en el afán de la fortuna de allende los mares, en las tierras de los indianos.

Las preguntas se amontonaban tras el telón de su conciencia.

Por tanto, quizá, únicamente podía decirse que, en realidad, la esperanza, esa baratija turquesa mil veces regateada en la alfombra barata y de mal gusto de un zoco moro, era su única compañía cierta.

A medida que avanzaba su preñez, en el desconsuelo creciente que había anidado en su pecho desde aquella noche de primavera en la que a través de sus ojos llorosos había visto como Berta, *a meiga*, preparaba por primera vez el caldo de ortigas que tanto había llegado a odiar, pudo darse cuenta de cómo la actitud de la vieja bruja arrugada iba pasando de un servilismo austero a una complaciente amabilidad.

Con el paso de los días Berta había ido avivando el calor del trato, muy poco a poco, con cambios tan sutiles en su comportamiento que de no ser por la inevitable pátina de desprecio que envolvía todos sus actos hubiera sido factible que la joven se creyese la hipócrita farsa de gentileza y cortesía que la vieja se empeñaba en representar.

Al principio, cuando se abrían las flores de los cerezos silvestres decorando de nubes blancas las faldas de las montañas, la bruja había limitado sus escasas palabras a poco más que gruñidos con los que pretendía demostrar asentimiento o negación. Luego, habían llegado las breves conversaciones que, lentamente, habían ido

alargándose con las sucesivas noches al amor de la fogata, siempre encendida, que bailaba en el centro del destartalado chamizo. Más tarde habían ido apareciendo, con cuentagotas, las primeras advertencias respecto a lo que, de entre los múltiples chismes que atestaban la choza, podía ser peligroso o no tocar sin protegerse las manos con un pedazo de tela, lo que podía o no ser ingerido sin daño, lo que servía para curar o aquello que provocaba enfermedades. Día a día, bien entre los ejemplares secos que colgaban en los estantes, bien entre la fronda de los bosques, la bruja había ido señalando los nombres y virtudes de cada planta, así como el tratamiento y mejor modo de almacenamiento que les correspondía a las distintas partes de las mismas. Entonces, llegaron las primeras responsabilidades, pequeñas y ajenas, casi por completo, al error: recoger algunas flores fácilmente reconocibles, triturar bayas sin parecido con otras ponzoñosas, secar hojas de algunas plantas de muy difícil confusión. Eso sí, siempre limitándose a los trabajos menos oscuros, menos esotéricos, menos ocultos, en todo momento dentro de las múltiples restricciones de la más ruda medicina elemental.

Los siguientes pasos, habrían de llegar más adelante, le había dicho, en todas las ocasiones con tono y palabras que desvelaban de modo explícito la seguridad de la vieja en la permanencia de la muchacha, sin darle importancia al hecho de que *Maruxiña* se empeñase en sacar a colación sus planes de futuro en algún lugar lejano una vez su hijo hubiese nacido.

La joven, que había adquirido la tierna y dulce costumbre de acariciarse el vientre hinchado con frecuencia, observaba con indiferencia y no prestaba excesiva atención, haciendo siempre que era posible hincapié en el hecho de que en cuanto pudiese encontrar una posición adecuada para ella y para su hijo le pagaría a la *meiga* todo cuanto le debiese por los cuidados, la comida y el techo que le estaba siendo proporcionado, insistencia ante la cual, invariablemente, la bruja respondía con el aspecto más cínico de su exigua sonrisa. Para la bruja, la cuenta adquirida no dejaba (y no dejaría jamás) de medrar, pues a su parecer, al igual que en el despotismo de las mafias sudamericanas del caucho, los pequeños trabajos que la muchacha realizaba no restaban al cómputo total, sino que aumentaban la deuda, pues al supuesto beneficio había que substraer el gasto implícito de la enseñanza. Así, para la joven, cada comida, cada consejo, cada noche en el basto colchón de paja, cada (maldito) caldo de ortigas significaba ascender un escalón en su condena, como el siringuero, derrengado, infestado por las niguas, famélico y comido por las fiebres, que a pesar de haber sufrido la crueldad de la selva durante años, dedicándose de sol a sol al sangrado de la resina gomosa de los enormes árboles de Hevea no había conseguido reducir sus deudas ante los desorbitados precios que sus patronos exigían por una escasa manutención, un par de roñosos machetes y un puñado de ropa vieja.

*Maruxiña da Comba* no había recibido machete alguno, de haber sido así quizá le

hubiese cortado el cuello a la vieja mientras dormía y hubiese escapado (aunque primero tendría que haber superado el miedo acérrimo que la bruja le provocaba, pues la pobre muchacha temía que el espíritu de la *meiga* fuese a perseguirla en vida si es que la asesinaba). No, a parte de la frugal comida, a cambio de su creciente número de trabajos, la bruja sólo había cedido a la joven una improvisada márfega de paja tendida al fondo de la cabaña, la cual, a su vez, había dividido en dos colgando de una cuerda tensa entre dos estantes opuestos una vieja manta reteñida mil veces de un siena terroso de modo que, siguiendo sus órdenes, la muchacha se escondiese, callada, cuando los clientes en busca de pócimas, bebedizos y ungüentos acudían sedientos de sus consejos y remedios.

Junto a los paseos por el bosque circundante que la vieja bruja le obligaba a dar, «*Para asentalo pequeno na barriga*» decía, aquellos ratos tras el débil muro que suponía la lana basta de la manta marrón eran los únicos momentos de relativa tranquilidad de los que la joven disfrutaba, pues el resto del tiempo siempre debía soportar el peso de los negros ojos de la bruja, siempre vigilantes, sobre sus hombros. Y como en los últimos estadios del embarazo Berta había insistido en que la joven aumentase la frecuencia y distancia de dichos paseos, porque según decía era el único modo de evitar que el bebé se presentase de nalgas, la muchacha había tenido tiempo para pensar y soñar, dejando volar su imaginación.

Pero, sus anhelos se vieron truncados.

Sus sueños tuvieron que ser relegados al olvido.

Sus deseos fueron reducidos a simples cenizas sin vida.

Su futuro caminaba hacia el borde de un acantilado de pared vertical que era batido por un bravío océano.

El primero de los pasos, con la brisa salada humedeciendo el aire lo dio esa mañana, cuando un témpano de hielo se le clavó en los lumbares cortándole la respiración y obligándola a arrodillarse al tiempo que comenzaba la primera contracción. Sus manos dudaron, indecisas entre echarse a la espalda o al bajo vientre, dejando caer la cestita rebosante de bayas carmesí, frutos de los acebos de la espesura que la bruja le había ordenado recoger entre los parches de nieve que decoraban el tapiz del bosque en un mosaico ajedrezado.

Tras unos instantes el terrible fuego de proporciones míticas que horadaba sus entrañas remitió y la punzante sensación que acosaba la parte baja de su espalda se atenuó permitiéndole ponerse en pie laboriosamente. A punto estuvo de echarse a andar hacia la choza sin más, pero el miedo a la riña de la bruja le obligó a agacharse de nuevo, sosteniendo con su mano izquierda el vientre abultado y palpitante para aliviar un tanto la presión, a fin de recoger con su mano libre las bayas y depositarlas en el cestillo de mimbre.

El escaso tramo hasta la chabola fue hasta cierto punto plácido, pues al dolor que

se había asentado en sus riñones se contraponía la felicidad que, tímidamente, como el brotar del manantial de alta montaña, fluía en su interior.

Por fin su hijo nacería, por fin tendría a alguien con quien compartir sus penas, por fin albergaría esperanzas fundadas.

Cuánto se equivocaba y qué poco lo sabía.

Qué lejos de su ánimo estaba el entrever, ni tan siquiera por asomo, la terrible posibilidad de que su hijo naciese muerto.

Y, es que su experiencia en la materia se limitaba a haber visto a algún pollo romper el cascarón del huevo y a un par de vacas pariendo al coro de mugidos irregulares terneros temblorosos. Nadie se había molestado en explicarle lo que era el prolapso del cordón umbilical, la distocia de hombro, la embolia de líquido amniótico o ninguna otra de las susceptibles complicaciones de un parto, probablemente porque ningún lugareño podía saber nada de todo aquello, casi con toda seguridad porque aun sabiéndolo el pudor les hubiese impedido explicarlo, o quizá porque incluso las escasas comadronas experimentadas actuaban más en virtud de la intuición que del discernimiento e incluso conociendo dichas complicaciones no entendían su porqué o sus consecuencias plenamente. Y, por supuesto, tampoco conocían sus nombres, todo venía a resumirse en el múltiple abanico de posibilidades que abría la frase, «manda *carallo*», aplicable tanto a que el feto se presentase de costado como a que el cordón umbilical estrangulase su diminuto cuello.

En cuanto consiguió llegar ante la chabola de la bruja, sin que el dolor de sus lumbares desapareciese, sino más bien se había ido intensificando, esta se dio cuenta de lo que sucedía en cuanto pudo ver la expresión bobalicona del rostro de la joven, en la que se entremezclaban, incongruentemente, el sufrimiento y la alegría.

Retiró el jergón de la muchacha y tendió una capa mullida de paja, a continuación rebuscó entre sus hierbajos y puso al fuego una infusión de hojas de frambuesa y alfalfa, la primera facilitaría el parto al servir como tonificante de los músculos uterinos, la segunda actuaría como un sedante suave. Se acercó entonces a la muchacha que intentaba tumbarse sobre la paja mientras la segunda de las contracciones le sacudía un calambrazo doloroso y repentino, con la sensación que el salmón hace suya al morder el cebo confiado y en un instante descubre su alma de punzante acero con un rayente dolor sorpresivo que le atraviesa la mandíbula.

Una vez junto a la muchacha acostó su cabeza escamosa de pelo revuelto sobre el vientre hinchado de la chica y asintió al distinguir el desvaído y velado latido del corazoncito del bebé. Al erguirse y ver que el rictus de dolor de la muchacha no se borraba de su rostro, teniendo en cuenta que la contracción ya debía haber pasado preguntó.

—*¿Ea, e logo, doenche os cadrís?*

La muchacha entreabrió sus ojos, que habían estado cerrados haciendo los

párpados presión de modo que diminutos pliegues de piel se elevaban a modo de cordilleras. En un principio no comprendió y permaneció callada, entonces la vieja insistió señalándose con sus dedos sucios la zona lumbar.

—¿*Os cadrís, sintes dores*? —Mirándola con ojos fijos.

—Ah… Sí, mucho, como… Como si alguien me estuviera pisando.

—*Non é raro nas que paren de primeiras, mais, non é bon, iso quere dicir que o parto longo terá que ser, además, se é así o pequeno dará problemas*, —su mirada se tornó oscuramente severa y repitió— *problemas*.

Se volvió y echó a andar sin darle importancia alguna a la preocupación evidente que había aflorado al rostro de la muchacha como consecuencia a sus palabras de graves implicaciones.

La chica miró inquieta como la vieja rebuscaba en uno de sus múltiples estantes hasta obtener uno de aquellos viejos paños de estopa blanca que usaba para preparar cataplasmas y que guardó en uno de los bolsillos delanteros de su negro vestido de burato.

La vieja no se giró de nuevo, y como única despedida comentó sin darle importancia.

—*Temos tempo e iso e bon, cando ferva a auga da tisana vai bebendo pouco a pouco ata que a acabes toda. Ea, eu volverei cando caiga a noite*.

Y, se fue dejando a la muchacha asustada y sola, sin más compañía que su miedo, su ignorancia y su preocupación.

Nada dijo pues sabía de sobra que de nada serviría. La puerta de sencillo armazón se cerró abandonando la cabaña en una incómoda penumbra de mal augurio y la muchacha suspiró. Su aliento se condensó en una voluta de humo blanquecino.

Suspiró porque poco más podía hacer.

Se acarició el vientre con uno de esos gestos tan bellos y dulces que sólo son propios de las madres afanosas.

(No te apures pequeño, yo estoy aquí, todo saldrá bien).

—Todo saldrá bien —repitió, esta vez en voz alta, dejando que sus pensamientos cobraran el tono, ritmo y sonido que su garganta encogida supo darles.

El agua burbujeó en el cazo renegrido y el viento furioso del invierno se levantó, lanzando aullidos.

Suspiró de nuevo, frunciendo el ceño ante la insistencia del hormigueante dolor que se paseaba por la parte baja de su espalda, retumbando como los cascos de las monturas de un batallón de cosacos lanzados al ataque.

Afanosa y cumplidora, conocedora de que la bruja sabía muy bien lo que se hacía, se acercó a gatas hasta la lumbre y antes de apartar el cazo de las brasas para acercarlo hasta su improvisado camastro añadió un par de leños de roble al fuego a fin de asegurarse un escaso calor por un buen rato, sabedora de que los duros

maderos veteados del roble se consumirían lentamente. Justo al volver a tumbarse estalló, como la gota de lluvia que se deshace en miles de partículas diminutas al estrellarse contra las rocas, la tercera de las contracciones, ella seguía sin entender lo que le pasaba, pero el dolor hacía que el proceso fuese, al menos en parte, consciente; esa era su parte buena. Ya había pasado algo más de una hora desde que el primero de los dolores del parto la obligase a rendir sus rodillas, como el penitente arrepentido por sus pecados, esparciendo por doquier las brillantes bayas que con tanto mimo había recogido. Pero, aún habrían de pasar muchas más, iba a ser un día muy largo.

Iba a ser una noche eterna. Eterna y dolorosa.

Cuando el sufrido padecimiento de la tercera contracción hubo pasado se atrevió a sorber, ruidosamente, directamente del borde del cazo, un poco de la amarga infusión y su calor le resultó reconfortante, como el descanso en el camino del peregrino, y recordó entonces, con un cariño lastimero, como cuando siendo niña solía constiparse en invierno y para mitigar la incómoda tos seca su madre preparaba con amor tisanas de borrajas que aliviaban su garganta irritada. Era aquel uno de los recuerdos más dulces de su infancia y deseaba, más que nada en el mundo, poder brindar momentos semejantes a su futuro hijo, asegurarle que a pesar de la pobreza en la que sabía se verían abocados a vivir por el momento, sería capaz de proporcionarle a su retoño esas dulces memorias, esos recuerdos del cariño más profundo que sólo las madres saben dar. Entonces se dio cuenta de que quizá eso sería posible pero que, por desgracia, jamás podría proporcionarle un padre, porque era plenamente consciente de que una madre soltera no sería capaz de encontrar un marido bondadoso y agradable que aceptase con gusto la responsabilidad de cargar con un hijo ajeno.

Y por primera vez se levantó el rencor desde lo más oscuro de su alma para protestar, si le hubiese tenido delante en aquel momento le hubiese abofeteado.

(¿Por qué me abandonaste?, ¿qué será de tu hijo?, ¿que será de mí?).

(Cien malditas pesetas, como si fuera una furcia cualquiera, ¿por qué?).

Pero no tuvo tiempo para sentir cómo el odio crecía, se quedó ahí, agazapado como un conejo asustado, porque comenzó una nueva contracción y el dolor le nubló la mente.

La mañana se derrumbó con el sol cayendo desde su cénit y la nieve fundiéndose sobre el fértil suelo del bosque que guardaba diligentemente el lugar sagrado. La tarde se negó a permanecer sobre el horizonte más allá de un suspiro aun a pesar de las protestas del viento entre las ramas yermas de los árboles caducifolios.

Las contracciones fueron haciéndose más frecuentes y prolongadas, siempre engalanadas del dolor que labraba afanoso mil relieves sobre sus lumbares, como si un ebanista desquiciado hubiese confundido su piel blanca con la chapa de madera dispuesta sobre su banco de trabajo para ser taraceada.

La infusión se acabó poco más allá del mediodía y su efecto calmante se desvaneció engullido por las molestias que estrujaban todos y cada uno de sus músculos como la lavandera que retuerce la ropa empapada.

Su mente viajó inquieta a los mil lugares de sus recuerdos sin encontrar acomodo o consuelo en ninguno de ellos.

La fogata se olvidaba de la luz y del calor de sus llamas encogiéndose sobre las brasas renegridas.

El horizonte se apagó, haciendo juego con su pelo de azabache.

La noche oscura de luna casi nueva entró hurtando la escasa luz a través de las rendijas de la parca puerta de la choza y su paso oscuro sirvió de escolta a la bruja. Las estrellas de Capricornio corrían a esconderse tras el horizonte, asustadas ante su llegada, la escasa luna las seguía de cerca.

Se detuvo, en el contraluz indeciso de la anochecida tardía, bajo el quicio de la puerta, y observó los tres cuartos inferiores de la muchacha que le permitía ver la manta colgada. Las piernas de *Maruxiña* rebullían inquietas, como en la rabieta de una chiquilla.

No pronunció una sola palabra, se limitó a rebuscar una vez más en uno de los estantes hasta encontrar un saquete de cuero en el que guardaba rizoma seco y machacado de díctamo blanco. Echó un buen pellizco en una escudilla de hojalata que encontró a mano, y con una de sus uñas, largas y retorcidas, lo removió en unas gotas de grasa junto a unas virutas de flores secas de matricaria trituradas. Se acercó hasta la doliente muchacha y descorrió por completo la manta.

—*Ea, isto tes que tomar. Ea, e vai levantando a enagua*. —Raspando el aire con su voz áspera, asustando a *Maruxiña*.

La joven abrió los ojos sorprendida y tras el instante que necesitó para reponerse alargó el brazo para hacerse con el platito de hojalata, tras arrimárselo a los labios se ayudó con los dedos de la otra mano para ir introduciendo a pocos el cetrino mejunje en su boca. El sabor amargo de la pasta, que tenía un agrio olor a naranja, le revolvió el paladar haciendo que necesitase de toda su fuerza de voluntad para terminársela. Cuando le devolvió la escudilla a la vieja, esta la miró con ojos severos, urgiéndola y sus mejillas sudorosas por el sufrimiento tuvieron tiempo para abochornarse.

—*Ea, e de seguro que tan remilgada non fuches para deixarlle facer o paspallás de Ezequiel. ¡Levanta a falda*! —Lo dijo marcando cada palabra con una crueldad que, queriéndolo o no, afectó profundamente a la joven, a su juicio su amor había sido recriminado y eso era algo a lo que sólo ella tenía derecho.

En todo caso, *Maruxiña* no protestó, simplemente obedeció intentando no dejar traslucir el sufrimiento que le produjo el esfuerzo de levantar las caderas para arrugar la amplia falda sobre la cintura. Desató la cinta de la ropa interior y la bajó hasta los tobillos, equivocándose al pensar que nunca podría sufrir mayor vergüenza, precisamente porque en cuanto hubo terminado el proceso de desnudarse, la vieja le apartó las rodillas con brusquedad y metió su cabeza mugrienta entre ellas para comprobar lo avanzado del proceso de dilatación.

Gruñó, aparentemente satisfecha, y se aprestó a calentar agua y a elegir algunos trapos limpios.

Estaba casi segura de que el alumbramiento se produciría antes del amanecer y sabía que debía poner en antecedentes a la muchacha si quería que las cosas se desarrollasen como tenía previsto.

(*Eses langrás non tardarán en chegar. Máis lles valera non facer ruido*.).

Se hacía necesario asegurarse de que no quedasen cabos sueltos.

—*Ea, o pequeño non está ben colocado, vai complicarse*. —Dijo sin volverse, atonal y secamente, mientras disponía el agua en un trespiés sobre los restos de fuego.

Una amarga desazón cubrió los recovecos de su cerebro incrustándose en los pensamientos de la muchacha.

(¡No!, no por favor… No).

Pero, no abrió la boca.

La vergüenza, el miedo, la preocupación y el sordo rencor que abrigaba su corazón soplaron todos a un tiempo, avivando los rescoldos del fuego de su dolor.

Una nueva contracción tensó los músculos de su abdomen, sus labios se combaron enseñando los dientes apretados y sus ojos se retiraron mostrando el blanco de la córnea surcada por multitud de pequeños capilares rojos.

No supo cuanto tiempo pasó, pero le pareció un instante, sólo un segundo y una nueva contracción le abrió el vientre para ir desenrollando sus entrañas como una serpentina. Sus lumbares palpitaban al ritmo que marcaban los músculos de su útero.

Sintió una presión fría en la vulva y los labios vaginales se contrajeron, no sabía si aquello era o no normal, pero, bajo ningún concepto esperaba encontrarse con lo que descubrió al abrir los ojos incorporándose un tanto, venciendo el dolor en sus riñones.

No supo reaccionar.

La vieja, en cuclillas frente a la joven, enmarcada por los muslos pálidos de la parturienta observaba con atención la entrepierna de la muchacha, con las sombras ondulantes provocadas por las llamas resaltando los perfiles óseos de los pómulos, con sus ojos de carbón refulgiendo a la escasa luz de la choza, con su mano sucia apoyada en los genitales externos de la joven, los palpaba, enredando sus uñas engarabatadas en el ensortijado vello púbico del sexo de *Maruxiña*.

Era como una cenicienta gárgola demoníaca nacida del más repulsivo de los recovecos de la mente de un desquiciado escultor normando, orgullosa sobre el arbotante gótico, advertencia implícita al creyente de las funestas consecuencias de sus malas acciones. El siniestro reproche mefistofélico ante el desvío de la ley supuestamente divina.

La pobre muchacha prefirió no protestar y dejar de nuevo a los párpados velar por la salud de su mente, como el telón que se corre apresuradamente en el teatro cuando el anciano actor achacoso cae fulminado por una insuficiencia cardíaca, justo al cierre del segundo acto, al negarse la bella dama a concederle su amor.

Sin embargo, no consiguió mantener sus ojos en el mundo de lo ajeno por mucho tiempo.

Oyó de fondo el repulsivo sonido quebrado de un gargajo espeso. Lo atribuyó enseguida a la costumbre de la vieja de escupir continuamente para luchar contra la mala suerte. Pero, no lo oyó caer.

Algo nudoso, retorcido, frío, viscoso, desagradable.

Algo así como un manojo de angulas jorobadas que se revolvían con el empeño propio de remontar las corrientes del río.

Su respiración se cortó y los párpados se abrieron de sopetón.

Estaba asquerosamente frío, como retorcidas estalactitas de hielo. Sólo que de algún modo estaba también sucio, mugriento, podía sentirlo por el tacto áspero.

Lo que vio no le resultó agradable. Claro que tampoco podía estar segura de si aquello era algo normal. Si era correcto o no.

Reptaba buscando el envés de sus entrañas, trasmitiendo su gelidez.

La vieja se había escupido en la mano, un espumajoso esputo mocoso y verde ensalivado con una baba translúcida.

Era como un hato de esqueletos secos de pequeñas víboras.

La vieja había introducido sus dedos sarmentosos empapados en saliva infecta en la vagina de la muchacha.

Se retorcían.

Y ahora revolvía su mano en el canal del parto buscando forzar la rotura de aguas.

Primero el sonido apagado, como el reventarse de la vejiga hinchada de un cerdo el día de la matanza. Después una cascada de líquido amniótico de una turbidez sanguinolenta que empapó el antebrazo lleno de colgajos de carne seca de la vieja y los muslos turgentes de la joven. Una humedad palpitante que desprendía vaporosas columnas de sinuosos fustes al frío de la noche.

De haber sabido las posibles consecuencias Berta no lo hubiese hecho sin lavar sus manos llenas de mugre (simplemente por propio interés, a fin de cuentas necesitaba a la muchacha), sin embargo, para una comadrona de la Galicia profunda de finales de siglo XIX las fiebres puerperales, es decir, las infecciones subsiguientes al parto no eran algo conocido, la salud de la recién parida era más una cuestión de procurar cebarla con abundante caldo de gallina, ponche y huevos.

Un ramalazo de dolor cosió la espalda de la joven trabando sin miramientos sus músculos lumbares.

La vieja sacó su mano produciéndose un desagradable sonido de vacío que obligó a la muchacha a cerrar de nuevo los ojos y a contraer los músculos de su garganta a fin de no vomitar. Tras sacudirla como si se tratase de un matojo de hierbas que acabase de lavar en el agua del río terminó de secarla en su deslucido vestido.

—*Ea, está moi escuro, iso non está ben. Iso non é boa señal*. —Sentenció la bruja, sabedora de que en los partos post terminum, los que van más allá de la cuadragésima semana, el líquido amniótico suele presentar una coloración verdosa

debido a la materia fecal del feto o meconio.

La asustada *Maruxiña* se hubiese lamentado si el dolor se lo hubiese permitido. A decir verdad ni siquiera fue capaz de asustarse por la salud de su hijo. Los músculos de su espalda se enredaban sobre su columna vertebral como el abrazo constrictor de una gigantesca anaconda que busca asfixiar a su presa. En su interior se revolvían en una mezcla sin sentido el miedo, la desesperanza y sobre todo, más que nada, destacando como la mancha de sangre en el peto blanco del caballero que tras perder el duelo al alba contempla con cara de estúpido como la vida se le escapa a través de un agujero en el pecho, el dolor. Un dolor sordo que se había extendido de tal modo que ya resultaba imposible localizar la fuente principal.

La vieja se agachó de nuevo para echar un vistazo entre las piernas de la muchacha.

—*O cordello sae primeiro. Non é cousa boa. Non*. —La vieja sabía que en el raro caso de que el cordón umbilical preceda al bebé en su paso por el canal del parto la complicación estaba asegurada, el resultado, normalmente, la muerte del feto debida al prolapso del cordón, pues se impide la llegada de sangre al feto.

*Maruxiña* se hundió, si cabe, aun más en la miseria de su desdicha e incluso sin comprender en absoluto las implicaciones de las palabras de la bruja no tuvo dificultades en entrever los tan anunciados problemas.

—*Ea, e aínda por riba o pequeno ven de cara*. —Añadió la vieja conocedora de las implícitas consecuencias de la anormal postura del feto—. *Boeno, veña, empurra, empurra ou xa non haberá sorte algunha neste nacemento, empurra*.

Y, todo quedó atrás como queda el camino para el preso que huye. Todo se contrajo, absorbido por su propia gravedad como el colapso cósmico de una estrella. Todo se volvió un borrón indeciso que bailó frente a sus ojos. El sufrimiento orló la desazón, pero, la muchacha empujó, con toda la fuerza de la que fue capaz.

Empujó sintiendo como con cada empellón el tramo ganado se perdía en cuanto las fuerzas le fallaban, como si su hijo, desobediente, se negase a nacer.

Empujó y empujó, entre jadeo y jadeo, comprimiendo tanto como podía sus músculos abdominales.

Su respiración entrecortada formaba pequeñas nubes grisáceas sobre su cabeza.

—*Empurra, empurra ou o pequeno non terá tempo*.

(Oh… Señor, no, por favor no).

—Empurra *ou nacerá morto.*

(No, Dios, no, no… No lo permitas, llévame a mí…).

—*Empurra*…

(No, no permitas que muera, no…).

La culpa se unió a la mezcolanza de sentimientos, las palabras de la bruja habían calado, tenía que empujar, empujar para que no fuese tarde, empujar para salvar a su

hijo.

Y empujó.

Empujó con todas sus fuerzas, ignorando la saga de intensos dolores que se entretenían martirizando su cuerpo como si de un rebaño de maléficos trasgos se tratase.

Empujó sin considerar el sudor que cayendo desde sus cejas hacía que le escociesen los ojos. Se olvidó de su pasado, no contempló su futuro y apretó reuniendo en el valor sin reconocimiento de las madres todos sus redaños.

Los segundos se convirtieron en eones, el dolor en un criminal que huye abandonando el cadáver degollado y ensangrentado.

Todo el esfuerzo se transmutó en un solo instante, todo quedó ocultó por un relajo inconsistente. La placenta se desprendió y ella sintió como si estuviese orinando.

Todo fue quietud e incluso el crepitar del fuego se diluyó.

Y, hasta la noche pareció quedarse en silencio.

—*Mala sorte, miña nena, está morto… Morto.* —Se oyó, como el crujido de la grieta que corre al través rajando un espejo.

—¡No!, ¡no, por favor…!, ¡noooooooo…! —Como el rasgarse de la tela de la falda con el gesto brusco del violador.

La vieja recogió la placenta y el feto inmóvil. Entre los borrones de sus lágrimas saladas la muchacha sólo alcanzó a ver unas piernecitas pálidas que se bamboleaban en los brazos salpicados de la bruja al tiempo que se levantaba. Se marchó, *Maruxiña* no le dio importancia, esa era la costumbre, enterrar la placenta, y a la muchacha, aturdida, no le dio tiempo a protestar. Quería ver el rostro de su hijo, o hija, al menos una vez. Pero la vieja no le había dado la oportunidad y no le quedó más que suponer que en esa ocasión el hueco para deshacerse de la placenta hubiese de ser un tanto mayor, lo suficiente para un bebé.

Ni siquiera le importó que no estuviese bautizado, a fin de cuentas poco o nada había hecho su dios por ella.

La bruja se marchó sonriendo con ese escaso gesto suyo, tan sardónico y despreciable.

Sonrió porque ella sabía que los dolores lumbares no tenían implicación especial alguna, porque sabía que las aguas no habían sido manchadas de verde, sonrió porque el cordón umbilical no había aparecido hasta el final, sonrió porque sólo ella sabía que lo primero que el feto había asomado al mundo fue su coronilla.

Sonrió con ese macabro gesto suyo porque el parto había sido normal, incluso fácil para una primeriza, sonrió porque el bebé inerte que llevaba en brazos sólo necesitaba ser obligado a respirar por primera vez tras limpiar su boca de los deshechos del parto.

Y el viento aulló entre los árboles.

Y *Maruxiña* entonó un canon de dolor que acompañó al viento.

Y los llantos del niño bajo las piedras sagradas fueron amortiguados por una manta.

Se llamaría Calero, como su abuelo, *Calero da Cruz*, un buen hombre cuyo único defecto era la chismosa de su mujer, Mariana.

*Maruxiña* lloraba desgarrada por el dolor.

El viento aulló, compadeciéndose por la joven.

Un lobo sirvió de acompañamiento.

La vieja miró a la espesura y sonrió.

Tiró la placenta hacia el bosque entonando cánticos extraños.

Escupió para ahuyentar la mala suerte.

Sonrió.

# Tercer conto

## La Muerte

La niebla de la mañana lo envolvía todo en un velo de gasa y misterio. El bosque pubescente de primavera enmarcaba en sus brotes vírgenes los primeros rayos del sol, entretejidos en el tapiz de la verde fronda de las montañas al norte del pueblucho. Las aves más madrugadoras saludaban displicentes el nuevo día con su canto.

Con su tono agudo los nítidos trinos descendentes de los pequeños petirrojos parecían quedarse flotando en el aire, con ese gusto melancólico y solemne tan propio.

Allá, en los caminos, la sangre bañaba la tierra pisada de los trillos enluciendo un mosaico macabro e inacabado de grana y siena.

La tercera de las viejas y arrugadas parcas, segadora del hilo del que pende la vida, había tenido trabajo aquella noche.

Las pesadillas, como siempre en los últimos días, habían mutado sus sueños hasta convertirlos en histriónicos horrores incómodos (siempre había un nudo, ¡siempre! …).

Se despertó sobresaltado, con el estómago encogido y las arcadas corriendo por su garganta como ratas que huyen de un granero en llamas. La naciente claridad se procuró enseguida las herramientas de tortura suficientes para que su ojo derecho se resintiese como una aceituna en el mortero de la almazara.

El molinero se incorporó luchando contra el dolor de cabeza y la sensación de mareo intenso que revolvía sus sesos, tardó unos instantes en calmar la inquietud, hasta que las formas familiares que le rodeaban consiguieron tranquilizarle. Le costó asociar las ideas, pero tras un momento frotándose con la palma de la mano la sien descubrió en su memoria el papel del catre improvisado que tenía a su lado. No se preocupó porque estuviese vacío, lo explicó en la sencillez de las cotidianas necesidades fisiológicas matutinas.

Por unos instantes permaneció sentado, no hizo más que rascarse compulsivamente la oreja derecha, intentando calmar la terrible picazón con la que se había despertado. Luego, cuando pareció remitir se decidió a comenzar el día.

Se lio un cigarrillo con la maña que dan los años de fumador, prácticamente usando una sola mano, y se apresuró a reavivar el fuego moribundo de la *lareira* con unos cuantos soplidos entrecortados por sus, ya clásicas, toses perrunas y ásperas. Inclinado sobre los rescoldos del lar sus ojos entrecerrados lagrimeaban por culpa del humo que surgía de la brasa del pitillo, el derecho le molestaba especialmente, con un palpitar angustiado que le obligaba a parpadear de continuo.

Tenía hambre y su estómago se revolvió mostrando el conflicto fratricida entre la enfermedad que devoraba sus entrañas y la sencilla necesidad de ingerir algo sólido tras la frugal cena de la noche anterior, poco más que unas rebanadas de pan y algo de carne en salazón.

Mientras el fuego cobraba vida se sentó sobre la esquina de su jergón y fumó con

delectación recopilando de entre los rincones de su memoria aquellas mañanas apacibles en las que Carmen se levantaba sonriendo, como una chiquilla el día de su cumpleaños, para prepararle el desayuno con la ilusión y el cariño que tantas veces demostraba, tan propios de las jóvenes esposas enamoradas.

La melancolía se trabó en su espina dorsal quebrándole el ánimo y sus ojos se humedecieron por culpa de algo más consistente que el humo de su cigarro. Para el molinero el paso de los años no había supuesto más que un macabro proceso en el que las pequeñas manías y los escasos disgustos sí habían sido olvidados mientras que las virtudes y las bondades se habían visto realzadas por una idealización inconsciente que hacía que cada día el recuerdo fuese un poco más doloroso. El tiempo había sido algo así como el dedo hábil del retratista que difumina los trazos del carboncillo haciendo desaparecer en una vitola de sombras las líneas maestras de modo que los contrastes resultantes otorgan luz y expresividad al rostro dibujado aún a pesar de que hayan desaparecido las líneas explícitas del boceto inicial.

Al exhalar la siguiente calada la tos emergió desde la sima de su faringe arrancando metafóricos pedazos de su garganta con arañazos de gato furioso. Sus pulmones ardían con el despecho del cadete envalentonado y sólo cuando el retumbar de su pecho se calmó un tanto se atrevió a dar una nueva calada, en una suerte de pobre desafío, como echando un pulso a la taimada enfermedad que se empeñaba en escarbar sus vísceras como si se tratase del carpintero que ayudado de un berbiquí prepara los taladros para las asas de un ataúd que debe entregarse no más tarde del final de la semana.

Se levantó mascullando un «Al diablo…» y tras dejar un par de maderos en el fuego se lio un nuevo pitillo dispuesto a reventar o vivir, pero a no dejarse llevar en sus elecciones por la voluntad de una maldita dolencia que ni siquiera sabía definir o clasificar, porque lo que se dice doler, le dolía todo.

—¿Dónde *carallo* se habrá metido el Padre Bernardino? —Dijo de pronto, sin más interlocutores que las llamas lanceoladas que lamían la madera tendida en el hogar.

Buscó entre los bolsillos de su arrugada ropa unas cerillas y cuando sus manos, siempre manchadas de harina, se disponían a raspar la cabeza del fósforo este se le cayó de unos dedos repentinamente laxos por la sorpresa.

Fue un grito agudo, angustiado, similar al raspar de algo metálico en un pizarrón, un tanto impaciente, con un leve regusto a repugnancia pero, sobre todo, cargado de miedo.

Cogió la boina al vuelo, dejando tras de sí una leve estela pulverulenta en el aire, con el cigarro prendido en sus labios secos. Llegado al quicio de la puerta dudó, no sabía de dónde había surgido el chillido y por tanto no era capaz de decidir hacia dónde encaminarse.

—¡Ayúdenme!, ¡socorro!… ¡Por favor, rápido…! —Las palabras cortaron el aire desde su derecha.

Echó a andar buscando el camino principal que atravesaba el pueblo para una vez allí virar a estribor abarloándose a las matas del bosque ralo que separaban su vivienda del grupo de casas *do Santo, Corredoira y da Cruz*. Mientras caminaba volvía a buscar entre sus bolsillos un misto con el que prender el pitillo que pendía de sus labios, a medida que iba palpando pequeñas volutas de harina decoraban el aire a su alrededor a modo de espectro de barata comedia gitana de fantasmas, haciendo juego con los resquicios de la niebla. Consiguió prenderlo, aunque no sirvió de mucho pues en cuanto había andado poco más de diez pasos, esta vez fueron sus labios los que perdieron la compostura, su boca se abrió en un gesto de sorpresa, el pitillo, tras hacer equilibrios por un instante en el borde de su labio inferior, se cayó para quedar tendido en la tierra del camino levantando al vuelo pajarillos cenicientos de humo gris.

En frente a la cochiquera de la familia *do Santo* la escena que se encontró era, como poco, dantesca, el gordinflón del Padre Bernardino estaba tirado en el suelo con su enorme barriga desparramada como las gachas por sobre el borde del cuenco de barro, adornada toda ella por mondas de patatas y algunas hojas de col marchitas. Luisa *do Santo* había dejado caer el cubo con desechos que debía haber llevado en la mano para dar de comer a los cerdos y los desperdicios que hubieran supuesto el desayuno de los gorrinos decoraban ahora al cura como si de un grotesco adorno navideño se tratase. La mujer miraba fijamente el interior de la cochiquera, cómo si los cerdos estuviesen representado la mejor de las obras clásicas de Aristófanes, con las manos tensas sobre las mejillas.

Aceleró el paso y consiguió llegar hasta donde yacía su amigo antes de que el resto de lugareños que acudían alertados por el grito alcanzasen la puerta de la zahúrda, la mujer ni se percató de su presencia, absorta como estaba en la penumbra de la cochiquera.

Su corazón se desaceleró en cuanto una vez agachado junto al orondo clérigo pudo apreciar como el hinchado vientre del sacerdote se elevaba acompasando la respiración del cura, había sido un simple desmayo, lo extraño es que no hubiese vuelto en sí cuando Luisa había dejado caer sobre él los desperdicios destinados a los cerdos.

(Por cierto, ¿por qué…?).

—¡La leche! Pero… ¿qué *carallo*…? —Exclamó al girarse y contemplar a los despellejados actores de la obra que tan atentamente había estado disfrutando la mujer.

Era peor que la vez anterior.

La luz era escasa, pero, suficiente. Para el estómago sensible incluso demasiada.

No sólo habían arrancado la piel de los marranos, los habían descuartizado y esparcido los trozos por doquier. Era como si un paranoico, maniático del desorden, hubiese entrado en la carnicería de un loco y hubiese dado rienda suelta a la peor de sus crisis.

Trozos de carne desgarrados, como arrancados de cuajo, tapizaban la paja sucia de la gorrinera sin orden aparente. La abundante sangría salpicaba cada rincón imaginable. Huesos tronchados y tendones destrozados eran los narradores de un relato de horrores en el que las más obscenas mutilaciones eran las protagonistas.

—Aumpff… Horrible, ¿verdad? —Sonó, cansada, la voz del cura a su espalda.

El molinero se giró sorprendido, no se había percatado de que el sacerdote había vuelto en sí mientras él contemplaba atónito la carnicería del interior de la porqueriza. La cara del cura se mostraba cuarteada por el cansancio, apaleada por la inquietud que palpaba en su interior los recuerdos de las visiones apocalípticas de la noche pasada.

—Dime, ¿has sido tú, hijo mío? —Preguntó el cura, tornándose su gesto austero.

El molinero, estupefacto, se quedó callado. Aterido por las implicaciones de la pregunta, en parte indignado, en parte acostumbrado. El sacerdote lo miraba fijamente, sin poder reprimir una cierta desazón ante el ojo enrojecido del molinero.

—Dímelo… Vamos, ¡di!, ¿tienes algo que ver con esto?

—¡No!, ¡claro que no!… —Se quedó callado un instante—. Bueno… Al menos… —Se giró de nuevo para mirar hacia el interior de la cochiquera—. Al menos que yo sepa.

El sacerdote escrutó los ojos de su amigo, con severidad trapense, y cuando se convenció de que no mentía dijo.

—Bueno, pues ayúdame a levantarme —iniciando ya el ademán—. La gente llega y hay muchas explicaciones que dar. Me temo hijo mío que va a ser un día muy complicado. —Sentenció sacudiéndose los desperdicios de encima.

Asentarse sobre sus pies regordetes el sacerdote, llegar los primeros parroquianos, salir Luisa corriendo en busca de su marido, retumbar las primeras imprecaciones y exhalar interjecciones, todo fue uno y el molinero, tan poco amigo del barullo, se echó presto a un lado mientras el Padre Bernardino intentaba sofocar los ánimos y dar parcas explicaciones. Los lugareños se arremolinaron alrededor del sacerdote como si fuese un pedazo de carroña y ellos fuesen cuervos, aquel intentaba ocultar con su humanidad el hueco de la puerta para impedirles ver el interior de la porqueriza, pero, evidentemente, fue inútil.

—¡Arre *carallo*! —Se oyó al fondo del corro.

—Pero, no puede ser, ¿son los que se compraron con la colecta del domingo o son los que estaban muertos? —Preguntó alguien.

—Son los que Pepe compró en la feria, los otros los enterró con cal, me lo dijo a

mí. —Contestó rauda una voz igualmente anónima.

—Pero… Pero ¿cómo es posible?, ¿es que nadie ha visto lo que ha pasado?, ¿alguien habrá oído algo?, seguro que esos cerdos chillaron como condenados. —Dijo otro de los presentes intentando anteponer la lógica.

Y, unos dedos gélidos de afiladas uñas almendradas recorrieron la espina dorsal del sacerdote. Las visiones que el mágico abrigo de la noche llevaba estampadas viajaron hasta algún recoveco de su corteza cerebral y reprimió el impulso de hablar. Bajo ningún concepto se permitiría conceder crédito alguno a las leyendas, las historias o los *contos* a los que tan aficionados eran sus parroquianos, para él esa no podía ser la explicación. Confiaba en su amigo y, por contra, no se fiaba de que sus ojos hubiesen acertado con respecto a lo que había visto.

(… *La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío*…).

Corretearon de nuevo los versículos del último de los libros de la Biblia por el rodapié de su cerebro, como ratones escurridizos que buscan un pedazo de pan viejo en la despensa. Por el momento se esforzó en recordar si cuando se había levantado a orinar el molinero dormía o no en su cama.

—Vamos, vamos seguro que han sido perros montaraces, o lobos en su lugar. —Quiso el sacerdote buscar la excusa, intentando evitar que las cosas se desmandasen.

Sin embargo, el sencillo párroco no podía luchar contra la tradición y las costumbres, a fin de cuentas, su fe, las creencias que procuraba inculcar cada día santo, su religión era una simple novata en las misteriosas montañas boreales de la tierra de los conejos, Span, como la habían llamado los fenicios. Tanto era así que ya miles de años antes de que los sidonios (pues así los hubiese llamado el Padre Bernardino en concordancia con el Antiguo Testamento) se establecieran en el sur peninsular fundando Gades para explotar y comerciar con los productos extraídos de los ricos yacimientos minerales los hombres duros y curtidos del norte ya amaban los bosques verdes de los riscos, ya conocían las plantas y los animales y, por supuesto, ya tenían sus leyendas.

No, las armas del clérigo no eran lo suficientemente contundentes y en consecuencia se destapó la caja que tanto temía abrir.

—¡Qué *carallo* iban a ser lobos! —Dijo Domingo Corredoira, expresando en voz alta lo que todos parecían pensar—. Perdóneme Padre Bernardino, pero, si eso ha sido cosa de los lobos yo soy uno de los negros hambrientos, esos de la misiones del África de los que siempre nos habla…

—Bueno, hambre, hambre lo que se dice, sí que pasas… —Interrumpió a Domingo una réplica jocosa de una voz de entre los más atrasados.

—¡Tu padre *langrán*! —saltó raudo el labriego sin saber a quien dirigirse—. No

es momento para bromas, —continuó— que esto es serio. No padre, no es cosa de lobos, seguro.

—Cierto, este desastre no lo han causado los lobos. En todo caso, tuvo que armarse un buen barullo, alguien ha tenido que oírlo, estoy de acuerdo con eso.

—Por favor hijos míos, tranquilizaos, seguro que si le dedicamos un instante a pensar tras una breve oración le encontramos una explicación…

—¡Que *carallo* explicación! —Interrumpió una voz—. ¡Tanto explicar, tanto explicar!, esto no es natural… No, esto no es normal, así que déjese de leches.

—¡Hijo…! —Quiso recriminar el sacerdote ante la falta de respeto.

—Sólo puede ser cosa de un lobisome o de *meigas* o, peor aun, del mismísimo *demo*. —Prorrumpió alzando la voz Mariana *da Cruz*, que había sido de las primeras en llegar dada la cercanía de su casa, temblando por la excitación su enjuto cuerpo, con esa voz gastada e indulgente de las viejas chismosas.

—Eso… —Corroboró una voz.

—*É cousa do demo*.

—*Ou de meigas*.

—*Ou inda pode que dun lobisome*. —Finalizó alguien convencido de lo que decía.

El molinero, apoyado en el muro, fumaba sosegadamente mientras contemplaba la escena divertido, disfrutando del primer cigarrillo que, por fin, podía fumar tranquilo en toda la mañana. Con la espalda dolorida por la noche inquieta se estiró apoyando las manos en las piedras del *valado*. Sintió entonces la pelusa bajo la palma de su derecha y levantando la mano se giró un tanto para examinar lo que había provocado la extraña sensación al tacto.

El rumor de las voces continuaba, ahora a sus espaldas.

Se trataba de un mechón entre pardo y gris prendido en el resquicio entre dos cantos. El molinero no era trampero ni aficionado a la caza, pero, no se equivocaba mucho al pensar que aquel matojo de cerdas se parecía mucho a los mechones que los lobos van dejando prendidos de las ramas del bosque en la primavera, cuando cambian el pelaje largo del invierno por el manto suave y corto del verano.

—Seguro que es cosa de él —se oyó la voz de Mariana, alta y rasposa, como la del predicador borracho que intenta asustar a sus feligreses.

No le hizo falta volverse para sentir el dedo acusador de la vieja apuntándole, el cigarrillo se le cayó al suelo e irónicamente, aun sabiendo que no venía a cuento en aquel preciso instante, se dijo a sí mismo que ese no era su día para fumar. Se volvía cuando alguna otra voz ya se alzaba apoyando la tesis de la arrugada chismosa.

—Siempre ha sido un tipo muy raro. —Continuó con sus acusaciones la madre de Mario, abuela de *Calero da Cruz*—. No es decente que no haya vuelto a casar. Daos cuenta de cómo apareció el domingo en la iglesia, seguro que había estado haciendo

tratos con el diablo, o transformado en hombre lobo husmeando el bosque. Y, su ojo, os habéis fijado. Y la harina, el señor sea loado, ahora cuando muele la harina le sale negra, —Sara Corredoira se puso roja como un tomate maduro y bajó los ojos para evitar la mirada de reproche del Padre Bernardino— seguro que tiene algo que ver.

—Sí…

El molinero ya se planteaba la mejor ruta de escape cuando el sacerdote cambió las tornas de la conversación.

—Vamos, vamos hijos míos, ya sabéis que no me parece bien que habléis de esas cosas. El buen Dios nunca permitiría algo así. Venga, dejaos de supersticiones. Lo que debemos hacer es avisar a las autoridades, alguien debería montar uno de los caballos de Lema e ir…

—¡Qué autoridades ni que *carallo*!, vayamos a buscar a *Maruxiña*, ella sabrá que hacer.

—Eso, vamos a buscarla. —Dijo entusiasta Sara, convencida de que era la mejor solución posible.

—Sí, eso, *¡Migueliñoooo…!* —Gritó Domingo llamando a su hijo que correteaba tras su hermano menor en la era, ajeno a los asuntos de los mayores—. ¡Ven, corre!

El zagal detuvo la persecución a su hermano y se quedó mirando al grupo de lugareños con impresión inquisidora, cuestionándose si su padre no le zurraría por arrimarse a la cochiquera, donde supuestamente nada pintaban los chicuelos. Temeroso y sin saber muy bien que sucedía se atrevió a preguntar alzando la voz.

—¿Qué quieres padre?, yo… Yo no he hecho nada, de verdad. No he hecho nada, no es culpa mía. —Dijo mirando al suelo y caminando con paso lento e indeciso.

—*¡Cala paspán!*, —replicó su padre sonriendo, «no, esto no, pero algo habrás hecho», pensó— que no es eso, que tienes que ir a buscar a María *da Comba*, ya sabes, al lado del dolmen, al norte, junto al arroyo de Lourido.

El rapaz se detuvo en seco y sus labios se combaron en un gesto de amarga sorpresa.

—Pero… Pero… No, padre, por favor, no me mande eso, que la *meiga* me da miedo.

—Anda, anda, —dijo su padre en tono condescendiente— no seas tonto, llévate a tu hermano, así no irás solo, y volved pronto.

Y, el asustado niño obedeció sin tener muy claro si prefería tener el culo dolorido por unos cuantos días si su padre le pegaba por desobediente o si prefería acabar convertido en algún bicho raro si es que su visita molestaba a la bruja.

Más o menos por el mismo lugar por el que años antes había hurgado su antecesora se paseaban ahora los dedos de *Maruxiña,* hurgando las yemas entre las sortijas de su vello púbico.

María, la dulce adolescente llena de ilusiones había cambiado mucho. Tanto era así que ni siquiera ella misma se hubiese reconocido en la esperanzada chicuela imbuida de amor que se había entregado en cuerpo y alma al hombre que había ilustrado sus sueños.

El camino de su pasado a su presente había supuesto una metamorfosis completa, sólo que en lugar de surgir del capullo pulcramente tejido por la anodina e insulsa oruga un bello insecto alado de mil colores resplandecientes y reflejos iridiscentes, había sido justamente al revés; una dulce muchacha soñadora se había convertido en una anciana demacrada.

Había sido un largo proceso de penitencia en el que ante todo había sobrado el tiempo dedicado a la contrición.

*Maruxa da Comba* no sólo había perdido a su hijo aquella noche de invierno de tantos años antes sino que también extravió la esperanza y la ilusión. Poco más quedó que ese resto famélico resultante del ser humano cuando no encuentra en su futuro mayor inquietud que la del mero sobrevivir, del cual, convulsa y pustulosa, había surgido una pasta amorfa que fermentó una y otra vez azuzada por el odio y el rencor hasta que el caldo resultante no fue más que un intragable ácido de sabor metálico.

Sus ojos, antes del suave color de las avellanas maduras se habían oscurecido tanto que ya no eran más que el vivo reflejo de los de su maestra. Su linda cabellera se había ido apagando con los años, volviéndose de un castaño crepuscular con cenefas de nubes blancas, cercano al negro, que con el devenir del tiempo había ido decorándose de finos mechones blancos que probaban eficientemente el cansancio y el hastío. Su belleza discreta había empezado a olvidarse de sí misma en los esfuerzos del parto, pues, sus pechos henchidos se cayeron rendidos ante la soledad, sin un lactante ansioso que los reclamase y sin amante alguno que en su pasión quisiera alzarlos con sus caricias después; su cadera se había ensanchado desvirtuando las formas agradables de su cintura sin el consuelo cariñoso del marido complaciente que no concede importancia a esos detalles; la piel de su vientre se había cuarteado en estrías y, más tarde, con el inexorable paso de los otoños las arrugas habían ido encogiendo los surcos de su piel sin sonrisas animadas que tensasen las antes acarameladas mejillas; sus manos tersas se habían ido ahuecando entre los valles de los carpos sin bebés a los que sostener, dormidos sobre el regazo, con una melódica canción de cuna.

La vieja Berta, hipócrita donante interesado de tan insulsa herencia, había ido robándole cada día un poco más de su alma apesadumbrada, como si de un pacto tácito con el diablo se tratase, con la diferencia de que el plazo para el pago no

cumplía con la llegada de la ramera vestida de negro de la guadaña, sino que había sido puesto a crédito de alto interés en función de la retribución de una serie de cuotas, actuando la vieja bruja de implacable usurero.

Los años hablan ido pasando con su rápida indiferencia mostrándole, crueles, su condena. Recreándose en las umbras y penumbras que los recuerdos pintaban en el lienzo del alma de la dulce muchacha, ennegreciéndolas un poco más a cada estación, pasando del más bello impresionismo al más oscuro tenebrismo, convirtiéndola en una mujer amargada para, finalmente, firmar la obra, ahora, como una anciana atormentada por sus propias verdades y mentiras.

Los lustros se habían entretenido en tejer sus sueños de pesadillas enfermizas llenas del horror, tan débil y humano, del acre arrepentimiento de acerbo gusto.

Así, con el pobre consuelo que la soledad puede ofrecer, había llegado esa noche.

Y, esa era una noche singular.

*Maruxiña* lo sabía, lo sabía porque tendría mucho que hacer. Fuese para bien o para mal, ella lo sabía, y eran muchas sus tareas.

Esa madrugada se había levantado mucho antes que la niebla; los lobos, siempre dispuestos, la habían despertado con largos y sostenidos aullidos melancólicos que llamaban a la luna creciente, aún alta y soberbia sobre el horizonte, preparándose quizá para terminar con la vida de alguna cierva preñada que deambulase sola por los claros del bosque, ahora que las manadas se disgregaban con la cercanía de los partos.

Cuando sus ojos se habían abierto a la cómoda y conocida oscuridad de la choza había sonreído, con un gesto que había resultado en extremo similar a aquella escuálida y macabra sonrisa de su maestra.

Tanto fue así que de haberse visto se hubiese inquietado.

Lo primero fue avivar el fuego, aunque no fue necesario que se esforzase mucho, había dormido apenas un par de horas, de modo que la hoguera aún se relamía con pequeñas llamas anaranjadas.

Arrimó un cacillo de cobre a la lumbre y salió de la cabaña al encuentro de la noche y sus estrellas.

Orgullosa sobre la vertical de poniente, encajonada entre las montañas que escoltaban el valle, pendía la luna disimulando tres de sus cuartos en las sombras. *Maruxa,* tras contemplarla unos instantes con un placer que hubiese sido ajeno a cualquier observador, alzó su mano derecha sobre el horizonte como dispuesta a dirigir el coro de aullidos lobunos que reverberaba en la noche de primavera. Abrió los dedos y dejó al meñique tapar el satélite.

Contempló satisfecha como prácticamente palmo y medio separaban a la luna de la línea del valle recortada contra la bóveda celeste. Lo cual significaba que aún restaban casi dos horas hasta la medianoche y que por lo tanto tenía tiempo de sobra

para llevar a cabo sus obligaciones.

Mientras el café tomaba cuerpo en el cazo al amor de la lumbre procuró idear el mejor modo de repartir a lo largo de las horas sus quehaceres, siempre teniendo en cuenta que había demasiadas variables que no podía controlar, de modo que no podía tener una seguridad plena respecto a lo que sucedería, pero, prefería suponer que los hechos favorecerían sus intenciones. Lo cual hizo que por un instante dudase.

Fue sólo una pequeña fracción de tiempo, muy pequeña.

Pero, la duda surgió y su mente se dispersó por un escaso momento.

Deseaba que todos aquellos desgraciados acudiesen a ella, lo deseaba porque estaba harta de ser marginada y relegada, empachada de tanta hipocresía barata. Casi podía afirmarse que necesitaba que aquellos ignorantes se diesen cuenta de que ella no había elegido el camino por el que la vida la había llevado, le resultaba imperativo que se diluyese la falaz segregación, ansiaba poder dejar atrás el ostracismo al que había sido condenada y que aquellos desconsiderados sólo parecían olvidar cuando rogaban por sus servicios. Porque en realidad, más que ninguna otra cosa, eso era precisamente lo que más le molestaba, esa farisea necesidad de apartarla como si fuera una apestada y que, sin embargo, tan rápidamente quedaba en la indiferencia en cuanto a alguno de ellos le dolían las muelas o se le quebraba un hueso o sentía curiosidad por saber sobre sus muertos.

No, tenía que acabar.

Lo odiaba.

Pero, durante ese brevísimo lapso se cuestionó si no era aquel un modo demasiado cruel, si acaso no debería poner fin al sufrir que sabía iba a ser provocado, si no sería mejor detener el correr de la sangre y el levantamiento del horror.

Sin embargo, el hilo de sus pensamientos se enredó en una viciosa espiral. Precisamente el sentirse tan dueña y señora de la situación, tan capaz de terminar con el terror que sabía se avecinaba, asentó aun más sus ansias aleccionadoras. Se convenció de que si ellos no sabían ver lo que sucedía tampoco se merecían sus esfuerzos por detenerlo. Por tanto, la mejor opción era sacar provecho de la situación.

(*Ea, como decía la vieja apestosa, dous peixes no mesmo anzol*).

Y, por desgracia, no se permitió volver a pensar en ello.

Se limitó a continuar con las que ella consideraba sus obligaciones.

Puede que de haber sabido como iban a desarrollarse los acontecimientos no hubiese actuado de ese modo, aunque, tampoco podía descartarse que aun sabiendo que no viviría para ver la luna nueva no hubiese cambiado de opinión, pues quizá su propia vida no le pareciese un precio demasiado alto.

Sea como fuere, abandonó sus reflexiones y se hizo con la única de sus tazas de latón que no estaba abollada o mellada.

Se sirvió el café humeante sin colarlo o pasarlo por tamiz alguno, inclinando el

cazo tanto como fue necesario para que ni un solo fragmento de los granos machacados se quedase en el perol. Tras soplar unas cuantas veces sobre la superficie oscura del bebedizo, alejando diminutas volutas de vaho que ascendían desde la taza indecisas, se lo bebió de un solo trago, sin concederle importancia al hecho de que acababa de sacarlo de la lumbre. Sólo quedó el líquido suficiente como para cubrir los abundantes posos que resultaron del preparado al no haberlo colado. Tomó entonces el asa del pocillo con su mano izquierda y cerrando los ojos contoneó la muñeca para que el resto escaso de líquido amargo y las virutas de torrefacto girasen en el sentido del agua de los remolinos en los pozos, asegurándose bien de imprimir al gesto la fuerza suficiente como para que el contenido lamiese los lados de la taza hasta los mismos bordes, cuando hubo completado tres vueltas detuvo, casi en seco, el movimiento, abrió los ojos, y volcó el pocillo con presteza sobre un plato que había dejado al lado del basto taburete en el que se sentaba.

Recitó entonces el conjuro, muy rápido, sin tomar aire, tal y como Berta le había enseñado, permitiendo que la voz surgiese en la boca del estómago y entonando nasalmente.

*Unha polo morto que foi,*
*duas polo vivo que xa non o é,*
*tres polo que debía naceres e non será.*
*Catro foron os corvos que picaron no lombo do boi,*
*cinco son as veces que mirei enderredor e ninguén me ve,*
*seis serán as donicelas que a levares o meigallo ós mortos veñan;*
*e sete,*
*¡que se achegue o demo e me leve!*

En cuanto acabó el último de los versos, casi sin voz, tomó aire apresurada y permitió que su corazón se relajase tras el esfuerzo.

Sólo cuando el ritmo de sus pulmones volvió a estar determinado por un compás coherente se decidió a recoger la taza, dándole la vuelta con cuidado, manteniendo el plato sobre la misma hasta que la concavidad de esta miró hacia la basta cubierta de ramas de la choza.

Encorvada, casi rota, como un árbol azotado por la tormenta, *Maruxa* leía los posos con el ceño fruncido y los ojos encendidos.

La escena formaba el más perfecto de los modelos para el óleo perdido del más tenebrista de los artistas barrocos, un juego indecente de claroscuros en el que al más genial de los pintores holandeses le hubiesen faltado matices de negro.

El viento silbaba por entre los recovecos de la fronda, las ramas susurraban al frotarse como amantes lascivos, las criaturas del crepúsculo buscaban su alimento y las bestias de la noche las acechaban con ansia rapaz.

Los lobos seguían con su réquiem solemne en re menor.

Estaba nerviosa, excitada incluso; pudo sentir como la humedad se apoderaba de su entrepierna.

Los posos susurraban y ella escuchaba atenta.

En el toque de difuntos, al comienzo, las campanas tañen lentamente, con una parsimonia desesperante que enerva por su mansedumbre complaciente (y esa era la parte que menos le gustaba a Calero *o torto*), del mismo modo, el taseógrafo debe tomarse su tiempo en un principio, analizar y entrever el conjunto de los posos, el todo, es el primer paso. La frecuencia debe ir aumentando paulatinamente, de forma tan delicada e insinuante que resulte difícil advertirlo para los feligreses, como termina empapando la lánguida llovizna de las mañanas de invierno. Pero, a medida que los badajos van golpeando y el ritmo se acelera se llega a un frenesí ensordecedor en el que se supone se debe tocar tan rápido como lo permitan la longitud de las cuerdas y la pericia del que las hala, en una intransigente y macabra llamada, mensaje de ultratumba casi, que pretende advertir al parroquiano de su deber para con el muerto (y esa era la parte que más le gustaba a Calero *o torto*), así, sólo una vez se ha comprendido la composición formada por la dirección y situación de los restos el adivino busca ansioso el cúmulo de posos ominoso que debe ser mensajero de la verdad de los días venideros. Así lo habían hecho ya dos mil años antes los romanos con el vino, así lo habían hecho ya cuatro mil años antes los asiáticos con el té.

Los posos gritaban y ella los oía complacida.

Por tanto, del mismo modo que el trampero que observa el sendero antes de agacharse junto a un juego concreto de huellas, los ojos de *Maruxa da Comba*, casi tan oscuros ya como los de su maestra, planearon por el valle enlodado que suponía el interior de la taza, sin detenerse en punto alguno específico, tan sólo valorando la abundancia o escasez de su singular cosecha, considerando en parte la orientación, interesada en la distribución, dibujando en el telón de fondo de su mente un burdo croquis de la imagen que se había trabado en su atenta córnea como si se tratase de la mandíbula cerrada de un perro de pelea.

Era más bien poca cosa, la mayor parte se había quedado en el plato, desperdigada. Eso resultaba conveniente, los acontecimientos no tenían porque agolparse, claro que no, ella sabía muy bien que sólo eran necesarios un puñado concreto de sucesos, nada más, simplemente aquellos que resultasen más propicios. Lo importante es que no hubiese sorpresas, resultaba vital para ella evitar que, cegados por el odio, los lugareños pudiesen engañarse y culparla. Ahí residía la encrucijada, *Maruxa* sabía que jugaba en el filo oxidado de una vieja navaja, y aunque sentía la imperiosa necesidad de ser admitida por la comunidad, también era consciente de que si no tomaba todas las precauciones debidas aquellos sencillos labriegos, en su ansia ignorante, podrían culparla, aun a pesar de que fuese evidente que no tenía relación alguna con los hechos; el miedo privaba casi siempre de la

razón y ella lo sabía.

Sólo una vez su mente se aseguró el papel de avezado cartógrafo de aquel diminuto mundo de desgajados continentes castaños, como las hojas marchitas de los cementerios, pardas aguas oceánicas, como residuos de alcantarilla, y desagradable horizonte plomizo, como tormenta de víspera de todos los santos. Se aventuró a interpretar los rumbos de las corrientes de los fingidos mares y la situación de las supuestas costas de traicioneros bajíos de escolleras.

Se habían repartido como lo hace el tajo de una hélice en el agua, desde lo más hondo hasta el mismo borde, a lo largo de todo el perímetro, lo que a su vez, visto desde un cierto ángulo producía, a su parecer, un satisfactorio efecto espiral, inspirador del eterno ciclo vital celta. A los más lejanos al asa del pocillo se les suponía la cualidad de ser, al menos así lo expresaba el consenso adivinatorio, aquellos que menos podían afectarla, por el contrario, los más cercanos, serían aquellos más vinculados a ella misma. A su vez los que se habían quedado en el fondo eran, desde su perspectiva cabalística, los imbuidos del futuro más lejano, y los del borde aquellos del más inmediato.

No llegó a plantearse lo aleatorio o fortuito del orden sin concierto de los posos, por supuesto que no, del mismo modo que el asesino tarado encuentra mil y un mundos incomprensibles, infestados todos de muerte, sangre y caos, criptogramas encarcelados en una simple mancha de tinta, sin que su pobre mente desquiciada pueda en momento alguno plantearse el origen o validez de tan inspirador borrón.

Ella escuchaba porque así encontraría la verdad, sin duda.

O eso pensaba; quizá porque eso es lo que la vieja arrugada le había enseñado.

Una vez satisfecha con la imagen completa que su cerebro había sido capaz de formarse buscó en cada uno de los grupúsculos, en cada pila, centrando su atención en los supuestos hechos concretos que cada uno representaba.

Algo vio en uno de los más cercanos al borde romo y descascarillado de la taza de latón, no lejos del asa escuálida, algo que no logró definir, que no pudo determinar, más por su excitación que por la falta de nitidez del cúmulo de posos en sí. Y, es que un poco más allá, un tanto más cerca del asidero, había otro pequeño montón de virutas de café que atrajo su atención de inmediato. Uno sobre el que sus ojos se volvieron deseosos como lo hacen los del adolescente inquieto y exaltado por las hormonas ante la más leve insinuación de las sinuosas líneas de los muslos desveladas vagamente por la basta tela del sencillo vestido de la muchacha que, agachada, enluce los suelos.

Quizá sólo vio lo que quería ver.

Quizá aunque se hubiese fijado en el primero le hubiese dado otra interpretación, una que le fuese más conveniente.

Para muchos ni el uno ni el otro hubiesen tenido interpretación alguna más allá de

la necesidad de enjuagar la taza en el agua fría del pozo.

Sin embargo, en aquel que estaba justo en el borde, sobre el asa, ella encontró las buenas noticias que buscaba. Era algo así como un óvalo quebrado algo más allá de la mitad, en su parte superior dos formas circulares se revelaban al juego de sombras caprichosas del fuego, en su centro una pequeñísima rendija dejaba entrever un diminuto segmento quebrado del latón gris, un poco más abajo, perpendicular a aquel, entre espacios grises sin posos y claroscuros se escorzaba una serie de puntos indecisos.

Si la persona que la bruja adivinaba reflejada en los posos hubiese visto aquel manchurrón no habría concluido nada concreto, no habría significado nada. Por lo tanto, aun teniendo la oportunidad de evitar tanta desgracia, no lo hubiera hecho.

Pero, *Maruxa da Comba, a meiga*, no dudó, aquel era el signo de justicia superior que llevaba tantos años esperando, al fin se nivelaría la balanza. Tras tanto desconsuelo llegaría su recompensa.

Y, tampoco pensaba evitarlo.

(Al fin… Ha llegado…).

Y, en el aire difuminado por el calor de las llamas de la cabaña chirrió una risa histriónica y callada a un tiempo, incongruente, que sonó como lo hacen los toletes de la barcaza salvavidas cuando el náufrago rema desesperado en busca de tierra firme, quebrándose la espalda a cada tirón, pasándose la lengua por los labios agrietados por la sed, con la locura rondando su entendimiento, rodeado de la mayor cantidad de agua posible y, sin embargo, toda ella imbebible, solo en su tormento vehemente, sin más compañía que esa precisa cantinela que llama por anticipado, reclamando su funeral.

Se excitó tanto que se dispuso a salir de inmediato.

Por entre las miríadas de estrellas que pendían de la bóveda del horizonte buscó alguna forma familiar que le ayudase a saber de cuanto tiempo disponía. Giró sobre sí misma, observando los huecos entre las ramas del bosque, bailando un vals inconcluso que como única orquesta gozaba de algún aullido ocasional. Finalmente, allá, en la lejanía, sobre las siluetas rocosas del cierre del valle hacia el sudeste adivinó, en su amanecida particular, el familiar resplandor rojizo de una estrella conocida, prestó atención y bajo la misma pudo distinguir, forzando mucho los ojos, por entre las primeras hojas de la temporada, la curiosa mancha vaporosa de grana y cobre que siempre le había llamado tanto la atención.

Ella no lo sabía, pero era Deneb, aquella de entre las luces tejidas de la noche cuyo nombre, de herencia mora, señalaba la cola de la magnífica constelación del cisne, Cygnus, seguida, como siempre, en su dulce condena eterna, circumpolando la estrella del norte, por una bella nebulosa difusa, del color apagado de la sangre diluida que brota de los traumatismos craneales. Ambas estaban dispuestas de modo

tal que, imaginando el estelar pájaro divinizado como un navío propio de las colonias tabaqueras británicas, semejaban el juego de mesana y sobremesana, no tan descabellado si se tiene en cuenta que ese mismo agrupamiento de estrellas, en otras culturas, había sido interpretado como un barco celestial portador de la voluntad de los dioses.

No, ella no sabía el nombre de la brillante estrella, ni tenía idea de las distintas interpretaciones que sobre esa constelación habían surgido a lo largo de la historia y, por supuesto, ignoraba qué eran las nebulosas o cuál era la relación de estas con los cuerpos estelares, no, no sabía nada de todo aquello. Pero, sí sabía muchas, muchas otras cosas, tras tantos años de observar el mismo cielo. Sí sabía que, una vez sobre la línea del horizonte, en esas fechas, Deneb indicaba que la media noche acababa de pasar.

Un prolongado aullido se elevó en la oscuridad para morir en el sepulcro de la noche, las bestias del bosque saludaban a la *meiga* con un macabro cinismo.

Había llegado el momento, no tenía tiempo que perder.

Debía confirmar sus sospechas y prepararse para el día siguiente.

Sin embargo, había algo que ignoraba, no sabía que, escrito con tinta de azabache prensado, con letras engarfadas que se trababan a sí mismas, su nombre ya formaba parte de la lista de la vieja de la guadaña.

Había regresado sólo unos instantes antes, lo acaecido no había resultado del modo en que ella lo había previsto, al menos no exactamente, había sido mucho peor (aunque visto desde la perspectiva opuesta eso mismo implicaba que, en realidad, había sido mejor; un falso consuelo quizá), sin embargo, sabía que no podía quejarse, había sido lo suficientemente cercano a sus expectativas.

Ahora, mientras esperaba que acudiesen a buscarla, porque estaba segura de que no pasaría de ese día, permanecía tranquilamente sentada en el viejo taburete, contemplando serena y con los ojos vacíos, fijos, algún lugar indeterminado de la lontananza que quebraban los escuálidos tabiques de la casucha.

Con la saya levantada, arrugada sobre el regazo como las prendas olvidadas a los pies de la cama por el borracho impenitente, se entretenía hurgándose. Su mano derecha buscaba la ingle, montándose por encima de la cinta de su ropa interior mil veces remendada, parchado álbum de recuerdos de su existencia. Sus dedos, sucios y de largas uñas mugrientas (hubiese querido negarlo, pero, con cada anochecer se parecía más a la vieja arrugada y reseca de su repudiada maestra), se enredaban una y otra vez en el vello púbico, en un gesto compulsivo, casi fiero, y repugnante además, si se tenía en cuenta el ademán de satisfacción plena abujardado en su rostro, por lo usual inexpresivo. Pulgar e índice hicieron presa en un par de pelos, los alzaron tensando la piel blanca y marchita en un minúsculo cerro plagado de malas hierbas, giró entonces la muñeca al tiempo que contraía los músculos flexores de los dedos. Sólo parpadeó un instante, acostumbrada como estaba al ligero dolor chasqueante. Su piel se combó aun más, arrastrada en la fuerza impresa en el gesto. Los poros se abrieron, vencidos, las glándulas sebáceas reptaron por las capas de la dermis dejando tras de sí ínfimos cráteres, mudos testigos inútiles. Arrastrando una yema sobre la otra fue trenzando los cabellos mientras sacaba su mano ajada por los años del escondite de su falda. A la luz, encubierta de niebla, del amanecer los observó y una vez encontró el extremo de la raíz se los introdujo en la boca reseca para morder en un gesto de infinita satisfacción los bulbos blanquecinos, a continuación los dejó sobre la lengua y regresó rápidamente con la mano a rebuscar entre los zarzales hirsutos de su sexo pálido un nuevo trofeo. Sus dedos ya habían localizado una nueva presa cuando sus incisivos empezaron a trocear con deleite el par de cabellos que tenía en la boca.

No siempre se los comía, sólo si estaba realmente inquieta.

Sin embargo, se los arrancaba muy a menudo, era una necesidad imperiosa, en cuanto surgía la más mínima de las preocupaciones o el más leve atisbo de nerviosismo, tanto era así, que su pubis era un reflejo de las tierras baldías de los pedregales quemados por el sol de los desiertos, infestado de calvas exangües y minúsculas úlceras irritadas, con pelos que nacían bajo las capas superficiales de la piel incrustándose enconadamente en diminutos quistes plagados de enfermizo pus

amarillento, parecía la cabeza infectada de piojos, sarna, ladillas, sarcomas y tina del más desahuciado de entre los enfermos terminales de una gravísima afección dermatológica.

Esperaba, confiada, disfrutando con lasciva intensidad de su pasatiempo favorito, abstraída en su mundo banal de orgullo impagado.

Deseando que, por fin, le suplicasen por sus servicios.

—Ya verás, seguro que nos aguarda, —dijo *Migueliño* con gesto preocupado— ella siempre sabe lo que pasa, no sé como lo hace, pero, siempre lo sabe… Quizá se lo cuenten las bestias del bosque, o a lo mejor lo adivina en un cuenco de agua… No sé, el caso es que lo sabe.

Su hermano pequeño, feliz como había estado hasta el momento, correteando de aquí para allá, sin alejarse demasiado para no ganarse una riña, en la sana ignorancia de los niños, alzó el rostro para mirarlo con cara de asombro, desde un poco más allá en el camino.

—¿De verdad?… ¿Por qué? —Sonó su voz aflautada, sin estar seguro de si debía asustarse o no, porque a él no le parecía que eso fuese algo intimidatorio, más bien interesante y atractivo, sin embargo, había notado que su hermano no compartía semejante opinión, al menos eso translucía el tono de voz que aquel había empleado.

El mayor de los hermanos, primogénito de los Corredoira, tardó en contestar. Abstraído como estaba por los recovecos del miedo por los que transitaban sus pensamientos agitadamente.

—Pues… Pues, porque es así… No sé, quizá *a meiga* es amiga de los lobos y ellos se lo cuentan todo, o de los cuervos y los grajos, no sé…

El rostro del pequeño, ahora acomodado el paso al de su hermano, se debatía entre mostrar la admiración que sentía hacia su hermano por ser conocedor de semejante secreto y el más sincero de los asombros.

—Pero… Pero, a mí *Fusiño* no me hace caso nunca. Si ni siquiera viene cuando lo llamo, uf… Como mucho, mucho, me ladra —dijo el chiquillo mostrando en su rostro la genuina exageración de ojos abiertos como platos y manos alzadas de la que sólo los niños son beneficiarios—. No lo entiendo, ¿cómo es eso?, ¿por qué es amiga de los lobos?, eh, ¿por qué?…

—Eh… Pues… Porque es una bruja, ¡tonto! —contestó *o larpeiro* como si ya no fuese necesario entrar en más detalles—. Ellas son así, saben como hacer esas cosas… Y… Y, además, hacen pactos con el diablo, —terminó bajando mucho el tono de voz, hasta casi un susurro, como si estuviese contando un secreto—, sí, ellas saben hacer esas cosas.

Sin embargo, semejante discurso no sirvió para saciar la curiosidad del zagal.

—¡Halaaaa…! Pero, pero si el Padre Bernardino siempre dice que el demonio es muy, muy, muy, muuuyyyy malo, —entonando las vocales con extrema emoción y

agitando su manita para acentuar el adverbio— ¿por qué iban a querer las brujas hacer tratos con él?, ¿eh?

—Pues… Pues porque ellas también son malas —contestó displicente *Migueliño*, orgulloso de poder mostrarle a su hermano menor todos los conocimientos que poseía en cuanto a tan esotérico aspecto de la vida en las montañas del norte.

Sin embargo, ya tan enfrascado como estaba en la conversación, al chiquillo, aquella respuesta no le pareció muy lógica y, con la boca pequeña por miedo a decir algo indebido que pudiese contrariar a su hermano, arguyó:

—No lo entiendo, pero, si es tan mala, ¿por qué el año pasado fue padre a verla cuando se hizo daño en la siega?, ¿no te acuerdas?, cuando al montar el almiar se le dobló la espalda, ese día que no pudo terminar el trabajo, ¿no te acuerdas?

Pregunta que, obviamente, en su sencilla inocencia exponía meridianamente la clave de la dicotomía que se vivía entre la leyenda avalada por el mito y la realidad palpable, dualidad tan arraigada en aquellos tiempos. Pues, aquello mismo que tanto sorprendía al benjamín de los Corredoira no parecía plantearles inconvenientes a sus mayores, que aun recurriendo a los servicios de santeros, brujas, *meigas*, curanderos, pastiqueiras y diferentes gentes de similar condición seguían encontrando en ellos un oscuro lado que rechazaban por el miedo que les producía. Un miedo irreverente y respetuoso al tiempo, incongruente en definitiva, cuyo único cimiento se asentaba en la ignorancia e incomprensión de los métodos y procedimientos, mezcolanza de religión, sincretismo, medicina natural y meras artimañas, que aquellos usaban para llevar a cabo sus tareas y cometidos diversos. Aunque, y es precisa la aclaración, también se hace necesario admitir, que si bien prácticamente todo ello podría llegar a ser explicado por la ciencia evolucionada de unas décadas más tarde, existieron algunos aspectos y tradiciones para los que la modernidad sólo podría ofrecer razón basándose en huecas casualidades insulsas.

Casi todo llegaría a ser explicado, sólo casi.

—Ah… Bueno es que eso no tiene que ver, eso lo hacen para que parezca que no son malas —fue la única explicación que *Migueliño* pudo encontrar—. Pero, en realidad, son malas, mucho, —continuó, intentando iluminar a su hermano menor— *as meigas* saben de hechizos, de pócimas y de conjuros extraños y… Y si las contradices pueden convertirte en bichos raros, pueden hacer que acabes con el cuerpo de una lagartija y la cabeza de un saltamontes. Incluso pueden echarte un mal de ojo o una maldición y entonces… ¡Estás perdido! Eh… ¿Te acuerdas de *Xan o merlo*, ese tan delgado con el que padre jugaba a las cartas en la taberna?

—Sí, sí que me acuerdo, siempre hacía eso tan raro con el cuello, como los pájaros, como si anduviese picoteando grano, ji ji, era muy gracioso. —Contestó el pequeño, que no sabía si lo que empezaba a sentir era simple curiosidad o más bien inquietud.

—Pues ese murió por culpa de un *meigallo*, sí, yo oí a madre contárselo a padre una vez. Madre —se explicó *Migueliño*— dijo que *Xan o merlo* había ido un día a la ciudad a una feria de ganado muy importante y que cuando estaba allí se había ido de *mozas* toda la noche… —Frase ante la cual su hermano puso cara de circunstancias, pues esa era una parte de la naturaleza humana que no tenía muy clara, por lo que *Migueliño* conocedor del hecho y queriendo tener que evitar entrar en detalles sobre algo que tampoco entendía del todo aclaró— …Bueno, que hizo algo malo, algo que no se debe hacer. Bueno, pues su mujer se enfadó mucho y fue a ver a *Maruxa* y le pidió que le preparase una pócima venenosa, o un hechizo o algo así, no estoy seguro. El caso es que desde ese día a *Xan* la comida no le asentaba en el estómago y por más que comía se volvía cada vez más y más delgado, más y más delgado —enfatizó volviendo a susurrar de nuevo—, como una culebra, y al fin, aunque se pasaba el día tragando y tragando, se murió…

El pobre niño, con la cara contraída por el horror ante la historia de su hermano mayor, dio un saltito involuntario hacia atrás, como un pajarillo asustado, sobre la punta de los pies.

—Ah, no, no, no y no… —Contestó, muy vehemente y con el gesto más serio que pudo—. Entonces yo no voy, ni hablar, yo te espero aquí, ¿vale?, yo…

Un coscorrón seco, raudo y preciso como sólo su hermano mayor sabía hacerlo lo interrumpió.

—Pero tú, ¿estás tonto o qué?, no ves que si te dejo solo aquí, tan cerca de su casa, puede encontrarte y se te llevará, tú vienes conmigo.

Le replicó rápidamente *Migueliño*, sin preocuparse de que esta nueva versión contradijese la inicial de que la bruja los estuviese esperando, tan sólo interesado en no tener que enfrentarse él solo a la *meiga*. Sin embargo, aunque bajo ningún concepto estaba dispuesto a aparecer sin compañía en la choza de la misteriosa hechicera se sintió culpable enseguida, como siempre que pegaba a su hermano menor, el pobrecillo se frotaba la cabeza con los ojos llorosos, pero no protestó, y aunque era evidente que estaba muy asustado no se atrevió a abrir la boca.

—Va, veeeenga… No te enfurruñes, no ves que padre nos mandó ir a los dos, si desobedecemos nos iba a *zorregar* de lo lindo, venga no te pongas así. ¡Va!, si cambias esa cara te cuento un secreto, ¿quieres?

Y, el rostro del pequeño se iluminó en un instante con esa candidez propia de los de su edad, olvidando al momento el motivo de su rabieta. Como si fuese algo que habla sucedido mucho tiempo atrás, en esa prodigiosa memoria plagada de conveniencias que saben administrar los más chicos.

—¡Sí!, venga, venga, ¡cuéntame!

*Migueliño* adoptó entonces el aire de un catedrático pagado de sí mismo ante sus alumnos, tornándose fingidamente serio y pretendiendo ser acreedor del respeto y

admiración mostrados por el pequeño, para contarle lo que había visto aquella misma noche, sólo unas horas antes, justo mientras, en su travesura habitual, intentaba calmar el hambre.

Miguel, al que no sin razón apodaban o *larpeiro*, se había ido a la cama, inevitablemente, con hambre, como siempre.

Esa noche se había cenado caldo, cocinado según la típica receta del interior gallego, y las escasas habas, el puñado de trozos de col y el bien medido pedazo de carne entreverada que le habían tocado como ración no habían supuesto comida suficiente para el tragaldabas de *Migueliño*, como era habitual. Ya cuando subía las modestas escaleras de madera con su hermano dando alegres saltos, dispuestos ambos a su manera para acostarse, le parecía que sus tripas rugían en señal de protesta, rebelándose ante la escasez, a su parecer, de la última comida del día.

De modo que, cuando llegó a la humilde habitación donde compartía una modesta cama de sencillos tablazones, cubiertos con un insuficiente colchón de lana, con su hermano, ya había trazado el plan a seguir para intentar saciar su siempre inquieto apetito.

El sencillo dormitorio estaba en el lado sur de la casa, en el muro que se enfrentaba con la fachada norte de la casa de la familia *do Santo*. No tenía por mobiliario más que la sencilla cama y un pequeño armario de pobre manufactura, el único adorno un humilde modelo de carro de madera que su padre le había hecho a él y que ahora había heredado su hermano, el modesto y único juguete de una casa de campesinos.

A parte de la puerta, la única apertura era una pequeña ventana, orientada al este, con hojas exteriores de madera de roble ahumadas y un basto armazón de barrotillo que dibujaba una curiosa cuadrícula de parteluces. La ventana, por tener, no tenía ni cristales, y de las dos contraventanas el pequeño, para luchar contra su miedo a la oscuridad, siempre le pedía, que si la noche no era muy fría dejase una abierta para que entrase algo de claridad, porque, como era lógico, no podían permitirse dejar una vela encendida toda la madrugada. De hecho, en invierno, en más de una ocasión el sacrificado *Migueliño* debía esperar a que su hermano se durmiese antes de poder apagar entre sus dedos la llama del pabilo ardiente de una sencilla vela de grasa y privar de su escasa luz a la estancia. Sin embargo, en primavera, al acostarse casi con el sol, y con las noches habitualmente claras, el problema no solía ser mayor que la necesidad de arrebujarse bien bajo las mantas, abrazados los dos hermanos para evitar el relente que se colaba por la contraventana abierta y los huecos de la cuadrícula de molduras.

Cuando su hermano se durmió y tuvo la seguridad de que sus padres también lo estaban, *Migueliño* había bajado de puntillas hasta la cocina para buscar un trozo de carne y algo de pan. Tras registrar un par de alacenas encontró el resto del trozo de

carne de costilla de cerdo que su madre, previsora, había cocido con el caldo, el suficiente para el desayuno del día siguiente, y con el filo de su pequeña navaja se hizo con una lasca lo suficientemente fina como para que no se notara demasiado a la mañana siguiente, tras cortar una también escasa rebanada de pan dejó la cocina como si no la hubiese tocado y subió las escaleras despacio, posando cada pie con infinito cuidado, para no hacer ruido. Mientras el olor salado de la carne se empeñaba en que su boca, impaciente, se hiciese agua.

Una vez en la habitación se arrimó a la solera de la ventana, para que no cayesen migas en la cama al comer, con lo que su madre podría descubrirlo, como ya había averiguado en otra ocasión, y tras abrir con suavidad las contraventanas, para no despertar a su hermano pequeño, comenzó con su frugal banquete, dando diminutos mordiscos de roedor, venciendo la impaciencia, procurando que el placer se extendiese el máximo posible.

Todo esto le contó *Migueliño* a su hermano mientras caminaban por el bosque, recorriendo los estrechos pasos entre los huecos que dejaban los enormes troncos de los robles centenarios. Iban cogidos de la mano, con un paso alegre y tranquilo, al abrigo del recién estrenado vigor de la primaveral mañana. El pequeño interrumpía de vez en cuando a su hermano mayor para pedirle que aclarase algún punto concreto, o para reír en la hermosa complicidad que tienen los hermanos cuando ambos son niños.

Ya no les faltaba mucho para llegar hasta las tierras sagradas del dolmen, de modo que cuando se cruzaron ante un titánico castaño de tronco ahuecado que escoltaba el camino Miguel le dijo a su hermano que se sentarían un momento en el abrigo natural que aquel les ofrecía para poder terminar de contarle la historia con tranquilidad, y que más tarde para compensar el retraso irían corriendo hasta la choza de la bruja.

El pequeño, ansioso como estaba por conocer el final, accedió encantado y saltando como los perdigones se acomodó en el hueco umbrío del inmenso árbol para escuchar atento a su hermano.

*Migueliño*, continuó entonces con su relato, justo antes de llegar al clímax, al verdadero secreto que escamaba al pequeño.

—…Pues allí, mientras me comía la carne y el pan, miraba hacia el valle, por donde va el río, y… ¡De repente!, oí unos ruidos —continuó entonando con gracia las palabras para transmitir la emoción necesaria—, así como cuando padre se despereza por las mañanas, y entonces vi aparecer por el camino al padre Bernardino, con una cara muy rara, como muy asustado…

La mañana acorralaba ya al mediodía y de la niebla quedaban poco más que unos cuantos jirones sueltos que envolvían en cintas de vaho blanquecino las copas de algunos árboles, quizá, a su modo, la naturaleza presentaba sus respetos a los muertos con semejantes modelos de coronas funerarias.

El ambiente, al menos hasta cierto punto, se había relajado mientras esperaban por la llegada de la bruja. Aunque, para disgusto del molinero, un grupo cada vez más numeroso se había ido formando en torno a *Mariana da Cruz*, que parecía darles explicaciones sin parar, mirando de vez en cuando hacia donde él se encontraba, ahora acompañado por el sacerdote. Al molinero le recordaba a las tardes tormentosas de la época más seca del verano, cuando bajo el calor tras la canícula enormes nubes de desarrollo vertical se iban formando amenazadoras, hinchando su característica forma de yunque hasta proporciones titánicas, irguiéndose orgullosas sobre las laderas de las montañas, haciéndole a uno temer que la tormenta estalle de un momento a otro.

—Hijo mío, esto, definitivamente, se nos escapa de las manos, se ha salido de madre. No sé que deberíamos hacer —dijo el Padre Bernardino—. Creo que, pase lo que pase, independientemente de lo que diga o haga esa descarriada de *Maruxa da Comba*, o incluso la Guardia Civil, si es que los convencemos para que vengan —señalando con un gesto vago a los lugareños—, el pueblo jamás volverá a aceptarte. Me temo que Mariana ha prendido un fuego que no puede apagarse, tus manías te van a resultar muy caras. Va a ser necesario que la sequía sea grande si queremos que las aguas vuelvan a su cauce tras la tormenta —concluyó el sacerdote mirando fijamente al molinero.

Este sonrió ante lo acertado del comentario del cura con respecto a lo que él mismo pensaba, se rascó la oreja con la diestra en un gesto de infinita paciencia (tan suyo últimamente) mientras suspiraba desalentado y contestó sin darle demasiada importancia a las afirmaciones del clérigo.

—Bueno, no sé, supongo que no importa, lo cierto es que el río sigue lleno de truchas, los salmones empiezan el remonte, con el otoño llegarán las anguilas, no sé, yo no necesito mucho más. Además, mis recuerdos no me los puede quitar nadie… Además, estoy bien solo, no los necesito, ya estoy acostumbrado, llevo mucho tiempo solo y…

—Pero, pero, hijo, no hables así —replicó el cura alterado, interrumpiendo a su amigo—. Es en el amor del prójimo y en la bondad de sus hermanos en la Iglesia en los que debe vivir el cristiano. Debes poner la otra mejilla y confiar en la voluntad del Señor, con el tiempo las cosas pueden suavizarse… —La expresión seca de su interlocutor retuvo en el fondo de la laringe las palabras subsiguientes.

El molinero, ceñudo, miró con fijeza al clérigo, con su ojo derecho enrojecido refulgiendo como las llamas del mismo fuego del que había hablado el sacerdote. Sus

labios se abrieron para contestar y se cerraron al instante consciente de que debía serenarse antes de decir algo de lo que llegar a arrepentirse. El molinero era hombre que rara vez se convertía en esclavo de sus palabras y en ese momento hizo gala de sus cualidades.

El Padre Bernardino guardó silencio consciente de que su amigo no hubiese tolerado una nueva imprecación sin mandarle a freír espárragos y le dio tiempo al molinero para rehacerse, este cerró los ojos por un momento, exhaló una bocanada de aire que llevó hasta el clérigo el olor del aromático tabaco que su amigo fumaba y una vez se consideró calmado habló con voz queda.

—Usted lo ha dicho padre, usted lo ha dicho… Y, yo ya no tengo nada que ver con los cristianos. —Se lo pensó un instante antes de continuar, consciente del revuelo que sus palabras provocarían en el sacerdote—. Además si esos de ahí son cristianos católicos y apostólicos, ¡o como se diga!, entonces, entonces yo soy moro de toda la vida. O no me irá a decir ahora que ellos son ejemplo del amor que tanto predica usted los domingos, porque, usted sigue contando todas esas pamplinas en sus sermones, ¿verdad?

El Padre Bernardino, estupefacto, herido en parte por las palabras en sí del molinero y más dañado aun por la verdad que sabía suponían, no acertó a decir palabra alguna y su labio inferior descolgado se preparaba para arrancar cuando su amigo se caló la boina y dando el primer paso para marcharse dijo.

—Ah, *merda*… Lo siento, no debería haber dicho eso… Eh, vaya, bueno, me voy a dar un paseo, si me quedo aquí lo más probable es que salga mal parado y lo último que me apetece es que aparezca una pareja de la Guardia Civil con sus bicicletas, sus abrigos azules de bocamanga roja, sus aires de superioridad y toda lo que eso implica… Ah, por cierto, creo que es mejor que no le comente a nadie lo que pasó ayer en la sacristía, lo más probable es que no ayudase demasiado.

Y se marchó, dejando al sacerdote anonadado y sin posibilidad de responder.

El Padre Bernardino tardó en reaccionar y no fue hasta que decidió acercarse hasta alguno de los grupos de paisanos para intentar serenar los ánimos de aquellos y alejar de sus mentes los mitos y leyendas a colación de lo sucedido, que todos y cada uno empezaban a relatar, que el sacerdote consiguió sacar de su retina la imagen de su amigo recriminándole con los ojos encendidos.

Mientras el molinero buscaba ansioso acercarse hasta el río para encontrar un poco de sosiego el sacerdote caminó de grupúsculo en grupúsculo intentando en cada uno aliviar un tanto la presión que los acontecimientos ejercían y procurando calmar los ánimos soliviantados: En cada conversación la tónica era similar, en todos los casos alguno de los miembros de las no muy piadosas congregaciones tenía alguna historia o relato que contar que, de algún modo, exponía una teoría, más o menos convincente, más o menos relacionada con la extraña manía que tenían los cerdos de

la familia *do Santo* por morirse. En todas esas narraciones, todas ellas en tercera persona, tras exponer algún nexo dudoso con el protagonista, el improvisado cronista sacaba a la luz algún trasgo, *demiño*, bruja, *cuelebre*, espíritu, *lobisome*, lavandera o cualquier otra figura del animado bestiario popular sobre la que cargar las culpas.

El sufrido clérigo trataba, con escaso éxito, de alejar de las conversaciones de los parroquianos los recuerdos y *contos* que la tradición oral se empeñaba en consensuar, aunque con la mesura y reserva necesaria, pues mientras los tiros fuesen por esa dirección el cura sabía que se alejarían del molinero, al que en su lógica de persona instruida no podía considerar culpable. Si bien, era consciente de que justamente esa misma racionalidad no podía enfrentarse a tantos años de creencias y sincretismo tampoco se le escapaba que dentro de las tradiciones de sus parroquianos existían algunas que no apuntarían a su amigo como culpable, y precisamente, en ese marco más cercano a la neutralidad procuraba mantener las charlas.

Ya lejos de allí, en su caminar penitente, el molinero acertó a ver el recodo del río que guardaba la explanada de aguas calmas en la represa y el espejo taíno que se formaba calmó su pesar, mientras, Lolo Lamas clavaba sus ojos preocupados en el charco, medio seco, medio tragado por la tierra, de sangre coagulada que coloreaba el camino de un apagado reflejo grana, mudo testigo del sufrimiento de la madrugada; y su dolor se encendió.

Como la yesca de semillas de diente de león y lana de cardo.

Lolo había estado trabajando en las escasas tierras de la familia cuando el menor de sus hijos varones, que se había quedado en casa para cambiar la paja de la gorrinera y atender algún que otro asunto menor del hogar, apareció en los lindes de la tierra recién sachada, llamándolo.

La mañana ya estaba crecida y la niebla se había disipado, la oscura tierra se abría gimiendo ante el esfuerzo, a cada empellón de la azada, que susurraba rozando las manos ya callosas del labriego, lamentándose en su cantinela de ánimo al hombre que derramaba su agrio sudor sobre la huerta.

Algunas de las ramas de rabioso verde de los nabos empezaban a colorear el paisaje con sus pequeñas flores doradas, haciendo juego con aquellas de los tojos que comenzaban a pintar de un gualda irritable los sotobosques. Unos surcos más allá, las plantas trepadoras de las judías brotaban con gracia, en poco tiempo se llenarían de grandes hojas acorazonadas y treparían enredándose en el entramado de ramas que el campesino había dispuesto. Al lado, los ramilletes de las zanahorias se desarrollaban con prontitud, y en el extremo de su pequeña propiedad Lolo preparaba una tanda de surcos para acomodar un modesto bancal de patatas que habría de recoger una vez entrado el otoño.

A instancias de su madre, preocupada por la tardanza, el tercero de sus hijos, sólo un año menor que su querida *Antoniña*, se había acercado a buscarlo hasta el humilde

huerto para transmitirle la inquietud de aquella. La mayor de sus hijas no había vuelto a casa a su hora habitual.

En un principio Lolo no se había alarmado, tampoco se enojó, incluso permitió que la antesala de sus pensamientos albergase una cierta ilusión por el cumplimento de una antigua esperanza, y tras revolver cariñosamente el brillante pelo castaño de su hijo le pidió que regresase para calmar a su madre, para que le dijese que no se preocupase más, que seguramente la muchacha se habría entretenido en su trabajo en el *pazo*. Lolo no comentó que, en realidad, albergaba el anhelo de que su hija se hubiese entretenido con *Alberte*, el benjamín de la rica familia apoderada que empleaba a *Antoniña* como lechera de la enorme vaquería que poseían. Él quiso pensar que su disciplinada y obediente pequeña había alterado su rutina en virtud de la gracia de un naciente amorío primaveral que había surgido entre ella y el menor de los hijos de Don Ezequiel. De hecho, cuando se puso en camino, dirigiendo sus pasos hacia el sendero que conducía al *pazo*, se permitió imaginar la dicha y buenaventura que vendría a llenar las penurias económicas de su familia.

En su andar el labriego disfrutó de los aromas de la primavera que colmaban el aire, de los trinos encendidos de los machos de los trepadores azules, se dejó embriagar por lo lujurioso de la estación y lo bello de la mañana.

No tuvo tiempo para la angustia o la preocupación.

Lolo se dejó llevar por la tan humana estupidez y permitió que su ansiada y secreta esperanza tomase forma y cuerpo sin que las palabras amargas que desde su subconsciente se gritaban, advirtiéndole de lo inverosímil de sus deseos, le afectasen en absoluto.

Era feliz. Como casi siempre suelen serlo los que ignoran la verdad.

Pero, no duraría mucho, él no lo sabía. Los cuervos sí lo sabían.

Y lo anunciaban encantados con sus graznidos chirriantes.

Lo que vio fue algo que su cerebro no llegaría jamás a registrar completamente, y eso se convirtió, en los años venideros, en algo que agradeció infinidad de veces cuando, casi cada noche, el recuerdo minaba sus sueños para plagar sus inútiles esfuerzos por dormir de horribles pesadillas, tan terribles que, para su desgracia, no eran únicamente simples imágenes oníricas sino la constatación macabra de su propia vida.

Probablemente de haber tenido un arma de fuego a mano y de haber sabido utilizarla se hubiese pegado un tiro allí mismo, salpicando con las cuentas amarfiladas que se hubiesen desprendido de los huesos de su cráneo los brotes tiernos de las espadañas a la vera del camino.

Lo primero que se encontró fue el pañuelo que su hija usaba para recoger su preciosa melena de reflejos dorados, tan bonita como los campos de trigo al viento en las últimas horas de las tardes de septiembre, tan linda, con sus brillos de madera de

nogal aceitada. En sólo unos instantes podría verla, pero ya no era una cabellera de preciosos tonos robados al más soleado de los otoños, era un asqueroso estropajo enmarañado y salpicado de sangre.

La angustia quiso despertar desde lo más hondo de su alma, pero, en su empecinamiento, el pobre hombre buscó rápidamente mil y una explicaciones que se le antojaron razonables, es más, incluso cuando advirtió que algo pegajoso y tinto le manchó la mano tras recoger la tela siguió intentando encubrir la verdad con tantas inconcebibles historias como pudo elucubrar su mente excitada. Su corazón quiso encogerse, pero no fue capaz, se lo impidió la brutal aceleración que sufrió su ritmo cardíaco, llegó a pensar que su pecho estallaría.

Sus pensamientos oscilaban como un péndulo maldito en manos de un zahorí indecente, en un extremo del ciclo la inconcebible e infantil negación, en el otro, la más cruda de las formalizaciones del terror.

Una diabólica mezcolanza del miedo más atroz y el dolor más imponderable actuó como el límite de alguna extraña expresión diferencial de matemática alquímica, pues en el momento en el que el aterrorizado labriego pensaba que su sufrimiento no podía ir más allá, la variable tomaba un nuevo valor mayor que el anterior, tendiendo a un infinito inimaginable pero, al fin y al cabo, existente. Con cada nueva gota de sangre, con cada nuevo harapo manchado, con cada mechón de pelo entintado el valor de la solución aumentaba infinitesimalmente, una fracción de milésima, pero estaba tan cerca del límite que incluso tan insignificante variación implicaba una enorme y significativa diferencia.

Dos guiñapos ensangrentados lo saludaron en el siguiente paso.

Los cuervos picoteaban ansiosos las partes blandas.

La escena era el retrato descarnado de la depravación, más aún para un pobre desgraciado que en toda su vida no había salido de las montañas del norte y que no había visto más sangre que la de los animales sacrificados para el consumo propio.

Un cosquilleo centelleante se entretuvo royéndole las piernas, los músculos de todo su cuerpo perdieron la tensión necesaria para mantenerlo en pie; no sólo se derrumbó, le faltó muy poco para que sus excrementos se amontonasen en su ropa interior.

Se acercó a grandes zancadas, haciendo aspavientos ostentosos para ahuyentar a los pájaros.

El dolor se mostró esquivo en un principio, pero, no importó, porque lo más terrible no era ese preciso dolor en sí mismo sino la conciencia que de él llegó a tener, el saber que antes o después sus proporciones serían bíblicas. Algo así como el artillero de un bricbarca que tras el terrible estallido de la bombarda, en medio del fragor atronador de la batalla, contempla como de su brazo derecho no resta más que un muñón harapiento que llora sangre y del cañón no queda más que una desmochada

flor de bronce, en ese instante, con el olor acre de la pólvora detonada amargando el aire y multitud de negros restos incrustados en las mejillas, no se llega a percibir el dolor, tan sólo el horror del miembro mutilado y la terrible aseguranza de haberse convertido en un mutilado que nunca más podrá volver a sentir el placer de arropar a una mujer con sus brazos. No, lo peor del instante mismo no es el dolor, ese llega más tarde, implacable y pendenciero, no, lo peor es la conciencia que, afanosamente, hurga por entre las consecuencias futuras.

(No… No, no puede ser, no es ella… Seguro que no es mi niña, seguro…).

Al que había sido adalid de sus esperanzas lo reconoció únicamente porque así lo quiso suponer en virtud de lo que escasamente se podía intuir.

El cadáver, si es que semejante término no era en exceso generoso con aquel amasijo. Los restos (mejor así), los despojos (incluso más acertado) de *Alberte* se acercaban bastante a la imagen que Lolo tenía del embrollo de carne sazonada que se va introduciendo en las tripas limpias para hacer embutido.

Irónicamente, lo primero que fue capaz de razonar la embotada mente del campesino fue una acertada comparación entre las vísceras del muchacho, las primeras que veía pertenecientes a un hombre, y las de un cerdo, y no se equivocaba, de hecho a excepción del apéndice intestinal la semejanza es tal que, en tiempos, los gorrinos fueron usados como ejemplos de anatomía humana en las clases de más de una facultad de medicina. Sin embargo, su sorpresa ante tal similitud no era lo más conveniente dada la situación y Lolo lo sabía.

Tras unos instantes con los ojos cerrados en los que intentó recomponer sus revueltos sentimientos se forzó a observar.

De *Alberte* no quedaba más que un amasijo retorcido de articulaciones rotas y medio despellejado que era presa de las moscas, que, al contrario de los cuervos, no se habían sentido intimidadas por los ademanes del campesino. Su paquete intestinal afloraba por una enorme herida del abdomen, como un ovillo de burda lana gris desmadejado y enredado, su hígado, del sano color de las guindas maduras, brillaba al sol de la mañana. Pero, las tripas al aire, las piernas destrozadas, los brazos quebrados, casi arrancados, el pecho rajado, la cara desconchada y el cuello abierto como un costillar en una carnicería no eran lo peor, ni mucho menos.

Lo que más inquietó a Lolo fue la entrepierna del muchacho.

El paquete genital del muchacho aparecía tirado a unos pasos del cuerpo, era un juego informe de bultos sanguinolentos. Había sido arrancado de cuajo, como por un tajo mal dado (o un mordisco), y los regueros y manchurrones de sangre eran tan evidentes que el labriego supo que aquella atrocidad había sucedido mientras el corazón del chico aún latía, había sacrificado a muchos animales como para no saber que una vez muertos las hemorragias eran casi inexistentes.

A la que había sido la niña de sus ojos la reconoció porque sus párpados abiertos

exhibían orgullosos los bellos iris del color de la miel de trébol, y eran inconfundibles. Su cráneo abierto enseñaba, caprichoso, las circunvoluciones del, hasta esa noche, soñador cerebro de la mozuela. Las múltiples laceraciones mostraban la carne pálida y exangüe abierta en cortes regulares y paralelos.

Los cuervos revoloteaban por los alrededores graznando en señal de protesta por haber sido interrumpidos en su plácido banquete. Las moscas zumbaban satisfechas mientras se cebaban. El horror aulló complacido como un lobo en noche clara de luna llena.

Una pena, honda como la más oscura de las simas, se agarró a su pecho con el ansia de un lactante hambriento, como una sanguijuela infecta, sólo que en lugar de chuparle la sangre se le llevó las ganas de vivir.

Tras una más que barroca escena, en la que el miedo de los chiquillos y el escepticismo fingido de *Maruxa* jugaron a no entenderse, la bruja y los niños caminaban ahora hacia el pueblo.

Los dos hermanos andaban un tanto por detrás de la *meiga*, temerosos de brindarle la espalda y con ello la oportunidad de terminar convertidos en algún quimérico animal de horribles proporciones y peor aspecto. Guardaban un respetuoso silencio, aunque su motivación era más el miedo que los modales. Iban cogidos de la mano y el pequeño apretaba tan fuerte que a *Migueliño* le dolía, pero, no se quejó, el contacto era gratificante, incluso tranquilizador. Estaban tan nerviosos que les parecía todo una falsa calma, sólo quebrada por el inquietante golpear de los gastados zuecos de la anciana, para ellos tan vieja como el mundo, más incluso.

Ella, cargada con un pequeño zurrón de cuero viejo repleto de mil secretos, disfrutaba con socarronería de la situación pues se sentía complacida ante la reacción de los niños. Esa clase de respeto era el que deseaba obtener, claro que sin los inconvenientes del rechazo del que era víctima.

Aunque no era tan sencillo.

Existían ciertas consideraciones a tener en cuenta.

Quería algo más, algo, quizá, aún más importante.

Jugaba con una moneda trucada y esperaba que cayese de canto, no se conformaba con cara o cruz, lo quería todo, sin importarle que un lado de la moneda estuviese grabado con un sobrio perfil de la fingida dignidad que tanto ansiaba y en el otro apareciese tallado un terrible charco de sangre rodeando el cadáver de un hombre horriblemente mutilado.

Quería algo más.

Quizá incluso era al revés, quizá era eso lo que necesitaba y la reinserción social una mera consecuencia conveniente. En sí, para ella, la perspectiva elegida no era importante mientras colmase sus deseos.

Algo más, sin duda.

No era tan sencillo.

Y, recordó complacida la historia. Organizando en los huecos de su mente las borrosas vivencias del pasado, reconstruyendo, en arreglo a sus propios valores cronológicos, su truculenta historia. Escogiendo releer únicamente aquellos párrafos subrayados de su autobiografía.

En cierto modo, todo había comenzado aquella fría noche hiemal. Lo había visto todo, pero, en aquel entonces no sabía la importancia que esa escena iba a adquirir en su vida muchos años después, cuando ya sólo era un vago recuerdo que carecía de mayor importancia. Y qué furiosa se había sentido, tanto tiempo de condescendencia baldía con algo que en realidad era crucial, no le había gustado nada.

(Cuantas mentiras, todo fueron mentiras. No me lo merecía, no, desde luego que

no. Esa maldita puta arrugada me engañó y yo no me lo merecía).

Y su mente dribló las memorias del falso comienzo, dejando a un lado aquella noche de invierno para encontrarse con el que había sido el verdadero principio, aquella mañana de hacía sólo un par de años atrás. Superponiendo ambos recuerdos para que el más cercano en el tiempo diese sentido a aquel del pasado más lejano.

Llovía, mucho, como siempre lo había hecho y siempre lo haría en las primaveras gallegas; el cielo se ahogaba en el río. Llovía tanto que se había despertado por culpa de una gotera que insolentemente pingaba sobre su mejilla, tan cerca de su oído que atronaba en cada impacto, tornando, sólo para ella, el aguacero en tormenta. Y se despertó malhumorada porque hasta ese instante había estado soñando con los únicos momentos que recordaba con cariño de entre todos los días de su vida, aquellas ocasiones en las que, paseando por alguno de los senderos escondidos de entre los bosques circundantes del pueblo, Ezequiel le había halagado con mil promesas mientras el corazón latía excitado, ansiando el futuro incierto con la fuerza propia del amor.

En cuanto abrió los ojos la oyó, rompiendo insolentemente el rumor cansino de la lluvia, era imposible no hacerlo, sonaba como si una costurera malhumorada desgarrase un vestido de esparto cosido en arreglo a un patrón equivocado, y la odió un poco más. Berta cargaba el aire con sibilantes ronquidos pestilentes, elongaciones impertinentes de su hálito pútrido, ásperos como las caricias de un leñador. Era un bulto amorfo cuya piel se caía a pedazos y al que no le quedaban más que cuatro pelos cenicientos que se enredaban en las arrugas de su frente sudorosa. Ya no era más que un despojo infrahumano que se mantenía con vida más por su testarudez que por la calidad de su salud.

Pero, seguía respirando, y con el ánimo suficiente como para recordarle cada día a su discípula, con su ronca voz apagada, que ella, y sólo ella, la había ayudado cuando había sido desahuciada. Insistiendo con inquina sobre lo humanitario y divino del gesto, triturando con cada malsana palabra las esperanzas ya deshechas que *Maruxa* había tenido que dejar en el camino.

Su rencor creció un poco más, como había hecho cada mañana del último cuarto de siglo, como el brote afilado de un espino albar, aguzándose cada día un tanto. Y, por enésima vez se preguntó si no sería hora de que, aquel infame pellejo de bastarda memoria, fuese a reunirse con sus tan queridos demonios del purgatorio de una vez; cuánto le hubiese gustado encontrársela muerta una cualquiera de esas mañanas, ahogada en su propio vómito, por ejemplo. Tiesa y fría, con los restos pegajosos de la escasa cena manchando sus labios cerúleos y el rictus de la muerte escarbado en el rostro.

Mientras preparaba la infusión de ulmaria y corteza de sauce fantaseó, quizá el único placer que le restaba, como todas las mañanas.

Como todas las tardes.

Como todas las noches.

Como siempre que su conciencia le rogaba que lo hiciese.

Especuló con el modo más efectivo (y más doloroso) de acabar con aquel adefesio centenario medio ciego que se empecinaba en seguir con vida para convertir su existencia en un martirio imponderable. Aquella mañana lluviosa de primavera se decantó por la oronja verde, tan delicada, bella y peligrosa al tiempo, la humedad del ambiente era el clima perfecto para acordarse del mortal hongo.

Era un plan sin tacha. Tenía más que de sobra desecada y sabía que era efectiva incluso tras años de almacenamiento, bastaría con triturar un pedazo, uno pequeño sería suficiente, y mezclar el grueso polvo resultante con algo de miel salvaje, el olor dulzón de la seta la enmascararía a la perfección y el decrépito adefesio no distinguiría los trocitos del hongo de los restos de cera. Así, en cuanto le sirviese el tazón de miel, huevos crudos y vino del desayuno se sentaría a observar con placer como la vieja desdentada sorbía ruidosamente con la ayuda de su cuchara de palo. Ya apenas comía nada más, su último diente se había caído una docena de años atrás, estaba tan podrido que un día se quedó en un pedazo de pan que intentaba mascar con sus encías endurecidas, de modo que se alimentaba, casi en exclusividad, de la miel que tanto le gustaba, con la excepción de algún pedazo de carne salada que tardaba horas en poder masticar y algún caldo de verduras ocasional.

El veneno tardaba en hacerse notar, y durante todo el día podría observarla con la satisfacción de saber que serían sus últimos instantes de vida. Las náuseas y la diarrea llegarían con la tarde (y no pensaba asearla, dejaría que se cubriese de mierda), bien acompañadas de terribles dolores abdominales, luego los desmayos y, por fin, el coma hepático, estando tan acabada *Maruxa* hubiese apostado con el diablo a que aquel monstruo ajado y plagado de llagas moriría durante la noche, como mucho a la mañana siguiente, y podría destriparla para extraer el hígado y observar complacida como la potente toxina del hongo lo había deshecho concienzudamente.

Era un plan sin tacha, o casi, pues aquella mañana, como todas, le faltó el valor necesario para llevarlo a cabo.

No tuvo el coraje suficiente, eso llegaría después, aunque de otro modo.

Se limitó a prepararle el desayuno, sin pequeños trozos de hongo venenoso desecado, sólo miel, huevos y vino, que ya estaba picado. Ese toque avinagrado del caldo estropeado sería lo más lejos a lo que llegaría.

Le daría su desayuno, le ayudaría a beber la infusión calmante para el dolor de las articulaciones, la asearía con un paño húmedo, aguantaría sus quejas y protestas y no haría nada.

El resto llegaría unas horas después y ella nunca lo hubiera imaginado.

Sus ojos brillaron con la intensidad manifiesta del dependiente de un fumadero de

opio ante un nuevo cliente.

La carrera de los niños la sacó de su abstracción.

Estaban llegando y los hermanos, deseosos como estaban de librarse de semejante compañía, se habían echado a correr para reunirse con el grupo de adultos. Ella dejó sus recuerdos a un lado por el momento, sabía que tenía un trabajo importante por hacer, debía impresionarlos de modo tal que se viesen inevitablemente ligados a ella.

Tras hablar un momento con su padre los niños se escabulleron hasta la casa de los Corredoira.

*Maruxa* contemplaba la escena procurando hacerse una idea de lo que allí acontecía.

El Padre Bernardino soportaba, con toda la estoicidad de que era capaz, las alusiones intransigentes de sus parroquianos, saltando de pequeña congregación en pequeña congregación, con la misma poca gracia de un abejorro pasado de peso tambaleándose entre flor y flor de dedalera. Era evidente que su ánimo conciliador no fraguaba y que sus feligreses no albergaban fe alguna en las supuestas verdades que el rubicundo sacerdote se empeñaba en pregonar.

Eso era bueno.

*Mariana da Cruz* parecía haberse convertido en un déspota dictadorzuelo que a su antojo manejaba la voluble voluntad de los lugareños. Desde su fingido trono, en el banco corrido de piedra de la fachada principal de la casa de la familia *do Santo*, argüía con fingidos ojos devotos cuanto le venía en gana con tal de llevar las aguas por el cauce que más le interesaba, desde un hipócrita escepticismo se procuraba la atención que su vanidad reclamaba.

Eso era aún mejor.

El murmullo de las conversaciones se fue amortiguando poco a poco, a medida que los pasos de la bruja se iban haciendo más audibles, de fondo, el coro de ladridos ilusionados por el penetrante olor de la carne abierta y la sangre derramada, sobreponiéndose unos a otros en un canon de pésimo gusto.

Todos se giraron para mirarla y todos bajaron la vista de inmediato, como si el suelo, de pronto, revelase la verdad sobre la muerte de los gorrinos, brotando en manojos, como las lombrices en las mañanas de los días húmedos.

La bruja contemplaba la escena con una satisfacción que se permitió el lujo de ocultar tras un cínico velo de austeridad complacida.

No le hubiera hecho falta preguntar por cuanto ya sabía, pero, incluso suponiendo que todo el asunto le fuese por completo desconocido, tampoco hubiese necesitado plantear cuestión alguna. Era tan sutil, y al tiempo tan perceptible, como lo son los ápices del bosque de llanura al apuntar al soleado sur, de algún modo, en una atareada timidez descarada, el gesto de todos ellos y las cabezas ladeadas señalaban, ambos, la porqueriza. Sabía exactamente lo que se esperaba de ella, y precisamente por eso

decidió que debía impacientarlos mientras se tomaba su tiempo para, con lentitud, rodear la casa con actitud contrariada y cara de circunstancias, haciendo aspavientos con las manos y entonando extraños tarareos nasales. Pretendía dar a entender que buscaba con ahínco el origen del mal que tanto daño había hecho.

Se arrodillaba de cuando en cuando, examinaba tal o cual piedra, desandaba el tramo que había avanzado, olisqueaba las hojas de alguna planta, dejaba caer en su palma puñados de tierra que iba arrancando periódicamente de las zonas adyacentes a la casa. Cuando estuvo segura de ser dueña y señora de la atención de todos los presentes se acercó hasta el umbral de la zahúrda sin dejar que el fuerte olor que la recibió bajo el quicio provocase mueca alguna.

Exagerando todos y cada uno de sus movimientos lo máximo posible extrajo del zurrón que colgaba de su hombro una diminuta escudilla y un pequeño tarro de grasa de caballo clarificada que dejó en el suelo, a su lado. Con el borde del platillo raspó la madera ahumada de la puerta de la cochiquera y algunas de las piedras de ambas jambas, en el hueco de la palma de su zurda fue recogiendo las virutas y arenilla que se desprendieron, luego lo volcó todo en la escudilla.

Vertió entonces un poco del espeso sebo encima de las raspaduras y removió el resultado con la uña de su meñique. En cada gesto comportándose con la sequedad y exageración de una marioneta sujeta por calabrotes en lugar de hilos, acrecentando la curiosidad de la audiencia con una insana satisfacción egocéntrica.

Siguiendo al pie de la letra las enseñanzas recibidas.

«*Ea, xa auga quente podes darlles, o que importancia ten é que iles non cheguen a saberes. Ea, sempre meigallo ou conxuro debes ter, non podes permitirlles que saiban o que é e o que non é», le había dicho Berta, y ella había sido una alumna aplicada*.

Aquella mañana lluviosa de primavera, la vieja no había hablado tanto, no, pero había sido más que suficiente.

Y, mientras completaba su actuación se dejó llevar por los recuerdos, hasta esa precisa mañana de primavera envuelta en cortinas de agua.

Mientras la bruja recordaba, el molinero buscaba intercambiar su inquietud por la calma de las aguas lentas de la presa que tenía enfrente. Ya había caído el mediodía, y de no ser porque su estómago parecía haber aprendido a atar mordidas de lobo y ases de guía con sus intestinos hubiese tenido hambre.

Llevaba un buen rato sentado en un viejo tocón de la orilla, contemplando como el sol deslizaba su reflejo por la superficie de la tranquila tabla de agua. En un hueco entre las verdes hojas flotantes de los helechos de río, apenas a una vara de distancia, apareció un diminuto alevín de trucha que indeciso dudó un instante entre qué rumbo tomar a continuación. No tuvo tiempo de aclararse, un relámpago dorado con una enorme bocaza llena de dientes se lo tragó tan rápido que el molinero ni siquiera se

dio cuenta de que había sucedido, claro que, no estaba prestando atención, tenía mucho en que pensar.

La cabeza le palpitaba y luchaba denodadamente por evitar que la tos surgiera, pues cada vez que lo hacía la garganta le ardía con el ansia de una fragua de herrería. Y, por si fuera poco, se sentía muy contrariado por lo sucedido en los últimos días.

—*Merda*, si me curo me marcho de aquí, a las Américas o a donde sea… Tenía que haberme quedado de *louseiro* con…

No pudo terminar la frase, el esfuerzo de levantar la voz había irritado su garganta y la tos había sido tan oportunista como la pintona.

Tras las convulsiones consiguió escupir un enorme gargajo de flema.

Tenía el color tinto del vino añejo.

Las gotas de agua repiqueteaban con la fuerza de mil tamborileros enardecidos, y alguna que otra encontraba su camino por entre las capas de matojos que, entretejidos, formaban la cubierta de la choza; no muchas, pero suficientes como para que Berta se quejase.

La odiaba un poco más a cada instante.

Pero aún llegaría a odiarla mucho más de lo que se imaginaba.

La había despertado con sequedad, casi con rudeza, con la actitud de una incompetente enfermera desencantada con su trabajo ante un enfermo terminal, a fin de cuentas, no podía quedarle mucho tiempo, si bien, para *Maruxa* por poco que fuese siempre sería demasiado.

Como cada mañana tuvo que aguantar el peso de la escamosa cabeza de aquel decrépito vejestorio, sintiendo entre sus dedos las escasas greñas grasientas, del color de la ceniza húmeda, que lo adornaban ridículamente, y aupar lentamente la infusión calmante de ulmaria y corteza de sauce para que, tragando una parte y derramando la otra por los surcos de la reseca barbilla, aquel engendro moribundo pudiese beber el amargo líquido tibio. No lo hacía por compasión o cariño, nada más lejos de la realidad, era una curiosa mezcla de egoísmo y miedo, por un lado, sin aquella infusión y las friegas de menta que le seguían aquel bicho putrefacto se hubiese pasado el día lamentándose con histriónicos quejidos lastimeros capaces de enloquecer a cualquiera, por el otro, a pesar de los años pasados seguía siendo incapaz de enfrentarse a la vieja bruja, incluso en aquel entonces, en el que ya no era más que un desperdicio pulverulento cubierto de llagas supurantes.

Luego, una vez terminaba de frotar todas y cada una de las articulaciones con la solución de menta la ayudaba a sentarse, apoyando su retorcida espalda contra la escasa pared que hacía de cabecero del camastro y le tendía el desayuno. Ella, poco más que un profético cadáver, se empeñaba en comerlo por su cuenta, aunque eso, casi siempre, significaba que *Maruxa* tenía que volver a limpiarla; porque las extremidades de Berta se habían quedado como los zarcillos de las vides, engarruñadas y torcidas, de hecho ya poco más podía hacer que encajar el cucharón de madera entre sus dedos rígidos y engarfados e intentar acertar en su boca entre tembleque y tembleque, salpicándolo todo a su alrededor.

Indefectiblemente, sin importar si tenía o no razón, si tenía o no motivos para ello, se quejaba por algo, cualquier nimiedad podía servirle de acicate, y a través de frases vejatorias que a duras penas se escapaban entre sus encías negras y podridas recordaba una y otra vez a la sufrida *Maruxa*, que le debía cuanto tenía y cuanto tendría.

«*Ea, recollinte de entre a lama, sin que a ninguén tiveras e insineite un oficio. Nunca mo poderás pagar*.». Repetía una y otra vez, en todos los matices posibles, cambiando un poco aquí y allá la sentencia, pero, siempre con el mismo significado.

Aunque también le había dicho muchas otras cosas que sí resultaban útiles. Que le fueron de uso necesario a medida que los años y sus meses pasaron.

Por mucho que le pesase a su discípula, era cierto que había aprendido un oficio y, pensaba sacarle el máximo provecho posible ante la oportunidad creada.

Aquel despojo moribundo había convertido la vida de *Maruxa* en un infierno en vida, sin embargo, ahora, mientras removía la curiosa mezcla, licuando la grasa con la fricción de su uña, se esforzaba en recordar algo más que aquella mañana lluviosa en la que la decrépita bruja había dejado de respirar, de quejarse y de cagarse encima para siempre. En ese momento necesitaba recurrir a los más oscuros y esotéricos de los consejos que le habían sido dados, tenía que acudir a los más profundos secretos que aquella maldita desgraciada egoísta le había revelado tantos años atrás. Mucho era lo que estaba en juego y ella era perfectamente consciente de que si no atinaba los peligros y horrores liberados podrían hacerle mucho daño, mucho.

—Alguien le ha puesto el ojo —dijo mostrando la escudilla, como sí aquel revoltijo aclarase en algo las ideas de los lugareños—, aquí está preso un *meigallo*. Alguien, malo como la sarna, quiere hacerte daño —continuó dirigiéndose a Pepe *do Santo*—, mucho daño. Más aún, alguien quiere causar mal a todo el pueblo, a todos vosotros —y avanzó la escudilla en un gesto semicircular, como señalando a los parroquianos.

El sacerdote mostraba abiertamente su rostro escéptico, pero ella sabía que, en el fondo, sus palabras estaban calando en el clérigo mucho más hondo de lo que este permitía adivinar a través de su expresión. *Maruxa* siguió hablando, buscando las palabras precisas para mantener en vilo a los oyentes.

—Porque esta no es la primera vez —y muchas bocas se abrieron en gesto de sorpresa, sin considerar que era normal lo supiese, cualquiera de entre ellos se lo hubiera podido decir como un cuchicheo en una visita reciente como cliente—, y no es esto lo único que ha sucedido en estos últimos días —y se oyeron interjecciones que revelaban asombro, pues ahora ya todos sabían sobre el incidente de la harina, y tampoco se plantearon que fuese lógico que lo supiese—, y aún queda mucho por venir si no le ponemos freno —y la creyeron, y eso que no sabían que en ese mismo momento Lolo estaba a punto de llegar al *pazo*, con los ojos anegados de lágrimas y la pañoleta ensangrentada de su hija fuertemente apretada en su puño—, alguien de alma negra y malas intenciones, que domina a las bestias de la noche y que vive sin más compañía que el mal, alguien contrario a la voluntad de Dios —y muchos se acordaron de la escena del molinero en la pequeña iglesia unos días antes, ella había usado las palabras correctas en el momento oportuno, y lo sabía.

Estaba consiguiendo lo que buscaba.

Antes de proseguir clavó sus ojos, que se habían vuelto casi tan oscuros como los de su maestra en *Mariana da Cruz*, y combó ligeramente los labios, como en un gesto

de complicidad hacia la viuda, su boca se convirtió en una pareja de cenicientas lombrices apareándose.

—De momento, lo primero que debe hacerse es limpiar este lugar y trabar un conjuro que lo libre del mal que lo rodea… —Dejó las palabras flotar en el aire antes de proseguir—. Sí, pronto sabremos quién es el causante, pero, por el momento hay otras cosas que hacer.

Rebuscó en su zurrón por un instante y se hizo con un hatillo de ramitas de romero secas, el sencillo ramillete estaba preso con una lazada de bramante que aseguró con un nudo llano antes de proseguir con el ritual. Pidió un chisquero a uno de los hombres, que acababa de encenderse un cigarrillo, y prendió las pequeñas hojas de las ramas del aromático arbusto. El característico olor se extendió enseguida por el ambiente, peleándose las estilosas volutas de humo blanquecino con los efluvios de la masacre impaciente del interior de la cochiquera.

Con su tan especial modelo de antorcha se adentró en la gorrinera tarareando extrañas tonadas, moviendo las ramitas en patrones espirales con su mano izquierda mientras mantenía la diestra apoyada en la pared, caminando como si fuese un invidente que desconociese el interior del lugar y precisase ubicar los extremos del mismo para evitar desnucarse en un escalón imprevisto. Apenas terminó de recorrer la pequeña estancia las bailarinas llamas que consumían el matojo llegaron a las puntas de sus dedos, aguantó el calor tanto como le fue posible y depositó los restos carbonizados, ya casi abandonados por el fuego, encima de uno de los pedazos de carne de cerdo que aparecían esparcidos por todo el interior. Allí, apoyado sobre el extremo de un pernil coronado por los elipsoides del hueso limpio, adornados estos, en una combinación plateresca, por jirones de carne y gotas de sangre, se fue apagando con un siseo deslucido.

Antes de ponerse de nuevo en movimiento se agachó para coger un puñado de paja, pringado de sangre y excrementos, del lecho de los gorrinos, una extraña y sádica ironía en virtud del ramo de novia que nunca llegó a lucir.

Mientras salía de aquel lugar que ella misma había calificado de maldito todos la observaban, su silueta se recortaba contra la claridad del exterior, su sombra se fundía en la penumbra del interior. Intriga, temor, respeto, alivio, esperanza, e incluso el viejo, simple y sencillo miedo, de entre todos ellos se hubiese podido elegir para decidirse por entre las emociones que los rostros de los lugareños dejaban translucir a través de sus expresiones. Una vez fuera caminó con la pesadez del marino que regresa a puerto hacia el banco de piedra donde se había sentado Mariana, cuando se hubo acomodado, dejó el morral a su lado, de modo que quedó entre las dos mujeres, y lo abrió. De su interior, abarrotado de una infinidad indefinible, extrajo un pliego curtido de piel de cordero lechal de no más de un *furco* por cada lado y un cilindro basto hecho con blanca corteza de abedul coronado por sencillos topes de corcho sin

curar, de menos de un palmo de largo. Los dejó a un lado y se hizo con un pequeño tintero de burda cerámica mal cocida que tenía rota una de sus esquinas.

Eligió entonces uno de los tallos secos que se había traído consigo desde la zahúrda, el más entero y limpio de entre todos ellos y desechó los demás tirándolos al suelo. Con el filo de una pequeña navaja que sacó de uno de los bolsillos de su vestido de burato negro le hizo un corte sesgado, con un ángulo pronunciado. Tras apoyar el extremo tajado en la superficie de piedra del banco practicó con la precisión de un cirujano maniático durante una amputación un corte longitudinal por la cara más larga del extremo tallado de la paja.

Mariana la observaba atentamente, el sacerdote murmuraba en voz baja, para sí mismo, mientras negaba una y otra vez con enérgicos movimiento de su cabeza, haciendo temblar cómicamente su pronunciada papada. El resto, embobado, simplemente miraba.

Tras quitar el tapón mojó el tallo, por el extremo recién labrado, en la tinta y garabateó algo en la piel de cordero usando aquel como si de una pluma se tratase; una frase o sentencia que la viuda *da Cruz* no pudo entender pues no sabía leer, y para aquellos, pocos, de entre el resto de lugareños que no eran analfabetos la distancia cubrió aquello que la tinta de la bruja dejó tras de sí sobre el cuero.

Mientras aguardaba a que lo escrito secase pidió un clavo de hierro en voz alta sin dirigirse a nadie en particular, por lo que, en un principio no hubo quien reaccionase para cumplir con su petición. Fue sólo tras unos instantes de abstracción cuando el propio Pepe *do Santo* saltó como el muelle de una trampa para ratones y se dirigió al interior de la casa para traerle a la bruja lo que había requerido.

En tanto el labriego no regresaba con su encargo la *meiga* terminó con los preparativos ante los ojos fijos de toda la concurrencia.

En primer lugar enrolló con sumo cuidado el trozo de cuero de cordero lechal que acababa de garabatear, de modo tal que una vez terminó era poco más que un cigarro de un color similar al de los huesos viejos de las tumbas recién abiertas. Lo tomó en ambas manos y tensó la piel cuanto pudo para que se adaptase a la forma que ella pretendía, una vez estuvo satisfecha lo introdujo en el cilindro manufacturado en carcasa de abedul y se preocupó de que los cierres de corteza de alcornoque quedasen bien embutidos. A continuación se levantó y se dirigió de nuevo a la gorrinera, desviándose primero para recoger una de las piedras sueltas del muro que rodeaba el grupo de casas de *do Santo, Corredoira, da Cruz,* un canto de granito del tamaño de un puño.

Casi dos docenas de ojos la seguían.

Una vez frente a la cochiquera dejó el pedrusco y el cilindro junto a la puerta y mientras entraba sacó del zurrón un ovillo de bramante, cuando estuvo dentro desenrolló algo más de un par de varas del cordel, lo cortó con su navaja y tras

guardar de nuevo el ovillo mojó el trozo seccionado en uno de los charcos de sangre de cerdo a medio secar que abundaban a su alrededor, no lo sacó de la pasta coagulada hasta que a lo largo de todas las fibras se distinguía claramente el color del fluido derramado.

Ayudándose con ambas manos arrolló el bramante pringado en torno al cilindro de corteza, en sentido longitudinal, asegurando ambos extremos, tensando tanto las sucias fibras vegetales que macabras perlas carmesí se escurrían entre sus nudillos, terminó con dos nudos dobles justo a tiempo para tender su palma ensangrentada al clavo que el arredrado labriego le ofrecía bajo el quicio de la gorrinera.

Tomó el pedrusco con la diestra y abrió la puerta hasta la máxima extensión que le permitieron las caseras bisagras de alambre oxidado, no más tecnológicamente avanzadas que un simple juego de anillas mal cerradas, ahora, el entablado de maderos de la puerta se apoyaba contra la pared. Haciendo presión con uno de sus pies para asegurar la puerta en una posición fija apoyó el cilindro envuelto en bramante contra la parte superior con el dorso de su mano izquierda, manteniendo, con el índice y el pulgar, el clavo de hierro apoyado en el centro aproximado del paquete. Tras echar la cabeza hacia atrás y detenerse un momento para considerar la conveniencia de la posición del cilindro descargó un fuerte golpe con el canto de granito sobre la cabeza de la punta, esta se hundió fácilmente a través de la corteza de abedul y la piel de cordero, achatando el cilindro en su parte media, y el final aguzado se detuvo apenas haciendo presión sobre los tablones ahumados de la puerta.

Empezó a tararear de nuevo, dejando escapar a través de sus fosas nasales un canturreo sincopado.

Descargó no menos de una docena de golpes más, las chispas se desprendían entre la superficie del granito y la cabeza plana del clavo con cada impacto. No cejó en su empeño hasta que el pedrusco se partió.

Miró su obra satisfecha y abrió su mano, ahora cubierta la sangre reseca por una película de fino polvo de la piedra, dejando sus dedos colgar laxamente. El canto, roto en tres irregulares pedazos cayó al suelo, ella escupió encima para ahuyentar la mala suerte y se llevó la mano a la entrepierna para reforzar la voluntad de alejar a los perversos hados de la fortuna.

El cilindro, algo deformado en su zona media y con algunas de las vueltas de bramante un tanto destensadas, se mantenía estable en la parte superior de la puerta, del lado interior. Su conjuro quedaba de ese modo preso al lugar maldecido y evitaría así cualquier mal futuro; había sido dispuesto de forma similar a como los judíos ortodoxos lo hacen con un fragmento de las sagradas escrituras en los dinteles de entrada de sus casas, *Maruxa* no lo sabía, pero esa era una tradición casi tan antigua como el hombre.

Claro que, a ella, no la habían movido motivos religiosos para hacer tal cosa, sino

la intención de convencer a los presentes de que a partir de ese momento la cochiquera de la familia *do Santo* no volvería a sufrir nunca más por la muerte de sus gorrinos a manos (¿garras?, ¿dientes?) del mal que había sido liberado.

Y también, por qué no, para convencerse a sí misma. Aunque jamás lo hubiese reconocido, ella deseaba creer que con el conjuro encerrado en el *talexo* la nueva noche pondría el punto final al horror desatado; también en eso se equivocó, aunque habrían de pasar muchos, muchos años para conocer el final.

El mal, como la mentira, es eterno y, además, tiene la insidiosa cualidad de convertirse en un parásito de sí mismo. Ella lo sabía, pero prefirió ignorarlo y dejarse llevar por la credulidad, era lo que más convenía.

El tiempo traería la razón, por desgracia, su compañera sería la muerte.

De entre todos los allí congregados, sin duda, Mariana *da Cruz* parecía la más convencida de la bondad de las acciones de la *meiga*. La miraba con un aire de infinito agradecimiento. Probablemente porque a su edad, era la que tenía las leyendas y el miedo más arraigados dentro de sí.

Probablemente.

—Ea, escuchadme bien —y se arrepintió al instante de haber caído en el uso de la muletilla de la que tanto había abusado Berta—, prestad atención. Con este *meigallo* ya nunca volverá a sucederse mal ninguno en este lugar, con el romero ha sido limpiado y con la tinta ha sido marcado… —Apretaba sus puños con fuerza mientras hablaba—. Sólo hay una cosa que en vuestras manos queda… ¡Nunca!, ¡jamás!, ¡bajo ningún concepto, pase lo que pase, suceda lo que suceda!… ¡Nunca, nunca, nunca! —sus ojos encendidos refulgían gravando las palabras de una intensidad difícil de describir—, venga lo que haya de venir, traigan los años lo que hayan de traer, nunca, nunca debe abrirse el *talexo*, ¿entendéis? Nunca, no se os ocurra, por mucho tiempo que pase. Debéis decírselo a vuestros hijos, a vuestros nietos —silabeaba cada palabra enfatizando una y otra vez la negación temporal—, ¿entendéis?, ¡nunca!

Todos la miraban mostrando en sus rostros distintos grados de temor, incluso el sacerdote. La vehemencia, casi fiereza del discurso, más aún, de la expresión de la *meiga*, no parecía dejar lugar alguno para sembrar dudas respecto a la veracidad de sus afirmaciones.

El Padre Bernardino se sentía perdido, hacía ya un tiempo que su fe reverberaba en el calor desértico del espejismo de un sediento, las palabras de la bruja estaban calando tan hondo en su ser que se asustó de sus propios pensamientos.

(*… Entonces vi otra bestia, surgiendo de la tierra. Tenía dos cuernos como un carnero, pero su voz sonaba como la de un dragón*…).

Se reprendió a sí mismo. Intentaba mantener su mente despejada y dilucidar cual sería el mejor modo de conducir todo aquello.

(Déjalo, déjalo, no importa).

(Ahora mismo nada puedo hacer y tengo que dejar que estos pobres desgraciados se ceben de su ignorancia. Tengo que buscar el modo de traerlos al redil y que olviden todo esto. Tengo que hacer que comprendan…).

Y, sus razonamientos se interrumpieron tan bruscamente como la vida del insecto aplastado bajo la suela de cuero gastada y agujereada del zapato viejo de un vagabundo trotamundos. Ella lo miraba.

Él se asustó.

Mariana sonreía mostrando sus escasos dientes amarillos.

Pepe cogía con fuerza la mano de Luisa, sus nudillos aparecían blancos.

Domingo miraba al suelo sin atreverse a levantar los ojos, intimidado.

Todos ellos se mostraban inquietos, con los estómagos atenazados por el temor, con el acervo de sus creencias rebullendo en su interior. Se agitaban como lo hacen en la brisa de las mañanas frías los pétalos secos y marchitos de las flores abandonadas en las hornacinas del borde de una lápida escondida en la esquina norte de un cementerio desahuciado.

*Maruxa* los miró a todos, percibió lo que deseaba y tras tomar aire sentenció como el ángel apocalíptico de una profecía inconclusa.

—Aún queda mucho por hacer, pues son muchos más los males que os amenazan —se detuvo un instante par dejarles asimilar la última afirmación—. Sin embargo, no debéis olvidaros de esto que os digo jamás. Por mucho tiempo que pase, ¡nunca!, ¡nadie!, pase lo que pase, debe abrir el *talexo,* nunca. Si lo abre y, peor aún, si llega a ver lo que ahora guarda el cuero virgen del cordero, que Dios y todos los Santos os libren de semejante mal, si eso llega a suceder el mal renacerá de sus cenizas para traeros el dolor más inhumano, el horror más terrible y la muerte más sangrienta que podáis imaginar. Jamás permitáis que el secreto que guarda el abedul sea conocido, ¡jamás!

Casi sin resuello se tomó un instante para recuperar aire.

Dejó el rostro caer sobre el pecho y vio sus manos manchadas de la sangre seca de los cerdos.

Y, recordó de nuevo aquella lluviosa mañana de primavera en la que de una vez por todas se había librado de aquella malnacida mentirosa que le había robado sus esperanzas. A su mente acudieron las imágenes de aquel macabro engendro riéndose, con su boca podrida abierta y su aliento fétido cubriendo el aire de pestilencia.

Cuanto placer había sentido al verla patalear renegando.

El río siempre había sido su único amigo y en él buscaba consuelo. No tenía mucho más que hacer, sabía de sobra que no encontraría a nadie con quien compartir sus azorados sentimientos.

No era más que un triste velero desvencijado, con el aparejo hecho añicos por la tormenta pasada en la noche, a merced de la corriente y presa fácil para los bajíos cercanos. Disfrutando, por unos patéticos y tétricos instantes, de la libertad ganada tras la galerna, mientras la condena sentenciada por la tempestad no se asienta en las conciencias de la tripulación.

La echaba tanto de menos, tanto.

Hasta el último de los recodos de su cuerpo se lamentaba, con un sordo dolor que iba mucho más allá que cualquiera de las molestias de su enfermedad. Era el sufrimiento de aquel que no sólo va dejando un reguero de pedazos de corazón tras de sí, sino de aquel que sabe que a su espalda los cuervos van recorriendo el mismo sendero, aprovechándose de los trozos sangrantes que van quedando a su estela, negándole toda posibilidad de desandar el trayecto sin perderse. Habían pasado ya doce años, pero el tiempo no había servido de nada. Esa era otra de las grandes mentiras que los hombres inventan en su desdicha.

No podía evitarlo, su alma envejecida la añoraba y, en su presente, dada la situación y las raíces de la dolencia que anidaban en su interior el sentimiento era aún más intenso.

Como en tantas otras ocasiones deseó estar muerto, librarse de una vida de la que ya no esperaba nada, más aún, de la que ya no quería nada.

Quiso evitarse el seguir vagando sin más aliciente que la siguiente trucha prendida en el anzuelo o el próximo salto de los salmones sobre la presa de su querida aceña.

Una acerba amargura de pelágicos azules ascendió desde las profundas fosas de su columna, deteniéndose en cada par nervioso para extenderse por todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo, al compás de unos latidos que sonaban a cascajo y de las inspiraciones de unos pulmones que al inflarse recordaban al murmullo de las pisadas de las comadrejas en la hojarasca seca del otoño temprano. Por su torrente sanguíneo fluían pequeños cristales de corrosivo ácido que iban quemándole las entrañas con el odio de un animal apaleado por un amo cruel e insensible. Su dolor dibujaba para él las facciones amadas, las curvas del cuerpo recordado y, sobre todo, traía con la brisa el sonido de las sonrisas, el ritmo cantarín de las frases cariñosas y el aroma sencillo del pelo recién lavado y trenzado.

Quizá porque no tenía mucho más que hacer o quizá, precisamente, porque hacía ya mucho que no había vuelto a hacerlo, quizá. O simplemente porque en su alma apareció una nueva grieta sinuosa que rezumó una espesa pasta biliosa y amarga que le produjo arcadas.

Sea como fuere, lloró.

Y era un llanto pausado y desesperado. El verdadero llanto testigo del dolor. Ese que sólo se presenta para ratificar lo que uno ha querido negar mil y una veces. El llanto consciente que asciende poco a poco desde el sótano del pecho para inundar el dormitorio.

Lo cierto es que, incomprensiblemente, su amor, en lugar de haberle hecho el favor de desaparecer, había ido creciendo cada día, inclemente y despiadado, con un desprecio manifiesto por el padecimiento implícito.

Del mismo modo que el odio de *Maruxiña da Comba*.

En ambos casos esquejes malditos de espinosas zarzas ponzoñosas que se clavaban en sus almas con la fiereza de los depredadores de la noche.

Lloró, y sus amargas lágrimas rodaron por sus mejillas inflándose más y más con las desgracias del hombre, porque enseguida llegaban nuevas compañeras corriendo ladera abajo.

Pero, él no era el único que lloraba.

Lolo también lo hacía.

El recuerdo del pasado y el hecho del presente definían el rumbo del siniestro planeo del dolor que se abatía sobre el pueblo como las rapaces noctámbulas sobre los roedores. La vieja de la guadaña sonreía con un gesto esquizofrénico y enfermizo, feliz ante tanto sufrimiento, imbuida por las inmensas alegrías que aún estaban por llegar, complacida por lo que sabía.

Las bestias se movían por los bosques elevando sutiles susurros.

La tarde nacía con la calma impasible del que es ajeno por completo a los acontecimientos.

El labriego arrastraba los pies por los caminos del norte del pueblo; venciendo los retortijones y el temblor de sus extremidades, los nervios atenazados por cables de acero y el cerebro torturado por la visión de aquello que el camino había dejado atrás hacía unos pocos pasos, con el único deseo de llegar hasta el *pazo* y pedir ayuda. Alimentado de esa irracionalidad propia de los que acaban de sufrir un duro golpe, intentando convencerse de que el tan poderoso Don Ezequiel aportaría alguna solución al trivial problema, a su entender estaba obligado a hacerlo teniendo en cuenta que el menor de sus hijos yacía despedazado, con las tripas fuera y los testículos arrancados, en un recodo del trillo que conducía hasta la propiedad del hacendado.

La distancia del camino aumentaba indefinidamente en una perversa progresión cuyo límite no era otro que el infinito inabarcable de la incomprensión, cada paso era un abismo que debía ser salvado y cada uno de esos barrancos lo miraba con la frialdad de las noches de helada.

Cuando llegó ante el portón del *pazo* ni siquiera supo porqué estaba allí, su mente

trastornada divagaba sin destino fijado.

Cuando Don Ezequiel, avisado por el sorprendido sirviente que abrió el portalón, se presentó ante él en el patio interior, luciendo un evidente malhumor por haber sido molestado por un simple campesino, se había olvidado del motivo que lo había llevado hasta allí, su mente negaba una y otra vez aquello que prefería no tener que recordar, mostrando con evidente placer la debilidad humana.

El hacendado lo miraba mostrando un vehemente disgusto petulante, entendiendo que aquel don nadie no tenía derecho a molestarle de modo semejante, sin embargo, su arrogancia no duró mucho.

En un principio no quiso creerle, su cerebro se inventó mil razones para argüir en contra de lo que aquel simple campesino le decía entre paupérrimos balbuceos. Para el acomodado Ezequiel la tesis propuesta era errónea, sencillamente, su hijo menor no podía estar muerto, y mucho menos podía su sangre derramada encharcarse con la de una lechera sin dote o futuro, aquello no era propio de un Lema. Sin embargo, Lolo repetía una y otra vez las mismas palabras de muerte y angustia, insistía sobre ello con un tesón espartano, lo único que rompía la monotonía de la perorata eran los incontables sonidos arrítmicos que el destrozado labriego emitía al sorberse los mocos.

Ezequiel, Don Ezequiel, alzaba la voz negando una y otra vez las palabras del atribulado labrador, rechazando sus argumentos del mismo modo que hubiese apartado molestos mosquitos a manotazos en una noche calurosa de verano.

Sabía bien que a su benjamín le gustaba aquella muchacha, lo había notado y lo aprobaba sin restricción alguna, más aún, esperaba que disfrutase de ella (que la poseyera y le demostrase la hombría de la familia), se lo merecía, era su hijo, pero, bajo ningún concepto iba a permitir que las vidas de ambos jóvenes se viesen ligadas por acontecimiento más importante que una velada de lujuria impía en el pajar. No, aquello era totalmente imposible.

Entre ellos no debería existir más relación que la de un pegote de esperma en el vello púbico de la lechera.

Claro está, se equivocaba en todos los aspectos, pero, jamás lo admitiría, entre otras cosas porque tampoco le quedaba mucho tiempo.

Lolo insistía.

Ezequiel lo negaba.

Al final, hubo de claudicar.

Las lágrimas del campesino sólo podían evidenciar dos cosas, según el dueño del *pazo*, o bien aquel desgraciado se había vuelto loco, o bien cuanto decía era cierto; y a pesar de que su fe no iba más allá de la intención de guardar las apariencias durante las misas dominicales rogó al cielo con fervorosa devoción porque fuese cierta la primera de las opciones e incierta la segunda.

Tras un sinfín de dudas se decidió por mandar ensillar dos caballos, el nieto del magnífico isabelo que aquella desgraciada le había robado hacía ya tantos años para él y un manso trotón bayo y castrado que solía usarse para ayudar en las tareas del campo para que lo montase el labriego.

Cuando se pusieron en camino todavía renegaba, llegó a pensar que todo aquello era un simple despropósito.

Luego llegó el llanto y la desesperación.

Entonces lo hizo el ansia de venganza, arropada por el odio.

Pisaban la tierra manchada de bermellón y por unos instantes los zuecos de uno y las primorosas botas de cuero del otro fueron igual de cómodos, las riquezas y las tierras no marcaron diferencia entre los dos hombres. Para la muerte aquellas trivialidades no eran importantes y al darse cuenta de ello los dos debieron enfrentarse a la cruda realidad con el dolor horadando su alma con la furia de un judío polaco preso en un campo de concentración nazi que excava un túnel en un desesperado intento de fuga.

Ninguno de los dos reaccionaba, en cierto sentido, para ambos, lo que estuviese por llegar no tendría peso alguno en sus vidas; cortas en todo caso, muy cortas.

La ironía, complacida, vanidosa en su máxima expresión, tomó cuerpo ante los padrinos de unas fútiles bodas de sangre, riéndose cruelmente de los sueños del labriego, desprestigiando con arrogancia las presunciones del hacendado.

Tras un buen rato, cuando al fin el sabor amargo del odio se instaló en el paladar de Ezequiel este le ordenó a Lolo que se dirigiese a buscar a la Guardia Civil mientras él bajaba al pueblo para hablar con los lugareños e intentar averiguar si alguien sabía algo, si por alguna casualidad podían explicarle lo sucedido.

Tomaron sentidos opuestos, sin siquiera despedirse, probablemente porque no era el momento de hacerlo, quizá porque para Ezequiel el protocolo no tenía sentido enfrente de un simple labriego, seguramente porque no tenía importancia.

El magnífico animal tomó el galope agradecido y aunque su dueño montaba con la gracia de un saco de patatas viejas la habilidad y porte naturales del semental compensaba la ineptitud del jinete. Cuando llegó el momento de elegir camino se dirigió al pueblo, tal y como le había dicho a Lolo, porque no estaba dispuesto a decirle nada a su esposa hasta no saber algo más de lo sucedido y no tanto porque albergase esperanzas con respecto a lo que los lugareños pudiesen aclararle, sino más bien porque deseaba evitar a toda costa la más que presumible pataleta llorosa de su mujer (no le gustaba y nunca le había gustado, en realidad la odiaba, pero, había sido un buen partido, elegido por su padre, Don Heladio. No le había quedado más remedio que aceptar, además cuando quería carne joven se iba de putas a la capital; con dinero en el bolsillo uno siempre podía encontrar lo que buscaba en la calle de la Tinería, por ende, aquella maldita puritana nunca hubiese accedido a colmar sus

vicios y extravagantes deseos sexuales).

Entró desde el noroeste, encontrando el camino principal desde un subsidiario que llegaba de entre los bosques, ramal a su vez del sendero que conducía al *pazo*. El no ver actividad en las huertas tras las casas y la falta de gente le extrañó, el oír su voz lo asombró.

—…Jamás permitáis que el secreto que guarda el abedul sea conocido, ¡jamás!

Habían pasado muchos años, pero la reconoció al instante. A su modo, desde el rincón egoísta de su orgullo masculino no la había olvidado, era un trofeo más en su hombría, una egoísta muesca más en su cinturón, además, ella sí había accedido a ser presa de sus vicios y eso, recuerdo tan suculento, no se olvidaba.

Cuando alcanzó a verla se sorprendió por lo envejecida que estaba.

Su antigua amante estaba de pie frente a la puerta de la cochiquera de la familia *do Santo*, con la cabeza gacha, mirándose las manos abstraída, ajena a la congregación de parroquianos que mantenían los ojos fijos en ella.

El sacerdote se mantenía un poco más alejado con los brazos cruzados sobre su abultada barriga, seguía negando una y otra vez con pesados gestos de su cabeza, su papada continuaba marcando el ritmo al modo de un metrónomo estropeado, con la grasa retemblando a coro.

Ezequiel detuvo al animal y se dispuso a desmontar, por lo que parecía había muchas cosas que aclarar.

Ella lo vio.

Por sus ojos cruzó una chispa de reflejos mates que anunciaba lo que estaba por venir.

Los lugareños, ante el gesto de la mujer, se giraron a tiempo para ver como el hacendado desmontaba.

Para todos ellos, excepto, quizá, para la *meiga*, la presencia del dueño del *pazo* era motivo de asombro, pues, en buena lógica el hombre más importante de los alrededores no iba a molestarse por las desdichas que pudiesen padecer, de hecho, como muchos habían constatado durante la ceremonia del anterior domingo el hacendado no había aportado capital alguno a la colecta realizada. Por tanto la aparición del acaudalado parroquiano causó un cierto revuelo en el que las distintas miradas plantearon infinidad de mudas preguntas. Obviamente, ante tales expresiones, a Ezequiel no le costó deducir que entre todos ellos no había quien supiese sobre la muerte del menor de sus hijos.

*Maruxa* permitió que los segundos se escurriesen mientras elucubraba sobre la llegada del hombre al que había amado tantos años atrás.

La noche aún estaba lejos, fuera del alcance del horizonte y aquello trastocaba un tanto el plan trazado, sin embargo, sabía que disponía de tiempo. Por el momento, lo apremiante era terminar de aclararles a todos los presentes ese preciso punto.

Sin importarle la suciedad de sus manos se llevó los dedos anular e índice de su mano izquierda a los labios y dejó escapar un largo silbido. Al momento todos se volvieron de nuevo hacia ella, recuperando la compostura y dispuestos a continuar escuchándola.

—¿Lo habéis entendido? —preguntó retóricamente, sin aguardar una respuesta antes de continuar—. Ea, aún queda mucho por hacer y la traba del *talexo* de nada sirve hasta que llegue el amanecer de mañana, así…

Continuó hablando, aunque, en su mente las inquietudes que danzaban eran otras.

A Lolo le llegó, amortiguado por los bosques, el sonido agudo y prolongado del silbido, si bien, no se preguntó el cómo o el porqué, tenía demasiadas cosas rebullendo en su cabeza.

Montaba un animal manso y tranquilo y su escasa experiencia como jinete coartaba su impaciencia por llegar, no se atrevía a apurar al trotón a un poco más que curioso paso rápido que hacía que sus lágrimas saltasen en todas direcciones.

Su montura también lo oyó. Levantó su enorme cabezota y sus orejas se echaron hacia atrás, prestando atención.

Sin embargo, el animal sí pareció cuestionarse la procedencia del sonido o al menos algo, fuera lo que fuese, se cuestionó, pues piafó incómodo haciendo repiquetear sus manos en una enredosa ruptura del ágil paso que había estado llevando.

El campesino le echó instintivamente la mano al cuello y lo palmeó cariñosamente para tranquilizarlo. Sin embargo, desde la silla, Lolo no llegó a ver los grandes ojos castaños del animal, rebullían en sus órbitas, inquietos, incapaces de encontrar acomodo.

Si hubiese sido un mejor jinete, o al menos hubiese tenido más experiencia, el campesino se hubiese percatado de que las nerviosas reacciones del animal nada tenían que ver con el silbido que la lejanía había traído, la causa estaba mucho más cerca, hinchando el aire de una pestilencia marchita.

Y se acercaba con rapidez, inexorable como la muerte.

Las ramas se vencían a su paso y los trancos se alargaban impacientes, el labriego tendría al menos un vago consuelo, su fe proclamaba que pronto volvería a ver a su hija, finalmente su visita al *pazo* había servido para resolver el trivial problema.

No mucho más allá en el camino, en el momento en el que Lolo se preguntaba cuánto tiempo tardaría en llegar al puesto de la Guardia Civil, su montura avivó el paso de un modo exagerado, perdiendo la sincronización de sus manos en un desastroso aire de *passage* que hubiese sido malamente puntuado por cualquier juez de doma clásica. Intentó calmarlo, pero de nada sirvió, antes de que pudiese reaccionar el caballo se había echado al galope con la brusquedad del disparo de un mosquetón y él dio con sus costillas en el suelo.

Mientras se frotaba los lumbares con ambas manos intentando calmar el dolor pudo ver como el animal se alejaba relinchando, alzando las pezuñas y levantando la cabeza con gestos convulsos. No se dio cuenta de que aparte del rumor de los cascos en la lejanía el aire se disolvía también con un susurro sordo que se aproximaba.

Una peste a putrefacción se alzó ansiosa robándole protagonismo al melífero aroma de las flores de primavera, sin embargo el labriego no lo advirtió, su lloro había embotado sus narices. Allí, de pie y con cara de circunstancias, adornadas las mejillas por los regueros de sus llantos y preguntándose qué hacer estaba tan abstraído que no lo advirtió.

Algo oscuro y maldito salió del bosque con la velocidad de un relámpago en una noche de tormenta estival, sólo que en lugar de iluminar la oscuridad de la madrugada por un bello segundo robó la luz por una eternidad con su pelambrera hirsuta y cenicienta rasgando el aire.

El pobre desgraciado ni se enteró, cuando se quiso dar cuenta una bestia demoníaca le había abierto el pecho y destrozaba sus pulmones con la gula insana del adicto.

A los sonidos del bosque se añadieron el crujir de huesos, el rasgarse de la carne y los gritos inacabados de una garganta que se ahogaba en su propia sangre.

Allí, en el borde de un camino perdido en las montañas del norte, escondido entre los bosques centenarios donde los druidas celtas buscaban sus remedios, apartado del mundo y el tiempo, ajeno al devenir del falso destino; allí la muerte rio con el entusiasmo de un niño que despierta alborozado el primer día de vacaciones.

Allí, la misma tierra oscura y fértil que había bebido insaciablemente la sangre de la hija se alimentó codiciosa de la sangre del padre.

—¡El molinero! —gritó Mariana—, ha de ser cosa del molinero, seguro.

Y todos, a excepción de Ezequiel, se volvieron hacia ella, que continuaba sentada en el banco corrido de piedra de la fachada de la casa *do Santo*, fijando sus ojos clareados por la edad en los presentes del modo que debió hacerlo Pirro ante sus menguadas tropas tras la escéptica victoria de la batalla de Ausculum.

Al hacendado se le habían saltado las lágrimas mientras contaba lo que había visto en el camino y ahora, la vergüenza mantenía su cabeza gacha; en un principio, las elucubraciones de la viuda le resultaron indiferentes.

*Maruxa*, tras haber terminado con sus explicaciones había escuchado atentamente la historia del que había sido su amante sin dejar ver al que había sido su público reacción alguna al respecto, ahora observaba los rostros asombrados de los lugareños analizando sus reacciones e intentando averiguar a dónde conducirían las palabras de la rancia Mariana.

El Padre Bernardino, primero aterrorizado por las palabras del potentado, después escandalizado por la acusación de la viuda, quiso abrir la boca para protestar pero la vieja se le adelantó.

—*Antoniña* era la moza más linda del lugar —tronó la voz de la enjuta anciana, con un vigor impropio para su edad—, bien lo sabéis, y a él no se le conoce mujer desde que quedó viudo —midió la pausa para permitir que las palabras calasen—. Seguro que andaba tras las tornas de la muchacha, no hay duda, y ella se negó, porque ella era una buena cristiana y sabía que estaba mal, él es mucho mayor…

—Pero, pero… ¡Mariana!, ¡por el amor del cielo! —interrumpió el atribulado sacerdote—, ¿cómo se te ocurre…?

—Déjela hablar —le impidió terminar una masculina voz anónima en tono irreverente—, *máis sabe o demo por vello que por demo*.

Al clérigo la expresión lo traicionó, nunca se hubiese imaginado que sus parroquianos pudiesen reaccionar de ese modo. Sabía de sobra lo influenciable de sus mentes, de hecho, su trabajo era ser conocedor de ese hecho concreto, pero a pesar de todo, jamás se hubiese esperado algo semejante. Giraba su cabeza de un lado a otro, buscando con expresión de cordero degollado ayuda entre los presentes, pero, todos rehuían su mirada; la lógica se había escabullido por el sumidero del patio de atrás y poco se podía hacer. Se sintió tremendamente impotente, incluso vulnerable.

La bruja observó complacida como la anciana se retrepaba orgullosa en su asiento, animada por el apoyo que había surgido de entre los lugareños y por la evidente falta de convicción del cura. Todo aquello le resultaba muy ameno, de hecho hacía mucho que no se divertía tanto, probablemente desde aquella lluviosa mañana de primavera, hacía ya dos años.

Y sus pensamientos, empecinados ese día en el recuerdo, viajaron de nuevo al pasado, interpolando aquella noche de invierno, en el frío de la nieve, y aquella

mañana de primavera, en la humedad de la lluvia.

Cuando había terminado de frotar con la solución de menta triturada las cascadas articulaciones de su maestra el día se había presentado a sí mismo con la aburrida monotonía cotidiana que tanto había amargado su existencia, sin embargo, todo había cambiado muy rápidamente, aquella mañana los acontecimientos se habían precipitado tan rápido que ni siquiera había tenido tiempo para que sus sentimientos se adaptasen. El paso de la angustia al rencor, de este al odio, de ahí a la felicidad y por fin al sosiego había sido tan rápido que, de hecho, nunca lograría establecer una cronología exacta a pesar de tanto como llegaría a reflexionar sobre ello, aunque, hubo algo de lo que nunca dudó; de todo cuanto, en tan breve instante, llegó a comprender.

Berta se revolvía inquieta con los escasos y rígidos ademanes que sus quebradizos huesos le permitían. Hilos de baba reluciente decoraban los surcos de su arrugada barbilla con brillos translúcidos que dibujaban patrones al modo de delicadas puntillas de encaje de bolillos. En el aire el metálico aroma de la menta luchaba denodadamente por predominar sobre la pestilencia de su aliento podrido.

*Maruxa*, mientras atendía la lumbre para prepararse su propio desayuno, la contemplaba con un pequeño ápice de miseria coronando un estrambótico rencor compasivo que miraba desde la distancia al odio profundo que la aprendiza guardaba escondido en el fondo de su alma; esa clase de odio acérrimo que sólo logran los cobardes, aquel que se alimenta no sólo de sí mismo sino también de las debilidades de quien lo acepta como huésped.

De lo bucólico y aséptico de la escena, a primera vista, lo que más hubiese asombrado al eventual observador de la costumbrista imagen hubiesen sido los ojos encendidos de *Maruxa*, llenos en su pardo oscuro de la discreta intensidad anaranjada de las llamas.

Un currusco de pan añejo se tostaba al amor de la lumbre, un par de azulados huevos robados al nido bajo un cepellón de un petirrojo se hacían en agua hirviendo. La hoguera crepitaba, el agua borboteaba y aquel rancio deshecho pestilente balbucía ininteligibles palabras en esa somnolencia demente en la que pasaba la mayor parte del día, pues la senilidad, casi incluso se podría decir la locura, habían ya mellado su mente con el mismo amor del labriego al arar la tierra.

Las palabras surgieron como el tímido bisbiseo del peliagudo cortejo de dos alacranes, reptando a través de su garganta como sale una víbora de su escondite invernal, aterida por el frío, adormilada, lenta y torpemente, presa fácil del avispada águila culebrera. Lo cierto es que, más que la intención, fue un despiste en el cual sus pensamientos se volvieron, de algún modo, corpóreos en virtud de las palabras.

—¿Por qué no te mueres de una puta vez? —Tan leve como el murmullo de los pasos de un lobo agazapado tendiendo una emboscada.

Lo escaso del atrevimiento (imponderable para ella) se revolvió raudo buscando clavar sus colmillos ponzoñosos en las muñecas de la *meiga*.

Se asustó.

Y sus sentimientos se arremolinaron en un aparente caos en el que el único patrón era el desorden mismo.

La pregunta formulada se debatía en el temblor tenso de sus tímpanos haciendo vibrar sus emociones al ritmo de algún extraño canto de ceremonia satánica.

Sí, se amedrentó, sin embargo, ahora que por fin había conseguido soltarlo se sintió, al menos en cierto sentido, aliviada, aunque de un modo incoherente como si la cura para su estreñimiento hubiese sido una diarrea.

Toda ella era un revoltijo y el impulso no se detuvo ante sus dudas, cobrando identidad propia.

—¿Por qué no te mueres de una puta vez? —Con cada sílaba el tono se fue elevando hasta llegar al de una jovial (e incongruente) conversación.

Y, se sintió reafirmada por alguna extraña intención que desconocía. De su estómago fluía un ácido reflujo que quemaba el esófago, rasgándolo con zarpas impregnadas de odio.

—¡Sí!, ¡sí!… ¿Por qué no te mueres de una puta vez?, ¿eh? —La última interjección saltó de sus labios como lo haría una rana arrojada a un perol de aceite hirviendo.

La euforia, la histeria, quién sabe el qué o el cómo. El odio se liberó como bestia indomable que era, furioso por el prolongado encierro, bramando en busca de venganza.

—¿Eh?, ¿por qué no te mueres ya?, ¡maldito engendro apestoso!, ¿por qué me haces esto?, ¿eh?…

Su voz se había alzado hasta el volumen con el que un padre enfadado regañaría a un niño tras una travesura.

Era el barullo arrugado de un pliego de papel basto rechazado por el dibujante tras el primer intento de esbozo; Berta, encogida en una incomprensible postura en su desastrada márfega, parecía no oírla, o, en su caso, no entender que aquellos improperios tuviesen que ver con ella.

—Maldita hija de Satanás, te mereces cuanto sufrimiento padeces, ¡muérete!, ¡muérete de una vez! —su voz temblaba amenazada por el llanto, sus emociones se dispersaban en todas direcciones y junto a la primera lágrima de rabia e impotencia su lengua pastosa se combó para pronunciar una nueva sentencia, apenas audible—. No… No, no y no… Yo no me lo merezco, si alguna vez te debí algo lo he pagado ya con creces. No me lo merezco…

Y los ojos de aquel despojo infrahumano y pestilente se abrieron a la mórbida luz de la choza con una viveza impresa en el azabache manchado de sus iris que parecía

haberse perdido años atrás. Sus costillas, marcadas en su escualidez como las huellas de los carros en los caminos sedientos del verano, se elevaron en un ademán impropio, permitiendo a sus pulmones, yermos desérticos infestados de mil plagas, cobrarse en el aire untado de su propia putridez.

Comenzó sonando como lo hacen las paladas del enterrador en la tierra seca, un cierto amago del crujir de huesos entre los colmillos de un lobo hambriento.

*Maruxa* miraba al fuego, sin darse cuenta de que aquel conjunto informe de pústulas intentaba incorporarse con la gracia impertinente de una sanguijuela reptando por el muslo de una adolescente virgen que se bañase en un recodo del río.

Se elevó para hacerse notar, recordando el rumor de las hojas secas de muérdago que se queman al pronunciar conjuros de amoríos.

*Maruxa* buscaba en su interior el modo de suspender en el borde del risco la avalancha desatada, ansiosa al tiempo por continuar y por detenerse. Queriendo a la vez liberar y coartar aquello que sentía. En una incongruencia casi patológica que le quitaba el aire y le nublaba la mente.

Se formalizó en un tamborileo impropio más cercano al sonido de un sonajero hecho de cascajo que a instrumento de percusión alguno. Si Dios era el todopoderoso creador que había permitido convertirse a aquella mujer en semejante adefesio rancio y cuarteado, entonces, sin duda, no otro sino el mismísimo Satanás inspiró la carcajada. Porque de ese modo resonó, a juego con la rima asonante de la lluvia y a la vez, en un sinsentido en estado puro, con los alejandrinos propios del crepitar del fuego, con un disconforme acento en cada cesura, macabro y sardónico, propia en su cinismo del más orgulloso de los discípulos de Antístenes.

La pirrónica carcajada crujiente sólo se detuvo cuando sobrevino el acceso de tos.

*Maruxa,* incrédula, miraba con furia como a su maestra se le desencajaba la quijada. Y, ese momentáneo alivio y relajo que la materialización de sus sentimientos había traído se tornó de inmediato hacia el odio relegado al trastero.

—*Ea, e logo, ó fin, ó que sintes palabras lle pos* —las sílabas surgieron entre lastimeros jadeos tísicos, su voz rasposa cortaba como un formón sin afilar, el simple tono era insultante por su arrogancia, cuando consiguió acabar la frase volvió a reír.

—¿Por qué…? Dime, ¿por qué no…? —Consiguió articular como única respuesta, sin dejar en claro la razón de la pregunta.

Los ojos de antracita de la vieja bruja, agotados, perdieron esa intensidad ganada momentos antes y recobraron el velo gris de las cataratas que la habían dejado casi ciega en los últimos años. Su apurada respiración entrecortada se calmó con el estrépito inherente de una tormenta de arena y la enervante parsimonia de una mantis religiosa al acecho.

—*E logo, ¿non te decatas*? —Más que una voz humana parecía el ruido de un serrucho tajando un leño.

*Maruxa* no logró entender, probablemente aquel espectro atado a la vida por un fino hilo de cáñamo había interpretado mal su pregunta y contestaba en base a lo que había deseado oír.

Berta intentaba descifrar la expresión del rostro de su discípula, pero la niebla que teñía sus ojos se lo impedía.

La agitación le había provocado un agudo dolor justo sobre los riñones, con seguridad debido a alguna contracción de su frágil diafragma. Aunque en realidad le dolía todo, y estaba cansada, muy cansada. Probablemente por eso permitió que su mente jugase una extraña partida de ajedrez a fin de considerar todos los movimientos posibles.

Tras unos instantes de silencio su mente, en un extraño reservado ajeno a la senilidad, había dilucidado que tal y como estaban dispuestas las piezas el jaque mate estaba asegurado con tal de que moviese con precaución. Y, precisamente por ello, sintió el solaz propio de la maldad de sus intenciones, porque justamente de ese modo le gustaba a ella hacer las cosas, utilizando a los demás, aprovechando las debilidades.

Se sintió feliz, inmensamente feliz. Hubiese reído de nuevo de no temer que las costillas se le quebrasen.

Iba a servirse de su dolor, iba a alargar su penitencia a fin de obtener lo que deseaba.

Iba a aprovecharse una vez más de aquella muchacha enamoradiza que había acudido a verla tantos años atrás.

Todo había salido tal y como lo había previsto y tenía la seguridad de que en ese, el último acto de la función, el argumento se revelaría hacia un final que resultase de su agrado.

El cansancio quedaría atrás como queda un perro faldero abandonado y el dolor se perdería para siempre, se iría burlando al destino por última vez, siendo única dueña y señora de los acontecimientos.

Regresaría a su amada oscuridad con el placer inherente de la certeza en la decisión, sin considerar siquiera el mal que desataría, sin plantearse, ni tan siquiera por un mísero segundo las posibles consecuencias.

(*Ea, que rolen os dados, que están amañados*).

Así que la vieja habló, aunque pronto descubriría que se había olvidado de tener en cuenta un posible movimiento.

—…seguro que ha sido así. La muchacha andaba enamorada de *Alberte*, que era un buen partido —y eso hizo levantar el rostro a Ezequiel, aquella suposición no le había gustado—, y claro, el molinero no ha podido soportarlo y los ha matado a los dos para así…

Y *Maruxa* regresó a su presente.

Aún quedaba mucho por hacer.

A su alrededor, las gentes se santiguaban y murmuraban, todos prestaban atención a las palabras de la anciana. El sacerdote la interrumpió, ella volvió a hablar, otras voces surgieron, cada uno dijo lo que le parecía, unas voces se auxiliaron en las leyendas, otras en la razón y de todo cuanto se decía nada se acercaba a la verdad.

Y *Maruxa* sonrió con un gesto que la hizo parecerse a su maestra.

Cuando las lágrimas se le acabaron se levantó, con los ojos vidriosos y el ánimo quebradizo, y como no supo qué más podía hacer se encaminó hacia un lugar de memorias y recuerdos, ansioso por encontrarse con la paz de tiempos que no quisieron ser olvidados, hacia los restos de la vieja ermita a la orilla del río; para alimentarse una vez más del pasado dichoso.

El molinero descendía la ribera acompañado de la suave corriente de la tabla del río, agazapado su ánimo en la insidiosa abulia de la tristeza.

Se sentó apoyando su espalda en el acanalado tronco del inmenso tejo centenario. El robusto árbol, dueño y señor del lugar desde los tiempos que sí fueron olvidados, empezaba a cubrirse de diminutas, delicadas como figuras de cristal bohemio, y solitarias, melancólicas como el sabor amargo del desamor, flores verdes; testimonio inequívoco de la estación. El molinero las conocía bien, le encantaban por su ínclita debilidad fingida, tan femenina, con la llegada del otoño surgirían de ellas los brillantes y mucilaginosos moquillos rojos de venenosa semilla y jugosa carne carmesí; su copa, densa y tupida, plagada de pequeñas hojas perennes de un opaco esmeraldino e hipnotizador guardó la pena del hombre del sol de la tarde crecida, que brillaba ya hacia el horizonte del oeste.

La vida, en su empeño por ridiculizar los deseos del hombre, se mostraba de nuevo en el esplendor de su ironía, del árbol que tanto amaba el molinero por los recuerdos que su amor había dejado entreverados en las raíces se extraería décadas después uno de los más potentes anticancerígenos conocidos, el taxol.

Precisamente el sagrado tejo que guardaba la ermita y que con tanto mimo había velado por los sueños extenuados de los amantes habría podido (quizá) evitar la muerte de la mujer, sin embargo, el patetismo del destino sólo había concedido al molinero el ingenio para tallar de la rojiza madera un modesto peine, el mismo que había servido para arreglar los cabellos del cadáver que como presente le trajo la viudedad.

La muerte, en pie tras el hombre encogido, apoyado el costado siniestro de su túnica negra en el áspero tronco miraba, por encima del hombro del molinero, como sus manos pálidas y frías temblaban en el hueco del regazo. Se sentía complacida ante semejante dolor, de él se alimentaba y de él dependía, a fin de cuentas, qué es la muerte sino la máxima expresión del más cruel de los parasitismos.

Sí, estaba encantada, y se hubiera demorado allí por un tiempo de no ser porque tenía tareas pendientes que requerían su atención. Lo cierto es que le gustaba el molinero, era duro, de los que saben encajar los golpes, de los que aguantan, y para ella, doblegar el ánimo de ser humano semejante era uno de los mayores placeres imaginables. Pero, debía marcharse.

Luego volvería para pedirle un favor.

Y, al resguardo de la sombra de la única nube que cruzaba el firmamento viajó

hacia el norte, hasta el pueblucho, para echarle una mano a una vieja amiga.

Llegó justo a tiempo para ver como las gentes del lugar se dispersaban, cuchicheando algunas, maldiciendo otras, sin que ninguno de ellos consiguiese poner en claro qué había sucedido o cómo iban a ponerle remedio. Se sentó, haciendo revolear su capa de oscuridad marmórea, al lado de *Mariana da Cruz* (que tanto le había agradecido se hubiese llevado al pusilánime de su marido), en el banco corrido de piedra de la fachada principal de la casa de la familia *do Santo*.

Eran una pareja de viejas chismosas que llevaban mucho tiempo esperándose mutuamente, sin embargo, ese día la muerte no estaba allí como favor a la viuda, tenía otros asuntos más importantes que tratar.

La segadora contempló la discordia y se sintió orgullosa de sus actos.

Entre los parroquianos la cizaña había prendido, tan bien como había sido atendida por la viuda, tan fértiles como eran las mentes de los lugareños.

Voces de toda condición se habían alzado, tanto enardecidas como tímidas. Opiniones hubo tantas como parroquianos, sin embargo, el único que llegó a conclusión alguna fue, precisamente, el único extraño, el desasosiego.

Algunos, sobre todo por hacerse ver con buenos ojos por el hacendado, habían querido secundar a Don Ezequiel en sus ansias de buscar al molinero para cobrarse la vida con la vida y la muerte con la muerte, y es que para el dueño del *pazo* las imprecaciones de Mariana habían calado hondo, ya no tanto por el verdadero sentido o no de las mismas, sino porque, de algún modo, le ofrecían un accesible bálsamo a sus pesares; sólo las candentes protestas del sacerdote habían evitado que la masa se dejase llevar por las acusaciones de la vieja y los deseos de venganza del rico.

Otros, habían procurado mantenerse en una postura más ecuánime, más por vacilación que por voluntad, ansiosos por ver llegar a Lolo Lamas acompañado por una pareja de la Guardia Civil y, de ese modo, que alguien concreto aceptase la responsabilidad. Para estos, su mente ya había jugado con todas sus creencias y las dudas eran tantas y el miedo tan arraigado que no quisieron tomar parte activa en decisión alguna.

Entre los restantes la diversidad de la incoherencia fue la reina de un desordenado y sin concierto patrón.

Nada más podía haberse esperado, al fin y al cabo, la ignorancia era ingente, la nesciencia poderosa y las leyendas latían en el subconsciente marcando sus intenciones. Para todos y cada uno de los lugareños sólo una verdad absoluta y taxativa se desprendía, sin duda, de todo aquello, nunca habían visto nada semejante, pero, habían oído historias; y eso era lo que más les preocupaba.

Como tantas otras veces en la historia de la humanidad la inteligencia del individuo se perdió en la estupidez de la masa.

Las historias, *os contos*, retumbaban en los oscuros rincones de la memoria. Nada

era imposible, el mito se hacía plausible.

…«*E non fora o mesmiño, mesmiño, naquela tenza da Cova da Serpe, foi, foi, que mo dixeron a min, os gochos morrían tódolos domingos, e polas noites non se oía nada de nada, mais os porcos aparecían mortos tódolos domingos antes da misa»; «Boeno e logo, ¿non sabedes o de Varela?, Anxo Varela tívolle que facer unha novena a nai, a viuva do Suso, inda non fai un ano. Si oh, esa que morrera do pulmón cando il era un rapaciño. Si, tívolle que facer unha novena, eche verdad, porque viuna, tal cual e coma era, cando iba por herba seca á palleira e chamóuno polo nome e pediulle polas misas.»; «A mín, cando era un pequeno contárame meu paí o conto dun lobisome na Fonsagrada que tamén comía as mozas, e das rapazas non quedaba máis carne da que leva o caldo de Consuelo, ¡probiñas!»; «E o do vello Martín do Santo que non iba nunca polo cemiterio, ¡nunca xamáis!, nin cando lle morrera a muller por caerlle a artesa na cabeza. Non oh, o Martín non cruzaba polo cemiterio nin por todos los cartos do mundo, decía que cando iba sempre se lle aparecían os mortos.»; «Arre carallo, e logo non atoparan ó Xosé de Vilela teso coma un albelo baixo do cruceiro da pena de reboxedoira, sí oh, e inda decían que a noite antes vira a Santa Compaña*»…

Y, la muerte, la bruja y la viuda eran conscientes de ello, —a su modo eran una comparsa de las mitológicas parcas. Las tres sonreían.

Intenciones las había más ardorosas, pero, la realidad era que todos y cada uno de los parroquianos se dejaron caer en una incompetencia supina, esperando siempre que fuese el convecino el que aportase la solución al problema.

Se disgregaron con la confusión y el miedo saciados, hartos, necesitados de librar un agujero más del cinturón, pero, con la determinación declarando una ostentosa huelga de hambre.

La mayoría se fueron a sus casas a cerrar ventanas y puertas y esperar que el nuevo día llegase con buenas nuevas bajo el brazo.

El sacerdote se apresuró cuanto pudo para ponerse en camino a su pequeña iglesia, deseaba cambiar su ropa manchada, preparar un hatillo con un par de mudas y salir hacia la capital, creía necesario avisar al obispado, era consciente de que todo aquello se le había ido de las manos. Sólo pensaba concederse un alto en el camino, antes de partir buscaría al molinero para pedirle que le acompañase, ya no tanto por emprender el viaje solo como para asegurarse de que el molinero no se quedase en el pueblo, temeroso como era de las posibles consecuencias.

El hacendado tras montar con menos habilidad aún de la que hubiese demostrado un cojo de ambas piernas quiso regresar al *pazo,* ahora con los ánimos un tanto más fríos, a fin de enfrentarse a su rechoncha esposa. No estaba en ningún modo seguro de poder soportar los histéricos lloros y las protestas, pero, era consciente de que no podía demorar por más tiempo el relato de las noticias.

La viuda, arropada en su mantón negro a pesar del sol de la tarde, se quedó donde estaba, quizá a su modo, comentaba con la muerte lo que estaba por venir, como si se tratase de un simple chismorreo más, de un cuchicheo entre tantos.

La bruja, salió hacia el bosque, estaba dispuesta a cumplir con sus palabras, antes de la caída de la noche pensaba poner fin al mal liberado (al menos así lo veía ella). Mientras caminaba, su mente, tan caprichosa ese día, regresó de nuevo al pasado, hasta aquella lluviosa mañana de primavera de dos años antes.

Hasta cierto punto era lógico que así fuese, a fin de cuentas su pasado y su presente comulgaban en la misma mesa, uniendo ambas mañanas con un nexo de odio y rencor del que, por ende, no deseaba librarse.

El aguacero arreciaba inclemente, haciendo sonar tonadas de lamentos entre las ramas de los árboles del bosque. Ella luchaba por no derramar una lágrima más, trenzando la rabia y el dolor en un cabo inmenso que los años habían hecho medrar con la fuerza de las malas hierbas. Su maestra, ese despojo maloliente cubierto de llagas supurantes arrugaba el aire con su respiración entrecortada, en sus labios de viejo cuero cuarteado se adivinaba el gesto adusto de una sonrisa mefistofélica.

Y, la vieja bruja habló.

*—O pequeno. ¡O teu pequeno!, ¡estaba vivo!…*

La crudeza de las directas palabras no logró calar en la embotada mente de *Maruxa, Maruxiña, a máis pequena dos da Comba*. No supo de qué le estaban hablando; o no quiso saberlo.

Berta la miraba, más bien interpretaba las formas ante ella con sus ojos neblinosos, intentando adivinar el gesto de su discípula.

—¿Cómo?… ¿De qué…? —La primera de las sílabas sonó con la ignorancia más pura por compás—. ¿A qué te refieres?, ¿qué pequeño?… —Las siguientes sonaron al ritmo de la incredulidad—. Yo, yo no he tenido… No, oh no, ¿mi…? ¡No, noooo…! ¡No es cierto!, no puede… —Las últimas no tenían otro tono que no fuese el del odio más profundo.

El dolor más amargo.

El odio más profundo.

La verdad arañaba el subconsciente; hacía daño, mucho. Estaba fría.

La cara de aquel engendro infestado de pus y cubierto de sarna se resquebrajó como lo hacen las charcas al secarse en la canícula de las calurosas mañanas de los más duros veranos del sur ante el esfuerzo por sonreír. Estaba disfrutando como no lo había hecho en años; era tan maravillosa la sensación de dominar las vidas de las gentes, de ser dueña y señora de sus voluntades. Ahora, aquella desgraciada sin arrestos de la que se había aprovechado durante tantos años daría, por fin, rienda suelta a su rencor y podría dejarse morir en paz sin más sufrimientos. Así, como el parásito ponzoñoso que se alimenta de carne viva, podría dejar a un lado los terribles

dolores que rellenaban la médula de sus huesos con una ácida pasta que le desgarraba los miembros, podría renunciar a forzar sus cansados ojos para ver simples siluetas borrosas, podría abandonar la necesidad de cagarse encima por no poder caminar hasta el bosque.

Sí, había llegado el momento. La muerte ofrecía más ventajas que pesares.

Había llegado el momento y, como siempre había hecho, pretendía forjar su propio destino en virtud de la debilidad de los que la rodeaban.

Con esas últimas palabras sacaría partido una última vez a aquella desdichada sin carácter.

Y es que Berta, *a meiga*, sabía muy bien que a aquella mujer que tenía en frente los deseos de cobrarse con la muerte la asaltaban cada día, se había dado cuenta de cómo la miraba y, por supuesto, se había percatado de cómo en los últimos años las plantas ponzoñosas se habían acumulado entre los secaderos de la choza, en muchos casos no las veía, pero las conocía de sobra (hedían), ella las había usado mucho antes, ella le había enseñado a conocerlas, a almacenarlas, a prepararlas y ahora esperaba que una de sus recetas la ayudara a marcharse para siempre evitándole más sufrimientos y penurias, ese había sido su movimiento.

Se equivocó, erró en la suposición e iba a pagarlo caro, muy caro.

*Maruxa*, mientras, permanecía bajo los efectos de la fuerte impresión, idiotizada, conmocionada, incapaz de reaccionar. La revelación iba asomándose a cada uno de los capilares de su cuerpo, viajando a través de su sistema circulatorio tal y como lo haría el veneno de un crótalo una vez inoculado tras la mordedura, dañando el tejido a su paso, digiriéndolo ya en parte.

Ezequiel, que instado por su padre Don Heladio había llegado a estudiar, que incluso había leído libros le había contado (a fin de impresionarla y que se abriera de piernas) en uno de aquellos, sus románticos paseos de atardecer, que una de las horribles torturas que entre los piratas caribeños de siglos pasados había sido de uso consistía en hacer beber a la víctima plomo derretido, de modo similar a como se ceban los capones, abriendo a la fuerza los maxilares del desdichado y dejando escurrir el líquido fundente por la garganta, ella aún recordaba lo horrible y cruento que se le había antojado semejante suplicio; ahora estaba segura de saber lo que se sentía.

No.

No, era aún peor, aquellos desgraciados al menos habrían disfrutado de las putas y el vino de Port Royal, al menos se habrían gastado el botín manchado de sangre de algún abordaje.

No, era muchísimo peor, aquellos infelices habrían al menos disfrutado de la vida en algún momento anterior al de su letal tortura.

A ella, hasta eso le había sido negado.

Ya no era sólo aquel espantajo rancio y putrefacto que la contemplaba con una sonrisa digna del mismísimo Satanás, no, era también por el hombre, el grandísimo cabrón que se había aprovechado de ella, era incluso por sus malditos padres que la habían rechazado, aún más era culpa de la vida misma que la había llevado a nacer en un pueblucho perdido de las montañas…

(No, no, se acabó… ¡Se acabó!… ¡Nunca más!…).

El odio rompió la correa que lo mantenía preso y en su alocada carrera al frente, mostrando sus dientes amarillentos e impacientes, babeando hiel, reclamando venganza, asustó a la razón, que huyó despavorida.

—¡Maldita hija de la gran puta!, —y la lluvia ganó intensidad queriendo gritar aún más alto—, ¡maldita seas, maldita por siempre!, —pero los ojos negros de su maestra la intimidaban incluso a través del velo apagado de las cataratas, su tono de voz se calmó, continuó quedamente—. Nació vivo, ¡vivo!, y tú, maldito engendro del averno, lo mataste para condenarme a mí. Lo mataste, lo ma… —La comprensión, rauda como un relámpago, estalló sobre sus cejas provocando un terrible dolor—. No, no puede ser… No, ¡dime que no…! El hijo de *Isabeliña*, ¿verdad?, ¿verdad…? Fue esa misma semana… No, no… ¡Noooo…!

Berta disfrutaba, disfrutaba con la intensidad de un niño comiendo un dulce de hojaldre relleno de nata. Su cara, arrugada, seca, escamosa y áspera como la piel de un reptil destripado curtiéndose al sol dejaba interpretar un gesto de gozo que casi parecía humano, era la sonrisa tierna de una madre amamantando por primera vez a su hijo, era la sonrisa sádica de un depravado masturbándose sentado sobre sus propias heces.

Lo estaba pasando tan bien que decidió apretar un poco más el lazo de la soga, hacer un nuevo movimiento, tensar una vuelta más de tuerca el engranaje.

*—Ea, ¿e logo?, ¿quén de min houbera coidado?… Eles querían un fillo, ti querías un amor. Ela non soubo que lle din corniño para que non quedase preñada, ti nin te enteraches co bebedizo que che din non era máis que auga de escaramuxos. Ea, eu xa sabía que aquel langrán habíate foder, habíate preñar e habíate deixar… Ea, non podía seres máis sinxelo, os parvos sempre credes o que máis vos convén, aquela chegou a pensar que tiña un fillo, ti pensaches que tiñas un amor*…

Y ya no continuó hablando porque una nueva carcajada seca como la rambla de un río olvidado se le agarró a la garganta con el ansia de un lobezno hambriento al pezón.

La soga se partió, la partida se perdió, el engranaje gripó.

No tuvo ni siquiera tiempo de tomar aire para continuar riendo, *Maruxa* se había levantado y algo brillaba en su mano, por primera vez en su vida conoció el sabor amargo del miedo buscando los huecos llenos de comida a medio pudrir que quedan entre las encías y la lengua.

*Maruxa*, la que había sido una vez, hace mucho tiempo una dulce muchacha a la que todos llamaban *Maruxiña*, más que otra cosa porque era la más pequeña de la familia *da Comba*. *Maruxa*, que ahora se acercaba al amargor de una solitaria salinidad, había cogido el pequeño rastrillo cuando su maestra aún no había terminado de hablar.

Allí estaba, al alcance de su mano, entre las cucharas de palo y los mil chismes que atestaban la choza, el viejo rastrillo de hierro forjado, pequeño y liviano, el ideal para escarbar y limpiar las raíces que recogían para sus bebedizos y remedios. No era más que una de las múltiples herramientas que tantas veces había usado a lo largo de los años, inofensivo, de poco más de un palmo de largo, viejo y oxidado, tan deteriorado que de la media docena de púas con las que había salido de la fragua ya había perdido dos. Sin embargo, en cuanto el ser vibrante de odio y empapado de locura en el que se había transformado la bruja lo cogió, el metal pareció cobrar un brillo perdido tiempo atrás, se convirtió por ensalmo en una esquelética garra de afiladas zarpas.

Ahora, quien sonreía era *Maruxa*.

Berta comprendió enseguida su error, supo al instante que no iba a morir mientras algún compasivo veneno le devoraba las entrañas, no le cupo duda, le esperaba el horror de la venganza servida fría, al más puro estilo siciliano, como la leyenda de los griegos selinontinos enardecidos por el dolor, que se cobraron entre las filas del ejército púnico la afrenta de su ciudad derruida y tomada durante la guerra, reducida a cenizas. La venganza del hoplita que sabe su esposa está siendo violada salvajemente y sus hijos están siendo degollados sin atisbo de clemencia en hacinamientos de esclavos, la más cruda y simple de las venganzas, la hija del odio desnudo.

E intentó gritar, quiso levantarse.

No salieron más que lastimeros quejidos.

Tan sólo pudo patalear como un bebé enrabietado.

No tenía salida.

La lluvia arreciaba con ansia felina, su rítmico retumbar tocaba a difuntos.

*Maruxa* sonreía.

El aire crujió, el rastrillo trazó una parábola dejando un susurro a su estela. Las púas se hincaron en la carne deshidratada y marchita del muslo derecho de la bruja y su discípula no se decidió a levantar el brazo para asestar un nuevo golpe, al contrario, apretó con fuerza y asentó los pies.

Cuando el grito nacía desde la seca garganta de aquel espectro viviente *Maruxa* dejó caer su peso hacia atrás y pasado un breve instante en que la carne resistió las púas del rastrillo se abrieron paso rasgando los músculos y limando el hueso con un chillido agudo y grimoso que encogía los labios y obligaba a cerrar los ojos, como el arrastrar de las uñas sobre un pizarrón.

La sangre tardó en brotar, las viejas arterias constreñidas de la anciana decrépita se mostraron avariciosas.

*Maruxa* no se detuvo para hacer semejantes consideraciones, cuando el rastrillo se quedó trabado en la articulación de la rodilla con un crujido agudo lo levantó de nuevo y lo dejó caer sobre el abdomen de su maestra imprimiéndole toda la fuerza de que fue capaz.

Algún gas putrefacto con un olor semejante al metano de las ciénagas se escapó por alguno de los cuatro agujeros con un siseo repelente, la sorpresa y el dolor, en una mezcolanza insidiosa ahogaron los gritos de la vieja chocha hasta reducirlos a lastimeros sonidos sordos.

Era la furia desencadenada por la enajenación.

El rastrillo se volvió a elevar, cayó sobre el cuello de pellejos y colgajos, abriendo tajos que enmudecieron para siempre la garganta de aquel odioso adefesio. Esa vez ya no arrastró los hierros sobre el pellejo arrugado, lo levantó inmediatamente.

La muerte esperaba bajo el quicio de la puerta, evitando mojarse con el aguacero.

*Maruxa* sonreía, y su gesto era casi idéntico al que había sido tan propio de su maestra.

Los ojos muertos de Berta reflejaron el último descenso del rastrillo, se hundió en su cabeza, enredándose con los cuatro pelos grasientos que le quedaban.

La sonrisa se esfumó, la diversión había acabado.

Tomó aire, sus labios manchados de diminutas gotas de sangre dudaron si volver a sonreír.

Se incorporó y escupió sobre el cadáver, salió al encuentro de la lluvia.

La muerte se apartó del hueco de la puerta para dejarla pasar y se aventuró hasta el cuerpo sin vida para regodearse.

El agua se escurrió por su rostro dejando regueros tintados de rojo metálico.

Respiró profundamente y el olor de la tierra húmeda la reconfortó.

Una sombra avanzaba por el camino que llegaba desde el norte, un bulto negro e informe que la lluvia difuminaba.

Al principio ni siquiera lo advirtió, y cuando lo hizo no fue capaz de identificarlo, sólo tras unos instantes la reconoció.

Mucho debían dolerle los huesos para haberse allegado en un día tan lluvioso, probablemente le prepararía una infusión de ulmaria y corteza de sauce, tal y como había hecho por la mañana temprano, eso la calmaría, es más, incluso le daría unas friegas de menta.

Sí, eso era una buena idea. Lo era, porque necesitaba tiempo para aclarar ciertas cosas, había temas sobre los que charlar.

Porque, ahora, aquella noche de invierno en el cementerio significaba algo más que un inconveniente por quedarse sin las uñas y pelos de muerto que el enterrador le

proporcionaba cada vez que uno de los lugareños fallecía a cambio de un par de monedas, ahora, aquella noche se convertía en una noche de asesinato.

Y ahora veía claro qué es lo que debía hacer.

Todo había empezado con el primer golpe, los pasos a seguir habían ido definiéndose a medida que se ensañaba, como si la sangre derramada fuese el abono perfecto.

Era un plan sin tacha (también este), el único inconveniente era encontrar ciertos ingredientes, le llevaría tiempo, pero, precisamente, las últimas palabras de su maestra habían levantado la liebre. Sí, sabría esperar, eso no era un problema, ella era paciente.

La mujer estaba a punto de llegar, ya saludaba tímidamente con la mano.

*Maruxa* entró en la cabaña a fin de asegurarse el tiempo necesario para poder tapar el cadáver de Berta y disimular la sangre, no haría falta esforzarse mucho, en la choza la luz siempre era escasa, siempre podía decir que su maestra descansaba, que últimamente pasaba el día durmiendo, probablemente la mujer no lo cuestionaría.

Cuando la muerte salía por la puerta con su presa cobrada se cruzó con Mariana *da Cruz*, que entraba frotándose los codos con gesto compungido.

Ya no sabía qué más hacer, no se le ocurrió otra cosa que pasarse por el cementerio y visitar la tumba de Carmen.

Sabía que debía marcarse pequeñas metas, hitos fácilmente alcanzables, lo mantendría ocupado y en cierto modo, así, conseguiría evitar la melancolía. Además, iría por el paso del bosque, deambular entre los viejos árboles siempre servía para asentarle el ánimo.

Así que, se puso en pie, intentó recobrar, al menos en parte, la compostura y echó a andar, con ese paso cansino y triste de aquel que deambula sin prisa, sabiendo que llegar o no a destino no marcará diferencia alguna.

Pero, el molinero no era el único que marchaba.

Ezequiel, el Padre Bernardino y *Maruxa* también lo hacían. Todos ellos caminaban con algún pretexto como salvaguarda, si bien de muy distinta naturaleza, tan supuestamente válido, o inútil, como podía serlo el que se había puesto el molinero.

El hacendado llevaba a su montura a un lento paso, sin prisas. El rítmico golpear de los cascos resultaba hipnotizador.

Al sacerdote no le faltaba mucho para llegar al refugio de su sacristía. El sol de la segunda mitad de la tarde se escondía tras las siluetas de las roñosas campanas de la iglesia.

La bruja atajaba campo atraviesa para llegar a tiempo. Las ramas de los árboles se le cogían a la cintura sin poder distinguir si se trataba de un efusivo saludo o de un intento por retenerla.

*Maruxa* sabía bien como acortar el camino para interponerse entre el hombre y su destino, sin embargo, antes de continuar, era consciente de que debía hacer algo más. Había en su alma un pozo negro que debía ser colmado (una fosa séptica hambrienta de mierda fresca).

Luego ya sólo quedaría una cosa más por hacer, sin embargo, por ahora, debía concentrarse en algo distinto.

Había una cuenta que saldar.

De su repleto zurrón sacó una pequeña astilla irregular de madera, no tenía más que un cuarto de pulgada de largo, fina y afilada, de madera blanca, abedul o chopo, la típica que se usa para los palillos y las tallas baratas de imaginería. Por uno de sus bordes se distinguía una capa de laca rosada, de un tono semejante al de la piel humana y manchada en uno de los extremos por un pequeño punto blanquecino, del color del paño de lino. En ella enrolló unos pelos de un negro opaco que también extrajo de su morral, ásperos como cerdas de jabalí y casi igual de largos, de un curioso tono ceniciento apagado, hirsutos y gruesos. Obtuvo un curioso burujo que hizo girar una y otra vez entre las yemas de los dedos pulgar e índice de su mano izquierda. Cuando le pareció un trabajo satisfactorio hurgó una vez más en su zurrón

y se hizo con una pequeña botella de cuello ancho y tapón de corcho, del estilo de las antiguas damajuanas para jarabes y preparados de botica, en su interior chapaleteaba un espeso líquido negruzco que desprendía un terrible hedor amargo incluso estando el frasco cerrado, la abrió e inclinándola sobre la astilla cubierta de pelo enmarañado vertió unas gotas. Regresó la botella al morral y dejó el curioso artilugio (de oscuro y maléfico significado, sin duda) en la palma resquebrajada de su mano derecha. Una vez hecho esto, cerró el puño guardando la astilla en una prisión de carne y se llevó los dedos a la boca. Silbó, sosteniendo la aguda nota todo el tiempo que le permitieron sus pulmones.

Las sombras del bosque se movieron asustadas por el sonido ajeno y extraño.

El viento acompasó la nota.

El desgraciado del sacerdote quiso correr, pero su abultada barriga se lo impidió. Fue patético, con un ligero toque ácido de comedia, pero, sobre todo, fue triste.

(… *La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío*…).

Empezó a rezar un avemaría, pero no le dio tiempo a terminarlo.

Pidió perdón por sus pecados, rogó por el alma de su amigo el molinero y aceptó a su Dios en su seno.

Cuando dejó de respirar unos belfos negros y húmedos olisqueaban la sangre que manaba profusamente de su cuello rechoncho abierto como una flor de pétalos hechos de tibia carne recién muerta.

Se oyó el aullido de la bestia como respuesta a la invocación.

La bruja sonrió y apretó el paso, tenía que llegar a tiempo.

Las pisadas de la bestia se escondieron por la fraga dejando tras de sí el cadáver caliente del cura, ya los cuervos lo rondaban y la muerte se apresuraba.

A la vieja de la guadaña se le acumulaba el trabajo.

El caballo se inquietó con la llamada lejana de la bestia, su jinete estaba tan absorto que no se dio cuenta ni de lo uno ni de lo otro. Buscaba por entre los cajones de su ingenio el modo de exponerle lo sucedido a su esposa.

Lo esperaba, impaciente.

Cuando la vio, su malentendido orgullo masculino pensó que ella volvía a él para recordarle el amor de su juventud, impresionada por verlo de nuevo tras tantos años. Sus cuitas quedaron atrás y su mente se ocupó en las posibilidades abiertas por su visión. Desmontó con su poca gracia habitual y exhibió la mejor de sus sonrisas, y aunque ella estaba vieja y ajada, y aunque él había dejado atrás el medio siglo sintió como su bragueta se abultaba.

Su subconsciente descorrió el visillo de los recuerdos y se recreó con la imagen de los pechos de *Maruxa* bailando con cada empujón de su pelvis, con la sensación

de los muslos enroscados en la cintura. Caminó hacia ella dejando sueltas, tras de sí, las riendas de los arreos del semental.

Tan pagado era de sí mismo que ni siquiera vio el rastrillo hasta que la bruja se lo clavó en la entrepierna.

Ezequiel aulló de dolor, quizá podría decirse que contestando a la bestia.

Sus gritos de petimetre duraron más bien poco, como su vida.

La *meiga* sonreía satisfecha, la muerte le hacía juego. Se cebó impaciente, con el ansia del oso en la colmena repleta de miel. Golpeó una y otra vez hasta quedarse sin resuello, jadeando por el esfuerzo en un rítmico sonido que a más de uno hubiese podido parecerle una carcajada apagada. Únicamente aporreó la entrepierna del que había sido su amante, nada más, con la saña de un tamborilero de Flandes antes de la batalla, una y otra vez, una y otra vez, primero de abajo a arriba, luego, con el hombre caído, de arriba abajo, una y otra vez, una y otra vez. Se detuvo cuando el brazo comenzó a dolerle, no antes. Ezequiel aún respiraba, estaba inconsciente, pero, por el caño de la macabra fuente que brotaba entre sus muslos se le escapaba la vida.

Ya sólo faltaba uno para completar la jugada, con la noche el mal se resguardaría en las profundidades de los bosques de las montañas y ella no volvería a matar, el pueblo creería sin dudas, en su convicción, que ella los había librado de un mal aún peor, ella los convencería a todos de que el molinero había sido el culpable y que ella, sólo ella, había conseguido, en virtud de sus mágicos poderes que el mal del propio molinero se volviese en su contra. Y con el paso de los años la historia se repetiría al amor de las *lareiras*, al son de voces quedas, con los más pequeños mirando asustados los labios del narrador, ensalzando la figura de la *meiga*. Así lo creía ella, y pensaba ser consecuente con sus deseos.

Por tanto, sólo restaba una mano por ser barajada y ella estaba segura de que ni el mejor tahúr podría llevársela.

Se puso de nuevo en camino, sin mirar una sola vez atrás, a su modo de ver aquel asunto respecto a su amorío de juventud estaba, por fin, completamente zanjado.

El molinero no supo nada de cuanto sucedía y nunca llegó a saberlo, su futuro se interpondría. No llegaría a lamentar la muerte de su amigo o a conocer el asesinato del dueño del *pazo*.

Cuando llegó a la tumba no se dio cuenta, al fin y al cabo él evitaba tener que pasar por allí siempre que le fuese posible, estaba convencido de que Carmen, si es que lo sabía, desde allí donde estuviese, entendería que para él acercarse al sepulcro suponía un profundo dolor y le perdonaría que sólo en muy concretas ocasiones en las que no veía otra salida acudiese hasta el cementerio.

O, quizá, no se trataba de que no tuviese la costumbre, sino más bien de que eran sólo unas muy sutiles cuestiones, difíciles de apreciar si uno no se fijaba.

Se puso de rodillas, con las manos sobre los muslos y la cabeza gacha.

Lo primero fue la hierba que crecía esplendorosa, abonada por los cadáveres y mimada por las lluvias de las montañas del norte, aparecía cuidada, libre de hierbajos, sin altas gramíneas que destacasen por encima del uniforme tapiz de tallos verdes, lo único que rompía la diafanidad del parterre era la diminuta flor azul de elegantes brillos vidriosos de una centaura. Luego el espacio ante la misma tumba, con pequeñas calvas de tierra, como es propio únicamente de aquellos hipogeos frecuentemente visitados, en los que el roce de los pies y las rodillas de los que lloran el duelo priva a los brotes de continuar creciendo. Entonces la lápida en sí, muy sucia y deteriorada, más que algunas que llevaban allí el doble de años, con una extraña pátina que recordaba al hollín espeso y sucio que se acumula en las chimeneas.

No hacía falta recurrir a una dosis excesiva de ingenio, alguien (que desde luego no era el molinero) cuidaba la tumba pero no la losa obituaria. No podía ser el bueno del Padre Bernardino, él no hubiese descuidado la lápida, pero, si no era el cura, quién podía tener intención de preservar en tan aceptables condiciones la tumba de alguien que no fuese de la familia.

Y, se dio cuenta, esas tareas, en efecto eran sólo propias de parientes apenados, o en todo caso de sirvientes si es que uno era rico. Tenía que ser algún familiar, pero, él ya no tenía nadie y Carmen tampoco, entonces… Entonces no cabía otra posibilidad que…

Sin embargo, no le parecía que aquello fuese propio de la achacosa *Isabeliña*, y mucho menos de Mario *da Cruz*, que desde la coz que había dejado a su hijo idiota ya apenas hablaba, mostrándose siempre huraño y reservado…

Y se percató, ninguno de los dos sabía que…

(Pero… no puede ser, no había nadie, no tiene sentido. Sólo Bernardino y yo estuvimos aquí, sólo él lo sabe).

No, no tenía sentido, sin embargo, no restaba mucho para averiguar la respuesta, una especialmente desagradable.

En ese momento no supo adivinar qué clase de consecuencias podía tener semejante hecho. Si en realidad alguien más sabía cuál había sido el fin de Calero, *o torto*, por qué no había acudido a las autoridades, por qué no se lo había dicho a la familia *da Cruz*, acaso había sabido ver la situación desde la misma perspectiva que habían elegido el sacerdote y él mismo. Por un momento quiso negar lo evidente y restarle importancia al impecable aspecto de la sepultura, pero, un nuevo vistazo a la tumba puso aún más de manifiesto que la casualidad no era la responsable. Sin embargo, reparó, no recordaba haber tenido la misma sensación en su última visita, si bien había sido años antes estaba seguro de que el aspecto de la tumba no le había sorprendido, quizá lo había olvidado o, quizá, a lo mejor es que quien cuidaba del sepulcro lo hacía desde sólo unos meses atrás, pero, por supuesto, eso tenía aún menos sentido.

No le gustaba nada sentirse así, semejante incertidumbre le incomodaba, lo ponía nervioso. Sintió como la más amarga de las inquietudes se cebaba de su indecisión, pero, era irremediablemente evidente que no sabía qué hacer a continuación. No estaba seguro de si habiéndose percatado de algo semejante debería o no actuar en consecuencia, más aún, tampoco podía tener certeza alguna sobre lo que debía hacer, si es que se decidía a hacer algo.

Un escalofrío rodó por su espalda erizándole el vello y obligándolo a erguirse, sintió la necesidad de frotarse compulsivamente las manos, intentando aportar algo de calor a las frías yemas de sus dedos, que tan empeñadas parecían últimamente en dejar escapar la tibieza de su cuerpo enfermo.

Desde el sotobosque que guardaba los bajíos del manzanal del cementerio unos ojos impávidos, del color mate de las perlas negras que se disuelven en vinagre lo observaban sin que él se percatase. Por entre el revuelo de las hojas en la brisa se distinguía el leve jadeo de un animal impaciente.

El molinero se levantó, echándose una de las manos a la cabeza, y una sombra cenicienta se escurrió hacia el norte a paso vivo.

La cabeza comenzó a dolerle, pulsando sus sienes con un desagradable resquemor que se fue ampliando insidiosamente, decidió marcharse. Una vez en pie y tras comprobar la caída del sol sobre el horizonte decidió que ya no merecía la pena acercarse hasta el molino, era tarde, ese día la aceña tampoco trabajaría, todavía podía aprovechar un par de horas, pero, supuso que dadas las circunstancias no podía considerarse una falta grave, además, hacía tiempo que le importaba muy poco lo que los demás pensasen de él.

Respiró hondo, intentó serenarse. Cerró los ojos por unos instantes y cuando consiguió relegar a un segundo plano el dolor en sus sienes se puso en camino, en su casa sobraba alguna botella de aguardiente y en su garganta había sitio para hacerse cargo; esa sí era una fácil decisión, no necesitó meditarlo por mucho tiempo.

Sin embargo, el fuerte licor de hierbas no era el único que aguardaba la llegada del molinero.

Había sido avisada y sabía que el hombre estaba en camino.

No tenía modo de allanar la morada del molinero, pero, sí tenía acceso al horno (como lo había tenido al molino). Esa había sido una de las partes más delicadas de la estratagema que había pergeñado, pero, tras una larga espera impaciente, tras muchas pruebas y más errores aún, había conseguido hacerse con una ganzúa adecuada para la pequeña y sencilla cerradura del horno (una de las ventajas de contar con un herrero entre los clientes de las aldeas colindantes). Cuando entró, el olor agridulce de la harina vieja, entremezclado con el aroma difuso del pan recién cocido la saludaron. Ya estaba familiarizada con la estancia, había estado allí, al menos, media docena de veces en el último año (siempre portando un pequeño recipiente cónico

hecho con corteza de abedul prendida con una pinza basta de madera). Tras de sí dejó la puerta abierta para llamar la atención del molinero y asegurarse la cobarde emboscada, se acomodó en la esquina, apretando su espalda, que empezaba a encorvarse por los años, contra los mangos de los aperos allí olvidados desde la muerte de Carmen.

No hubo de esperar mucho, el molinero no se había entretenido en el camino.

El hombre entró en el horno alzando un susurro interrogativo, con el cejo fruncido y el rostro extrañado, preguntándose a sí mismo si es que no había cerrado la puerta.

Ella alzó el brazo, apretando los dedos en torno al mango del pequeño rastrillo, cargando los resortes de sus músculos.

Fue incoherente.

No fue apoteósico, no hubo en todo aquello nada digno de los versos epopéyicos del gran poeta griego, fue sucio y rápido. Quizá, pasados los años algún narrador impertinente con ansias de grandeza se atrevería, en su inconsciencia, a relatar lo acontecido usando complejas alegorías y estudiadas anáforas, enrevesando curiosas paradojas superfluas, todo ello con el vanidoso fin de ganarse a la crítica con un relato plagado de crudeza costumbrista de elitistas toques retóricos vacíos. Quizá describiría al molinero como uno de los valientes espartanos que resistieron enconadamente bajo el asedio persa en las Puertas de Fuego, aquellos que siendo tan sólo un puñado de hombres dotados con el coraje de los titanes, bajo el mando del bravo rey Leónidas, coartaron el avance maldito de las huestes de Jerjes en su conquista de la Grecia clásica desde el norte; quizá compararía al molinero con alguno de aquellos aguerridos hoplitas que resistieron inexplicablemente en la cruenta batalla de las Termópilas.

Sin embargo, nada habría de fiel en semejante relato. No, no fue así.

Fue cobarde, ilógico y sin gracia. No se trataba de dos caballeros midiendo los floretes con elegantes fintas de esgrima por restaurar el honor de una dama. Fue más bien como el impertinente hacer insolente del niño que atrapa una mosca y le quita las alas para verla sufrir; como la puta que rayando el alba raja malamente con una vieja navaja de afeitar mellada y oxidada el cuello del borracho que ronca a su lado satisfecho, con la cabeza apoyada en una asquerosa almohada manchada que no es más que una granja de chinches y el cuerpo enredado en unas sucias sábanas llenas de quemaduras de cigarrillos baratos. El muy cabrón duerme con el ego saciado tras haberla sodomizado y apaleado, sin considerar los lloros y ruegos adheridos a las súplicas de la furcia, habiéndose creído su dueño y señor por haber pagado un miserable precio ridículo del que el proxeneta de turno se llevará más de la mitad. Luego, la puta, fijará sus ojos, vidriosos por el hedor apestoso impregnado en las desconchadas paredes de la barata habitación, tapizadas hasta media altura con

acolchado de terciopelo rojo, en la mancha carmesí que se extiende por la porquería del lecho, mientras se limpia los restos pegajosos de sangre y semen de su ano dolorido con un descolorido pañuelo manchado y roto que lleva las iniciales bordadas que su afanosa madre cosiera con mimo, muchos años atrás, como un cariñoso recuerdo, justo antes de que la muchacha se fuese a la ciudad a servir. La furcia, mujer de mal vivir hubiesen dicho los tímidos, tras ponerse las bragas ajadas de burda tela se marchará robándole la cartera al sádico indecente caminando con las piernas abiertas y el culo dolorido; sí, fue más bien así.

El rastrillo se clavó en el trapecio derecho del molinero con tanta fuerza que el hombre se vio proyectado hacia el frente, perdiendo el cigarrillo que pendía de sus labios y haciendo que las púas de hierro se librasen de la carne por la fuerza misma del impacto, dejando tras de sí cuatro caños que manaban sangre mansamente sobre el bulto que hace la ropa en las escápulas.

Ella se echó hacia delante para asestar un nuevo golpe.

Él se revolvió, más por instinto que por otra cosa, preguntándose qué demonios había pasado. Una vez la encaró y se percató de quien era no entendió el porqué, sin embargo no perdió el tiempo, se escabulló para librarse de un nuevo golpe, buscando la puerta.

Pero, en su intento de escapar asentó mal el pie y en lugar de agarrar el pomo de la puerta para ayudarse a salir sólo consiguió errar y golpear la madera, con lo que la puerta se cerró. *Maruxa* avanzó y le cortó el paso, haciendo que el molinero al retroceder estrangulase su vía de escape, haciendo prácticamente imposible abrir la puerta.

El hombre, que había dejado las preguntas para más tarde buscó algo con lo que defenderse.

—¡Tú, maldito bastardo!, tú… ¡Tú mataste a mi hijo! —Bramó ella con la intensidad de una galerna preparándose para un nuevo golpe.

Se había olvidado de ellos cientos de veces y otras tantas los tuvo que recordar al caerse estos armando estrépito cuando alguna ráfaga de viento cerraba la puerta de golpe.

La hoja curvada de redondeado contrafilo entró por la parte baja del recto abdominal atravesando las fibras musculares de través, se abrió paso sajando los intestinos y desgarrando el estómago, rajó el tierno parénquima del riñón izquierdo como si fuese mantequilla caliente y en alguno de los defectos del filo prendió el páncreas arrastrándolo tras de sí en su trayectoria ascendente a través del diafragma para terminar haciendo una escabechina en las ramas primarias del tronco bronquial y sesgando los vasos circulatorios del hilio.

La sangre manó casi inmediatamente de su boca, hidratando sus labios secos.

El molinero dejó ir los asideros de la guadaña y el peso desequilibrado sobre las

piernas fláccidas tumbó a la *meiga* de espaldas con la herramienta de siega alzándose desde su vientre en un estrambótico ángulo, cediendo poco a poco por su propio peso, hurgando un poco más en las entrañas de la mujer.

Ni siquiera se molestó en preparase un hatillo, poco le importaba lo que dejaba atrás, todo traería consigo recuerdos que era mejor olvidar. Simplemente salió caminando, nada más tenía importancia.

No se hizo pregunta alguna, sólo quiso mirar hacia el futuro.

Mientras se ponía en camino hacia el norte se lio un cigarrillo que prendió con placer. Se sacudió el hombro dolorido.

Nunca llegó a saber lo afortunado que fue, cuando salía del pueblo el sol se ponía sobre el horizonte del oeste y mientras las alimañas empezaban a despertarse el mal se recogía obediente.

—A ver si consigo terminar de fumarme este.

# Epílogo

## El Regreso

Era como una gigantesca tortuga de negro caparazón mate dotada de una agilidad inusual para los de su raza. Y estaba igualmente fuera de lugar, en todo caso, y como mucho, lo lógico hubiese sido haber visto un viejo carro, rasgando el aire con los chirridos agudos de su eje, rompiendo la quietud con su lamento continuo por la carga del trabajo.

El bien reglado motor del carísimo vehículo todo terreno japonés, un Toyota Land Cruiser completamente equipado, ronroneaba complacido al bajo régimen de vueltas al que el avezado conductor lo mantenía mientras descendía por la pista de tierra que conducía a la parte baja del verde valle. Por los altavoces del fantástico equipo de música que llevaba instalado, un innovador sistema láser reproductor de discos compactos, se deslizaban los primeros compases del Intermezzo del Concierto para Piano Número 3 del genial Sergei Rachmaninov, precisamente esos en los que los arcos tañen las cuerdas rogando la entrada del piano.

El conductor era un hombre corpulento y proporcionado, sus músculos pectorales, bien torneados, hinchaban la pechera de la camisa oliva de algodón con cada necesario giro del volante para asegurarse librar de un bache o sortear algún obstáculo. Tenía el cabello corto, con puntas desiguales y arreglado con desenfado, de un llamativo color rubio ceniza que junto con sus ojos de un azul triste y profundo,

que se escondían en ese momento tras unas gafas de montura de acero con cristales polarizados naranjas, daban lugar a una atractiva combinación. En su rostro, en el que se adivinaba una edad próxima a la treintena, destacaba una prominente mandíbula cuadrada que le otorgaba un gesto permanentemente serio, acentuado aún más por la barba pulcramente recortada, perfilando el maxilar inferior, con el cuello y las mejillas afeitados de modo que revelaban ese leve tono gris verdoso de los hombres que pueden presumir de apurar bien el afeitado de una barba recia y poblada. Su mano derecha, en la que resaltaban las venas hinchadas propias del acostumbrado al ejercicio pesado, descansaba sobre el largo muslo desnudo de la mujer que ocupaba el asiento del acompañante, justo bajo la costura del alegre vestido blanco de lino.

—Él la llamaba su pieza para elefantes… —Dijo el hombre con una sonrisa en la boca, girando un momento el rostro para mirarla. Su voz grave resonaba con ese característico acento neutro de quien ha viajado mucho y habla más de un idioma correctamente.

Ella, absorta en el paisaje de principios de otoño que se deslizaba tras el cristal de la ventanilla, tardó unos segundos en procesar las palabras.

—¿Su pieza para elefantes, pero, de qué estás hablando? —La voz de ella era suave, melosa, poco más de un susurro. Eso, a él, le encantaba. Aunque había pronunciado la pregunta con corrección se notaba, en su forma de hablar, un deje de inglés norteamericano.

El conductor giró de nuevo la cabeza por un instante, desviando sólo un momento la atención de la calzada de grava y tierra suelta, y dijo como si fuese algo evidente.

—De Rachmaninov… Del concierto… —La cara de incomprensión de la joven mujer, con sus ojos del color de la miel marcando los puntos de las exclamaciones, le indicó que sus explicaciones debían extenderse un poco más. Normalmente eso le hubiera molestado, no era muy hablador y no solía entablar conversación, sin embargo, con ella, eso no era importante—. La composición que estamos escuchando, el autor, Rachmaninov, la llamaba «mi pieza para elefantes». Este es, en realidad, el concierto para piano que exige más del intérprete. Es la pieza más difícil de tocar jamás escrita, ¿entiendes?, tiene el mayor número de notas por segundo de todo cuanto ha sido compuesto para piano —ella lo miraba con evidente adoración y él decidió continuar—. En realidad, a mí, siempre me ha parecido como si fuesen dos conciertos en uno, y no soy el único que lo ve de ese modo, es una opinión bastante generalizada entre los melómanos. Es como sí cada mano tocase un concierto distinto, luchando por predominar, como si cada mano fuese uno de los bandos de las batallas de la Ilíada, es…

El insidioso timbre de un teléfono móvil interrumpió su animada exhortación.

—¡Vaya!, pensé que aquí podría librarme de ese maldito chisme, supuse que no tendría cobertura —él le indicó con un gesto de fingida indignación que se callase

mientras palmeaba los bolsillos de su pantalón en busca del celular—. Oh… Acaso pretendes que me cele… —Y el gesto de ella también mostró una falsa irritación, sólo que siendo su rostro de rasgos tan dulces como era, la expresión resultaba más cómica que intimidatoria.

Mientras se acercaba el teléfono al oído con la mano izquierda usó la derecha para apartar el automóvil del camino y estacionarlo en la tosca cuneta cubierta de hierbajos y retamas, de modo que el paso quedase libre; en la improbable eventualidad de que algún otro vehículo usase la misma pista.

—¿Sí?… Ah, hola Asdrúbal… No, no te preocupes —aunque sus palabras eran afables era fácil percibir el fastidio en su tono de voz— …No, da igual. Venga, dime, ¿qué pasa?… Entiendo, pero… Ya, bueno —dijo mirando el reloj de pulsera que adornaba su muñeca, un Breitling de aviador con la corona grabada de infinidad de números. Calculó la diferencia horaria y pensó con rapidez—, no te apures, aún tienes un par de horas antes de que llegue el cliente, avisa a Sebastián, sácalo de la cama si es necesario y que termine la revisión del otro hidroavión… —Ella se inclinó hacia él y tras acariciarle el revuelto cabello con sus largos y finos dedos arreglados con manicura francesa le dio un beso en la mejilla derecha con sus labios carnosos y llenos. Luego, le indicó con un gesto vano que se apeaba para pasear un poco mientras él arreglaba sus asuntos, el hombre asintió y continuó hablando—. Claro, el vuelo hasta Las Ardillas no es largo, si lo entretenéis un poco en el *lodge* ni siquiera se dará cuenta de que lleva retraso… Ah, pues aún mejor, con ese viento recuperaréis el tiempo perdido en el trayecto… No, no te preocupes, has hecho bien en llamar, era mejor que me lo consultases… Sí, muy bien… De acuerdo, venga, un abrazo… Ah, acuérdate de animarle a usar la Bitch Creek montada con *chenille* rojo y negro, en ese lago es el *streamer* que mejor funciona para las truchas grandes… Sí, bueno, sólo te lo recordaba… Muy bien… Venga, adiós.

Colgó y se guardó el aparato en el amplio bolsillo lateral con cierre de velcro de su pantalón de loneta. Echó la cabeza atrás hasta apoyar el cogote en el reposacabezas tapizado en basta tela de campaña y suspiró. Por el parabrisas contempló la delgada silueta de la mujer caminando, alejándose unos metros del coche, por la vera del camino, se detuvo frente a un campo de cereales con un gesto propio de una modelo en una pasarela, haciendo bailar los delgados tobillos. La suave brisa que ascendía desde el cauce cercano del río le agitaba el cabello y hacía que el sencillo vestido holgado se pegase a su cuerpo haciendo evidente la sensual curva de sus senos.

Él decidió apearse e ir al encuentro de ella, pero, antes, se tomó un minuto para liarse un cigarrillo, al modo al que había aprendido tantos años atrás (tal y como él le había enseñado), y como venía siendo habitual, la congoja le apretó el pecho con un lazo corredizo de melancolía sincera. Nada podía achacársele, era lógico, el dolor todavía estaba fresco, necesitaba algo más de tiempo. Siempre le sucedía cuando se

disponía a fumar, pero, no quería dejarlo (él no lo había dejado a pesar de lo que le habían dicho los médicos), le traía demasiados recuerdos, ensalzados especialmente, sin duda alguna, por el lugar en el que se encontraba (en cierto modo esperaba verle aparecer en cualquier momento).

Sus dedos prendían las virutas de tabaco y su pecho se agarraba al pasado, los primeros con delicadeza, el segundo con la amargura de la nostalgia.

Su feliz infancia regresaba para justificar una vez más su deseo de encontrarse donde se encontraba. La rutina de aquellas tardes se mantenía fresca en su memoria, envuelto el recuerdo en una delicada seda de gazar, y rememorarlo era siempre un placer (le echaba de menos, mucho).

De zagal, desandaba cada día el camino a la modesta escuela con una gran sonrisa en la boca y disfrutaba del azafranado rojo de los ñires en el otoño y del intenso de su verde en el verano. Una vez en el amplio caserón construido de troncos labrados, al más puro estilo de la Columbia Británica, se sentaba en la gran mesa de madera del comedor al amor de la chimenea y hacía, disciplinado, sus tareas del día (de no ser así sabía que la regañina sería de órdago). Una vez repasados los deberes y tras haberse asegurado de no haber cometido errores, corría hasta la estantería y, poniéndose de puntillas, se hacía con la petaca de cuero viejo y el librillo de papel. Se sentaba de nuevo y preparaba una docena larga de cigarrillos, todos impecablemente rematados, para cada uno se tomaba todo el tiempo que fuese necesario hasta conseguir un cilindro perfecto, frunciendo el ceño en un intenso gesto de concentración. Luego, los metía en la pitillera de alpaca y aspiraba el aroma dulce del excelente tabaco de Java que él se hacía traer aún a pesar de lo desorbitado del precio y salía al porche a esperarle pasando complacido las páginas de alguna edición barata de las grandes obras clásicas que él le instaba a leer. Mientras el viejo Willis destartalado, desecho de la segunda guerra mundial, no aparecía por el camino de entrada con los tubos de aluminio en los que los clientes guardaban las cañas tintineando en la trasera, soñaba con los grandes héroes homéricos y aspiraba a convertirse en uno de ellos. Entre párrafo y párrafo, mientras se asentaban las palabras, se dedicaba a contemplar los riscos adyacentes y el fantástico panorama de enormes montañas andinas, repasando los nombres de cada árbol y cada planta al alcance de la vista, porque sabía que cuando él llegase, una vez los clientes estuviesen en el comedor discutiendo los lances del día ante una cena caliente, se encendería el primero de los cigarrillos y al tiempo que se lo fumaba sentado a su lado le preguntaría esos mismos nombres con gesto serio, luego, le pediría que le explicase lo que había aprendido en la escuela aquel día mientras cotejaba las respuestas con los libros de texto, y, si a lo largo de la semana, las respuestas habían sido las correctas y las lecciones habían sido aprendidas bajarían hasta el villorrio para que el chiquillo escogiese el libro que más le gustase de entre la exigua colección de que disponía el colmado del pequeño

pueblucho patagónico. Cada tarde intercambiaban el par de pitilleras gemelas, la una vacía y la otra recién atiborrada. Pasadas unas horas, tras cenar, mientras los clientes cambiaban las truchas por los cubitos de hielo del fondo de un vaso de alcohol, el anciano le contaría historias de su Galicia natal y el niño soñaría, y le asaltarían las dudas, pero, no preguntaría, porque sabía de sobra que el abuelo no contestaría, sólo contaba lo que deseaba y no respondería a cuestión alguna, el pasado, según decía, era un animal salvaje al que había que alimentar con cuidado pues en un descuido uno podía quedarse sin un brazo.

Encendió el cigarro con un sobado Zippo de acero pulido, gastado y plagado de pequeños rayones, y exhaló el humo con delectación, era el aroma de su niñez, y lo adoraba.

Caminó hacia ella buscando en los reflejos de su melena trigueña la luz de la tarde crecida, se sentía afortunado por haberla encontrado. Ella comprendía sus silencios y aceptaba sin protestas que se marchase de vez en cuando a pasar unos días en la soledad de las montañas, por eso y porque siempre conseguía arrancarle una de sus escasas sonrisas él la amaba profundamente.

La abrazó por la estilizada cintura haciendo una leve presión con sus fuertes brazos, hundió la cara en el pelo sedoso y la besó en el cuello cariñosamente. Ella ronroneó complacida y, cerrando los ojos, le preguntó.

—¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes, una avería sin importancia en uno de los hidroaviones, pero, ya está resuelto, Asdrúbal se encargará de coordinarlo todo.

—Ajá… —En realidad, ella hubiese querido preguntar algo más, sentía curiosidad, quería saber, pero, era consciente de que el dueño de las fuertes manos que acariciaban su vientre, con una ternura impropia para su corpulencia, era un hombre reservado, por lo que decidió cambiar de tema—. ¿De qué es esta plantación?

Él se tomó un instante para levantar el rostro y fijarse en los altos tallos dorados.

—Es centeno.

—¿El qué?

—Centeno, eh… Vosotros lo llamáis *rye*, ya sabes, como en el libro de J. D. Salinger «*The catcher in the rye*».

—Ah, ya, y y y… ¿para qué lo cultivan? —Preguntó ella inocentemente.

Él sonrió, la urbana naturalidad de la mujer no dejaba de sorprenderlo.

—Claro, a veces olvido que los neoyorquinos sólo habéis visto el campo en los documentales de la televisión por cable. La mayoría debéis pensar que las vacas son una especie de adorno y que las hamburguesas las fabrican en alguna factoría…

Ella le pellizcó el antebrazo sin hacer excesiva fuerza, fingiéndose ofendida.

—Eh… No te pases, yo al menos no soy un paleto que se crio en el último rincón del mundo, al sur de Tierra de Fuego —dijo encorvando los labios y bajando el tono,

parafraseando las palabras de él en una mala imitación de la contestación que le había dado la mañana de once meses atrás, cuando se habían conocido en el lujoso despacho de una prestigiosa firma de abogados de Manhattan—, y que no llegó a ver una boca de metro o un edificio de más de dos plantas hasta que se fue a la universidad.

—Vale, vale, no te enfurruñes, era broma, ¿quieres la explicación larga o la corta?, quiero decir, ¿tengo que explicarte también lo que es una planta y en qué se diferencia de un animal o puedo ir directamente al grano?… —Interpeló él sonriendo.

—Pero, pero… Serás, serás… ¡*asshole*! —terminó por decir al no conocer la traducción del insulto al castellano.

Él la obligó a darse la vuelta con un gesto firme, pero suave, y la besó con dulzura en los labios, ella recibió su lengua ansiosa y se apretó contra su pecho. Cuando sus bocas se separaron ambos sonreían.

La cogió de la mano y caminaron mientras él le explicaba lo que sabía acerca del centeno.

—Verás, aquí sigue sin haber supermercados y por supuesto no hay ningún *mall*, como vosotros lo llamáis, cerca. Esto es más como Montana, u Oregón, supongo que entiendes a lo que me refiero. El caso es, que aquí, mucha gente sigue preparando su propio pan y en toda Europa, especialmente en las zonas de inviernos fríos, el que se hace con centeno es más apreciado que el cocido de otros cereales. Aquí, en las montañas gallegas siempre ha estado muy considerado porque se da mejor que el trigo en estos suelos ácidos y de climatología adversa, además, el pan de centeno tarda mucho más en endurecerse —y, recordando las palabras de su abuelo añadió—. Aquí, y merece la pena clarificarlo, se cultiva una variedad concreta que tiene los tallos un poco más bajos y el grano un tanto más grueso, que es propia de estas montañas.

—Vaya, que curioso. Claro, supongo que aquí la gente no sabe lo que es un McDonald’s…

—Ja ja ja… Pues no, claro que no, al menos la mayoría, pero si hay muchos pueblos de la zona que aún no tienen suministro eléctrico, tienes que entenderlo, no es como en tu país. Aquí las cosas llevan su propio ritmo.

—Ya, bueno y qué más, ¿no hay nada más que puedas contarme?

Él medito unos instantes. Mientras caminaban ya de regreso al todo terreno iba acariciando la palma de la mano de ella con suaves pasadas de las yemas de sus dedos medios, tal y como hacía su abuelo cuando lo llevaba a pasear, con la única diferencia de que su abuelo lucía en ambos dedos unas curiosas cicatrices luengas que le llegaban a la primera falange (de cuyo origen jamás pudo el nieto saber razón) y él no.

—Bueno, en realidad sí. Hay testimonios asirios que se remontan incluso al siglo

séptimo antes de Cristo refiriéndose a una plaga maldita debida al consumo del centeno. Es un tema muy interesante, con muchas leyendas revoloteando alrededor. Verás, hoy en día, el ergotismo, que así se denomina esa llamada plaga, se evita controlando las cosechas y usando fertilizantes con base de cobre y antimicóticos —ella lo escuchaba admirada, una vez más sorprendida por la gran cantidad de datos que aquel apuesto hombre parecía retener en la cabeza. Se prometió seguir su ejemplo y leer más—. Sin embargo, durante siglos no hubo forma de controlarlo, la llamaban el *ignis sacer*, el fuego sagrado, o también fuego de San Antonio, que es un santo que fue enterrado en la ciudad francesa de Dauphiné y que era un tipo raro muy conocido por sus visiones demoníacas… Eh… ¡Vaya!, ya me ha pasado lo de siempre, he mezclado una explicación dentro de otra, ¿por dónde iba?… —Ella sonrió con dulzura, encantada por sus palabras—. Ah, sí, bueno pues en el siglo XI se fechó, precisamente en ese lugar, Dauphiné, la primera noticia fehaciente de una epidemia de ergotismo. Pero, ahí no acaba la cosa, durante toda la edad media se le atribuyeron muchísimas muertes e intoxicaciones, hubo una famosísima y tristemente recordada, «la gangrena de los soloñeses». Más aún, hace poco más de treinta años que se registró la última.

—Pero, eso no tiene sentido, el centeno no puede hacer eso, si fuese así, Europa sería un erial, tiene que ser otra cosa, ¿no?

—Ah, claro, si es que no te he dicho lo más importante. Verás, el problema no está en el centeno en sí, como bien has dicho, de ser así, en el continente no quedaría nadie con vida. No, el problema está en los alcaloides del Claviceps Purpurea —e hizo una pausa esperando con intención la pregunta de la mujer.

Ella, encantada por el juego de preguntas y respuestas se hizo de rogar, esperó a que completasen su regreso al automóvil y sólo cuando se hubieron puesto de nuevo en marcha, con las primeras notas arrancadas a las cuerdas del piano vibrando en las membranas de los altavoces preguntó.

—Del Clavi… ¿qué?…

Él sonrío, la miró por un instante, se repitió a sí mismo cuán afortunado era por haberla encontrado y se explicó.

—Claviceps Purpurea… Es un hongo, una seta, algo así como las Russulas que recogimos el otro día para cenar, ¿te acuerdas?, cuando acampamos al lado del río Neira, con las que acompañamos aquella trucha tan grande que no devolví al agua…

—Vale, sí me acuerdo, pero no veo yo qué tienen que ver las setas con el centeno.

—Verás, al Claviceps Purpurea se le conoce vulgarmente como Cornezuelo del Centeno y es un hongo parásito de algunas plantas productoras de grano, como el trigo, o la cebada y, especialmente, del centeno…

—Ya, bien —dijo ella interrumpiendo—, pero y qué tiene que ver, el otro día nos hinchamos a comer esas Ruselas…

—Russulas, en concreto Russulas Cyanoxanthas… Espera, ahora verás… —La miró por un instante y se aseguró de tener su atención—. El Cornezuelo del Centeno no se trata de un hongo inocuo, al contrario, es muy peligroso, presenta una gran cantidad de alcaloides muy dañinos. La cuestión es que, no recuerdo ahora mismo los nombres de esos alcaloides, pero, sus efectos van desde sencillas migrañas hasta una terrible gangrena debido a su acción vasoconstrictora, todo eso pasando por graves perturbaciones mentales en las que se pueden incluir ataques epilépticos y alucinaciones.

—¡Vaya con la setita!

—Bueno, sí, pero ahí no acaba la cosa. Hay mucho más, verás, en pequeñas cantidades esos mismos alcaloides son usados por la medicina actual, de hecho, y de modo controlado, en la edad media se uso para controlar la regla, e incluso como abortivo. Pero, hay mucho más que contar. Si esas dosis no son controladas los efectos se vuelven terriblemente perniciosos. Como dichas substancias sobreviven… Bueno, esa no sería la palabra adecuada, digamos, perduran tras el proceso de moler el grano y cocer el pan surgieron en la antigüedad un montón de leyendas relacionadas con el denominado «pan maldito», todas con algún fundamento real, de hecho, en un pueblo de Francia… Eh, no recuerdo el nombre, bueno, en un pueblo de Francia murieron casi cincuenta mil personas…

—¡*Wow*!

—Sí, escalofriante, parece ser que en primer lugar llegan los dolores de cabeza y la sensación de frío, debido en particular a sus efectos vasoconstrictores, de los que ya te he hablado. Luego las migrañas empeoran y empiezan las alucinaciones, de todo tipo, incluso existen teorías que abogan por la relación de las intoxicaciones por Cornezuelo y las leyendas de hombres lobo que plagan toda Europa…

—¿En serio?

—Sí, claro, bueno, al menos es lo que dicen algunos, yo no sé cuanto hay de cierto en ello o no, lo que sí está más que demostrado es que es tremendamente alucinógeno y dañino, de hecho, si no me equivoco, la síntesis del LSD partió del estudio de los hongos de esa familia, aunque no estoy muy seguro.

—Es asombroso…

—Bueno, no tanto, hay muchas plantas y hongos así. Egipto estuvo plagado de sauces porque Ramsés II así lo ordenó, pues su médico le aliviaba los terribles dolores de muelas que sufría con infusión de corteza de sauce y el faraón en reconocimiento a la bondad del árbol ordenó que fuesen dispersados retoños de la especie por todo su país. En realidad, lo que tomaba era una versión de la aspirina, ácido acetíl salicílico, ¿entiendes?, salicílico, *salix*, sauce…

—¡Vaya!

—Y hay mucho más, con una suave infusión de dedalera —alzó el brazo

señalando con la mano abierta—, como esa que ves allí de flores púrpura puedes mitigar los problemas de tensión, con una dosis más alta puedes provocar un infarto. Con las plantas puedes conseguir que un hombre sane o enferme, imagínate cuanto bien o cuanto mal puede hacerse con la combinación correcta.

—Estás hecho todo un, un… ¿Cómo se dice?… Ah, todo un listillo.

—Bueno, no, en realidad es sólo que he leído mucho. Ya te he contado que mi abuelo me inculcó ese amor por la naturaleza. Él siempre me decía que hay que conocer lo que te rodea…

—Le echas mucho de menos, ¿verdad?

Él tardó en contestar, esa era la clase de preguntas que solía evitar. Ella se arrepintió casi al instante de haber sacado el tema, sabía de sobra que el último año había sido muy duro para él.

—Sí, mucho. No sólo era mi abuelo, era mi mejor amigo. Pero, no se puede volver la vista atrás… Creo que esto le hubiese gustado, ¿sabes?, él nunca quiso regresar, pero… Tengo el presentimiento de que le hubiese gustado saber que ahora yo estoy aquí, donde él nació… —Era evidente que la melancolía lo dominaba al tratar el tema y se forzó a darle un giro un poco más animado—. Aunque no creo que le gustase saber que me he gastado buena parte de los ingresos de la empresa que tanto le costó sacar adelante en abogados, notarios y demás ratas… —Dijo él sonriendo.

—¡Eh…! Te recuerdo que si no fuese por mi magnífico trabajo ahora mismo no tendrías en tu poder las escrituras legales que afirman que ese molino medio derruido del que tanto me hablas y la pequeña casucha por la que acabamos de pasar sean tuyas.

Él recuperó el buen ánimo e ironizó con sorna al tiempo que comenzaba el *Finale Alla Breve* del fantástico concierto.

—No, si tu trabajo es magnífico, cierto, eso no lo pongo en duda, el problema es que no te llegas a imaginar a cuántos ricos sin idea de posar una mosca a más de diez metros he tenido que aguantar para sufragar tus elevadísimos, y recalco elevadísimos, emolumentos.

Se rieron.

Por unos momentos ambos se quedaron absortos con la única compañía de las notas vibrantes que eran arrancadas al piano.

Ella iba a abrir la boca para decir algo, pero, tras un giro un tanto brusco vio los restos de piedra y se dio cuenta de que la mano que él apoyaba en su muslo se contraía. Así que, se cayó.

Frente a ellos se alzaba la mole de piedra de la vieja aceña.

La anciana cubierta de pizarra aparecía dañada en algunos puntos, y las piedras de los muros exteriores atesoraban avariciosas algo más de líquenes y musgos, sin

embargo, a simple vista, y si uno no se fijaba en la podredumbre que comía los armazones interiores de los aparejos y guindastes podía imaginarse que el molinero iba a salir por la puerta a recibir a su nieto con una sonrisa en la boca.

—Sabes, a mí me pusieron su nombre… —Dijo él como si con eso lo explicase todo.

Ella quiso añadir algo, sin embargo, no tuvo tiempo, antes de que pudiese decir nada él había detenido el coche donde cincuenta años antes lo habían hecho los carros cargados de grano para ser molido y se había bajado. Cuando ella consiguió apearse él ya caminaba por el viejo puente de piedra que cruzaba el río, observando las aguas con la atención que sólo saben poner aquellos que aman los cursos de los valles con todo su corazón.

Ella sabía que él siempre le sería infiel, sin embargo, estaba convencida de que los ríos trucheros de montaña eran amantes con las que, de un modo u otro, podía convivir.

Lo que no sabía es que no le quedaba tanto tiempo como pensaba como para demostrarle su amor.

Mientras ella descargaba del maletero el material de acampada y él, caballeroso, regresaba para ayudarla las sombras avanzaban por el bosque y el murmullo de las pisadas se atenuaba en el rumor del viento.

—Esto parece un pueblo fantasma de esas viejas películas de vaqueros de Sergio Leone, sólo que en lugar de madera, todo está hecho en piedra —había dicho ella.

—Sí, espero que el molino esté en mejor estado, el pueblo está hecho un desastre, la última casa habitada debió de ser abandonada hace años.

Ella se había detenido un momento para fijarse en algo que había llamado su atención.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Allí, colgado en la puerta, ¿no lo ves…? Es como un vaso de esos que te dan en las hamburgueserías. —Y, él sonrió por lo urbano de la comparación.

—Pues no lo sé…

Se habían acercado hasta allí y ella, de natural curioso, había extendido el brazo para coger el extraño objeto.

—Eh, mira, está clavado a la puerta… Es como un envoltorio de corteza o algo así… ¿Qué será? —Había preguntado ella intrigada.

—No tengo ni idea.

Ella lo asió con fuerza y tiró, el clavo oxidado y la madera avejentada cedieron casi al instante.

—¡No!, no hagas eso… No me parece que esté bien, esta no es la casa de mi abuelo, no deberíamos andar por aquí, es la propiedad de alguien.

Pero, era tarde, ella ya había desenvuelto la corteza de abedul y se había desechó de los hilachos de bramante que pendían de la misma. Observaba intrigada el pergamino enrollado del interior.

—Anda, déjalo como estaba y vamos al molino, me da mala espina, a lo mejor eso es algún símbolo importante o yo que sé, no deberíamos cogerlo.

—Vamos, ¿no sientes curiosidad? —Replicó ella.

Una vez desenrollado el pellejo no se encontraron más que con lo que parecían borrones de tinta corrida por la humedad y una fila de agujeros que recorrían la mitad del pedazo de piel, todos ellos con un reborde anaranjado de óxido.

—¿Había judíos por aquí?

Él había tardado en responder, en un principio no había entendido la pregunta. Luego había añadido.

—Ah, no, no había, además esto parece un establo o algo así y si no recuerdo mal el rito judío habla de colocar los *mezuza* en el dintel de la puerta de la casa, no de las dependencias de los animales, además, no se hacían así, creo que eran juncos huecos, no estoy seguro… Y creo recordar que debería tener grabadas en el exterior unas letras… Bueno, venga, déjalo como estaba y vamos al molino, estoy impaciente por verlo…

—Vale…

Un par de latas de legumbres en conserva se hacían en un hornillo de alcohol que violaba la naciente noche con sus pequeñas llamas azules, él no había querido matar ni siquiera una trucha del río de su abuelo, aunque sí había añadido al potaje unas cuantas ortigas recogidas en la ribera. Ambos hablaban animadamente, ella empezaba a preguntarse cuándo él se decidiría a llevársela a la tienda de campaña y hacerle el amor.

El bosque recibía amoroso a la noche, con el cariño del ciego al acariciar a su perro lazarillo tras la oreja. La oscuridad crecía dejando entrever una magnífica luna menguante en el límpido cielo de las montañas del norte. Los rumores del día cesaban agotados y los susurros de la oscuridad se alzaban desde sus madrigueras.

Un aullido prolongado se sostuvo en la quietud de la noche.

Ella se asustó.

Él, al verla, sonrió con un gesto paternal.

Los ruidos a su alrededor cesaron.

Ellos no llegaron a darse cuenta, estaban muy ocupados besándose torpemente mientras procuraban descorrer la cremallera de la tienda de campaña sin querer abandonar las dulces caricias y el ansia mutua de la piel desnuda, pero, unos ojos negros como el azabache los observaban.

Eran dos cenagales sin fondo preñados de la oscuridad que observa impertérrita el temblor que recorre las piernas trémulas del minero que aguza el oído tras escuchar el

primer rugido del derrumbe, con el escroto encogido y el alma apenada por el dolor de sus hijos sentenciados a la orfandad; dos pozos inmundos sin más reflejo que el halo neblinoso de un aliento caliente y fétido.

El molinero se revolvía inquieto en su tumba.

*«… cuando el cereal ondula con el viento,*
*Körmmutter pasa por el campo dejando a*
*sus hijos, los lobos del centeno…».*
*Körmmutter,*
*la diosa madre de los granos.*

Extraído del folklore alemán.